

Selección RNR

MARTA MÁRQUEZ

*Aire
entre las
manos*



Romance Actual

Aire entre las manos
Aire y viento 1

Marta Márquez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

A mi padre, mi héroe
A mi madre, mi cómplice
A Carlos, mi todo

PRÓLOGO

Ella tenía veinte años y nunca había conocido nada más que aquellas calles.

Todos los días eran exactamente iguales y, pese a su juventud, se había rendido ante la posibilidad de encontrar una nueva vida esperando tras alguna esquina.

No podía evitar sentirse como la extraña habitante de un mundo que no conocía y que tampoco la conocía a ella.

Fantaseaba a menudo con cómo hubiera sido su vida si hubiera nacido en otro momento, en otro lugar, pero sus fantasías siempre acababan dormidas bajo un manto de desesperanza.

No podía evitar sentir que, pese a su corta edad, la vida había dejado de tener sentido hacía mucho tiempo, quizá desde el mismo día que ella, a la que tanto había querido, se había marchado para no volver. Cuando se miraba en el espejo veía los mismos ojos que un día había visto en ella, pero había algo que los diferenciaba. Los suyos aparecían empañados por una tristeza que la acompañaba como un estigma del que no podía desprenderse.

Y en ocasiones aún seguía sorprendiéndose de tener tan solo veinte años. Veinte años.

Él tenía veintinueve años y sabía demasiado del mundo que lo envolvía. Había aprendido a correr antes de saber siquiera a andar; nadie le había enseñado a hacerlo.

Había vivido demasiado deprisa y aquello era algo que sus ojos no podían ocultar. Cuando se miraba en el espejo, se sorprendía ante la dureza que transmitían esos ojos negros, que algún día habían sido inocentes.

A menudo pensaba en cómo hubiera sido su vida si las cosas hubieran sido distintas, si hubiera escogido otros caminos, pero sabía que, aunque volviera a empezar una y otra vez, siempre acabaría cayendo en los mismos errores. Al fin y al cabo, nadie le había enseñado a vivir de otra manera.

Al contemplar de nuevo las calles que lo habían visto nacer, que lo habían acompañado en sus primeros pasos y que le habían enseñado a volar, un sentimiento agridulce se despertó en él.

Se alegraba de estar de vuelta y reunirse de nuevo con todos con los que había aprendido a despegar los pies del suelo, pero también le asustaba regresar a las estrechas calles sombrías que lo habían convertido en la persona que era, pues sabía que allí aquellos sueños, en los que había conseguido creer en algún momento, volverían a quedar dormidos bajo su colchón.

CAPÍTULO 1

Sara se despertó y miró el reloj con forma de luna que había sobre su mesita de noche. Eran las seis y cinco minutos. Como siempre, se había despertado antes de que sonara la alarma. Era algo que le sucedía desde que era una niña. Parecía que su cabeza tuviera un propio despertador interior.

Se frotó los ojos y miró hacia la ventana: aún era de noche. La luz de un par de farolas dibujaba sombras en el alféizar.

Se levantó despacio, sintiendo los ojos demasiado pesados, castigados bajo un peso invisible. Encendió la luz de la habitación y lo primero que vio fue su imagen reflejada en el gran espejo circular que estaba colgado de la pared. Tenía los ojos hinchados y bajo ellos se habían instalado unas ojeras azules que hacían su expresión un tanto abatida.

Salió al estrecho pasillo que separaba su habitación del cuarto de baño. Pese a que siempre intentaba evitarlo, su mirada se volvió hacia la pequeña sala de estar.

Allí estaba él, como casi todas las mañanas. En esta ocasión ni siquiera se había quitado los zapatos. Sara caminó hacia allí y no pudo evitar sentir una arcada que subía por su garganta cuando percibió el olor que emanaba de su cuerpo. El olor rancio y nauseabundo del alcohol. No tuvo demasiado cuidado al quitarle los viejos zapatos gastados; nunca lo tenía, pero no importaba porque casi nunca se despertaba. Le lanzó una última mirada cargada de rencor; pese a todas las veces que había tenido que enfrentarse a aquella imagen, no podía evitar que una nueva herida se abriera en su maltrecho corazón. Cerró los ojos con fuerza y se apoyó en la pared descolorida del pasillo. Necesitaba unos segundos para recomponerse.

Las calles se veían desiertas a aquella hora y la madrugada había traído un viento frío. Se subió la cremallera de su abrigo negro y comenzó a caminar en dirección al supermercado que había al final de la calle y en el que trabajaba desde hacía más de cuatro años, desde que hubo tenido edad suficiente para trabajar.

Su jornada como reponedora comenzaba a las siete y terminaba sobre las nueve, momento en que empezaba su cargo de cajera.

Sara estaba absorta colocando los productos de limpieza en el estante de la góndola cuando Juanjo se situó junto a ella. Era su encargado desde hacía unos meses y, desde ese momento, la joven había sentido repulsión hacia él. Con su abultada barriga, que casi podía verse intentando escapar entre los botones de su uniforme; con su limitado cabello, que pretendía inútilmente de simular bajo un peinado ridículo, y con sus ojos, que siempre parecían ansiosos, era el hombre más vomitivo que había conocido en su vida. Pese a sus escasas cualidades, se sentía el hombre más poderoso del mundo y trataba a sus empleados con despotismo y arrogancia. A todos menos a ella, con quien era aún peor. Era evidente que se sentía atraído por la joven y lo demostraba cada vez que se le presentaba la menor oportunidad. Lo único que ella podía hacer era ocultar su desprecio bajo una falsa sonrisa.

—Muy bien, Sara, lo estás haciendo muy bien.

La joven alzó la vista y lo primero que vio fue su sobresaliente barrigón; tuvo que contener una risa que amenazaba con escapar. No dijo nada; sonrió, como hacía siempre, y prosiguió con su tarea. Podía sentir sus ojos clavados en ella, una mirada que parecía querer traspasar su ropa.

—Quedan solo unos minutos para que termines tu turno de reponedora; si quieres, podemos ir a tomar un café antes de que empieces en caja. —Su voz, ronca y pastosa, era tan desagradable como el resto de su ser.

—Te lo agradezco, pero me tomaré el descanso más tarde, aún es pronto.

Él chascó la lengua y alzó una mano a modo de disculpa.

—Claro, podemos tomarlo más tarde, si lo prefieres.

La joven cerró los ojos y maldijo para sus adentros; no parecía captar nunca sus negativas.

—Sí, supongo —dijo y se puso de pie, mientras miraba su reloj de pulsera—. Ya son casi las nueve y media, voy a empezar a preparar mi caja. —Y se marchó lo más deprisa que pudo, sabiendo que él siempre aprovechaba aquel momento para recrearse en su trasero.

Se colocó tras la caja y comenzó a realizar todas las comprobaciones que hacía siempre a principios de semana. En unos minutos el supermercado estaría otra vez abierto al público.

—Buenos días. —La voz joven y dulce de Mateo la sobresaltó. Lo miró y una sonrisa, esta vez sincera y pura, se asomó a sus labios.

—Buenos días.

El chico le sacó la lengua en un gesto cariñoso y se apoyó en su caja.

—No sé cómo puedes aguantar levantarte todos los días a las seis de la mañana; yo me he levantado hace un rato y estoy destrozado.

Sara lanzó una carcajada. Mateo era tan divertido como perezoso. Trabajaba en la frutería desde hacía un par de años y era casi tan joven como ella. Siempre que lo veía no podía evitar sonreír; le divertía su cara de niño, su pelo rubio —cortado siempre a la última moda— y sus ojillos verdes, que eran tan traviosos como él.

—Mateo, ¿qué esperas?, llegas tarde.

La voz de Juanjo se escuchó desde el final del pasillo. Era evidente que le enfurecía la relación de amistad que unía a los jóvenes. En realidad, nadie del supermercado sentía la más mínima deferencia hacia él y, pese a que fingía que no le importaba, con sus miradas despectivas y con sus comentarios jocosos, era algo que lo corroía.

—Este tío es un imbécil —dijo el chico en un susurro, para más tarde añadir, suavizando al máximo su voz y adoptando con evidencia un tono burlón—: Ahora mismo voy, jefe. —Sara no pudo evitar lanzar una risotada.

Cuando Sandra se colocó frente a su caja —la número dos—, sonrió con ternura. Ella era mucho más que su compañera; era su mejor amiga, y llevaba siéndolo prácticamente desde toda la vida. Se dio cuenta enseguida de que la joven parecía cansada.

¿Qué?, ¿un día duro ayer? —Sara se acercó a su amiga sin dejar de sonreír.

La chica de cabello moreno y de grandes ojos castaños ladeó la cabeza y resopló.

—Quería volver pronto a casa, pero al final..., ya sabes. —Sara lanzó una carcajada y volvió a su caja.

La mañana transcurrió tranquila. De vez en cuando Juanjo pasaba por su caja y le dedicaba una de sus lacónicas sonrisas; estaba convencida de que él las creía irresistibles, pero lo cierto es que eran poco menos que perturbadoras.

CAPÍTULO 2

David abrió los ojos. La luz inundaba la habitación y trataba de llegar hasta él arrastrándose a través de las sábanas de color verde pálido que vestían la cama. Se sentía bien, deseoso de comenzar aquel día, que se insinuaba emocionante.

Nadie sabía de su vuelta, él mismo había preferido que fuera así; la noticia los sorprendería como un jarro de agua helada, y esperaba que les hiciera tanta ilusión como a él le hacía volver. El silencio reinaba en el pequeño apartamento y lo hacía sentirse un tanto melancólico; al fin y al cabo, no lograba acostumbrarse a aquel silencio, tan profundo que casi resultaba inquietante.

Se levantó despacio de la cama y subió la cochambrosa persiana. Se asomó a la ventana y vio las calles del barrio, que hacía cuatro años lo habían visto marcharse, y sintió que se le encogía el corazón. Había vuelto a casa.

Cuando salió a la calle el sol brillaba con fuerza. Las calles estaban atestadas de gente que iba y venía en un ritmo frenético; era el tránsito normal de un lunes por la mañana en el barrio. Lo sorprendió encontrarse con tantos rostros desconocidos. Habían pasado demasiados años y había muchas personas que ya no estaban y otras tantas que habían llegado.

Caminaba con la vista al frente, atento a todo y a todos los que veía a su alrededor. Cuando pasó por el parque en el que siempre se reunía con sus antiguos amigos, una sonrisa afloró de sus labios. Se vio a sí mismo sentado en el mismo banco de siempre, rodeado de sus camaradas, y las ganas de volver a verlos se hicieron aún más intensas.

Siguió andando, un tanto distraído; tan solo le apetecía pasear y empaparse de nuevo de los olores que le recordaban a su niñez. Quizá nadie más pudiera apreciarlo, pero a él aquellas calles le traían un olor especial. El olor de los árboles del parque mezclado con el humo de los coches que circulaban de manera constante. El olor que procedía de la panadería de la esquina, que, para su satisfacción, aún seguía estando allí. Aceleró el paso y entró al interior. Unas cuantas mujeres charlaban animadamente en torno al mostrador, y entre ellas pudo ver a Marisa, la panadera de siempre. La mujer alzó la mirada y lo vio. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro y abandonó el mostrador, ignorando a las mujeres que hablaban con ella. Se acercó a él y lo estrechó entre sus brazos.

—Has vuelto —dijo mientras lo besaba en ambas mejillas.

—Sí, llegué anoche. —Sonrió levemente.

Marisa lo miraba embelesada y la ternura se podía entrever en sus ojos.

—Me alegro de verte. Estás aún mucho más guapo que cuando te fuiste. — David sonrió—. Dime, ¿vas a quedarte?

—Aún no lo he decidido, pero supongo que sí.

Marisa acarició su brazo, cubierto por el *jersey* negro, y asintió.

—Me alegro. —Se encaminó de nuevo hacia el mostrador, a la vez que David pensaba en la de veces que había visto a aquella mujer rubia y menuda tras él. Cuando solo era un niño, iba hasta allí y ella siempre tenía algún dulce para regalarle, puesto que nunca había tenido mucho dinero—. ¿Quieres algo?, como en los viejos tiempos. —Ella pareció leerle el pensamiento.

—Lo cierto es que me muero de hambre. —Miró hacia la vitrina de cristal, donde estaban expuestos los dulces, y sintió que su estómago rugía. Tenían el mismo aspecto irresistible de siempre. Señaló una caracola de chocolate y buscó en el bolsillo de su pantalón. Marisa negó con la cabeza y le entregó el dulce.

—Ya sabes que tu dinero aquí no vale. —Le guiñó un ojo.

—Muchas gracias. —Iba a añadir algo más, pero enseguida comprendió que no tendría forma de convencer a aquella mujer testaruda de que le dejara pagar su desayuno, así que se limitó a sonreír—. Nos veremos por aquí —dijo a modo de despedida, y se encaminó hacia la calle.

Escuchó como crecían los murmullos a su espalda y supo que aquellas

mujeres, que habían estado alerta pese a que trataban de simularlo, estaban hablando de él y, seguramente, de todo lo que había sucedido cuatro años antes. Sabía que su regreso traería muchas conversaciones que no quería escuchar y que se limitaría a ignorar, como había hecho siempre.

Paseó largo rato por las calles hasta que se hicieron casi las dos de la tarde. En el trayecto se había encontrado con varias caras conocidas. Las mismas preguntas, las mismas respuestas.

Caminaba distraído, de camino al supermercado, cuando la vio. Caminaba casi tan ausente como él, parecía tener prisa. Su cabello rubio ondeaba tras ella al ritmo de la brisa, caía sobre su espalda y se veía precioso brillando bajo el sol. No lo había visto pese a que caminaba en dirección a él. David sonrió. Casi estaba seguro de que era ella, pero parecía tan distinta que no hubiera podido confirmarlo. Cuando llegó hasta ella la joven seguía sin haberlo visto.

—¿Sara? —Fue más una pregunta que una afirmación.

La joven alzó la vista y lo miró. Enseguida su mirada cambió. Sin duda era ella y lo había reconocido.

—¿David? —Sus ojos parecían huidizos, pero una leve sonrisa había aparecido en su bello rostro.

El chico se abalanzó en un acto impulsivo hacia ella y la abrazó. Ella se sintió incómoda durante un segundo, pero enseguida se rindió ante sus brazos.

—No puedo creerlo, apenas te he reconocido. —David se apartó y la miró con intensidad, casi como si estuviera estudiando toda su anatomía—. Has crecido tanto. —Sara sintió que se ruborizaba.

—Has vuelto... —dijo con un hilo de voz.

—Sí, he vuelto. —Su voz era tan firme y segura como siempre.

—¿Damián lo sabe?

David lanzó una risotada y Sara pensó en lo hermoso que era aquel sonido.

—Eso es lo mejor de todo: él no sabe nada. Ninguno de ellos lo sabe. He pensado que sería mejor darles una sorpresa. —Parecía entusiasmado, como

un niño en el día de Reyes.

—Sí, se alegrará mucho de verte, siempre está hablando de ti. —Sara miró al suelo—. Supongo que estará en casa.

Pese a que la chica sonreía, tras sus ojos de color cielo parecía esconderse todo el dolor del mundo.

—Iré a verlo esta tarde. No le digas nada, por favor, o me estropearás la sorpresa. —Guiñó un ojo

—Te guardaré el secreto. —Sonrió—. Tengo que irme.

—Claro. Nos veremos por aquí, seguro. —Su frase pareció cargada de promesas invisibles.

CAPÍTULO 3

La vio alejarse calle abajo y sintió que no podía apartar los ojos de ella. Había sido una grata sorpresa volver a encontrarla después de más de cuatro años. Cuando se marchó, no era más que una niña de trenzas rubias, y ahora se había convertido en una hermosa mujer de cabellos dorados.

Apenas podía entender que había sucedido, pero al verla algo había cambiado en su interior. Se había quedado embelesado contemplando sus ojos azules, que, aunque tristes, eran los ojos más bonitos que había visto en su vida; mirarlos era como perderse en un mar infinito. Por primera vez había reparado en su pequeña nariz, que se movía de forma casi imperceptible cuando hablaba. Tampoco pudo evitar mirar sus labios; eran carnosos y dibujaban una encantadora línea. Se sorprendió a sí mismo pensando en que le gustaría ver una sonrisa en esos labios, pero, sobre todo, en sus ojos.

Solo dejó de mirarla cuando ella se hubo perdido tras la esquina que había al final de la calle. Frunció el ceño. Pese a todas las mujeres que había conocido en su vida —que no eran pocas—, nunca había sentido aquello. Una sola mirada le había bastado para comenzar a enamorarse.

Sara siguió caminando y, aunque deseó en varias ocasiones girarse para volver a verlo, para corroborar que de verdad él estaba allí, se resistió a la tentación y continuó fingiendo que aquel encuentro no había significado nada para ella.

Pese a los años transcurridos, nunca había dejado de pensar en esos ojos negros, en la intensidad de su mirada. Siempre había deseado contemplarlo durante horas, sentirse absorbida en la noche eterna que eran sus pupilas.

Pensó en la de ocasiones que lo había observado a escondidas, sabiendo que él no la veía, sabiendo que para él no era más que la niña de trenzas rubias que hacía cualquier cosa por una sola ojeada suya, por una palabra. Habían sido muchos años amándolo en silencio, pensando en cómo sería el tacto de sus manos, el sabor de sus besos, el aroma de su piel. Había pasado tanto tiempo que lo creía olvidado, pero al volver a verlo se dio cuenta de que seguía sintiendo el mismo aleteo en su interior que cuando era una niña que jugaba a ser mujer.

Cuando llegó a casa la sonrisa seguía inscrita en sus labios. Cualquier día normal detestaba regresar al sitio que le costaba llamar hogar, pero aquella mañana de marzo estaba feliz. Abrió la puerta del apartamento y lo primero que escuchó fueron voces que parecían proceder de la cocina, que estaba a tan solo un par de metros de la entrada. Suspiró y se adentró en el asfixiante recibidor, que se encontraba ante ella. De él emergía un estrecho pasillo. La primera puerta del lado izquierdo era la cocina; la del lado derecho, la sala de estar, y a continuación había cuatro puertas más, todas igual de descorchadas: la de su habitación, la de su hermano, la de su padre y, por último, la del cuarto de baño, que era la puerta en la que desembocaba el pasillo.

Cuando llegó hasta la cocina, vestida con muebles de color madera avejentada, vio a su hermano Damián de espaldas; parecía estar buscando algo en el frigorífico. Pablo, su padre, estaba sentado sobre una de las sillas que rodeaban la mesa de madera y estaba bebiendo de lo que parecía ser un vaso de vino tinto. Junto a su vaso estaba el cartón, del que estaba dando buena cuenta. Sara no dijo nada, tan solo los miró, mientras sentía que la rabia crecía en su interior.

El reloj marcaba las dos y diez de la tarde y la comida parecía inexistente, como casi todos los días. Pablo alzó la vista de su vaso de vino agrio y la miró. Una mueca que intentó ser una sonrisa asomó a su rostro.

—Ya estás aquí. —Su voz, ronca y gastada, apenas conseguía brotar de su pecho envejecido.

El joven de cabello dorado —el que lucía tan corto que casi resultaba imperceptible— apenas la miró; parecía demasiado absorto mientras preparaba un bocadillo de fiambre. Sara comenzó a buscar en el estante superior.

—Tengo hambre. —La voz de su padre interrumpió el silencio.

No la miró, ni siquiera le prestó atención.

¿Vas a comer? —Se giró hacia su hermano, que se había apoyado sobre la mesa y mordía ansioso el bocadillo.

—Ya estoy comiendo.

La chica continuó con su tarea, sin mediar palabra.

—Eso no es comida. ¿No vas a comer más que eso? —Pablo apenas podía articular palabra; el vino comenzaba a hacerle estragos.

Damián no la miraba, estaba absorto mirando la pantalla de su teléfono móvil. La tensión imperaba en el ambiente y se hacía cada vez más vigorosa.

Cuando terminó su bocadillo se marchó de la cocina, mientras Sara, en silencio, seguía preparando un arroz con verduras.

CAPÍTULO 4

David se dirigió al cuarto de baño y se quedó mirándose durante unos minutos en el espejo, cubierto de polvo, que había sobre el lavabo. Lo limpió con una toalla húmeda. Se pasó una mano por el cabello, que raspaba un poco a causa de la cera capilar. Le sonrió a su propia imagen. Sus rasgos eran un poco duros pero muy atractivos. Su rostro era un poco cuadrado, lo que le daba cierta virilidad; su madre, cuando era niño, le decía que ese rasgo algún día levantaría pasiones entre las mujeres. Sus ojos negros, con largas pestañas, eran herencia de ella, y era casi lo único bueno que había hecho por él en toda su vida. Sus labios, finos pero bien perfilados, se hacían aún más bonitos cuando sonreía; era entonces cuando quedaba al descubierto lo mejor que llevaba dentro. Su sonrisa siempre había sido su arma de seducción, su punto fuerte; era reluciente.

Estiró las mangas del *jersey* negro, que se adaptaba a la perfección a su silueta, definida y musculada, y cogió su cazadora de cuero sintética. Se puso las gafas de estilo aviador y salió a la calle.

De camino a casa de Damián se dio cuenta de que estaba un poco nervioso.

Cuando llegó frente al bloque de apartamentos blancos, una sonrisa se dibujó en su rostro. Por su mente volaron cientos de imágenes. Había perdido la cuenta de las veces que había estado allí abajo contemplando aquel edificio envejecido a causa del tiempo y de la lluvia. Era un bloque sencillo, cubierto de ventanas exactamente iguales, con persianas que algún día habían sido blancas y que con el paso del tiempo habían adquirido un color amarillento. Se acercó a la puerta, vestida con barrotes negros, y buscó el 2ºB. Llamó y esperó durante varios segundos. No había respuesta.

Volvió a llamar en dos ocasiones más. Estaba a punto de marcharse

decepcionado cuando una voz familiar, que hubiera reconocido en cualquier sitio, habló desde el otro lado.

—¿Sí? —Damián parecía un tanto malhumorado. David sonrió.

—Hola, tío, ¿puedes asomarte a la ventana?

Su interlocutor dudó durante unos segundos, hasta que finalmente pudo escuchar cómo colgaba el auricular y una persiana comenzaba a subir. Se situó justo debajo de ella y vio a su amigo apareciendo al otro lado. Parecía adormilado y tardó un instante en reaccionar; para cuando lo hizo, una sonrisa cubrió todo su rostro.

—Pero... ¿qué haces aquí? —Su tono era ahora mucho más alegre.

David se encogió de hombros y sonrió de medio lado, sonrisa que había aprendido desde que era solo un bebé y que había ido perfeccionando con el tiempo hasta hacerla irresistible.

—Que cabrón eres. —Damián reía con esa risa fresca que David tanto había echado de menos—. Ahora bajo.

Cerró la ventana y desapareció tras ella. David se apoyó contra el edificio y encendió un cigarrillo.

Damián se lanzó a sus brazos sin que tuviera tiempo de reaccionar, lo que hizo que el cigarrillo cayera al suelo. Los amigos se fundieron en un honesto abrazo. Habían pasado tanto tiempo sin verse que, pese a que habían mantenido el contacto durante todo aquel tiempo con llamadas telefónicas, necesitaban aquel abrazo más que nada en el mundo.

—Qué viejo estás. —Damián lo miraba de arriba abajo sonriendo.

—Lo mismo digo.

Volviéron a abrazarse.

—¿Qué haces aquí? —Damián volvió a formular la pregunta que antes se había quedado sin respuesta.

—Bueno, pensé que era el momento de volver.

—Nos echabas de menos, ¿no? —David asintió—. ¿Y cuándo volviste?, ¿has vuelto para quedarte?

—Volví anoche, de madrugada. —David se encogió de hombros—. De momento no tengo muy claro qué voy a hacer, pero creo que me quedaré por una temporada.

—Me alegro mucho de verte, tío. Tenemos que hablar de tantas cosas...

Aquella simple frase resultaba el plan más tentador que David había tenido en mucho tiempo. Le apetecía, más que nada, disfrutar de una tarde en compañía de su mejor amigo.

Habían ido juntos al colegio y desde aquel momento habían sido inseparables. Desde niños pasaban el día pensando en la siguiente trastada que podían hacer. En la primaria se convirtieron en los alumnos más temidos por alumnos y por profesores. Habían aprendido juntos a montar en bicicleta, a jugar al fútbol en el campo de arena que había tras el colegio; habían robado juntos las revistas para adultos en el quiosco de la esquina y se habían reído, ruborizados, mirando a aquellas mujeres sugerentes de las fotografías. Habían besado a una chica por primera vez en el mismo verano; incluso con los años habían compartido algunos de esos labios. David aún podía recordar las noches de verano en que, siendo tan solo unos niños con aspiraciones de adultos, se habían tumbado sobre la hierba del parque y habían pasado horas en silencio mirando el cielo sin estrellas de Madrid. Se acordaba de la primera vez que habían bebido demasiado y habían vomitado antes de llegar a casa. El primer trabajo, el primer cigarrillo, el primer vaso de *whisky*, el primer amor, la primera noche sin dormir, la primera decepción; todo aquello y mucho más lo habían vivido juntos. Siempre juntos.

Cuando llegaron al bar de siempre, al bar de Julián, el hombre recibió a David con un abrazo casi tan honesto como el que antes le había regalado su mejor amigo. Tenía más de sesenta años, pero conservaba la misma vitalidad de siempre. Con su pelo plateado, sus despiertos ojillos marrones, su ancha nariz rota —recordatorio de la época en que su vida era el boxeo— y sus grandes manazas cubiertas de callos, Julián había sido casi un padre para ellos desde hacía mucho tiempo. En algún momento de su vida, el bar había sido más su hogar que su verdadera casa. El lugar donde se refugiaban cuando todo iba mal, el sitio donde reír y olvidarlo todo. Aquel gran hombre de gran corazón siempre había estado allí, detrás de esa barra de granito, bromeando con ellos, escuchándolos, aconsejándolos, regañándolos cuando era necesario. Simplemente siempre había estado ahí.

¡Pero si ya eres todo un hombre! —Julián lo estrechó entre sus brazos con

tanta fuerza que David creyó que podía romperlo en dos. Seguía conservando la misma fuerza y energía que en su juventud lo había convertido en campeón encima de un *ring*.

David sonrió. Era cierto: se había marchado siendo un joven y había vuelto siendo un hombre, o al menos eso creía. Ya tenía veintinueve años y se notaba en la forma en que ahora veía el mundo. Su prisma había cambiado.

—Y tú te has convertido en un viejo —bromeó. Julián sonrió mostrando su desgastada dentadura.

Los chicos se apoyaron contra la barra y esperaron a que les sirviera el botellín de cerveza que bebían siempre. Lo apuraron deprisa.

—Ya veo que tenéis sed. —Julián preparó otros dos botellines antes de que pudieran darse cuenta—. Cuéntanos cómo te han ido las cosas. ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

David bebió un trago de su cerveza y tragó saliva. Los dos hombres lo miraban expectantes.

—Bueno, como ya sabéis, me fui a Valencia, y allí es donde he estado durante todo este tiempo—. Miró alrededor. A aquella hora no había nadie más en el pequeño bar. Encendió un cigarrillo y ofreció a sus escuchantes. Damián cogió uno, Julián negó con la cabeza.

—Lo dejé hace un par de años —dijo orgulloso—. Te has perdido tantas cosas. —Su voz sonó nostálgica.

Pese a que, en los cuatro años que había pasado fuera, había seguido manteniendo contacto con sus amigos, y en especial con Damián, era cierto que se había perdido parte de sus vidas, y ellos de la suya.

Dio una calada a su cigarrillo.

—Bueno, y cuéntanos algo más... ¿Has conocido a alguna valenciana? ¿Qué tal lo has pasado por allí? —Julián se apoyó sobre la barra—. Seguro que debe estar lleno de tías buenas en verano, en la playa, con tan poca ropita. —Alzó una ceja.

El hombre se había separado hacía ya más de diez años. Finalmente, su mujer no pudo aguantar más su afición por la cerveza, por las fiestas y, sobre todo, por otras mujeres, y lo había abandonado. Se había marchado a vivir a otro lugar de Madrid y no habían vuelto a hablar. Pese a que Julián nunca lo había confesado y a que trataba de simularlo tras su eterna sonrisa y sus

constantes bromas, era evidente que la echaba de menos.

—Bueno, he conocido a varias valencianas, y a alguna más. —Miró a Damián, que guiñó, cómplice, un ojo—. Pero nada importante. Nos hemos divertido, pero ya está.

Damián lo golpeó en el brazo con camaradería y pidió otros dos botellines.

—Como tiene que ser. Las mujeres no traen más que problemas.

La realidad era que Damián tenía el corazón roto porque una mujer se lo había arrebatado hacía ya varios años.

—La verdad es que lo he pasado en grande en estos años. —David pensó en las largas noches de fiesta, en la playa, en las personas que había conocido, que habían sido muchas, y sonrió.

Damián sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón vaquero.

—Tendríamos que llamar a los demás, ¿no? ¡Hay que celebrar tu vuelta por todo lo alto!

La idea de volver a estar todos juntos lo entusiasmaba. Consultó el reloj: eran las seis de la tarde de un lunes cualquiera. Cuando él se había marchado, cuatro años atrás, habría sido fácil poder reunirlos a todos en el bar, a esa hora o a cualquier otra, pero con el tiempo las cosas habían cambiado. La vida había cambiado.

Damián estuvo hablando durante largo rato y al final colgó, visiblemente enfurecido.

—Tendremos que dejar la fiesta de vuelta para otro momento. Sebas está currando y no saldrá hasta por la noche, a Alex le toca quedarse esta tarde con la niña y Víctor no va a poder venir, y es posible que no pueda hacerlo hasta el viernes; de todas formas me ha dicho que tiene muchas ganas de verte y que te llamará más tarde. —David asintió con la cabeza.

Estaba informado de todo lo que había sucedido con sus amigos en ese tiempo. Tan solo un año después de su marcha, Alex había dejado embarazada a una joven con la que se veía ocasionalmente. Ambos habían decidido tener a la niña y compartían la custodia. Víctor había conocido a una chica poco tiempo después y se había marchado a vivir con ella al norte de Madrid. Y aunque Sebas seguía viviendo en el mismo barrio, él también había cambiado: poco a poco había ido olvidando su vida delictiva y dejando atrás los negocios rápidos fuera de la ley, y había comenzado a trabajar en

una fábrica de pan, que consumía gran parte de su tiempo puesto que su turno habitual era el de noche.

—También he llamado a Santi. —Damián apuró su botellín y encendió otro cigarrillo.

David apenas conocía a aquel chico. En alguna ocasión había tomado un par de copas con él, pero poco más. Sabía que en su ausencia Damián había trabado una gran amistad con él, probablemente porque seguía siendo el único que llevaba el mismo estilo de vida al que él estaba acostumbrado. Santi siempre había querido formar parte de la banda formada por David, Damián, Sebas, Alex y Víctor, pero la diferencia de edad siempre los había separado, hasta ese momento. David esperaba que la amistad de Damián y ese chico fuera solo temporal; lo que quería, en realidad, era que su mejor amigo empezara a comportarse como el hombre de treinta años que ya era.

Tan solo media hora después, Santi entró en el bar. Estaba demasiado delgado, casi demacrado. Sus ojos, histéricos, brillaban con la misma intensidad que cuando era un niño, pero ahora parecían los ojos de un demente. Tenía el pelo tan corto como el de Damián y David sospechó enseguida que no era fruto de la casualidad. Pese a que era muy joven, sus dientes aparecían amarillos por completo y cuando hablaba emergía de ellos un olor intenso a tabaco y a alcohol. Era evidente que aquel chico era drogadicto, probablemente, desde hacía mucho tiempo. La historia de siempre. En aquel barrio apenas existía una sola persona que no tuviera alguna relación directa o indirecta con las drogas.

David miró al joven con alma de viejo y sintió lástima por él. La sonrisa se heló en su rostro y solo pudo asentir con la cabeza cuando el chico estrechó su mano.

—David, me alegro mucho de verte. —Cuando hablaba tartamudeaba un poco y se dio cuenta de que su pulso temblaba ligeramente.

David sonrió lacónicamente y miró al suelo. En algún momento del pasado él también había tenido mucho de ese chico. Sus problemas con la ley y el coqueteo con las drogas lo habían convertido, con los años, en uno de los nombres más conocidos de aquel pequeño suburbio.

CAPÍTULO 5

Sara aceleró el paso para no llegar tarde. Tardaba casi treinta minutos en llegar desde el supermercado hasta el edificio donde iba a clase tres días por semana.

Cuando abrió la puerta el olor familiar del aceite de trementina la recibió con brusquedad. Sus compañeros comenzaban a colocarse tras los caballetes. Pasó junto a la mesa del profesor y pudo verlo sentado, absorto en el ordenador. Lo saludó y él le devolvió el saludo sin alzar la vista de la pantalla. Era un tanto despistado pero amable, incluso divertido. Caminó hacia el caballete que solía usar, siempre que lo encontraba libre, y cambió su abrigo por la bata que en algún momento había sido blanca. Ahora estaba cubierta de manchas de todos los colores, que no desaparecían por mucho que la lavara una y otra vez. Comenzó a sacar de su mochila sus respectivos tubos de pintura y sus pinceles. Buscó en el secadero su cuadro y lo colocó sobre el caballete. Estaba pintando un atardecer sobre el mar. Las nubes violáceas parecían volar vaporosas.

Se sentó en el taburete y comenzó a hacer las mezclas. Aquel momento era suyo. Apenas escuchaba a sus compañeros, que hablaban entre ellos, se concentraba tanto que el tiempo se detenía. Allí no había espacio para ningún pensamiento ni para ningún sentimiento que no tuviera relación con el cuadro.

Cuando quiso darse cuenta el reloj marcaba las nueve: el curso había terminado. Comenzó a recoger con pulcritud todas sus pertenencias y volvió a dejar el cuadro en el secadero. Se despidió de sus compañeros y de su

profesor y salió de nuevo a la calle.

El sol se había ocultado hacía ya largo rato tras los edificios de la ciudad y la brisa se había tornado fría. Se acurrucó bajo su abrigo negro y comenzó a caminar en dirección a casa, con su mochila y con su caja de pinturas a cuestas. Aún le quedaba un rato para llegar, pero no le importaba; a veces casi prefería estar lejos de esas cuatro paredes.

Cuando llegó a la casa el silencio reinaba en ella y Sara casi se sintió aliviada; al menos podría disfrutar de un rato de tranquilidad. Se dirigió al cuarto de baño y, cuando el agua comenzó a caer sobre ella, sintió que todo el cansancio desaparecía junto a las gotas que se marchaban por el sumidero. Sin contar sus clases de pintura, aquel era el momento del día que más le gustaba.

Cenó un sándwich de queso y se tumbó en la cama; no pudo evitar preguntarse dónde estarían los hombres que compartían el mismo techo. Sabía que era muy probable que Damián estuviera con David; tenían que contarse tantas cosas después de tanto tiempo sin verse que seguramente las horas habrían pasado sin que se dieran cuenta. Al pensar en David, una sonrisa iluminó sus ojos. Estaba incluso más guapo que cuando se había marchado. Era todo un hombre con sus facciones endurecidas a causa de los años y con esa mirada que siempre la había sobrecogido. Era una mirada imponente, un tanto dura pero muy provocadora. Había algo en sus ojos que hacía soñar con noches estrelladas de verano. Se giró en la cama y cerró los ojos. El simple hecho de pensar en él hacía que el deseo creciera en su interior. Visualizó esas manos grandes y fuertes e imaginó qué se sentiría bajo ellas. Lanzó un suspiro. Había conocido a muchos chicos en su vida: compañeros de colegio, de instituto, de trabajo, de sus clases de pintura, vecinos, pero ninguno le había gustado nunca tanto como él. Quizá se debía a que era el único chico que había deseado y no había tenido; con todos los demás había sido mucho más fácil. Era una chica guapa, realmente guapa, y cualquier hombre enloquecía ante sus encantos, pero David siempre había sido un deseo que ocultar. Un amor platónico y nada más.

Pensó en el tiempo que hacía que no sentía nada por ningún chico; habían pasado un par de meses de la última vez que había besado unos labios, que había sentido el cuerpo de un hombre sobre el suyo.

Estaba a punto de dormirse cuando la imagen de su padre voló por su mente. No sabía dónde estaba aunque podía imaginarlo; seguramente aún estaba con un vaso de vino en la mano. Cerró los ojos con fuerza y trató de no pensar en él. Hacía mucho tiempo que había dejado de importarle, ¿o no?

CAPÍTULO 6

El camino hasta la cama fue más largo de lo que recordaba. Apenas veía tras sus ojos, empañados por el alcohol, y estuvo a punto de caer en un par de ocasiones.

David se tumbó en la cama sintiendo que todo se movía a su alrededor. Había bebido demasiado. Damián seguía conservando la misma entereza que antes, pero él había cambiado en esos cuatro años. Se quedó mirando el techo fijamente; parecía querer bailar con él. Cerró los ojos. Estaba mareado, mareado y cansado. Eran casi las dos de la madrugada.

Después de varias horas había conseguido reencontrarse con más amigos y, al final, la celebración por su vuelta se había alargado demasiado. Sebas había ido a verlos cuando su turno en la fábrica había terminado. Aunque no había podido reunir a toda la pandilla, su vuelta había sido mucho mejor de lo esperado. Sonrió. Hasta esa misma mañana había albergado dudas, pero ahora se sentía mucho mejor de lo que se había sentido en los últimos años. Al menos allí no se sentía tan solo.

Comenzaba a adormecerse cuando una imagen cruzó su mente. La vio una vez. Casi pasó volando, pero de una forma tan nítida que parecía real. Sara había ido a darle las buenas noches. Se durmió con aquella última imagen grabada en la retina.

Cuando despertó sintió que un punzón se clavaba en su cabeza y llegaba hasta su sien. Se cubrió el rostro con las manos y, al ver el *jersey* negro, recordó que la noche anterior ni siquiera se había desvestido. El sol se colaba a través de la ventana e inundaba todo de una luz mortecina.

Fragmentos de un sueño inquieto aún rondaban por su cabeza. Había visto a Sara corriendo bajo un cielo estrellado, y él corría a su lado. Reían a carcajadas mientras el viento agitaba su ropa. Había visto su cabello volando tras ella, y su movimiento le había resultado encantador, casi mágico.

Apenas sabía nada de ella; nunca había sido un tema que pudiera mantener con su amigo Damián, solo sabía que trabajaba en el supermercado que él mismo había visitado el día anterior. No sabía por qué, pero algo lo empujaba a querer ir de nuevo hacía allí, posiblemente la tentación de volver a verla; así que comió un preparado de alubias que había comprado el día anterior, se lavó los dientes, se vistió con una camiseta de manga larga de color azul oscuro y con un dibujo abstracto en el pecho, con sus vaqueros favoritos, con su chaqueta de piel sintética de color negra, con sus gafas de sol, y se dispuso a salir.

El día aparecía esplendoroso, como si los colores los hubiera creado el mejor artista del mundo, mezclando en su paleta hasta conseguir unos tonos limpios y brillantes.

Caminó hasta que se topó con el cartel luminoso con grandes letras rojas y blancas. Era extraño, pero se sentía un poco tenso, y eso era algo que no solía sucederle con habitualidad. Él siempre solía mantener bastante bien la calma, aunque tuviera un fuerte temperamento.

Se quitó las gafas de sol y lo primero que vio fueron las cajas que estaban frente a las puertas. Había dos, pero solo una estaba ocupada. Si el paso del tiempo no lo hacía confundirse, la chica que estaba sentada tras ella era una buena amiga de Sara; creía haberlas visto juntas en multitud de ocasiones. Pese a que iba vestida con el uniforme blanco y rojo de media manga, bajo la camisa podía verse una camiseta de vivos colores, casi chillones. Tenía un pendiente, una pequeña bola de color negro bajo el labio, maquillado de rosa. Sus facciones eran bonitas, y lo serían mucho más si se maquillara menos. Tenía unos bonitos ojos marrones, que parecían más agresivos bajo demasiadas capas de máscara de pestañas. Cuando estuvo junto a David, sonrió con efusividad y lo besó en ambas mejillas. Él se quedó parado durante un instante, pero finalmente sonrió con cortesía. Sin duda era la chica atrevida y alocada que de pequeña iba siempre junto a Sara.

—He oído que habías vuelto. —Su tono era alto y agudo.

—Eso parece.

—A lo mejor no te acuerdas de mí; yo soy Sandra, la amiga de Sara. —La joven gesticulaba mucho—. La hermana de Damián —recalcó.

David no dijo nada, era evidente que conocía a Sara; aunque apenas hubiera mantenido un par de conversaciones con ella en toda la vida, había estado en su casa en cientos de ocasiones.

—Sí, claro, conozco a Sara. —Sonrió mientras miraba alrededor. Podía ver a unos pocos clientes rezagados, que estaban paseando por los pasillos despacio, casi como si estuvieran hipnotizados, moviéndose casi como si fueran muertos vivientes—. Creo que trabaja aquí, ¿verdad? —Trató de simular el verdadero interés que tenía por verla y seguramente lo consiguió, pues Sandra no pareció captar nada.

Asintió y señaló hacia un pasillo en el que parecían amontonarse los cereales y los demás productos de desayuno.

—Sí, como ahora apenas hay gente, está reponiendo algunas cosas. —Se giró hacia su caja. Una mujer que empujaba un carrito de bebé y una cesta con comida se había colocado en ella y comenzaba a dejar los productos sobre la cinta—. Bueno, tengo que dejarte. —Se giró otra vez—. Espero que nos veamos por aquí, por el barrio, quiero decir. —Pese al tono un tanto estridente de su voz, se colaba en este una modulación coqueta y seductora. Era sin duda una conquistadora nata.

David se encaminó hacia el pasillo que Sandra había señalado. Un vistazo rápido le hizo corroborar que era una chica atractiva y exuberante; pese a su baja estatura tenía un pecho prominente y unas curvas bastante sugerentes. Su forma de moverse derrochaba feminidad por los cuatro costados.

Miró de nuevo hacia el final del pasillo y pudo ver a Sara. Estaba arrodillada y sujetaba entre sus manos unos frascos de cristal. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo, pero, aun así, caía, sobre su espalda, tan bello como el día anterior; bajo las luces fluorescentes del pasillo podía verse más rubio. Parecía absorta en su tarea, casi aburrída. Su mirada parecía perdida, como si se encontrara en cualquier lugar, muy lejos de allí. Nada más verla una leve sonrisa asomó en él. Comenzó a caminar hacia ella. De camino cogió un paquete de cereales; lo cierto era que el día anterior ya había comprado uno, pero necesitaba una coartada que explicara qué hacía allí otra

vez. Cuando estuvo lo bastante cerca, percibió su olor, fresco y suave.

CAPÍTULO 7

Cuando Sara escuchó su voz, casi estuvo a punto de dejar caer el frasco de café que tenía entre sus manos. Se había sobresaltado. Levantó la vista y pudo verlo mirándola fijamente, con aquellos ojos impenetrables y sobrecogedores que siempre habían conseguido empequeñecerla. Se puso de pie despacio.

David seguía allí, impasible; sujetaba entre sus manos un paquete de cereales de chocolate y a Sara le sorprendió que en la caja apareciera una joven estilizada. Eran cereales dirigidos al público femenino. Apartó la vista de la caja y trató de sostener aquella mirada, pero era tan difícil...

—Hola —susurró. David sonreía.

—Así que ahora trabajas aquí. —Su tono era muy amable.

—Hace mucho tiempo que trabajo aquí. —Sonrió—. Más de cuatro años.

—Entonces, desde que me fui, más o menos. —David carraspeó—. Han debido de pasar muchas cosas en estos años.

La joven asintió pese a que ella sentía que las cosas apenas habían cambiado en esos años, a excepción de que ahora ya no era una joven estudiante, sino una chica que pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando.

—Solo hay que verte a ti.

David la miraba fijamente y había algo un tanto divertido en sus ojos. Sara estaba convencida de que, pese a que ya no fuera la niña de dieciséis años que él había conocido antes de marcharse, seguía viéndola igual. La diferencia de edad siempre había sido tan evidente entre ellos que era probable que siempre tuviera ese hándicap en su cabeza.

—Cuando me fui no eras más que una niña. —Sara sonrió. Parecía estar leyendo sus pensamientos.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada; se limitaron a mirarse de forma esquiva. La situación casi se había tornado tensa.

La voz de Juanjo llegó hasta sus oídos, procedente de algún lugar del pasillo. Nunca se había alegrado tanto de escucharlo. Su presencia la hizo sentirse un poco más segura; al menos con él jugaba en terreno conocido.

—Sara, ¿te queda mucho para terminar? —Pese a que trataba de mostrarse amable, como siempre, había un hilo de tensión en su voz. Miró a David con desconfianza y rozó levemente el brazo de la joven, que tuvo que resistir el impulso de apartarlo bruscamente.

No, no se alegraba de que él hubiera llegado; nunca podría alegrarse de ello. Su presencia le incomodaba, detestaba aquellas caricias que fingían ser casuales. Miró a David y le sorprendió descubrir que ahora estaba muy serio, mirando fijamente a su encargado. Casi podía ver un brillo de rabia en sus ojos. Juanjo correspondió a aquella mirada y el ambiente se tornó incómodo. De alguna manera parecía que ambos estaban retándose en un pulso invisible.

Sara miró a David y, armándose de un valor desconocido hasta aquel momento, en lo que se refería a él, posó su mano sobre el brazo que sostenía la caja de cereales.

David sonrió y Sara le devolvió la sonrisa. Podía sentir sus músculos bajo las mangas de la camiseta. Casi estaba disfrutando de ese momento cuando vio el rostro de Juanjo colocándose entre ellos.

—Vamos, Sara, tienes que terminar de colocar los frascos de café.

La chica apartó la mirada de David y asintió. Habían compartido un momento casi cómplice.

—Tengo que seguir con el trabajo —dijo despacio.

David observó a Juanjo una última vez y casi pudieron verse chispas volando alrededor.

—Claro, no quiero molestarte más. Nos veremos —dijo mirando fijamente al encargado

Finalmente, y tras unos instantes llenos de tensión, David siguió caminando hasta el final del pasillo. Sara vio cómo se alejaba y cómo, al llegar al final, se giraba a mirarla una última vez. Apenas lo aguantó. Era el único chico capaz de ruborizarla.

CAPÍTULO 8

Cuando David llegó al final del pasillo, se giró otra vez. La vio de nuevo arrodillada, pero esta vez su atención no estaba puesta en los recipientes que estaba reponiendo, sino que lo estaba mirando.. Ambos se estaban buscando. Sonrió y giró en el siguiente pasillo a la derecha. No sabía adónde ir con exactitud.

La situación había sido extraña. Le había gustado poder hablar con ella aunque solo fuera por unos segundos, pero entonces ese estúpido prepotente había roto el momento. Pese a que era la primera vez en su vida que lo veía, había algo en él que le resultaba insoportable. No le gustaba la forma en que se dirigía a Sara ni cómo la tocaba con disimulo; y por supuesto no soportaba que lo hubiera mirado a él de forma retadora.

Sandra le cobró y le dedicó de nuevo una de sus caídas de ojos, y él le regaló una de sus sonrisas.

Ya en la calle descubrió que el sol se había ocultado bajo un manto de nubes. Cuando vio los cereales que había comprado, se sintió estúpido; esperaba que Sara, al menos, no se hubiera dado cuenta. Eran más de las cinco y media cuando cogió el teléfono y llamó a Damián.

—David, ¿qué pasa, tío? —La voz de su amigo apareció al otro lado.

—Bien, bueno, ¿dónde estás?

—Estoy en la casa de Santi. Si quieres, puedes venir.

David dudó un momento. No le gustaba aquel chico; era un joven perdido y un tanto desequilibrado, y pasar la tarde anterior con él no había hecho más que corroborar sus pensamientos. No le gustaba que Damián lo siguiera en sus constantes visitas al cuarto de baño ni que pasara tanto tiempo con él, pero no tenía nada más que hacer.

—Sí, voy para allá.

Nunca había estado en aquella casa, pero solo tuvo que escuchar un par de indicaciones para poder encontrarla. Estaba muy cerca del bar de Julián; tanto que incluso pudo tomarse un botellín con él antes de subir al bloque de apartamentos. Era prácticamente igual que todos los demás. Los edificios del barrio eran fríos, herméticos, hechos, en su mayoría, de cemento, con ventanas ya corroídas.

Cuando llegó hasta la puerta, se la encontró abierta. Damián y Santi estaban sentados sobre un sillón de color verde oscuro y estaban fumando marihuana; pudo percibir el olor enseguida. La sala de estar estaba desordenada y sobre la mesa de cristal había varios botes de cerveza vacíos, una caja de pizza a medio terminar y varias colillas apagadas en un robusto cenicero. La televisión estaba encendida y emitía un programa de música *techno*.

Damián se puso de pie y abrazó a su amigo con tanta efusividad como si hiciera una eternidad que no lo veía. Enseguida pudo percibir el olor de cerveza que emanaba de él.

—Vamos, siéntate.

Santi apenas lo saludó con un movimiento de cabeza. Tenía los ojos rojos y un tanto perdidos.

Se sentó en un sillón, también de color verde, que había frente a ellos y miró alrededor. Sobre el mueble de madera, en el que estaba el gran televisor de pantalla plana, había decenas de figuras de porcelana y marcos con fotografías. En ellas podía verse un niño pequeño de ojos azules y cabello rubio: sin duda, era Santi. Parecía inocente en ellas, e incluso feliz. En otras, aparecía una pareja que David recordaba haber visto alguna vez por aquellas mismas calles; parecían sus padres aunque eran demasiado mayores. El chico se preguntó dónde estarían. La casa, indudablemente, parecía suya. El sofá, el armario repleto de figuras viejas, el cuadro del ciervo que bebía agua de un arroyo, las lámparas con las bombillas llenas de polvo: era su casa, pero no parecía que ellos vivieran en ella desde hacía mucho tiempo. Había signos de ello por todas partes: el gran televisor, el equipo de música —caro e imponente—, el póster de una discoteca, que había colgado en una pared.

Damián apareció con un vaso de cerveza y se lo tendió a su amigo, quien lo cogió y bebió un trago. Estaba fría.

—¿Vive con sus padres? —preguntó mirando alrededor.

Damián negó con la cabeza.

—Se fueron a vivir a su pueblo hace mucho tiempo. Apenas vienen por aquí.

David asintió. Se preguntó cuánto tiempo haría que aquel chico no veía a sus padres y por qué motivo ellos se habrían marchado. Quizá se habían cansado de su mala vida, de intentar protegerlo de un mundo que él mismo había escogido, o quizá nunca les había importado demasiado.

Los miró a ambos, que compartían el cigarro de marihuana. Sobre la mesa había pequeñas bolsas de plástico llenas de ella; estaban preparadas para su venta. Era probable que aquella fuera la forma en que ese chico se hubiera pagado el televisor y el equipo de música. Damián también parecía formar parte del negocio, o al menos era lo que había entendido tras sus conversaciones de la noche anterior. Pese a que ya tenía treinta años, vivía en el pasado: traficaba a pequeña escala, vendiendo mercancía robada; seguía frecuentando los mismos lugares —poco recomendados—, las mismas discutibles compañías; seguía metido en asuntos turbios que David temía no acabarían bien-.

Santi le extendió el cigarrillo de marihuana y le dio un par de caladas. Le gustaba aquel sabor amargo y seco. Pese a que David consideraba que había cambiado, seguía teniendo mucho de aquel chico rebelde y problemático que algún día había sido.

Pasó la tarde con ellos, sentado sobre el mismo sillón. Se había sentido cómodo, incluso muy a gusto en algunos momentos. Le gustaba escuchar las anécdotas de Damián. Le gustaba recordar con él las veces que se habían metido en líos cuando eran niños y no tan niños; revivir aquellos años en que habían sido felices dándole patadas a un balón, robándoles cigarrillos a sus padres y fumándolos a escondidas en calles oscuras en las que, años más tarde, harían cosas peores.

Eran casi las nueve y media cuando se marchó a casa. Se sentía mareado y ebrio, pero también se sentía bien, relajado.

Cuando salió a la calle descubrió, para su pesar, que estaba lloviendo. Era una lluvia fina pero constante. Las calles estaban completamente mojadas: debía llevar lloviendo casi toda la tarde, pero ellos no se habían dado cuenta. Damián se había quedado allí; tenían un par de negocios que terminar y a él no le había apetecido formar parte de ellos. Para cuando los clientes llegaran, él ya quería estar lejos de allí.

Comenzó a andar bajo la lluvia; le hubiera gustado correr, pero sus piernas apenas le respondían. En cuestión de segundos estaba completamente calado. Dobló la esquina y pudo ver que Julián había cerrado el bar pronto aquella tarde: la lluvia habría espantado a los escasos clientes. Giró a la derecha en el parque y vio a lo lejos una figura que caminaba hacia él. Estaba oscuro y la lluvia no dejaba ver con claridad, pero parecía una chica, que caminaba deprisa y portaba algo en las manos. Siguió avanzando hacia ella y, entonces, la vio. Como una aparición. Caminaba deprisa, cubierta por un abrigo que casi ocultaba su rostro.

Estaban casi en la mitad de la calle cuando al fin se encontraron. Sus caminos se habían vuelto a cruzar. David sonrió de forma un tanto estúpida. Cuando ella frunció el ceño, no supo si se debía a la sorpresa de encontrarlo o a la situación en que lo había hecho; esperó sinceramente que no fuera por esto último. No quería que Sara tuviera una mala imagen de él, y que lo viera así, un martes por la tarde, no lo dejaba en buen lugar.

—Vaya, nos encontramos en todas partes —dijo alegremente.

La chica sonrió. Parada bajo la lluvia parecía aún más hermosa.

—Sí. —Cerró los ojos tratando de que el agua no entrara en ellos—. Será mejor que me vaya a casa, llueve a mares.

David se dio cuenta de que le apetecía poder pasar unos instantes más con ella.

—No puedo dejar que vayas sola hasta tu casa con la lluvia que está cayendo... y cargada. —Señaló hacia la mochila que colgaba de sus hombros y hacia la bolsa que colgaba de sus manos.

Sara lo miró, parecía extrañada. El chico cogió su bolsa, sin que tuviera tiempo de decir nada, y comenzó a caminar hacia la casa de ella.

—Pero tu casa está en la otra dirección. —La chica lo seguía de cerca negando con la cabeza—. No hace falta que me acompañes, vas a llegar

empapado.

David no dijo nada, continuó caminando, con una sonrisa en los labios y con la bolsa en las manos. La lluvia se volvía más fuerte por momentos. Miró a Sara, que caminaba a su lado.

—Creo que tendremos que correr. —Y guiado por un instinto la cogió de la mano y comenzó a correr.

Ella trató de seguirlo. Al principio parecía que se negaría a hacerlo, pero finalmente empezó a correr a su lado, dejándose guiar. David pudo ver una leve sonrisa en ella y aquello lo hizo sentirse mucho mejor que toda la cerveza que había tomado y que todas las sustancias que había fumado.

Corrieron durante unos metros hasta que al fin llegaron al portal de la joven, que comenzó a buscar las llaves en su mochila. Estaba empapada. El agua caía por su rostro y llegaba hasta sus labios. Un mechón de su pelo, que había conseguido liberarse de la cola de caballo, caía a un lado de su cara, completamente mojada, y David tuvo el deseo de apartarlo con suavidad. Al ver las gotas que caían hasta sus labios, se imaginó besándolas y un escalofrío recorrió su espalda, quizá a causa del frío.

—Si quieres, puedes subir y secarte un poco.

David miró a la joven; apenas podía creer lo que acababa de decir, lo había cogido desprevenido. Le encantaría subir, quitarse la chaqueta de piel sintética, la camiseta de manga larga que llevaba debajo y dejar que ella secara la lluvia que había mojado su cuerpo. Se imaginaba a Sara con una toalla en las manos recorriéndola y sintió que se excitaba. Pero aún era más excitante imaginarla a ella desnuda, tumbada sobre su cama, y esta vez siendo él quien viajara por su cuerpo con una toalla; no le importaría secarla con sus propias manos, con sus labios.

Sara lo miraba fijamente esperando una respuesta; David sonreía. Pese al deseo que lo invadía y a la tentación que aquellas simples palabras encerraban para él, sabía que no era una buena idea. Sara era la hermana de su mejor amigo, la joven hermana de su amigo —siempre lo había sido y siempre lo sería—, y ese hecho la convertía en intocable.

El chico negó con la cabeza y le entregó la bolsa que contenía el maletín.

—Será mejor que me vaya a casa, ya es tarde.

Le pareció ver una cierta decepción en los ojos de la joven y se preguntó si

realmente había existido o solo lo había imaginado. Sara asintió con la cabeza e introdujo la llave en la cerradura.

—Gracias por acompañarme. —Y a continuación, entró al interior.

David observó cómo se alejaba, subiendo las escaleras, y resopló. Se apoyó en la puerta y apretó los dientes. Sara estaría desnuda dentro de escasos minutos en su habitación. Vio la luz, que acaba de encenderse.

CAPÍTULO 9

Sara se tumbó en la cama en posición fetal, mirando hacia la ventana. La lluvia seguía cayendo con violencia. David volvería a casa completamente calado, pero ya no le importaba. Le había ofrecido la posibilidad de poder secarse un poco antes de emprender el camino de vuelta a casa y la había rechazado. La había rechazado. El sonido retumbante de esas palabras hizo que se encogiera un poco más hasta hacerse un pequeño ovillo. Así era cómo se sentía: pequeña. Siempre se había sentido igual en presencia de David, pero en aquel momento ese sentimiento era más fuerte que nunca. Pese a todos los años que estuvo enamorada de él, nunca había sido lo bastante valiente como para intentar un acercamiento —casi hasta era incapaz de hablar delante de él—, pero la primera vez que había intentado acercarse un poco, él la había rechazado, o al menos eso fue lo que ella había sentido en ese momento.

Cerró los ojos y lanzó una maldición. ¿Cómo había sido tan estúpida de ni siquiera intentarlo? ¿De verdad había pensado, aunque solo fuera durante un segundo, que aquel chico tan guapo, tan seguro, tan mayor querría el más mínimo acercamiento con ella?

Se preguntó a sí misma qué había querido decir realmente al invitarlo a subir a casa. ¿De verdad estaba preparada para estar con él a solas en un espacio tan íntimo como ese? ¿Por qué había dicho aquello? Se sentía avergonzada, no solo por sentirse rechazada, sino también por haber hecho en voz alta aquella proposición.

En aquel momento se dio cuenta de que Pablo no estaba en casa. Miró el reloj que había sobre la mesita de noche: marcaba las diez y media pasadas. No era demasiado tarde, pero sí lo suficiente para que un padre responsable

ya estuviera en casa, acompañando a su hija pequeña, su única hija.

Cerró los ojos. Estaba cansada, cansada y confusa, aunque, sobre todo, seguía sintiéndose pequeña, pequeña en un mundo que era tan grande.

Sara abrió los ojos. La noche invadía la habitación y el resto de la ciudad. Miró el reloj y comprobó que eran las tres de la madrugada. La casa estaba en completo silencio, pero esperó que tanto Damián como Pablo ya estuvieran en la cama.

Estuvo a punto de girarse de nuevo e intentar volver a conciliar el sueño, pero no se sentía tranquila. Prefirió comprobar con sus propios ojos si su padre había llegado a casa. Lo cierto era que, aunque estaba acostumbrada a que llegara tarde y no en las mejores condiciones, seguía acostándose intranquila cuando él aún no había llegado. Por más que intentaba que aquello dejara de afectarle, le resultaba imposible. Era su padre, y eso nunca cambiaría. Se levantó despacio de la cama y sintió frío. Echó un rápido vistazo a la puerta que había junto a la suya y la encontró entornada. Aquella era la habitación de Damián. Se asomó al interior, tratando de ser sigilosa. Pudo verlo tumbado sobre la cama. Una fuerte respiración corroboraba su presencia. Estaba completamente dormido y parecía tranquilo. Sara respiró profundo; se sentía más segura ahora que sabía que su hermano estaba allí. Cerró la puerta y se encaminó hacia la siguiente, que estaba abierta de par en par. Antes de mirar ya supo lo que iba a encontrar. No se escuchaba ninguna respiración, nada; reinaba el más absoluto silencio. Su padre no estaba allí. Cuando dirigió su mirada hacia la cama, sus temores se vieron confirmados. Caminó casi a hurtadillas hasta la sala de estar, que se encontraba a tan solo un par de metros. La puerta estaba abierta y del interior emergía el sonido ronco y grave de una respiración agitada. Allí estaba él, tumbado sobre el sofá, con el brazo cubriendo sus ojos. Al menos aquella vez había sido capaz de quitarse los zapatos. Sara lo miró durante un segundo. Un sentimiento reinaba entre todos los demás: entre la rabia, la tristeza, la desilusión, la angustia estaba la tranquilidad. Incluso suspiró sin darse apenas cuenta. Verlo allí tumbado, aunque sus condiciones no fueran las óptimas, la hacía sentirse más relajada, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Al menos

aquella noche, su padre también dormiría en casa, aunque fuera en el sofá.

Sara caminó hacia su habitación y cerró la puerta con cuidado. Se tumbó en la cama y los muelles rechinaron bajo su peso. Quedaban menos de tres horas para que sonara el despertador y la devolviera a la realidad. Cerró los ojos y trató de dormirse.

CAPÍTULO 10

David secó su rostro con una vieja toalla y se quitó con cuidado la ropa empapada, hasta que solo quedó vestido con la ropa interior, de color negra. Al mirar su torso desnudo en el espejo, no pudo evitar pensar en Sara. Un oscuro y secreto deseo nació en su interior y lo hizo imaginar sus manos recorriendo ese torso.

Sacudió la cabeza para alejar esa imagen. Sara era la hermana de Damián y aquello significaba que era intocable. Su amigo nunca aprobaría que ninguno de sus amigos pensara en ella de esa forma.

Al tumbarse en la cama seguía pensando en ella. Todo sería más fácil si Sara no se hubiera convertido en una joven tan bella, tan deseable, tan atractiva. Cerró los ojos y se durmió enseguida.

CAPÍTULO 11

El miércoles y el jueves transcurrieron tranquilos. David aprovechó las mañanas para buscar trabajo. Preguntó en algunas tiendas que conocía y entregó algunos currículum. Cogió su coche, su querido Opel Astra de color negro, el cual tenía desde hacía ya muchos años y al que cuidaba casi como si fuera un hijo, y llegó hasta algunos de los barrios colindantes. Fue directo a bares y restaurantes, ya que aquel era el puesto que había ejercido durante más de cuatro años en Valencia. El tiempo anterior que había vivido en Madrid, solo había tenido trabajos puntuales en un almacén y en una fábrica; ninguno le había durado demasiado, puesto que al final siempre acababa encontrando formas más rápidas de conseguir dinero, aunque estuvieran al margen de la ley.

Cuando había tenido que dejarlo todo y marcharse a Valencia, su mundo entero se desmoronó y su percepción cambió. Empezar en una ciudad de cero, sin conocer a nadie y sin tener nada, lo hizo convertirse en una persona mucho más responsable. Gracias a su don de gentes, no le costó encontrar trabajo como camarero en un restaurante, hasta que se le presentó la posibilidad de trabajar en un *pub* por la noche. Durante más de dos años, aquella había sido su ocupación y lo cierto era que le había resultado una experiencia muy agradable. Le dio la posibilidad de conocer a mucha gente nueva, en especial a muchas chicas; chicas de todas las nacionalidades que, después de unas cuantas copas, habían estado encantadas de acompañarlo al pequeño apartamento que tenía alquilado cerca del bar. En unos meses, su nombre ya se conocía en algunos de los bares y discotecas más reconocidos de la ciudad. Su fama de galán y conquistador lo precedía. Pero de repente, una mañana, al despertar, se dio cuenta de que estaba cansado de aquella

vida. Pese a que le gustaba su trabajo y todo lo que ello conllevaba, lo cierto era que se sentía solo. Ni todas las copas, ni todas las mujeres bonitas, ni toda la cocaína, ni toda la gente que conocía lo hacía sentirse mejor. De alguna forma, una mañana de septiembre, David se hizo mayor y comprendió que no era feliz. Por la noche acudió a su trabajo y le comunicó a su jefe y amigo la decisión que había tomado. Necesitaba alejarse de ese David que creyó dejar olvidado en Madrid y que poco a poco estaba volviendo para recordarle que realmente siempre había estado ahí. Pese a la insistencia del dueño, no cedió y pocos días después abandonó el que había sido su trabajo por los últimos años. Se despidieron con un apretón de manos y con promesas que ambos sabían que no se cumplirían. Dejó el pequeño apartamento del centro y se marchó a vivir a una zona mucho más tranquila, cerca del mar. Consiguió un trabajo en una cafetería y retomó sus clases de boxeo y su afición por el deporte. Empezó a salir menos y a alejarse de todas las personas que podían hacerlo caer de nuevo en aquella vorágine de sexo y desenfreno. Le sorprendió lo poco que le costó desprenderse de todos ellos, incluso de las dos chicas que siempre estaban dispuestas a pasar una noche con él y a, en ocasiones, incluso, compartir su cama al mismo tiempo.

En esos últimos meses en Valencia, su vida transcurrió tranquila: pasaba casi todo el tiempo trabajando, aunque a veces le seguía apeteciendo tomarse alguna copa con los viejos amigos.

Un día se dio cuenta de que cada vez echaba más de menos su ciudad y el barrio en el que se había criado. Quizá necesitaba un poco de emoción en una vida que comenzaba a ser demasiado serena para él, o quizá eran las ganas de ver a todos los que había dejado atrás lo que de verdad le hacía querer volver, pero pensaba en Madrid casi cada noche antes de irse a dormir. Echaba de menos recorrer sus calles, sus edificios, su gente, su olor.

Había empezado a preguntarse, con demasiada asiduidad, si realmente aquella era la vida que quería. Sobre todo, una pregunta lo atormentaba y temía contestar, aunque conocía la respuesta: ¿era feliz?

Hasta que una mañana, al despertar, tomó la decisión que cambiaría su vida para siempre: volvería a su barrio, aunque en el fondo lo quisiera tanto como lo temía. Ahora, que apenas hacía un par de días que había vuelto, ya se sentía en casa, como si nunca se hubiera marchado. Desde su vuelta se sentía

más feliz de lo que se había sentido en los últimos años y le parecía que había merecido la pena dejarlo todo atrás, aunque solo fuera por poder disfrutar de esa mirada marina, que cada vez rondaba más por su cabeza.

CAPÍTULO 12

La lluvia había vuelto a gobernar la ciudad. Aquella mañana de viernes amaneció cubierta de nubes. El sol se resistía a aparecer; descansaba oculto tras un cielo gris. Sara miró el cielo y pensó en qué color escogería de su paleta de colores para dibujarlo. Apenas tendría que usar el color blanco, pues el cielo estaba realmente oscuro.

Apagó el cigarrillo y tiró la colilla en el cesto de basura de metal que había junto a la puerta del supermercado. Habían pasado dos días desde la última vez que había visto a David, y realmente le parecía que había pasado mucho más tiempo. Había sido una semana larga. Las horas se habían tornado eternas. No había hecho nada fuera de su rutina diaria.

Aunque el rechazo de David aún la escocía, en el fondo tenía ganas de verlo. Le gustaría saber tantas cosas de él que, si alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo, no sabría qué preguntas escogería de todas las que rondaban por su mente. ¿Qué le gustaba hacer más que nada en el mundo?, ¿qué lo hacía sonreír?, ¿cómo se imaginaba en diez años?, ¿a que temía, si es que temía a algo?, ¿qué lo hacía infeliz?

Al colocarse tras su caja Sara se dio cuenta de lo cansada que estaba en realidad; había semanas, como aquella, que se hacían cuesta arriba y que parecían que nunca acabarían. Estaba cansada no solo físicamente, sino también a nivel psicológico. Sentir casi todo el peso de la casa sobre sus hombros a veces se le hacía insoportable.

Pensó en Ana y suspiró. En decenas de ocasiones, incluso, había sido capaz de entenderla, aunque solo fuera durante un segundo; ella misma había pensado, a veces, seguir sus pasos, pero no se atrevía a hacerlo. Se preguntaba si aquella sería la solución a sus problemas. Si se iba, ¿sería feliz

al fin o su vida se complicaría aún más? ¿Era capaz de empezar de cero en un sitio donde nadie la conociera, dónde no tuviera una sola amiga con la que hablar al final del día? ¿Podría de verdad dejar solos a Pablo y a Damián?

Cuando terminó su jornada laboral aquel viernes, solo había una cosa que le apetecía hacer, incluso más que pintar.

La lluvia había parado al fin y parecía ofrecer una tregua a la ciudad. Las nubes se habían dispersado y no parecía que fuera a volver a llover en lo que quedaba de día.

Caminó hasta la parada de autobús, a la que iba siempre cuando le apetecía escapar. Estaba lo bastante lejos de su casa y del temor de encontrarse con ojos que la reconocieran. Se refugió en su música; siempre escuchaba música en español —le gustaban casi todos los autores y casi todos los géneros—, pero las que más le atraían eran aquellas canciones que hablaban de algo más que del amor.

Estuvo esperando más de veinte minutos hasta que al fin vio el gran vehículo de color verde acercándose despacio a la parada. Una anciana que esperaba junto a ella le sonrió y Sara le devolvió la sonrisa. A veces echaba de menos haber tenido alguna abuela o algún abuelo con el que hablar.

El autobús estaba casi vacío y se sentó al fondo, junto a la ventanilla. Colocó de nuevo sus auriculares y se concentró en la canción de rock español que sonaba a través de su teléfono móvil. Hablaba sobre canciones que empiezan en sí.

Le gustaba aquel momento. Se sentía tranquila, en paz; solo oía la música y nada más. Siempre deseaba que nadie se sentara en el asiento de al lado y así poder hacer todo el trayecto en silencio, a solas con sus pensamientos, a solas con ella misma.

Casi treinta minutos después, el autobús hizo su última parada. Aquella que esperaba.

Para ese momento eran pocas las personas que quedaban a bordo. En este caso, tan solo un hombre que, por su aspecto y por su maleta de cuero negra, parecía un hombre de negocios, y una mujer joven de cabello pelirrojo que portaba una pequeña maleta de mano de color gris. Los tres abandonaron el vehículo y comenzaron a caminar en la misma dirección.

El ruido allí era ensordecedor. Aquel lugar era un crisol de razas. A Sara le

gustaba sentarse allí y observar a todos los que iban y venían. Se imaginaba cuál sería su destino o su procedencia, le gustaba inventar historias sobre ellos. El hombre que hacía un viaje de negocios, la mujer que volvía casa, la familia que sonreía ilusionada ante el viaje que se avecinaba, los jóvenes que portaban una mochila y que no sabían dónde dormirían aquella noche. A ella le gustaba imaginar sus vidas. Cada uno tenía una historia que contar y le hubiera gustado poder escucharlas todas.

Se sentó sobre uno de esos asientos tan incómodos de plástico y subió el volumen de la música para aislarse del ruido exterior. Ahora simplemente se entretendría mirando a las personas que pasaban a su alrededor; aunque fuera extraño, aquello la relajaba y le ayudaba a desconectar en partes iguales.

Para cuando volvió a montarse en el autobús de regreso a casa, su mente estaba llena de pensamientos y de emociones que se entremezclaban. Siempre le sucedía lo mismo.

La noche se había hecho dueña de la ciudad y miles de luces brillaban desde todas partes, como si cada una fuera una historia. Y entre todas, allí, estaba ella, una historia más.

CAPÍTULO 13

Se miró al espejo una última vez y colocó el mechón rubio detrás de la oreja. Las ondas que se formaban por sí solas caían sobre sus hombros. Se perfiló los ojos con el lápiz de color negro, como siempre.

Se había puesto un vestido negro corto que se ajustaba a sus curvas, aunque estas no fueran demasiado pronunciadas. A diferencia de su amiga, Sandra no tenía mucho pecho, pero sus caderas eran casi perfectas: ni demasiado anchas, ni demasiado estrechas. Sus piernas eran largas y bonitas y ese vestido las estilizaba aún más. Se puso la gabardina de color caramelo que sus amigas le habían regalado por su último cumpleaños, hacía ya casi un año.

Damián estaba sentado en el sofá; tenía aún puesto el pijama y lucía una expresión adormilada.

¿A dónde vas? —preguntó cuándo ella pasó por la sala de estar.

—He quedado con mis amigas. —Sara se paró junto a la puerta.

Su padre estaba sentado sobre su sillón favorito y dormitaba.

Damián la miró. Una expresión de cariño siempre se colaba en sus ojos cuando la observaba, aunque a veces trataba de negarlo.

—Yo también he quedado con estos más tarde. Hoy celebramos a lo grande la vuelta de David.

Sara sintió que su corazón comenzaba a latir más deprisa. Escuchar su nombre en los labios de su hermano la hizo sentirse extraña, incluso casi como si lo traicionara. Se limitó a asentir, como si no le importara demasiado, y trató de mostrar indiferencia.

—Ah, sí, lo vi el otro día. ¿Adónde iréis?

Damián volvió a mirar el televisor y se encogió de hombros.

—Nos quedaremos por el barrio, supongo.

—Me voy. —Se despidió.

Era una noche fría de marzo; de un marzo que estaba a punto de terminar y que daría paso a abril, el mes de las flores, el mes de las promesas incumplidas.

Se encontró a Sandra apoyada sobre un banco, fumándose un cigarrillo. Llevaba una chaqueta negra que dejaba al descubierto lo corta que era la falda roja. Se había dibujado ondas en el largo pelo moreno y se había maquillado mucho, como siempre. Todo resaltado por el pintalabios rojo que siempre usaba cuando salía de noche. Pese a que Sara le gustaba, ella nunca se pintaba los labios de ese color, pensaba que no era para ella.

Besó la mejilla de su amiga cuando llegó a su lado y sonrió.

—Estás muy guapa —dijo mientras pensaba en que quizá, algún día, comprendería que no necesitaba tanto maquillaje para serlo.

—Tú también. —Sandra la miró sonriente; el *piercing* negro brillaba bajo la luz de la farola—. Gema nos está esperando en el bar de Kike.

El bar de Kike era el bar que más frecuentaban del barrio. El chico rondaba la cuarentena, pero seguía conservando aquel encanto canalla que siempre lo había hecho irresistible. Trabajaba en bares desde que ellas tenían uso de razón, y verlo detrás de una barra, con su eterna sonrisa y con sus brillantes ojos castaños, las había hecho sonreír en cientos de ocasiones. Los viernes y sábados por la noche el bar siempre estaba atestado de gente, tanto que era difícil incluso entrar.

Las chicas tuvieron que esquivar varios codos perdidos y sortear a varios hombres mayores que apenas conseguían mantenerse en pie. Sara pensó en que su padre algún día sería como ellos.

Encontraron a Gema apoyada en la barra; había conseguido abrirse hueco y sostenía una copa de cerveza en la mano.

Las chicas se saludaron con cariño, como viejas amigas que hace mucho tiempo no se ven, aunque lo hicieran muy a menudo. Las tres eran amigas desde hacía mucho tiempo. Sandra y Sara se conocían desde el colegio y Gema se había unido a ellas en los años del instituto; a partir de ese momento, las tres habían sido inseparables. No había nada que pudiera interponerse entre ellas o al menos eso pensaban sus cabezas de veinteañeras.

Gema era alta, más que ninguna de sus amigas, por eso casi nunca llevaba zapatos de tacón. Tenía el pelo castaño, con bonitos reflejos caoba, que caía rizado sobre sus hombros. Tenía los ojos de un tono grisáceo. Era una chica normal, sin nada que llamara en exceso la atención. Estaba delgada, muy delgada, y su delgadez quedaba implícita bajo sus pantalones vaqueros desgastados. Era divertida aunque también tranquila. Su padre trabajaba en un taller mecánico desde hacía más de treinta años, y su madre limpiaba en un colegio del barrio. No tenía hermanos, nunca los había echado de menos. Aunque su familia siempre pasaba por apuros económicos, como casi todos en aquel barrio, siempre había sido una chica feliz con unos padres que la querían y cuidaban.

Gema pidió dos cervezas más para sus amigas y las tres brindaron entre risas. Cada noche era una nueva aventura. Cuando se marchaban de casa se abría ante ellas un espacio del que nada se sabía y del que quedaba todo por descubrir.

Sara miró alrededor: el bar estaba lleno casi hasta la bandera. Apenas podía ver a Kike que iba de un lado a otro sin parar, sirviendo cervezas a diestro y siniestro.

Por un momento parecía que todo el mundo era feliz. Los viernes la gente solía sentirse así. Junto a ellas, apoyados en la barra, había un hombre y una mujer, de unos cincuenta años, aunque parecían mayores. Apenas habían cruzado dos palabras desde que habían entrado en el bar. Estaban demasiado ocupados bebiendo de sus enormes jarras de cerveza, que no estaban vacías en ningún momento. Su aspecto demacrado y envejecido, corroborado por sus sonrisas —que apenas conservaban algunos dientes—, hacían pensar que aquel era su entretenimiento en la vida, quizá el único, y a juzgar por lo que se veía, debía serlo desde hacía mucho tiempo.

Tras ellos había dos chicos de unos veinte años; tenían el pelo cortado de una forma peculiar y lucían varios tatuajes en sus brazos, descubiertos. Junto a ellos había un niño; aunque no debía de tener más de cinco años, su aspecto no distaba mucho del de los adultos. Niños que criaban niños.

Las pequeñas mesas redondas, gobernadas por sillas negras, estaban todas ocupadas. En una de ellas había cuatro hombres que jugaban a las cartas en su partida diaria. Todos tenían la piel morena y curtida del trabajo en la obra,

seguramente aún no habrían llegado a las casas, donde sus mujeres estarían esperándolos, o quizá ya se hubieran cansado de hacerlo hacía tiempo.

En otra de las mesas había una mujer sola. Tenía el pelo sucio, su ropa era vieja, bebía sola: no le hacía falta nada más. Hacía mucho tiempo que había dejado de importarle la soledad, la que se había convertido en su fiel e inseparable compañera.

Sara los miró a todos y a cada uno de ellos, a las personas que, como ella, estaban en aquel preciso instante en el mismo lugar. Se preguntó a sí misma si habría algo que los uniera a todos ellos, si habría algún punto de conexión; al fin y al cabo, pese a todos los sitios que existían en el mundo, habían decidido estar en aquel lugar en el mismo minuto. A veces le gustaba imaginar la vida que había detrás de las personas, pues tras cada mirada, tras cada rostro, tras cada mano había una historia que contar.

Aquel bar estaba lleno de historias que hubieran querido ser escuchadas, historias que nadie hubiera querido conocer jamás, historias que harían sonreír y otras que harían llorar; todos formaban parte del mismo todo.

La noche transcurría como cualquier noche de viernes, entre risas, anécdotas, bailes y conversaciones que no cesaban. Hacía tiempo habían dejado el bar de Kike y ahora tomaban una copa en el *pub* del barrio que más frecuentaban. Se llamaba Amnesia y allí se sentían como en casa. Hacía bastante tiempo que acudían a ese lugar, incluso antes de cumplir la mayoría de edad, y siempre coincidían con las mismas personas. Poco a poco habían entablado relación con la mayoría de ellos y las conversaciones se sucedían con frecuencia.

La música las envolvía y también las voces de las decenas de personas que, al igual que ellas, se divertían en aquella noche de primavera.

Estaban de pie, en el mismo lugar de la barra de siempre, y se contoneaban al ritmo de la música pop. Sara bebió de su copa de vodka con limón. Sentía cómo las miradas se clavaban en ella; era algo que le sucedía desde que era solo una niña. Siempre había sido bella y aquello hacía que los hombres la contemplaban al pasar. Estaba tan acostumbrada que, desde hacía tiempo, apenas reparaba en ello.

De repente la puerta se abrió. A lo largo de la noche se había abierto en

multitud de ocasiones, pero esta vez fue diferente. Sara pudo sentirlo antes siquiera de verlo.

Allí estaba David, caminaba tras su amigo Damián. Estaba radiante, con una sonrisa implícita en los labios. No la vio, o al menos no la miró. Atravesó el bar hasta llegar a la barra, casi en el extremo opuesto de donde ellas se encontraban. Eran muchos los que se giraban a mirarlo, le sonreían y le hablaban, posiblemente dándole la bienvenida por su vuelta. Sara no podía dejar de mirarlo, estaba realmente guapo aquella noche. Se había vestido con una camisa negra de manga corta, que dejaba al descubierto sus tonificados brazos y el gran tatuaje que cubría uno de ellos, y un pantalón vaquero, que le quedaba perfecto. Sonreía a todos sin parar mientras estrechaba manos y besaba mejillas. Los ojos de varias chicas se iluminaron al verlo; lo entendía perfectamente, a ella también le había sucedido. Vio a algunas que se acercaban a hablar con él, ella no iría en su busca. Aún se abochornaba pensando en la invitación que él había rechazado; además, nunca había ido detrás de ningún chico y aquella no sería la primera vez

Aun así, no podía dejar de contemplarlo. Lo hacía de soslayo, sin que pudiera darse cuenta. Aún no había mirado en su dirección ni una sola vez, y se preguntaba si la habría visto y estaba disimulando o si aún, a causa de la oscuridad que cubría el lugar y de las personas que lo arrollaban, no la habría visto en realidad.

Damián parecía eufórico. Nada más llegar a la barra había pedido varias copas y brindaba con sus amigos. Parecía feliz, mucho más que en los últimos años, y Sara se alegró por ello. Aquel era el efecto que David provocaba en la gente. Su hermano lo adoraba, y ella hacía mucho tiempo que también.

—Mira quién ha venido. —Sandra le habló al oído.

Miraba fijamente a Damián y una sonrisa también había aparecido en su rostro. Él tenía el mismo efecto en ella que David en Sara.

Siempre le había gustado y siempre había existido un coqueteo entre ellos que, hasta el momento, no había llegado a más y era probable que nunca lo hiciera.

La joven comenzó a caminar en su dirección y Sara trató de impedírselo, sin suerte. La siguió con la mirada y, en cuestión de segundos, había

conseguido un lugar privilegiado entre los chicos. Damián le sonrió, la abrazó y la besó en la comisura de los labios. David también la besó en ambas mejillas.

El chico miró alrededor y alzó una mano en alto cuando la vio vigilándolo desde la distancia. Sara sintió que se ruborizaba: la había descubierto mirándolo fijamente. Imitó su gesto y se giró hacia su amiga Gema, que bailaba ajena a todo.

CAPÍTULO 14

Cuando David vio a Sandra, entendió enseguida que Sara debía de estar cerca y comenzó a buscarla entre la multitud.

Al fin la encontró. Estaba al final de la barra, apoyada en ella, sostenía una copa en las manos y lo estaba mirando. David sonrió. Estaba espectacular con ese vestido negro, pero le pareció que estaba muy seria. Lo ignoró enseguida girándose hacia su amiga.

David cogió la copa que Damián le tendía y bebió un largo trago de whisky con cola. Sandra seguía allí, coqueteaba con su amigo y él parecía seguirle el juego. Miró a Sara otra vez. Estaba de espaldas a la barra y a él mismo y se contoneaba al ritmo de la música. David se quedó embelesado mirando su contoneo. No solo era preciosa, sino que, además, era realmente sensual. Bebió un nuevo trago de su copa y comenzó a caminar hacia ella. De repente anheló poder estar cerca de esa cintura, que tan bien se movía. Tan solo había dado unos pasos cuando una chica se colocó frente a él y frenó su avance.

Aquella chica había estado en el asiento trasero de su coche en un par de ocasiones. Estaba tan guapa como siempre, y sus ojos verdes resplandecían.

—Así que has vuelto. —Ella lo miró con intensidad y David comprendió enseguida lo que estaba pensando.

Sonrió y la besó en la mejilla. Se sorprendió al pensar en aquellas noches de verano en que habían compartido la más absoluta intimidad. Recordó el tacto de su pecho bajo sus manos, lo suave que era su piel, sus besos apasionados.

—Eso parece —respondió juguetón. Ella le había cogido ambas manos y lo miraba coqueta.

Le dijo algo, pero, debido al ruido ensordecedor, no pudo escucharla. Vio por casualidad cómo Sara se dirigía hacia la puerta. Enseguida pensó en

marcharse tras ella, pero su acompañante se lo impedía.

—¿A dónde vas tan deprisa?, tenía ganas de verte —le dijo en un tono tan sugerente como lo era ella misma.

David sonrió de medio lado. Su parte de galán comenzaba a hacer aparición.

Ella había dejado de acariciar sus manos y las había colocado sobre sus hombros. Estaba a tan solo unos centímetros de su rostro y era evidente que trataría de besarlo en cualquier momento. David la miraba fijamente y, sin poder evitarlo, su mirada se posó en sus labios, pintados de rojo. Ya no recordaba el sabor de esos labios, tenía ganas de volver a probarlos.

Casi estaba a punto de lanzarse hacia ellos cuando la imagen de Sara cruzó por su mente. No entendía por qué pensaba en aquella chica de la que apenas sabía nada. Lo cierto era que nunca la imagen de una persona había volado tantas veces hasta su mente.

Besó en la mejilla a la joven, que se quedó contemplándolo con expresión de asombro mientras él se dirigía a la calle.

Cuando consiguió esquivar a las personas, que lo saludaban y entorpecían su camino, llegó a la calle y la vio. Estaba sola fumándose un cigarrillo. Estaba a punto de acercarse cuando lo vio.

Un chico rubio que lucía un corte de pelo muy peculiar estaba junto a Sara. No podía escuchar lo que decía, pero ella reía a carcajadas. El chico parecía conocerla bien, demasiado bien, pues su forma de tocarla era muy íntima. La abrazaba con confianza y Sara parecía cómoda entre sus brazos. Le bastó unos minutos para darse cuenta de que entre ellos había algo especial.

Volvió dentro del bar, donde la joven de ojos seductores seguía esperándolo. David caminó hacia ella y, cuando llegó a su lado, la besó sin pronunciar ni una palabra. Fue un beso furioso, pues de repente sentía rabia en su interior y algo le decía que era el resultado de haber visto a Sara en compañía. Unos instantes después, se iba del bar acompañado por la chica de labios rojos. Sara ya no estaba fuera, debía de haberse marchado con el chico de cabello rubio.

Sara miró el reloj. Eran las tres y veinte de la madrugada cuando abandonó el

vehículo en el que viajaba de copiloto. Mateo, su compañero de trabajo, se había ofrecido a llevarla a casa y, aunque al principio se había negado, finalmente había aceptado.

Sandra se había quedado charlando con Damián, y Gema se había marchado con el que era su pareja desde hacía casi una vida.

Mateo había aparecido por casualidad en el *pub*. Él también solía frecuentarlo y habían charlado durante unos minutos. Se había reído mucho con él, como le sucedía siempre, y al final se había ofrecido a llevarla pese a que su casa estaba cerca. Lo cierto era que en aquel momento solo le apetecía meterse en la cama. Había visto a David acompañado por una chica morena y había sentido unos celos irrefrenables. Había visto cómo la miraba y cómo ella lo tocaba, y parecía evidente cómo habría de terminar la noche para ellos.

Al meterse en la cama comenzó a atenazarla un fuerte dolor de cabeza. No podía dejar de pensar que en aquel momento David estaría con esa chica. La había visto en cientos de ocasiones, puesto que también era vecina del barrio y sabía que a veces salía de fiesta con David y con sus amigos. Era evidente que no era la primera vez que ambos pasaban la noche juntos. Ambos eran guapos y tenían más o menos la misma edad; eran la pareja perfecta.

El tiempo transcurría, pero ella no podía dormir; el pensamiento de que estarían juntos en algún lugar le oprimía las entrañas. El sueño la había abandonado y no parecía querer volver.

De repente escuchó la puerta de la calle cerrarse y se levantó de un salto de la cama; aunque no sabía cómo, trataría de averiguar, por mediación de Damián, cómo David había acabado la noche.

—Hola, hermanita. —Estaba apoyado contra el frigorífico y se tambaleaba ligeramente: sin duda, estaba ebrio.

Sara lo miró y se preguntó cómo encarrilaría la conversación.

—¿Has llevado a Sandra a casa?

—Se marchó hace un par de horas, al poco de que tú te fueras. —Comía despacio un dulce que parecía de canela.

—¿Con quién se fue?

—Con Santi, él la llevo a la casa antes de irse a la suya. —Damián seguía absorto en su labor.

—Creí que quizá se habría ido contigo. —Cogió un vaso y lo llenó de agua,

como si eso pudiera infundirle valor—. O con David. —Pronunció su nombre tratando de que fuera casual, pero lo hizo con demasiado énfasis, aunque Damián no lo advirtiera.

La miró y lanzó una carcajada.

—¿Por qué demonios iba a irse con David?

Sara se encogió de hombros y bebió de su vaso de agua.

—Los vi hablando juntos y no sé, ya sabes cómo es Sandra.

—Sí, pero no tiene nada que hacer con David.

Sara sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Por qué? —Damián siguió comiendo sin responder—. ¿Por qué dices eso? —insistió ella.

—Porque Sandra es una niña. Además, David estaba demasiado ocupado.

Sara sintió que se le paraba el pulso.

—¿Ocupado?

—Se encontró con Paula —respondió su hermano mientras comenzaba a caminar hacia el pasillo—. Y digamos que Paula es irresistible. —Sonrió con picardía—. Por no decir otra cosa. —La besó en la frente—. Hasta mañana, hermanita.

Sara se quedó parada en mitad de la cocina sin poder mover ni un solo músculo. Su hermano acababa de romperle el corazón y ni siquiera lo había notado. Le dolía que David se hubiera marchado con otra chica, pero le dolía más que Damián hubiera usado la palabra niña para referirse a Sandra. Así era cómo ella siempre se había sentido frente a David y ahora su hermano acababa de corroborárselo.

Tardó varios segundos en reaccionar y en volver a su cama. Sin poder evitarlo unas lágrimas afloraron en su rostro y cayeron sobre su almohada. Le dolía pensar que él estaba en otros brazos, pero, sobre todo, que ella nunca ocuparía ese privilegiado lugar.

Unos minutos después, el sueño fue a buscarla por fin.

CAPÍTULO 15

David abrió los ojos. El sol se colaba reptando por la ventana. Le dolía ligeramente la cabeza y tenía un sabor amargo en la boca. No sabía cuántas horas había dormido, pero, a juzgar por el dolor que se había instalado tras sus ojos, no debían de haber sido muchas.

Le costó unos segundos enfocar la vista y que la luz no le dañara los ojos. Y entonces, lo recordó. Aquella noche no se había marchado solo a casa.

Miró a su lado en la cama y comprobó que estaba vacía. Se incorporó y miró alrededor: no había rastro de ella. Empezaba a pensar que no había sido más que un sueño cuando la vio. Estaba en el pasillo. David la miró y murmuró una maldición. Sintió algo similar a la culpa que le atravesó las entrañas.

Paula se asomó a la habitación y le sonrió desde la puerta. Estaba completamente vestida y, pese a que estaba despeinada y que el maquillaje casi había desaparecido por completo, seguía siendo igual de hermosa y de sensual.

—Buenos días —le dijo con su dulce voz.

David sonrió aunque sin ganas.

—¿Te vas? —preguntó sin levantarse de la cama.

—Sí, me voy a casa. Siento si te he despertado.

El chico negó con la cabeza.

—Llámame cuando quieras. —Le lanzó un beso desde la puerta y se alejó por el pasillo. Unos segundos después, se escuchó la puerta de la calle.

David se tumbó de nuevo en la cama. Lo cierto era que Paula era una chica simpática, guapa, sensual, apasionada y siempre sabía cuándo marcharse, pero aun así ese sentimiento de culpa no dejaba de atormentarlo.

Podía haber disfrutado de ese momento en que los recuerdos aún estaban tan nítidos. Podía recordar casi cada caricia y todo lo que había pasado esa noche bajo aquellas sábanas. Había sido una aventura salvaje, perfecta, pero él no se sentía bien. No estaba feliz, sino todo lo contrario. Se sentía un traidor y, sobre todo, sentía que se había traicionado a sí mismo.

Aunque fuera extraño sabía por qué se sentía así y, por si le quedaba alguna duda, la imagen de ella no dejaba de atormentarlo. Sara estaba allí, alojada en su cerebro, y aunque era otra la mujer que había dejado su aroma en las sábanas, era ella la que ocupaba su mente.

Se dio la vuelta en la cama y volvió a quedarse dormido.

Cuando volvió a despertar eran casi las cuatro de la tarde. Se despertó en la cama. El dolor de cabeza había desaparecido y dejó, en su lugar, un ligero murmullo. Miró alrededor. Pese a que hacía varias horas que Paula se había marchado, su aroma aún seguía mezclado con las sábanas. David se llevó la mano a los ojos y negó con la cabeza. Seguía teniendo aquel extraño sentimiento de culpabilidad, pero había algo más: no podía quitarse de la cabeza la imagen de Sara abrazada a ese chico. Pensó que quizá aquella noche volvería a verla y, pese a todo ese pensamiento, lo hizo sonreír.

CAPÍTULO 16

Pese a que la noche anterior apenas había conseguido conciliar el sueño y a que estaba realmente cansada, agradecía que hubiera tantos clientes en el restaurante, así su mente estaba ocupada, así no pensaba en David y en esa chica de cabello moreno y de sensuales ojos verdes.

La cocina había cerrado hacía escasos minutos y ya solo le quedaba comer y marcharse a casa. Estaba deseando alcanzar su cama y dormir una eternidad.

Pedro, el dueño del pequeño restaurante y, por ende, su jefe, se acercó hasta ella con una gran sonrisa. Era un hombre alegre y risueño, todo lo contrario al encargado del supermercado, y Sara estaba realmente agradecida por ello.

—Cuando quieras puedes sentarte a comer, te lo mereces. —Pedro le rozó el brazo con ternura y Sara sonrió.

Tenía casi setenta años, pero la vitalidad de una persona mucho más joven. Poseía aquel restaurante desde hacía muchos años. Anteriormente, había sido de su padre y antes, de su abuelo. Su mujer trabajaba en la cocina y era una gran cocinera. Sara nunca había probado una lasaña de verduras mejor que la que aquella mujer, despierta e inquieta, preparaba.

Se sentó sola en una mesa que estaba junto a la ventana mientras la mujer de Pedro, Fátima, le servía los espaguetis con albahaca y tomate. Estaban deliciosos.

Se marchó a casa, sobre las cinco de la tarde, agradeciendo que esa noche no tendría que atender el turno de cenas; estaba exhausta.

Cuando llegó a casa, su padre estaba tumbado en el sofá. El televisor estaba

encendido, pero él parecía dormido. Sara se acercó hasta él. Un leve ronquido escapaba de su vieja garganta, demasiado gastada para un hombre que era mucho más joven de lo que aparentaba. Un cenicero lleno de colillas estaba sobre la mesa y, junto a él, un par de latas de cerveza vacías.

La joven lanzó un suspiro y comenzó a recoger la basura. Mientras caminaba hacia la cocina pensó en él. No siempre había sido así. Cuando ella era solo una niña, la había cuidado y protegido, y por ese motivo sentía un gran amor hacia él.

Sara volvió a la sala de estar y se quedó mirándolo durante varios segundos. Su pelo estaba despeinado, revuelto en una maraña de color castaño oscuro; apenas tenía canas que ensombrecían su cabello, demasiado abundante para su edad. Podría haber sido bonito si lo hubiera cuidado un poco más. Su ropa estaba demasiado vieja, nunca quería comprarse nada nuevo y, aunque Sara le regalaba alguna vez algún *jersey* o algún pantalón nuevo, él constantemente usaba el mismo. Casi siempre vestía con un pantalón vaquero desgastado y con un *jersey* de color azul marino un tanto descolorido. Sus manos, hacía mucho tiempo, habían adquirido un color amarillento en los dedos, a causa del tabaco, y estaban encallecidas. Durante muchos años, desde que era muy joven, había trabajado conduciendo un camión y encargándose de descargar el material pesado que portaba; aquel era el motivo por el que sus manos lucían tan desgastadas. Sara tenía más o menos once años cuando él había dejado de trabajar. La empresa había quebrado y desde aquel momento había comenzado su declive. Durante algunos años siguió realizando trabajos esporádicos, pero hacía un tiempo la edad y el deterioro habían provocado que nadie quisiera contratarlo y que él pasara cada vez más y más horas en el bar.

La joven lo miró y analizó su rostro. Tenía unas facciones atractivas, y sus rasgos eran similares a los de Damián. Sus ojos eran muy parecidos, pero los de Pablo eran más pequeños y parecían vacíos, incluso tristes. No era demasiado alto y estaba muy delgado. Ella insistía una y otra vez en que comiera más y, sobre todo, en que bebiera menos, pero nunca conseguía que su padre la escuchara. Aquello iba minando la voluntad de la joven, que cada vez imitaba más el comportamiento despreocupado de su hermano.

Ella solo tenía trece años cuando Ana, su madre, se había marchado y desde

aquel momento su padre había sido el único referente paternal que su hermano y ella habían tenido, y lo cierto era que nunca había estado a la altura.

Sara lo miró una última vez y sintió una punzada de dolor. Aquel hombre no era lo bastante fuerte como para aguantar la presión de un mundo que nunca había sido fácil para ninguno. Sara, en cambio, sí que gozaba de esa fortaleza y, en ocasiones, se preguntaba de quién la habría heredado.

No vio a Damián, ni lo escuchó, pero la puerta de su habitación estaba cerrada; supuso que estaría durmiendo. Sintió una oleada de ira. Ella trabajaba casi todos los días mientras Damián disfrutaba de una vida tranquila y ociosa en la que hacía cuanto quería cuando quería. No le faltaba el dinero, pero todos sabían cómo lo ganaba. El narcotráfico a pequeña escala y la venta de artículos robados eran su sustento.

Sara temía que alguna vez su condena fuera mayor que pasar una noche en el calabozo o que una sanción; temía perderlo y quedarse aún más sola de lo que ya estaba.

CAPÍTULO 17

Cuando se despertó eran casi las ocho y la tarde había traído una lluvia débil con ella. Llovía casi sin ganas. Así era cómo ella se sentía: como la tarde, que avanzaba cansada.

Se levantó de la cama. Su padre no estaba en casa. Supuso que habría bajado al mismo bar de siempre y que estaría ahogando su soledad en alcohol. Damián estaba sentado en el sofá y veía una película del oeste en el televisor.

—Hola, bella durmiente —dijo cuando la vio aparecer.

Sara no pudo evitar sonreír. Pese a la forma de ser de su hermano, de su irresponsabilidad y de su locura, ella sabía que escondía un corazón puro que estaba herido. Quizá por eso Damián era como era: porque su corazón estaba triste. Se sentó junto a él.

La verdad es que era muy guapo, ella siempre lo había creído; desde que era solo un niño, su cabello rubio y sus ojos verdes habían conquistado a todas las niñas del barrio. Entendía a la perfección que Sandra se sintiera atraída por él, y no era la única.

—Hola —susurró.

Se recostó en el sofá y sin querer, pero sin poder evitarlo. La imagen de David volvió a su mente.

—Hermanita, te has quedado embobada —dijo su hermano mientras sonreía. Sara lo miró y trató de sonreír—. En qué estarás pensando... —El joven se estiró y encendió un cigarrillo.

Ella sintió que se ruborizaba. Si su hermano supiera en qué estaba pensando, se molestaría, estaba segura de ello. Una cosa era que supiera que cuando era una niña se sentía atraída por David; en aquella atracción solo

había ingenuidad, pero ahora era distinto. Ahora eran dos adultos y lo que Sara sentía cuando lo miraba era un deseo carnal, un deseo real, un deseo que Damián no entendería.

—¿No sales hoy? —preguntó mientras daba una calada a su cigarro.

Sara lo miró y se encogió de hombros.

—No he hablado con mis amigas. Estoy cansada, creo que me quedaré en casa.

El chico apoyó una mano sobre su hombro.

—No puedes quedarte en casa un sábado por la noche. Yo, con tu edad, me comía el barrio. —Lanzó una carcajada—. Nunca me quedaba un sábado en casa.

Sara lo miró y sonrió. No dijo nada, pero pensó que su hermano nunca había sabido en realidad lo que era estar cansado.

—Yo he quedado con David en un rato. Si quieres, puedes venirte a tomar una cerveza.

La chica sintió que se le aceleraba el pulso. Lo miró sin saber qué contestar. Era una ocasión única para estar con David y para conocerlo un poco más; a decir verdad, para conocerlo, pues era muy poco lo que sabía de él. Pero al mismo tiempo se sentía incapaz de compartir ese momento con Damián. Estaba segura de que se notaba el deseo en sus ojos cuando lo miraba, y no quería que su hermano se diera cuenta. Además, estaba lo de la noche anterior. Y si él acudía con aquella chica, ¿qué haría en ese caso?

Damián chascó los dedos delante de ella, como tratando de despertarla de su ensoñación.

—Vale —dijo de prisa, y nada más decirlo se arrepintió. Había salido de sus labios sin pasar antes por su cabeza.

El chico asintió, apagó el cigarro en el cenicero y se puso de pie.

—Hemos quedado a las nueve en el bar de Julián, así que tienes poco tiempo para prepararte.

Sara se quedó mirándolo, sin articular palabra, pensando en lo que acababa de hacer. Había concertado una cita con su hermano y con el chico que le había robado el corazón muchos años atrás. Sonrió. Al fin y al cabo, era una oportunidad perfecta para estar con él.

Buscó su teléfono móvil en la habitación y marcó el número de Sandra.

Siempre sería más fácil si su mejor amiga acudía con ella, se sentiría más segura. Además, ella también agradecería poder pasar un rato con Damián.

—Hola, guapa. —La voz de su amiga contestó al otro lado. Parecía adormilada.

—Hola, nena —carraspeó—. No vas a creer lo que ha pasado —dijo, sintiéndose como una adolescente que ha quedado con un chico por primera vez. Nada más decirlo se sintió estúpida. Ella tenía experiencia con los hombres, había tenido más de un amante y siempre había sido valiente y segura con ellos. Pero ¿qué le pasaba con aquel chico?

—Cuéntame. —Sandra parecía muy interesada.

—Mi hermano me ha ofrecido ir a tomar algo con él y con David esta noche.

Esperó unos segundos a escuchar la respuesta de su amiga, sintiendo que su corazón se había acelerado tan solo al pronunciar su nombre.

—Vaya, ¡eso es genial! —Sandra parecía ilusionada—. A ver si te lo tiras de una vez por todas.

Sara sonrió ante el descaro de su amiga.

—Me preguntaba si querrías venir conmigo. Seguro que a ti también te gusta la idea de estar con Damián.

Sandra lanzó una risotada.

—¿Esperas que os acompañe cuando estéis en la cama? —Rio de forma histriónica—. Es broma. Ya sabes que siempre estoy dispuesta a pasar un rato con tu hermano. —Suspiró dramáticamente y a Sara la hizo sonreír—. ¿A qué hora habéis quedado?

—A las nueve en el bar de Julián.

—Puf..., yo no puedo ir tan pronto. Es el cumpleaños de mi tía y han venido a casa a cenar. Ya sabes, un coñazo, pero mi madre no me va a dejar que me vaya antes ni de broma. —Sara lanzó una maldición—. Iré en cuanto pueda. Espero que aún estéis juntos.

—Claro, llámame cuando puedas venir.

—Lo haré. Y ya sabes: ponte un conjunto de ropa interior bonito y, sobre todo, sexy. —Sandra reía a carcajadas y Sara no pudo evitar imitarla. Colgó el teléfono sin borrar la sonrisa. Su amiga siempre la hacía sonreír.

Eran casi las ocho y media: tenía menos de media hora para pensar en cómo

iba a ir vestida y maquillada. Era la primera vez que quedaba directamente con David y estaba nerviosa; más que eso, estaba realmente histérica. Notó que hasta le temblaban las manos y, pese a los nervios que la atormentaban, una sonrisa asomaba en sus labios. Tenerlo tan cerca, hablar con él, conocer algo sobre su vida era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

CAPÍTULO 18

David llegó al bar de Julián un poco antes de las nueve. Entre las cualidades de su amigo, no se encontraba la puntualidad, así que suponía que aún tardaría un rato en llegar. Se sentó en un taburete junto a la barra y saludó a Julián, que estrechó su mano con fuerza. Le sirvió un botellín de cerveza sin que tuviera que pedirlo.

—Qué solo vienes hoy —dijo mientras él también abría un botellín y bebía de él casi con ansia.

—He quedado con Damián.

—Entonces, te tocará esperarlo un buen rato. —Ambos rieron.

Cuando abrió el segundo botellín de cerveza, el reloj ya pasaba de las nueve. El bar estaba casi vacío, a excepción de dos hombres que se encontraban en el otro extremo de la barra tomando un vino. David los conocía del barrio, los veía por la calle y, sobre todo, los veía en ese mismo bar, pero apenas había cruzado unas cuantas palabras en su vida con ellos. En verdad, tenían poco sobre qué hablar.

Salió a la calle y encendió un cigarro. Estaba lloviendo. Era una lluvia fina y delicada que calaba, pese a que parecía no mojar. Hacía frío aunque abril estaba a punto de hacer su aparición.

Cuando volvió al interior el reloj marcaba las nueve y veinte. Supo que la puerta se abría por qué el aire llegó hasta él. Apuró el último trago, seguro de que era Damián. Estaba dispuesto a reprenderlo por lo tarde que llegaba. Se giró y su amigo estaba allí, de pie, sacudiendo su chaqueta sintética de cuero marrón. David sonrió. Comenzaba a dirigirse a él, en un fingido tono ofendido, cuando la vio.

Era como si la luz acabara de entrar en el oscuro bar. El chico se quedó sin

palabras, con todo el significado de lo que aquella frase conllevaba. Las palabras murieron en sus labios, ahora solo podía mirarla.

Estaba detrás de Damián, pero en aquel instante era como si su amigo hubiera desaparecido. Podía ver los brillos dorados que reflejaban su cabello mojado; sus ojos eran felinos; sus labios, de un suave tono rosa, y estaba vestida con una gabardina de color caramelo.

Damián se acercó hasta él y le dio un fuerte manotazo en la espalda. David apenas lo miró.

—Sí, llegó tarde, pero que conste que ha sido culpa de ella.

Él seguía mirándola. No importaba que llegaran tarde. No hubiera importado que se retrasaran dos horas si era ella la que provocaba la tardanza. En aquel momento le hubiera perdonado cualquier cosa. Hubiera esperado toda una vida por ella.

Sara se acercó despacio y, cuando al fin llegó junto a él, sonrió. David la imitó. Bajo esos ojos tan arrebatadores, se sentía inseguro.

—Hola. —Y le pareció que ese sonido no era el de su propia voz.

Sara sonrió y lo besó en ambas mejillas. Menos mal que había tomado ella la iniciativa porque él se sentía incapaz de hacerlo.

Damián parecía ajeno a todo. Estaba hablando con Julián y aquello lo hacía sentirse un poco mejor. No hubiera soportado que su mejor amigo se diera cuenta de la forma en que miraba a su hermana.

Cogió su taburete y lo extendió hasta ella, que se estaba quitando el abrigo y dejando al descubierto un *jersey* negro.

—Siéntate si quieres.

—Vaya, qué servicial te has vuelto. —Escuchó la voz de Julián, que servía otros tres botellines y sonreía. Y había algo tácito en ese gesto, como si supiera un secreto que no quería compartir con él.

David se apoyó en la barra y apuró la cerveza casi de un trago. Se le había secado la boca.

—¿Cuántos llevas ya? —Su amigo le sonreía mientras se sentaba en un taburete.

—Casi he perdido la cuenta —bromeó y consiguió olvidar, durante un segundo, que ella estaba allí.

La miró: estaba sonriendo y, al verlo, casi se sintió poderoso.

—Sara, qué sorpresa que hayas venido —dijo, sintiendo que recuperaba poco a poco, y ayudado por la cerveza, la confianza en sí mismo. Ella lo miró.

—Sí, bueno, la verdad es que hoy no tenía pensado salir.

—Bueno, me alegro de que al final hayas decidido venir —dijo con total sinceridad, mirándola directamente a los ojos y tratando de ver algo especial en ellos, pero no le pareció percibir nada en aquella mirada gatuna.

Sara tan solo asintió.

CAPÍTULO 19

Sara dio una calada a su cigarrillo. Habían transcurrido tan solo unos minutos desde que habían llegado al bar, pero estaba nerviosa. Ver a David la había tensado tanto que estaba segura de que él debía de haberlo percibido hasta en su manera de caminar. Había tardado una eternidad en llegar hasta él porque sentía que las piernas le temblaban y que no sería capaz de andar, y le preocupaba poder caer, con el consiguiente ridículo que aquello supondría.

Habían cruzado las miradas durante varios segundos y había sentido cómo se perdía en su inmensidad. Por un instante había sentido que no podría regresar del lugar al que llevaban sus ojos; ojalá hubiera podido perderse en aquel sitio y no volver jamás, pero entonces recordó, sin querer, la forma en que contemplaba a la otra chica la noche anterior, y comprendió que a ella no la miraba de la misma forma.

Escuchó la puerta cerrarse a su espalda.

—¿Me das fuego?

Reconocía aquella voz. Era la suya. Era la de David. Se giró, sintiendo que de nuevo le faltaba el aire.

Él la miraba sonriente y sostenía un cigarro entre las manos. Sara le extendió el encendedor y lo observó mientras lo encendía. Cada movimiento, cada gesto parecía delicado, incluso elegante, cuando procedía de él.

—Gracias —dijo y le devolvió el mechero.

Ella lo guardó en el bolsillo de su gabardina y dio una calada a su cigarro. Si fumaba, al menos no tendría que entablar una conversación con él. No sabía qué decirle, pero fue él quien habló.

—Así que hoy no ibas a salir.

Su voz era grave, pero no demasiado; tenía un punto de sensualidad, o al

menos a ella le parecía.

—Estaba cansada.

David se acercó un poco más. Sara lo miraba sin articular palabra, veía cómo el chico se acercaba despacio, pero no entendía nada. Entonces, cuando estuvo lo bastante cerca, extendió su mano.

—Se me ha apagado —dijo casi juguetón.

Sara le extendió de nuevo el encendedor. Se había acercado por eso, nada más. Tenía que calmarse, estaba demasiado nerviosa.

—Así que cansada —dijo con el mismo tono divertido y a Sara la hizo sonreír.

—Sí, ha sido una semana muy larga.

David se apoyó contra la pared del bar, protegido por el pequeño toldo que había sobre la puerta, tratando de resguardarse de la lluvia. Ella también estaba debajo de él.

—¿También trabajas los fines de semana? —preguntó y parecía realmente interesado en la respuesta.

—Sí, trabajo algunos sábados y domingos sirviendo comidas en el restaurante El trébol.

—Sí, lo conozco. Creo que he comido allí alguna vez, pero no te he visto.

—Bueno, no hace mucho que empecé a trabajar ahí, supongo que tú no estabas.

—Es curioso, pero siento como si nunca me hubiera ido —dijo mirando al frente y viéndola con la vista perdida, clavada en algún lugar, y diciendo aquello de una forma tan sincera demostraba que era más profundo de lo que a Sara nunca le había parecido.

Ella se limitó a mirarlo. Le gustaba escuchar el sonido que emergía de su boca cuando hablaba y, sobre todo, cuando sonreía. Esa especie de suspiro que escapaba de sus labios era el sonido más bonito que había en el mundo.

—Bueno, chicos, me habéis abandonado.

Damián apareció tras ellos y el momento que se había creado desapareció.

Sara quiso vivirlo así. Fue la conversación más larga que habían tenido nunca y aquello era triste y bonito al mismo tiempo.

Miró a su hermano y se alejó un poco de David para que Damián pudiera colocarse entre ambos.

Ya en el interior del bar, el ambiente había cambiado. El hecho de que su hermano estuviera presente la incomodaba. Hubiera deseado poder vivir ese momento a solas con David, que fuera suyo, solo suyo por una vez; que las conversaciones se centraran en ellos dos; que le contara cómo había sido su vida durante todo el tiempo que había pasado fuera de aquel barrio, y no solo porque quisiera saberlo todo de él, sino porque ella también fantaseaba con cómo sería su vida fuera de allí. A menudo soñaba con una existencia que no era la suya. Ojalá hubiera podido elegir el lugar en el que nacer, estaba segura de que no habría sido allí. Adoraba a su hermano, pese a todos sus defectos, y sabía que también amaba a aquel hombre que hacía mucho tiempo había dejado de ser una figura paternal, pero no era feliz en aquella vida. A veces, en la soledad de su cuarto, se preguntaba si de verdad lo cambiaría todo si pudiera.

Aún tenía algunos recuerdos borrosos de la etapa en la que había sido una niña, y recordaba que había sido feliz. La veía a ella peinándola con cuidado y recogiendo su pelo dorado en dos trenzas, incluso aún recordaba su olor, dulce y floral. Recordaba sus ojos reflejados en el espejo, casi del mismo color que los suyos.

Recordaba el olor almizclero que emergía de su padre, el tacto rugoso de sus manos sobre su tersa piel; lo veía sentado en el sillón después de una larga jornada de trabajo, cansado, pero cuando lo veía aparecer en la sala siempre hacía el esfuerzo de sonreírle, aún sin ganas. Algún día, aquel hombre, que ahora era solo una sombra etílica, había sido el hombre al que más había querido.

Y por supuesto, también, veía al chico de cabello rubio y de traviosos ojos verdes que correteaba sin parar por todas partes. Él ya era un hombre cuando ella era solo una niña. Los ocho años que los separaban siempre habían sido una barrera casi infranqueable, aunque esperaba que en un futuro esa diferencia de edad fuera salvable.

Sara bebió de su cerveza. Le resultaba imposible poder seguir el ritmo de su hermano y el de David, que ya habían pedido dos más que ella.

Había pasado casi una hora desde que habían llegado al bar y, para su

decepción, apenas sabía nada más sobre David de lo que sabía antes de aquel momento. Las conversaciones habían adquirido un matiz banal.

Los dos estaban de pie, apoyados en la barra, y Sara estaba sentada en un taburete. Apenas había hablado, no sabía qué decir. Se sentía cohibida, y cada vez que él la miraba se sentía incómoda. No podía evitarlo.

—Bueno, aún no me has contado nada de anoche. —Damián golpeó a su amigo en el hombro con familiaridad y guiñó un ojo.

David sonrió, pero no dijo nada. Sara comenzó a tensarse. Su corazón latía desbocado.

—¿Qué tal?: ¿tal y como la recordabas? —Damián seguía insistiendo, el alcohol había comenzado a hacerle efecto y no paraba de sonreír.

Sara se revolvió en el asiento, apenas se atrevía a mirar a David a los ojos. La sonrisa había desaparecido de su rostro y la rabia empezaba a circular por su piel.

David sonreía, pero se mostraba reacio a hablar.

—Es que Paula siempre ha estado muy buena, pero ¿qué te voy a contar a ti, que eres el que te la llevas a la cama? —Damián comenzó a reír a carcajadas—. Eres un cabrón. —Pasó su brazo sobre los hombros de su amigo sin dejar de reír—. ¿Sabes que la he visto esta mañana?, volvía de tu casa.

Sara sintió que en aquel momento se le paraba el corazón. Sus peores temores habían sido confirmados: había pasado la noche con ella, había compartido su cama.

Se puso de pie con tanta brusquedad que estuvo a punto de tropezar al bajar del taburete, y cogió su abrigo con violencia. Necesitaba desaparecer.

David sostuvo su mirada durante un segundo y la dirigió al suelo. Parecía tenso. Seguramente le incomodaba hablar sobre sus historias de cama delante de ella. Delante de una niña como ella.

Se encaminó hacia la calle sin decirles nada.

—¿A dónde vas? —Damián seguía sonriente. Su rostro se mostraba ahora más sonrosado que antes.

—Voy a fumarme un cigarro —respondió sin mirarlo.

Solo cuando salió a la calle sintió que el aire volvía a sus pulmones y que podía respirar. Estaba tan enfurecida que hasta las manos le temblaban.

Necesitó dos intentos para poder encender el cigarrillo y aspiró la primera bocanada con violencia.

CAPÍTULO 20

David se soltó de su amigo con delicadeza. Comenzaba a sentirse agobiado bajo el abrazo asfixiante de Damián y ahora apenas podía mirarlo a la cara. Sentía que su amigo acababa de cometer un error imperdonable, aunque no se hubiera dado cuenta de ello.

Se sentía avergonzado. No quería que Sara tuviera la imagen de él como el conquistador que cada noche se acostaba con una mujer. Él ya no era aquel chico, y el día que había vuelto a verla, después de cuatro años, sentimientos desconocidos habían comenzado a crecer en su interior. Sara le había hecho pensar en la posibilidad de querer a alguien como nunca había querido. La imaginaba en su cama, con el cabello enredado entre su almohada, cantando canciones a voz en grito en su coche, compartiendo el lado vacío del sofá mientras sus manos se entrelazaban. Aunque ella no lo supiera, le había hecho pensar en el amor por primera vez en su vida.

Al verla fuera del bar, apoyada contra la pared, sintió deseos de ir hacia ella y besar esos labios, que se le antojaban tan apetecibles y que no había podido dejar de mirar en toda la tarde. Anhelaba decirle que había sido su imagen la que había visto ese día al despertar y que, pese a que el olor de otra inundaba su cama, él había pensado en ella.

Miró a su amigo y supo que aquello era solo un imposible.

CAPÍTULO 21

Un par de horas después, Sandra se unió a ellos, y abandonaron el bar de Julián para dirigirse al *pub* donde se habían encontrado la noche anterior.

David no quería ir allí, trataba de evitarlo con sutileza porque temía encontrarse con Paula. No quería verla, ahora no, pero Damián insistía una y otra vez. El hecho de no poder hablar con franqueza con su amigo lo hacía sentirse mal. Nunca habían existido secretos entre ellos.

El inocente coqueteo que mantenía con Sandra le hacía tener la esperanza de que, en algún momento, pudiera entender lo que él sentía por Sara, aunque sabía que era algo completamente distinto. Entre Damián y Sandra realmente nunca había existido nada, y probablemente nunca existiría.

David fue el primero en entrar, y atisbó el interior como un águila en busca de una presa, pero precisamente él quería conseguir todo lo contrario: ver a Paula antes de que ella lo viera a él y, entonces, intentar situarse lo más lejos de ella posible. Quizá, así, evitaría aquel encuentro, que se le antojaba tan demoledor.

No la vio: respiró aliviado. Se situaron en el centro de la barra. En el estrecho camino que los separaba de la puerta, tuvo que pararse en un par de ocasiones para saludar a personas que se acercaban a él.

Pidió una copa para él y se giró hacia Sara; le preguntó qué quería beber y, sin que tuviera tiempo a reaccionar, pidió y pagó su bebida.

—Gracias —susurró Sara mientras se la tendía.

Damián y Sandra se habían quedado atrás, riendo y hablando sin parar. Y así, de repente, se quedaron solos.

David se apoyó en la barra; Sara estaba junto a él, mirando al frente, quizá buscando a alguien entre la multitud, quizá buscando al chico de la noche

anterior.

Él dio un largo trago a su whisky y la miró. Estaba radiante bajo la tenue luz del bar.

—Siempre me ha gustado este sitio —dijo tratando de entablar una conversación con ella.

La chica lo miró y se llevó una mano al oído, en un claro gesto de que no lo había oído. La música y el barullo de la gente hacían que resultara difícil la audición.

David tragó saliva y se acercó a ella. Nunca había estado tan cerca. Desde aquella distancia podía apreciar su olor con claridad. Era dulce, casi como el de una golosina.

—Me gusta este sitio —susurró.

Sara lo miró fijamente y asintió. Sus bocas estaban separadas tan solo por unos centímetros. Miró sus labios y sintió el deseo de acercarse a ellos.

Transcurrieron unos segundos que parecieron eternos. En aquel momento, el mundo dejó de existir, solo podía ver esos labios y el reflejo marino de sus ojos.

Y entonces, el momento se disipó. Tan deprisa como había aparecido se esfumó. La mirada de Sara se había apartado de la suya. Ahora se dirigía a alguien que debía encontrarse a su espalda. Su expresión parecía haber cambiado.

David se giró y, cuando se encontró con ella, sintió que todo su cuerpo se tensaba. Paula estaba allí. Le sonreía. Aquella noche había escogido un vestido oscuro que realzaba sus generosas curvas. Estaba seguro de que al vestirse había pensado en él. Seguro que creyó que a él le gustaría, incluso era posible que hubiera imaginado sus fuertes manos desabrochando los botones que tenía en la espalda.

—David. —Su tono era sugerente, cargado de tensión sexual.

El chico se puso rígido cuando ella besó su mejilla, demasiado cerca de los labios.

—Hola, Paula. —Fue un poco cortante.

La chica no pareció, o no quiso verlo, y continuó pegada a él.

David se apartó casi imperceptiblemente; ahora Sara había quedado a su espalda.

—Si quieres, podemos tomarnos unas copas juntos. —Paula se había acercado a su oído. Lo miraba con fiereza.

El chico alzó su copa en alto.

—Yo ya estoy servido. —Trató de sonreír.

Se giró, pero Sara ya no estaba allí. Lanzó una maldición y miró alrededor.

CAPÍTULO 22

Sara sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y no pudo evitar sentirse una autentica estúpida por ello. David no era nada suyo, nunca lo había sido y era evidente que nunca lo sería. No tenía ningún derecho a culparlo por querer pasar la noche con esa chica; entonces, ¿por qué se sentía así de mal?

Había comenzado a caminar deprisa en dirección a su casa, sin ni siquiera acordarse de que en el interior de aquel bar también estaban Sandra y su hermano.

Apenas había caminado unos metros cuando se acordó de su amiga. Sacó el teléfono móvil del bolso y le envió un mensaje:

Sandra, siento haberme ido de esa forma, mañana te contaré. Si mi hermano te pregunta, dile solo que estoy cansada.

Se apoyó en la pared de un bloque de apartamentos y encendió un cigarrillo. Aspiró el humo con violencia y el contacto de la nicotina en su sangre pareció aplacar un poco sus nervios, o al menos ella lo sintió así.

Pese a que eran más de las dos de la madrugada y que apenas se veía a nadie por las calles, Sara no tenía miedo. En aquel barrio todos sabían que era la hermana de Damián y eso era prácticamente igual que decir que era intocable.

Tardó apenas quince minutos en llegar a la casa y ya en la cama la imagen de David seguía viva en su mente.

Se durmió inquieta, sin saber que muy cerca de allí estaba él; había seguido sus pasos y andaba a solas por la calle tratando de encontrarla.

Sara nunca sabría que, cuando finalmente se convenció de que no la encontraría, volvió a la devastadora soledad que reinaba en su hogar.

CAPÍTULO 23

Aquel domingo se abandonó al calor que había en el interior de sus sábanas y descansó como hacía mucho tiempo venía necesitando. Cuando despertó el sol inundaba la habitación y al verlo se sintió mejor. No había nada que un buen baño de sol no pudiera reparar, incluso un corazón herido.

Eran casi las dos de la tarde y podía escuchar el trajín en la cocina, probablemente, de su padre. Miró el teléfono móvil y vio que tenía dos llamadas perdidas de su amiga y un par de mensajes. Seguramente se habría quedado preocupada por su repentina desaparición la noche anterior. El primer mensaje era de las tres y media de la madrugada y le preguntaba qué había pasado, y el segundo era de hacía poco más de una hora y volvía a insistir sobre el motivo de su marcha.

Sara respiró hondo y comenzó a escribir con rapidez:

Siento haberme ido así anoche, pero esa chica con la que David se ha estado viendo últimamente vino ayer también. Siempre he creído que tres son multitud, así que decidí marcharme a casa; además, estaba muy cansada. Si quieres, podemos vernos esta tarde y tomar un café, ya que no hoy no trabajo en el bar.

Tan solo unos minutos después, recibió la respuesta de Sandra:

¿Así que esa zorra volvió a aparecer? Tenías que haberme avisado y nos hubiéramos desecho de ella. Lo de esta tarde me parece genial, paso a buscarte sobre las seis.

Sara sonrió. Menos mal que su amiga siempre estaba ahí. Pese a su imagen de mujer fatal, atrevida y alocada, había mucho más. Era la mejor amiga que alguien podía tener; era divertida, atenta y resuelta. Si su hermano Damián mirara alguna vez bajo esas faldas cortas y el exceso de maquillaje,

encontraría a una mujer ideal para él. Sara siempre había pensado que se parecían más de lo que ambos creían y que podrían ser algo más que un simple juego de coqueteo.

Pese a que sabía que Sandra disfrutaba con aquello, no podía evitar preguntarse si no sentía algo más por Damián. Cuando era una niña ella suspiraba por él como Sara lo había hecho por David, y en el fondo algo le decía que le seguía gustando de verdad, aunque parecía incapaz de renunciar al resto de chicos que existían pues, pese a su corta edad, Sandra ya había besado muchos labios y visitado muchas camas.

Se levantó de la cama sintiendo que los ojos aún estaban casi pegados, y se encaminó hacia la cocina, donde su padre parecía luchar con varias sartenes. Lanzó un resoplido y se dispuso a ayudarlo.

—Yo, en tu lugar, no me habría ido, me habría quedado en medio de los dos y los hubiera fastidiado la noche. —Sandra dio un lametazo al helado de crema que había comprado y del que estaba disfrutando sentada sobre el césped del parque. Sara sonrió.

—No iba a quedarme para ver cómo se besaban, Sandra. No me apetecía nada tener que ver eso.

—A lo mejor no se fue con ella.

Sara la miró y abrió desmesuradamente los ojos.

—Vamos, sabes que se fueron juntos. Es evidente.

Se limpió las manos, manchadas de chocolate, en una servilleta de papel mientras pensaba en las palabras de su amiga. Sandra había reparado en la ausencia de David después de recibir el mensaje de Sara. No podía decir con quién se había ido o en qué momento, pero Sara estaba convencida de que se había marchado, una noche más, con Paula, la «irresistible» Paula, como la llamaba su hermano.

—Bueno, pues si se fue con ella, él se lo pierde, Sara. Tú eres mucho más guapa que esa chica, y mucho más joven.

Sara lanzó una risotada. Aquel era el problema: se sentía demasiado niña para un chico que ya tenía veintiocho años y que había vivido tanto.

—Creo que ha llegado el momento de que me olvide de él de una vez por

todas. —Lo dijo con toda la firmeza que pudo reunir—. Al fin y al cabo, es solo el chico que me gustaba cuando era pequeña.

Sandra se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Pues sí. Hay que reconocer que David es impresionante, la verdad es que sí, pero hay muchos como él, cientos. ¿Qué digo cientos?, ¡miles! Pasa de él, Sara, tú vales mucho más.

La chica sonrió y abrazó a su amiga con cariño. Sabía que trataba de animarla, pero, por más que intentaba creer sus palabras, le resultaba imposible. No era fácil, en absoluto, encontrar a un chico que pudiera hacerle sombra a David. No lo había encontrado en veinte años y dudaba que alguna vez lo hiciera, pero era demasiado joven como para perder la esperanza.

Se puso de pie y ayudó a Sandra a levantarse.

—Vamos a dar una vuelta.

Y comenzaron a caminar en busca del sol, que iba cayendo poco a poco sobre la ciudad.

CAPÍTULO 24

Aquella semana al fin abril hizo su aparición, y lo hizo acompañado de un sol radiante que brillaba orgulloso, anunciando el comienzo del estío.

La semana de Sara transcurrió como cualquier otra. Sus días se dividían entre el trabajo en el supermercado y las clases de pintura. No vio a David en toda la semana ni habló ni una sola vez de él con Damián, por lo que no sabía nada de él en absoluto.

La conversación mantenida con Sandra el domingo le había abierto los ojos y ahora pensaba que no merecía la pena perder el tiempo con una persona que nunca se había fijado en ella.

Aquellos días, además, se sentía especialmente ilusionada. Le encantaba sentir el sol en su piel dormida cuando caminaba por la calle de camino a casa. Se sentía un poco más cerca del verano, que era la época del año que más le gustaba; casi podía olerlo en el aire. Era como si todo a su alrededor estuviera cambiando poco a poco para adaptarse a la nueva temporada que comenzaba. Veía a los niños jugando en los parques, algo que, hacía tan solo un par de meses, era casi imposible debido al frío asolador que azotaba la ciudad. Cada vez había más personas que paseaban antes de la caída del sol, e incluso algunos bares habían comenzado a preparar sus terrazas. Le gustaba la libertad que solo podía sentirse en verano, pese a que nunca había tenido unas vacaciones de verdad. En su casa nunca hubo bastante dinero, como en la de muchos compañeros del colegio, pero al menos algunos de ellos podían disfrutar de pasar el verano en los pueblos de los que eran autóctonos sus padres. A la vuelta, en septiembre, le contaban lo mucho que se habían divertido montando en bicicleta con sus amigos a través de las estrechas calles del pueblo; las veces que se habían bañado en los pantanos cercanos o

incluso, en algunos casos, en los pilones inutilizados hacía ya mucho tiempo, y lo tarde que sus padres los habían dejado volver a casa. En aquellos lugares, que ella no conocía y que soñaba conocer algún día, los niños eran más niños, disfrutaban de una libertad que en la ciudad nunca hubieran podido imaginar. Los padres de Sara habían nacido en Madrid y ninguno tenía ningún pueblo al que volver, aunque solo fuera durante la época estival. Veía cómo algunos de sus compañeros se marchaban, con una gran sonrisa en los labios y con una maleta repleta de ilusiones y sueños, que era posible que aquel verano se cumplieran, mientras ella volvía a su angosto y caluroso apartamento.

A veces, cuando se tumbaba en su cama después de comer, cuando el sol era demasiado abrasador para pensar siquiera en salir a la calle, imaginaba cómo sería estar en un apartamento de esos que tantas veces había visto en la televisión, en una zona costera, abrir la ventana y poder escuchar el mar. Ella solo podía tratar de imaginar cómo sería el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. Imaginaba la brisa marina acariciando su piel y, entonces, sonreía.

También le gustaba pensar cómo sería pasar el verano en una vieja casona de pueblo, a aquella misma hora, en la que todas las persianas permanecían completamente bajas para que el sol no pudiera penetrar en la habitación y romper su serenidad y su frescor. Una vez, una compañera de clase que se llamaba Patricia y de la cual perdió la pista varios años después, le había contado que, siempre que iba a la vieja casa de sus abuelos, ubicada en un pequeño pueblo de Extremadura, a la hora de más canícula, cientos de chicharras cantaban a la vez e inundaban cada rincón, cada calle, e incluso el interior de cada casa, con su canto monótono y triste.

Como no conocía nada más que su barrio, siempre imaginaba que todo lo demás era mejor. Estaba segura de que cualquier cielo brillaría más que el de Madrid.

Fue en una de esas tardes asomada a la ventana de su habitación cuando vio un avión que surcaba el cielo, y fantaseó con que era ella la que viajaba en su interior. Desde aquel momento, comenzó su afición por los aeropuertos.

En aquella tarde de jueves, le estaba resultando difícil encontrar el tono

purpúreo que necesitaba para cubrir el cielo de su cuadro, cuando la voz de su profesor le llegó desde la espalda.

—Te está quedando realmente bien.

Se giró.

—Bueno, creo que hay algunas cosas que podría mejorar.

El hombre de barba abundante y de ojos vivarachos sonrió con cariño y colocó su gran mano sobre el hombro de la joven en un gesto casi familiar.

—Qué perfeccionista eres, Sara. Siempre te parece que podría estar mejor, pero te aseguro que está muy bien.

Ella no dijo nada. Era cierto que siempre había sido un poco crítica consigo misma.

—Creo que le iría bien un poco más de amarillo a esa mezcla.

Sara siguió con su labor mientras el reloj marcaba las ocho y cincuenta minutos.

Cuando salió a la calle ya no había ni rastro del sol, y en su lugar había dejado una temperatura anormalmente alta. Decidió que no cogería el autobús y se marcharía caminando tranquilamente a casa, disfrutando de la brisa primaveral.

Aquella tarde los antiguos recuerdos de su niñez, en los que soñaba con pasear por la playa, habían vuelto a su mente y, en ese momento, casi pudo sentirse transportada a alguno de esos lugares donde el mar podía escucharse por su proximidad. Pensó en lo mucho que le gustaría poder marcharse aquel verano a algún lugar, pero sabía que no sería fácil. Temía dejar a su padre y a su hermano solos aunque solo fuera unos días.

No había avanzado más de unos metros cuando vio a una persona parada contra un banco. Estaba lo bastante cerca como para poder ver su silueta, pero lo suficientemente lejos como para no poder distinguir quién era. Solo podía ver que era un hombre; parecía joven por la forma en que se movía y estaba fumándose un cigarro.

Pese a que no podía verlo con claridad, algo en su mente se despertó y su corazón comenzó a latir más deprisa.

Frunció el ceño. ¿Por qué de repente se había puesto nerviosa? Entonces, lo

entendió. Cuando estuvo lo bastante cerca, pudo verlo y todo cobró sentido: era David. Pese a los nervios que hacían temblar sus piernas, alzó la cabeza y comenzó a caminar con seguridad.

CAPÍTULO 25

David apagó el cigarrillo, pisándolo con su zapatilla deportiva negra, y miró alrededor. Ya eran las nueve y diez y comenzaba a temer que Sara no fuera a aparecer.

La última semana había sido caótica para él. El lunes había comenzado a trabajar en un restaurante en el centro de Madrid y, aunque de momento solo servía las comidas, sabía que pronto, cuando comenzara el flujo incesante de turistas a causa del calor, tendría que pasar allí todo el día. De momento, lo mantenía ocupado y también lo estaba su mente, que seguía desobedeciéndolo y pensando en Sara. La veía hasta cuando dormía.

Aprovechaba sus constantes citas con Damián para conocer más cosas de ella; por eso sabía que esa tarde había ido al curso de pintura que impartían en el centro de arte y que terminaba sobre esa hora. Había ido hasta allí y esperaba poder verla para fingir un encuentro casual.

Necesitaba verla. Echaba de menos ver esos ojos que, aunque un tanto tristes, también eran salvajes. No lograba entender el qué, pero Sara tenía algo especial, algo que lo unía a ella de forma incontrolable. Alzó la vista justo cuando la chica estaba a unos metros. Era tan especial que hasta podía sentirla antes de verla.

Respiró hondo y tragó saliva; ella no parecía haber reparado en él. Cuando estuvo lo bastante cerca, se interpuso en su trayectoria y Sara no pudo hacer más que mirarlo directamente a los ojos.

No dejaba de sorprenderle lo guapa que era. Era realmente preciosa.

—Vaya, qué casualidad —dijo tratando de aparentar normalidad.

Sara se quitó los cascos, que llevaba casi con desgana. Sonrió débilmente.

Desde el sábado anterior, cuando se había ido sin despedirse, David había

pensado mucho en ella. No terminaba de entender su actitud distante e independiente, y realmente se sentía intrigado e interesado. Quizá el hecho de que Sara no le hiciera caso —no estaba acostumbrado a que le pasara— o de que tuviera a otro chico en su vida, y por eso a él no lo miraba más que a un simple cuadro que cuelga de la pared, lo hacía sentirse irremediamente interesado en ella. Esa chica lo confundía.

—Aún estoy esperando a que te despidas. —Trató de sonreír, pero dibujó una especie de mueca. No le diría que se había marchado tras ella y la había buscado durante largo rato.

La joven ladeó suavemente la cabeza y miró al suelo.

—Supongo que lo dices por el sábado. —Pensó durante una milésima de segundo que a David le pareció una eternidad—. Estaba cansada y me fui a casa.

David resopló suavemente. ¿Se había marchado sin despedirse, sin más, y lo único que podía decir era que estaba cansada?

—Bueno, podías habérselo dicho. —Trató de que su voz no sonara como un reproche, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

Ella no dijo nada. Apenas lo miraba, parecía incómoda.

—¿Vas a casa? —preguntó sonriendo, esperando que la tensión se relajara.

Sara lo miró y asintió.

Él sonrió en su interior. Era la excusa perfecta para poder estar con ella al menos durante unos minutos.

—Yo también. Si quieres, podemos ir juntos.

Era consciente de que su casa no estaba exactamente en la misma dirección que la de la chica, pero no le importaba.

Sara sacó un pequeño reproductor de música del bolsillo de su pantalón vaquero y volvió a guardarlo unos segundos después. Seguramente estaría apagándolo.

—Como quieras. —Y casi sin terminar la frase, comenzó a andar.

David la imitó y, sin que pudiera darse cuenta, cogió el maletín que llevaba en la mano derecha. Ella lo miró dubitativa y él sonrió.

—Aunque no lo creas, soy un caballero. —Guiñó un ojo.

Siguieron caminando en silencio. David quería preguntarle sobre tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Quería conocerlo todo de ella.

—¿Qué llevas en este maletín? La última vez que nos encontramos por la calle, también lo llevabas. —Lo cierto era que ya imaginaba que en él portaba sus accesorios de pintura, pero fingiría que no sabía nada de ello.

—Son mis pinceles y mis colores. Voy a un curso de pintura casi todas las tardes. —Advirtió una pincelada de orgullo en su voz, parecía feliz cuando hablaba de esas clases.

—Vaya, así que eres una artista.

La joven rio a carcajadas y David se empapó de aquella risa tan joven y fresca.

—Bueno, yo no diría tanto, solo me gusta pintar.

—Me gustaría ver algo de lo que pintas, yo soy un auténtico negado para eso. En el colegio siempre suspendía las clases de dibujo; bueno, la verdad es que lo suspendía todo.

Sara volvió a reír ante su comentario y David la imitó. Le gustaba poder compartir una risa sincera con ella.

El silencio volvió a hacer su aparición. El joven se devanó los sesos tratando de volver a retomar la conversación. Nunca en su vida había deseado tanto saber algo más sobre arte que en aquel momento. Le hubiera gustado poder ser un erudito en la materia y sorprenderla hablando de pintores desconocidos. Seguro que ella nunca se lo hubiera esperado.

—Bueno, no soy más que una aficionada. Llevo dos años pintando. —Sara rompió el silencio.

—¿Dos años? Eso ya es mucho tiempo, seguro que pintas genial.

Sara lo miró y sonrió con timidez.

—Bueno, no es para tanto.

David la miró. En aquel momento se dio cuenta de que la voz de Sara era un poco ronca, como si hablara desde algún lugar de su garganta, pero aquello la envolvía de una magia especial. Era una voz distinta a las demás.

Sara le devolvió la mirada y por un segundo estuvieron mirándose directamente. Sus ojos azules eran tan profundos que casi creyó estar nadando en un mar que parecía no terminar jamás.

Entonces, Sara bajó la vista al suelo y volvió a caminar despacio. David la siguió, portando su maletín y sin poder dejar de pensar en aquella mirada que ambos habían compartido.

Siempre que se miraban fijamente se creaba algo entre ellos que casi se podía tocar. Era como una magia tangible que tan solo duraba unos segundos y que, tal y como había llegado, desaparecía, pero dejando el recuerdo de un momento que había sido íntimo.

La mayor parte del trayecto la hicieron en silencio, pero no le importó. Pese a que apenas se conocían, el silencio no era incómodo.

La miraba de soslayo, sin que ella se diera cuenta, o al menos esperaba que así fuera. Cada vez que veía de reojo su melena volando tras ella no podía evitar sonreír. Sara miraba al frente seria.

David sabía que, cuando era una niña, siempre lo miraba a escondidas. La había sorprendido muchas veces mirándolo cuando creía que no la veía. Aún recordaba lo tímida que se volvía cada vez que él aparecía; colores similares a la piel de un melocotón aparecían en sus mejillas. Ahora no quedaba nada de esa niña ni de sus sentimientos hacia él.

Una suave brisa lo golpeó en el rostro y la hizo volver a la realidad. Un semáforo en rojo se interponía en su camino; se apoyó cansadamente en él y miró al suelo.

—Si quieres, puedo coger yo el maletín. —Sara lo miraba fijamente.

Él alzó la vista y sonrió al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—No te preocupes, aunque la verdad es que pesa un poco. No sé si podré llevarlo todo el camino —bromeó.

Sara sonrió.

—Si te cansas, puedo llevarlo yo. —Ella también bromeaba.

Eran más de las nueve y veinte y apenas se veía gente por las calles; aunque comenzaba a refrescar, la temperatura aún era cálida. David tuvo una idea, quería alargar ese momento con ella.

—¿Sabes?, empiezo a estar cansado. —Estaba preparando el terreno, buscando un motivo, esperando una reacción.

Sara lo miró y frunció el ceño.

—¡Pero si apenas hemos andado! —Su tono era divertido.

David lanzó una risotada.

—Es que esto pesa un poco. —Alzó el maletín en alto—. Y no suelo andar mucho, la verdad.

La chica negó con la cabeza mientras sonreía.

—Puedo llevarlo yo.

—Me conformo con que nos sentemos unos minutos en un banco. Aún queda un rato hasta que llegue a mi casa.

Al fin lo había dicho. Ahora solo tenía que esperar su respuesta. Casi rezó mentalmente esperando que la respuesta de Sara fuera que sí. Tardó tan solo unos segundos en contestar, pero a David se le hizo eterno.

Sara lo miró y dirigió la mirada al parque que estaba al final de la calle. De repente emergía, en mitad del barrio, un remanso de paz en la ciudad de cemento.

—Está bien, vamos a sentarnos un rato.

David tuvo ganas de reír. Tan solo había conseguido que Sara se quedara con él unos minutos a solas, pero aquella pequeña victoria le supo a gloria.

Cuando la vio sentada a su lado, tuvo la tentación de apartar el mechón que caía sobre su mejilla. Sara se giró y lo miró: su expresión se tornó sorprendida. David sonrió y ella correspondió a aquella sonrisa.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas algo de ti? —El joven pronunció aquellas palabras en un tono suave, casi dulce.

La chica abrió los ojos y se encogió de hombros casi de forma imperceptible.

—La verdad es que no tengo mucho que contar —dijo mirando al suelo.

David mostró esa sonrisa tan suya, de medio lado, esa sonrisa tan seductora y atractiva.

—Eso no me lo creo.

—Es la verdad —dijo Sara—. Lo cierto es que mi día a día se divide entre el trabajo en el supermercado, las clases de pintura y los días que trabajo en el bar. —Ladeó la cabeza—. No hay mucho más.

David pensó unos segundos. Había una pregunta que rondaba su cabeza desde hacía unos días y, si no la formulaba, acabaría volviéndose loco

—Bueno, hay algo más en tu vida, ¿no? —La miró directamente a los ojos esperando encontrar una respuesta en su mirada. Su corazón se aceleró; tenía tanta ansia por saber cuál era la respuesta como miedo a lo que Sara pudiera contarle.

La chica lo miró y frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres.

Él sonrió, como aparentando normalidad.

—Ya sabes, ese chico. —Tragó saliva—. Te vi con él una noche de viernes, fuera del *pub*.

Sara parecía dudar como si estuviera buscando aquel momento en su cabeza y no pudiera encontrarlo. Finalmente, tras unos segundos, lanzó una jovial risotada y negó con la cabeza.

—¿Te refieres a Mateo?

David se encogió de hombros

—No sé cómo se llama, no lo conozco. No lo había visto nunca hasta esa noche. —Se mordió el labio—. Un chico rubio, con un corte de pelo muy raro.

Sara volvió a lanzar una carcajada.

—Sí, ese es Mateo. ¿Qué pasa con él?

David sonrió y alzó las manos en alto, a modo de defensa.

—Bueno, no sé, te vi con él, muy acaramelada.

—Mateo es mi compañero de trabajo —dijo alzando alegremente la voz—. Nos llevamos muy bien, pero nada más.

El chico sintió que el aire ahora circulaba más libre dentro de él. Respiró hondo y disfrutó de todo el aire que ahora inundaba sus pulmones.

—Entonces, me equivoqué. —Se encogió de hombros—. Cuando os vi juntos, me pareció que había algo más entre vosotros. —Sonrió—. Pensaba que era tu novio o algo así.

—Nunca ha habido nada entre nosotros y nunca lo habrá. —Sara bajó la vista al suelo.

David ahora se sentía más valiente. Al menos uno de los impedimentos que se interponían entre ellos había desaparecido de repente. Se acercó un poco más hacia la chica, de manera casi intangible.

—Eso está bien. —Ahora su voz había cambiado; sin darse apenas cuenta, se había tornado seductora.

Sara lo miró. Creyó ver la sorpresa inscrita en sus ojos; o quizá no era sorpresa, era algo parecido a la perplejidad. Retrocedió unos centímetros, no quería asustarla.

—¿Qué me dices tú de esa chica morena? —La chica lo miró inquisitiva y David sintió que el alma se le caía a los pies. En cuestión de un segundo,

aquel peso que había conseguido quitarse de encima volvió a aparecer.

No había pensado en ella ni un segundo. Lo cierto era que esa chica no significaba nada para él, no ocupaba ni un solo minuto de sus pensamientos, pero ¿cómo podía explicarle aquello a Sara? Era evidente que entre ellos había algo o, al menos, que lo había habido.

—Supongo que te refieres a Paula. —Miró hacia un lado.

Sara no decía nada, solo se limitaba a mirarlo. Él se rascó la cabeza en un movimiento nervioso.

—Ella tampoco es nada mío, solo es una amiga. —Dudaba que sus palabras hubieran sonado sinceras.

Sara se puso de pie.

—Por ahí no dicen lo mismo. —Lo miró y David se sintió de repente muy pequeño—. Es Paula la Irresistible, ¿no?

David resopló. Se había confundido si en algún momento había pensado que podría engañarla; además, Damián había sido demasiado minucioso delante de ella.

La miró, pero no encontró su mirada.

—Tengo que irme, se ha hecho un poco tarde. —Cogió su maletín.

David se quedó paralizado. No sabía qué decir, no sabía qué hacer. Se quedó mirándola mientras ella comenzaba a caminar. Al fin, pudo reaccionar. Consiguió ponerse en pie cuando se había alejado unos pasos. Se situó a su lado e intentó coger el maletín, pero ella lo sujetaba con firmeza.

—Bueno, hemos tenido algo más, es verdad, pero no es nada serio, nunca lo ha sido. —La miró y cogió prestadas las palabras que ella había usado antes—. Nunca ha habido nada entre nosotros y nunca lo habrá. —Ella no lo miró, siguió caminando con la vista fija al frente—. Es la verdad. —David sintió que la voz se le apagaba. Sara lo miró.

—La verdad es que no importa. —Su tono era cortante y sus palabras, dolorosas—. Yo me voy por aquí. —Señaló hacia la calle que se bifurcaba.

—Puedo acompañarte hasta tu casa. —Improvisó—. Así no tienes que ir cargada.

—No hace falta, puedo con ello, lo llevo muchos días. —Suavizó su tono—. Además, tu casa está hacia el otro lado.

Se quedaron mirándose durante unos segundos, en silencio. Finalmente, fue

Sara la que habló.

—Bueno, ya nos veremos. —Y sin esperar su respuesta, le dio la espalda y comenzó a caminar.

David se quedó parado, viendo cómo se alejaba. Se quedó allí hasta que Sara no fue más que un recuerdo. Solo en aquel momento, se giró y comenzó a caminar sobre sus pasos. Se sentó en el mismo banco que había compartido con ella y encendió un cigarro. Exhaló la primera calada y vio cómo el humo se alejaba haciendo volutas, tratando de alcanzar las luces que brillaban desde la distancia. Miró el cielo y suspiró. El nombre de Paula había vuelto a aparecer en el momento más inoportuno, y tratar de mentir a Sara había sido un error imperdonable. Se dio cuenta de que, cada instante que pasaba con ella, la perdía un poco más; en lugar de lograr un acercamiento, se alejaban.

Apoyó los codos en las rodillas y dio la última calada al cigarro, que se estaba consumiendo. Cubrió su rostro con las manos. Sara era imposible, y tenía que desalojarla de su cabeza antes de que se instalara definitivamente.

CAPÍTULO 26

La mañana de viernes llegó cubierta por un manto de nubes negras que amenazaban lluvia. Sara sintió el deseo de darse la vuelta en la cama y volver a dormir. Se quedó mirando aquel cielo casi negruzco que parecía a punto de estallar y apagó la alarma antes de que sonara. La conversación del día anterior con David seguía resonando en su cabeza. ¿Por qué le había preguntado si Mateo era su novio? Casi parecía importarle de verdad, al igual que negar su relación con Paula. Ahora sabía que esa noche de viernes, en algún momento, David había estado fuera del *pub* mirándola a ella y no a la chica de labios rojos y de ojos verdes.

El día transcurrió como uno más. Cuando por la tarde regresó a su casa, el cielo seguía mostrando su cara menos amable, casi parecía estar enfadado con el mundo —Sara creía que tenía razones para estarlo—, con el pobre mundo al que los seres humanos tanto daño le estaban haciendo.

Se arregló tranquilamente, eligiendo un vestido de color gris que dejaba ver sus piernas estilizadas, y caminó hacia el bar donde había quedado con sus amigas, huyendo de las nubes grises, que parecían querer seguir su camino. Una vez en el interior, se sintió a salvo; la sonrisa de sus amigas era la mejor bienvenida.

Cuando al fin llegaron a Amnesia, después de varias horas, se sintió bien. Tenía ganas de ver a David; su corazón pareció contagiarse de aquella euforia y comenzó a latir desbocado. Esa noche se sentía valiente, dispuesta a hablar con él con sinceridad de una vez por todas. Quería saber qué se escondía tras aquella mirada, a menudo, impertérrita.

Cuando se abrió la puerta las voces de decenas de personas y la atronadora música llegaron a sus oídos. Siempre necesitaba unos segundos para acostumbrarse al estrépito y a la semioscuridad, que lo inundaba todo.

En la primera oteada no lo vio, pero pudo ver cómo varios chicos jóvenes la miraban con interés. Sus amigas caminaron hacia la barra saludando a los que conocían e ignorando las miradas y las palabras de los interesados pretendientes.

Se pidió una copa y habló en el oído de Sandra.

—Creo que David no está. —Su voz sonó un tanto desesperada y más ronca de lo habitual.

Su amiga frunció el ceño y miró alrededor. Un segundo después, una sonrisa iluminó su atractivo rostro.

—Está ahí, al final de la barra. Creo que está jugando una partida de dardos con tu hermano.

El corazón de Sara, que se había adormecido durante unos minutos, volvió a revivir. El lugar que Sandra había indicado estaba a su espalda. Se giró con brusquedad y entre la gente pudo distinguir el cabello rubio de su hermano. Si Damián estaba allí, David no debía de andar muy lejos.

Cogió su copa y, seguida de cerca por Sandra, se dirigió hacia ellos sin pensarlo un segundo, decidida y envalentonada.

En el camino casi chocan con Gema, que se había encontrado allí con su novio. Casi llevaban juntos toda la vida. Habían sido compañeros de clase desde niños, y ya desde ese momento había existido una relación especial entre ellos. Isaac —así se llamaba el chico— siempre había suspirado por aquella niña medio castaña, medio pelirroja. Aún estaban en el colegio cuando se habían dado su primer beso, y desde ese momento nunca habían vuelto a separarse. Las dos amigas lo saludaron con afectuosidad; después de tantos años, para ellas, era más que el novio de Gema, era un amigo, casi un hermano.

Cuando se despidieron del joven y se acercaron hacia donde estaba Damián, pudieron ver que Víctor y Sebas también estaban allí. El primero tenía el pelo casi tan corto como Damián, pero de color negro; los ojos de un suave color caramelo, y una nariz un tanto romana. Sebas era alto y fuerte y una pelea, varios años atrás, le había dejado de recuerdo una nariz rota y una cicatriz

junto a la ceja derecha, la misma en la que ahora tenía un pequeño *piercing* plateado. Pese a que su aspecto seguía siendo el de los chicos rebeldes que habían sido en el pasado, los años los habían cambiado por dentro y casi nada quedaba de esos chicos conflictivos que habían sido dueños del barrio.

También pudo ver a Santi —ese chico no le agradaba en absoluto— y pensaba que precisamente compañías como aquella eran las que su hermano debía evitar. También pudo ver a dos o tres jóvenes más que conocía del barrio, pero con los que nunca había cruzado ni una sola palabra. David no estaba por ninguna parte.

Al fin, el grupo se abrió, y Damián la vio.

—Hombre, hermanita. —La abrazó afectuoso.

—Hola —le correspondió.

Todos la miraron y Santi y Sebas la saludaron con cariño. Después de prodigarse los correspondientes saludos y demás parafernalia habitual, Sara se situó junto a Damián y, fingiendo desinterés, le preguntó:

—¿Y David?

—Hoy no ha venido. —Bebió de su copa de whisky—. Y no sabe lo que se está perdiendo. Hoy, que hemos podido juntarnos casi todos, como en los viejos tiempos.

Sara sintió una gran decepción.

—Es una pena que precisamente hoy haya tenido que trabajar hasta tarde. —La voz de Sebas la sorprendió desde su espalda y se giró.

—¿Trabajando? —Su voz sonó turbada.

—Sí, encontró curro en un bar a principios de esta semana. —Damián le contestó, pero no la miraba; estaba demasiado ocupado viendo el sensual baile que Sandra le ofrecía.

Sara bebió de su copa de vodka una vez más. Pese a que hubiera dado cualquier cosa por poder verlo aquella noche, se alegraba de que el joven hubiera encontrado un trabajo. Al menos significaba que, a diferencia de su hermano, él sí quería estabilizar su vida.

Durante el resto de la noche trató de no pensar en él aunque, cada vez que la puerta se abría, la esperanza de verlo la visitaba sin ser llamada. Al final tuvo que aceptar que ese día no se encontraría con esos ojos que la hacían soñar.

Ya en la cama el sonido monótono de la lluvia, que caía contra la repisa de la ventana, hizo que se adormeciera en un sueño que no le resultó tan plácido como había esperado.

Cuando despertó, seguía escuchando el sonido de las gotas que sacudían contra el cristal. La noche no solo no había hecho remitir el temporal, sino que la mañana había amanecido aún más borrascosa. Aquel día tenía que trabajar en el restaurante al menos durante la hora de la comida.

Al mirar el hueco vacío que había a su lado en la cama, pensó en el tiempo que hacía que no despertaba junto a un chico. La última vez había sido hacía unos dos meses y, como todos los demás, había sido solo una aventura pasajera de la que ya apenas recordaba nada.

Su relación más larga apenas había durado cuatro meses y había terminado sin que tuviera tiempo de enamorarse de él. No había vuelto a verlo y lo cierto era que tampoco le importaba. No tenía prisa por encontrar a esa persona que le hiciera sentir todo lo que no había sentido hasta ese momento; era joven y tenía toda la vida por delante.

Inevitablemente, la imagen de David apareció en su mente y de repente el hueco vacío se hizo más grande.

CAPÍTULO 27

Bajo el chorro de agua caliente, sintió que los músculos de su cuerpo comenzaban a destensarse. Se sentía rígido; el día había sido duro en el restaurante. Había trabajado más de doce horas casi sin parar y estaba cansado, pero, aun así, había decidido no quedarse en casa.

Damián le había contado que la noche anterior habían conseguido reunirse casi todos los del grupo, y no sabía si le había dado más rabia eso o no haber podido disfrutar de los ojos marinos de Sara una vez más.

Eran más de las dos de la madrugada cuando estuvo preparado para encontrarse con sus amigos. Se reunirían directamente en una discoteca que había en las afueras del barrio.

Mientras caminaba por la calle y se mojaba a causa de la lluvia, que apenas había cesado en todo el día, pensaba en ella y en las ganas que tenía de verla. Apenas había gente por las calles y el camino se le hizo bastante largo. Cuando al fin entró en el local, se encontró con un pasillo largo y estrecho, apenas iluminado. Aunque llevaba más de cuatro años sin ir allí, conocía cada recoveco del lugar. Sabía perfectamente dónde estarían sus amigos y se encaminó hacia allí, cegado por las luces blancas, ensordecido por la música atronadora.

Varios chicos lo saludaron al pasar y pudo encontrarse con las miradas, algunas ya conocidas, de chicas que lo seguían con los ojos. Sabía que en algún lugar, entre aquella marabunta, estaba Sara. No sabía por qué, pero estaba convencido de que esa noche la vería. Era un presentimiento que estaba clavado a fuego en su interior y que brotaba a la superficie con cada latido.

Cuando vio a Damián estaba hablando con Santi y con un par de chicos

más. Su amigo lo abrazó como si llevara una vida sin verlo. Necesitó unos minutos para poder acceder a la barra y pedir un whisky. Al otro lado, reconoció al camarero, que lo atendió en un segundo; aquel chico había llenado su copa en cientos de ocasiones.

—Vaya, dichosos los ojos. —Tenía poco más de treinta años, el pelo peinado con un tupe enlacado y unos ojos que brillaban nerviosos

Los dos se abrazaron y brindaron por todos los años transcurridos.

—Ya sabía que habías vuelto, desde hace unos días no se habla de otra cosa. —El camarero sonrió mientras le tendía su whisky.

—Debe ser que la gente está muy aburrida últimamente. —David se apoyó en la barra y bebió un trago de su copa.

—Ya sabes que en el barrio tampoco hay mucho que hacer.

El chico del otro lado de la barra le indicó con un gesto que tenía que seguir trabajando y él miró alrededor. El lugar estaba atestado y muchas de las caras le resultaban familiares. Supo, sin necesidad de hablar con él ni con los que lo rodeaban, que sus vidas apenas habían cambiado en los últimos cuatro años. En ese barrio las oportunidades eran escasas y la mayoría estaba abocada al fracaso, incluso antes de dejar de ser niños. Pese a la realidad, en ese momento todos parecían felices bailando bajo la música electrónica, y él pensaba hacer lo mismo.

Tras la segunda copa el cansancio empezaba a mitigarse. Se sentía mucho mejor, rodeado por el ambiente que tan bien conocía. De repente notó un ligero toque en el brazo y cuando se giró pudo ver a una chica que se situaba a su lado. Por la forma en que le miraba, comprendió enseguida que ese encuentro no era fortuito.

—Perdona. —Apenas tendría más de dieciocho años, pero su forma de mirar era digna de una experta en las artes amatorias.

David negó con la cabeza a modo de disculpa. Era guapa, pero demasiado joven. Supo que le estaba hablando porque veía moverse sus labios, pero a causa de la música no podía escucharla. Se llevó una mano al oído para indicárselo justo en el preciso instante en que atisbó a Sara a escasos metros, casi como un espejismo en mitad del desierto.

Irradiaba una especie de luz que hacía que brillara entre todos los demás. Y aquel efecto parecía aún más real a causa de que llevaba un vaporoso vestido

de color pastel que parecía volar.

La chica que estaba a su lado seguía hablando, pero él no la escuchaba, solo podía mirar a Sara. Sin decir ni una palabra comenzó a caminar hacia ella, casi de forma hipnótica. Esa vez no la dejaría escapar.

Llegó a su lado y sin decir nada, sin importarle que a su lado estaban Sandra y algunas chicas más, se situó frente a ella y la rodeó con los brazos a través de la cintura.

Sara lo miró, estaba sorprendida. Ni siquiera había tenido tiempo de verlo antes de que él tuviera posadas sus manos en ella. La miró y vio que estaba sonriendo.

CAPÍTULO 28

Sara se dio cuenta de que el vello de su nuca se había erizado, casi como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado. Había escuchado en alguna ocasión que, cuando existía conexión entre dos personas, saltaban chispas, pero nunca había creído que pudiera ser cierto y que fuera una sensación tan palpable.

David estaba tan cerca que su cuerpo casi formaba parte del suyo. Había caminado hacia ella tan sigiloso como un felino que acecha a su presa en mitad de la oscura sabana. Ahora se sentía como si estuviera a punto de caer en sus fauces, y lo cierto era que deseaba rendirse ante su cazador y el embrujo que desprendía.

Sentía sus fuertes manos rodearla a través de la cintura y aquel simple detalle, un gesto tan insignificante, la hacía arder en deseo. No se dio cuenta de que estaban moviéndose despacio, como si compartieran un sensual y lento baile de salón. Podía escuchar la música a su alrededor, las voces de la gente; podía ver las luces brillando sobre el rostro del joven y las figuras difusas y confusas que se confundían con el ambiente, pero en realidad su atención estaba tan centrada en él que todo lo demás no era más que parte de un decorado.

Mirar aquellos ojos desde tan cerca resultaba sobrecogedor, casi desconcertante. Era como asomarse a un abismo del que no se podía escapar. Sentía que caía a través de él, sin poder y sin querer hacer nada por remediarlo.

Entonces, su mirada encontró sus labios, tan sugerentes, tan apetecibles, que tuvo unos deseos enormes de abalanzarse sobre ellos y besarlos. Deseó saber cuál era su sabor y qué podían hacerle sentir.

La mirada azabache del joven también se desviaba a sus labios cada segundo, como un indicativo de que estaba pensando lo mismo que ella.

Las manos de David cada vez se aferraban a su cintura con más fuerza. Era como si el cazador, temeroso de que la presa pudiera escapar en el último segundo, estuviera esforzándose por no perderla. Aquella presión en su espalda la acercaba irremisiblemente al cuerpo del chico. Cada vez estaba más presionada contra su pecho, casi podía sentir su torso musculado bajo la fina tela de la camisa gris.

Entonces, sintió que la mano de David desaparecía y temió caer, como si ella fuera la única que la unía con la realidad. La subió hasta su cuello y lo asió con suavidad. Sara sintió que el deseo se hacía más intenso y, cuando estaba a punto de dejarse llevar y besar los labios del joven, una mano la aferró a través del hombro. No le hizo falta verlo para saber que aquel no era David. El roce de su mano era distinto, menos cálido, y no creaba la misma tensión en ella.

Estaba a punto de lanzar una maldición cuando el dueño de la mano se situó frente a ella y pudo verlo claramente. Era su hermano Damián, parecía enfadado. Temió por un segundo que hubiera sido testigo mudo de la escena hasta que vio que su otra mano estaba sobre el hombro de David y que lo miraba fijamente. El chico dejó de tocarla enseguida.

—¿Qué hacéis aquí?

Sara miró a David y vio que este bajaba la vista al suelo.

—Nada, hombre, ¿qué vamos a hacer? Solo estaba saludando a tu hermana.

—David había posado la mano, que tan solo un segundo antes había pertenecido a ella, en el hombro de su amigo y le sonreía con seguridad. Ella se sentía incapaz de mirar a los ojos a su hermano.

—Tenemos problemas. —Damián parecía cada vez más enojado.

David lo miró y acto seguido se concentró en ella.

—¿Qué ha pasado?

Al fin se armó de valor para mirar a su hermano y comprobó que su vista se dirigía a la barra. Pudo ver a un par de chicos sudamericanos con los que su hermano siempre tenía problemas. Sabía que eran enemigos acérrimos desde tiempo inmemorable; no vivían en el barrio, pero sí lo bastante cerca como para que hubiesen tenido suficientes problemas a lo largo de los años.

—Pasa de ellos.

—Han venido aquí para provocarnos. —Damián se agitaba nervioso, apretaba los dientes y miraba constantemente hacia la barra, donde la discusión comenzaba a fraguarse.

David trató de sostenerlo, pero Damián se soltó de su abrazo y comenzó a caminar, casi a correr, hacia ellos. Miró a Sara, que se había quedado, parada en mitad de la pista de baile, mirando sin entender. Negó con la cabeza y se acercó a su oído.

—Lo siento, pero no puedo dejar a tu hermano solo en esto. —Le acarició la mejilla con cariño.

Sara se quedó con una palabra presa en los labios, a punto de brotar, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Cuando quiso darse cuenta David estaba junto a los demás en la barra, y los empujones habían comenzado. Estaba claro que aquello no acabaría bien.

Un brazo la rodeó y la voz familiar de Sandra llegó hasta sus oídos.

—He intentado mediar, pero ha sido imposible. Entre cosas de chicos es mejor no meterse, no podemos hacer nada. Gema ha avisado a los de seguridad.

Sara no dijo nada, estaba demasiado absorta mirando a David. Por un momento lo había sentido suyo. Había estado convencida de que el chico la besaría, había visto más en sus ojos de lo que nunca había visto en los ojos de nadie, pero ahora había vuelto a perderlo.

En un segundo todo cambió. Las personas, que hasta hacía un momento bailaban despreocupadas, ahora miraban hacia la barra, donde los jóvenes continuaban prodigándose empujones. Algunos de ellos, vecinos y conocidos del barrio, habían dado un paso más allá y habían ido hasta la barra hasta formar parte también de la discusión. El equipo de seguridad de la discoteca los rodeaba y trataba de mediar entre ellos, pero la situación se había desbordado. En un abrir y cerrar de ojos, lo que podía haber sido un pequeño altercado habitual en cualquier bar, a aquellas horas de la madrugada, se había convertido casi en una batalla campal. El grupo se había hecho tan grande que en ese momento casi rozaba la veintena de personas.

Sara, Sandra y Gema se mantenían al margen, con una distancia prudencial. Sabían que aquel no era un buen momento para acercarse, pese a que uno de

ellos fuese su hermano, su amigo o, incluso, su pareja. Los chicos habían dejado de escuchar y de hacer caso a lo que sucedía a su alrededor y su atención tan solo estaba puesta en sus contrincantes, que proferían insultos y amenazas.

Sara estaba nerviosa, inquieta, se movía de un lado a otro resoplando sin parar. No podía dejar de mirar a David, que se había colocado delante de Damián. Su hermano estaba fuera de sí; sus ojos parecían los de un desquiciado y trataba de apartar a su amigo una y otra vez.

Finalmente, el equipo de seguridad logró separar los grupos, y el que era más pequeño fue llevado a las afueras de la discoteca casi a rastras.

Su hermano y David permanecían dentro, pero, si los ánimos no se calmaban, era evidente que tarde o temprano también los echarían a ellos y se desentenderían de la discusión. Hicieran lo que hicieran tendría que ser fuera de esas paredes; era lo único que al dueño le importaba, en realidad.

David trataba de calmar a Damián; le sujetaba el rostro con ambas manos y parecía que tenía que usar toda su fuerza para lograr retenerlo. Damián parecía querer marcharse, pero David trataba de impedirlo.

—Creo que tu hermano quiere encontrarse fuera con ellos. —Sandra también estaba preocupada.

Sara respiró hondo y maldijo. Su hermano era una bomba de relojería que estallaba con demasiada facilidad y que, llegado ese punto, era imposible controlar. David seguía tratando de calmarlo. Se acercó unos metros y el chico reparó en ella; negó con la cabeza en el momento en que algunos de los implicados pasaron por su lado corriendo hacia la calle. Ella le devolvió una mirada suplicante que le pedía que ni él ni su hermano los siguiera, pero fue demasiado tarde. Damián había logrado zafarse de su amigo y se encaminaba hacia fuera con los ojos a punto de salir de sus órbitas. No pudo alcanzar a su hermano, pero sí a David, que caminaba con paso agresivo. Posó su brazo sobre el del joven, que se giró con violencia; él también parecía fuera de sus cabales.

—No salgáis.

David se paró durante un segundo.

—No puedo dejar que tu hermano salga solo.

Sara sintió que se formaba un nudo en su garganta.

—Pero, si salís ahora, os estarán esperando.

—Iros a casa, Sara. Iros, va a ser lo mejor.

Y se marchó. La joven se quedó paralizada en mitad de la discoteca, rodeada de la gente, que ya había olvidado lo sucedido tan solo unos minutos antes, bailando de forma frenética.

Sandra llegó hasta ella y la tomó de la mano. Le dijo, algo pero Sara no la escuchó. Ahora solo podía pensar en lo que estaría sucediendo fuera, necesitaba verlo con sus propios ojos. Comenzó a caminar, segura de sí misma, hacia la calle; Sandra trató de sostenerla, pero no lo consiguió. Cuando se enfurecía, al igual que le sucedía a su hermano, era imposible controlarla; ella también tenía un temperamento fuerte.

Pasó junto a personas que la golpeaban sin querer, bailando como hipnóticos, pero no le importó. Solo quería llegar a la calle lo antes posible.

Podía escuchar la voz de Sandra tras ella; gritaba su nombre, pero no se giró. No le haría caso, no en aquel momento.

Al fin llegó junto al estrecho pasillo que conducía a la salida. Lo único que podía ver era a una fila de personas que estaban esperando para poder entrar. Pasó junto a ellos sin apenas verlos. Miraba a todas partes buscándolos, buscando sus voces, pero no veía ni oía nada.

Tres hombres fornidos, y que debían de medir más de dos metros, estaban colocados frente a la puerta, casi en círculo y en alerta evidente. Se habían colocado allí de manera estratégica, posiblemente para evitar que la discusión siguiera delante de su local.

Sara se acercó al más alto, un hombre con la tez morena y con el ceño fruncido. Su expresión era seria, casi tosca.

—¿Sabes a dónde han ido? —preguntó con la rabia prendida en sus palabras.

El hombre la miró y se encogió de hombros.

—No sé de quién hablas. —Su voz era tan fuerte y ruda como su imagen.

La chica chascó la lengua.

—El grupo de chicos que estaba discutiendo dentro.

—Siempre son los mismos. —Agitó la cabeza—. Los que la lían todos los fines de semana.

Ella resopló. Aunque le costaba reconocerlo, tenía razón: siempre era su

hermano el que estaba metido en líos, y lo que más le asustaba era que, en el fondo, David era como él. Se preguntó si realmente quería en su vida a un chico que fuera igual que su hermano, que ya le causaba bastantes problemas.

—Es verdad —susurró casi más hablando para sí misma.

El hombre la miró y por primera vez, aunque parecía imposible que pudiera hacerlo, sonrió.

—Tú eres la hermana de uno de ellos, ¿verdad?

Sara lo miró sorprendida. Lo había visto en decenas de ocasiones porque ella frecuentaba aquella discoteca y él trabajaba allí, pero nunca había hablado con él y no esperaba que pudiera conocerla.

—Sí.

—Todo el mundo conoce a tu hermano —dijo el hombre contestando a su pregunta no formulada—. Bueno, a tu hermano y a todo su séquito.

Sara miró al suelo. No pensaba en absoluto que David fuera un seguidor del séquito; sabía, en realidad, que él era uno de los dueños de aquel séquito.

—Contestando a tu pregunta, no sé a dónde han ido. Les hemos pedido que se fueran de aquí, y lo han hecho. Solo les importaba seguir con la discusión; ¿dónde?, les da igual. —Mientras hablaba con ella miraba a su alrededor y asentía con la cabeza cuando la gente pasaba por su lado—. Creo que es mejor que vayáis a casa. —Miró hacia un lado, donde Sandra esperaba; Sara no la había visto hasta aquel momento—. Tu amiga te está esperando.

La chica asintió y se encaminó hacia Sandra, que se fumaba un cigarrillo, visiblemente nerviosa.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, no sabe dónde están. —Sara le cogió el cigarrillo a su amiga y le dio una calada casi con violencia.

—Gema aún está dentro y las demás también, deberíamos volver con ellas— Suspiró—. Ya sabes cómo es tu hermano; se pegarán y volverá a casa como si nada. Es la historia de siempre.

Sara negó con la cabeza y le devolvió el cigarrillo a Sandra.

—No, no me apetece volver dentro. Creo que me voy a casa.

—No puedes irte sola. Estamos lejos y es tarde; si es lo que quieres, me iré contigo.

Sara sonrió. Su amiga siempre estaba allí, fuera cual fuese el momento.

—Sabes que por esta zona siempre hay taxis, puedo coger uno y en dos minutos estaré en casa. —Apoyó su mano en el hombro de su amiga—. Creo que deberías volver dentro y aprovechar lo que queda de noche.

Sandra la abrazó sin pronunciar palabra.

—Si no quieres que me vaya contigo, al menos te acompañaré a coger el taxi.

Sara asintió. Sabía que no conseguiría nada negándose.

Mientras caminaban la lluvia comenzó a caer sobre ellas. Había comenzado de repente, como todos los acontecimientos de aquella noche. Al final de la calle, a tan solo unos metros de distancia, siempre había un par de taxis que esperaban a los rezagados que estaban bastante cansados o ebrios como para volver a casa andando.

—No irás a buscarlos, ¿verdad? —Sandra formuló la pregunta en un tono preocupado.

Sara sonrió.

—Claro que no. —Besó su mejilla y señaló el taxi que estaba frente a ellas, con el cartel de «Libre» que brillaba en verde—. Como tú dices: está claro cómo acabará su noche —dijo con tristeza.

—Lo sé. —Sonrió—. He visto que David y tú antes estabais cerca, muy cerca, ¿sabes?

Sara lanzó una carcajada que rompió el aire y que casi podía haber parado la lluvia, que caía cada vez con más fuerza.

—Sí, lo estábamos, hasta que se fue detrás de mi hermano. —Se encogió de hombros—. Mi hermano siempre estará en medio. —Lo dijo tratando de parecer divertida.

Se montó en el taxi y vio cómo Sandra le lanzaba un beso desde el exterior. Ella le devolvió el gesto y una sonrisa, y se dirigió al taxista, que parecía adormilado.

—Vivo en la calle Clavel —susurró.

El hombre puso el taxi en marcha sin decir nada y Sara se limitó a mirar por la ventana. La noche también parecía abatida o enfadada, y había dejado escapar aquellas lágrimas en forma de lluvia. En los escasos minutos que duró el trayecto, tuvo tiempo de pensar en muchas cosas. Comprendió que esa noche terminaría con algo más que con unos nudillos rotos. Acababa con

la triste sensación de que David nunca podría formar parte de su vida. Esa noche habían estado más cerca que nunca, pero ahora se sentía más lejos de él de lo que había estado jamás. Estaba segura, o al menos creía estarlo, de que no quería a un hombre a su lado que fuera una réplica de su hermano.

Mientras miraba por la ventanilla, esperó verlos tras cualquier esquina; deseó con todas sus fuerzas encontrarlos volviendo a casa, pero no vio nada.

Cuando el taxi al fin llegó hasta la puerta de su portal, se desabrochó el cinturón y salió del coche despacio, casi sin ganas. La lluvia caía con firmeza, ahora parecía que el cielo estaba realmente enfadado y que de aquella forma quería liberar toda su ira. Y Sara lo comprendió: ella también compartía su turbación.

CAPÍTULO 29

Buscó la llave en su pequeño bolso negro y la encontró enseguida. Estaba a punto de introducirla en la cerradura cuando una voz a su espalda la sobresaltó. Dio un respingo y sintió la tentación de echar a correr.

Entonces, volvió a escucharla y algo en su interior se despertó. Habían dicho su nombre, pero lo más extraño era que había creído conocer aquella voz.

Se giró despacio mientras su mente iba a mil por hora, casi igual que su corazón, y entonces, sus sospechas se vieron confirmadas: era la voz de David, la hubiera reconocido en cualquier sitio.

El chico había pronunciado su nombre, con más énfasis esta vez, aunque antes de hacerlo había tenido que respirar hondo para armarse de valor. Por un instante había dudado de si había hecho bien yendo a buscarla, pero al verla de espaldas allí, tratando de abrir la puerta de su portal, se dio cuenta de que era lo que deseaba en realidad. No se marcharía sin intentar terminar lo que había comenzado y que tantos días llevaba rondando por su cabeza.

Ella se giró y lo miró con los labios ligeramente abiertos, estupefacta; él estaba a unos escasos dos metros. Permanecía impertérrito, pero había algo en sus ojos: parecía apenado. Sara se asustó al verlos. ¿Y si algo había salido mal? ¿Dónde estaba Damián?, ¿estaba bien? Se acercó hasta él, ignorando la lluvia, que calaba hasta su piel. Sentía que un nudo oprimía su garganta.

Entonces, la expresión de David cambió. Ahora sonreía, y aquella leve sonrisa le bastó para comprender que todo iba bien.

El chico no podía dejar de contemplarla; estaba tan cerca que entre ellos casi no podía pasar ni la lluvia. Ambos se miraban fijamente y en los ojos de uno y otro parecía asomar una cierta pesadumbre.

—Siento haberme ido. —La voz de David rompió el silencio y aquel susurro consiguió atravesar cada trozo de piel, cada músculo, cada nervio de Sara y fue a parar a lo más hondo de su alma.

No era lo que había dicho, sino su manera de decirlo. Detrás de esas palabras se ocultaba mucho más de lo que afloraba a la superficie. Sonrió.

David pensó en lo bella que era su sonrisa. Cualquier sonrisa de la joven, hasta la más minina, valía más que nada en el mundo. Nadie había conseguido nunca transmitirle tanto con una sola sonrisa. Ella tenía ese don.

David alzó una mano en un movimiento casual, pero aquel simple gesto hizo que la mirada de Sara se apartara de sus ojos y reparara en ella; y al verla, sintió una punzada de dolor, que se clavó en su interior. Sus nudillos estaban ensangrentados. Volvió a mirarlo a la cara y esta vez pudo ver un pequeño corte en la mejilla derecha.

Aquella era la prueba que necesitaba para convencerse de que David era como su hermano. Era igual que él y siempre lo sería. Abrió los labios, dispuesta a despedirse de él, esta vez para siempre, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Los labios de David se habían posado en los suyos y, en aquel momento, todas las dudas, toda la valentía que había reunido para despedirse de él desaparecieron.

Sus labios eran cálidos y el sabor era aún mejor de lo que nunca hubiera podido imaginar, ni en sus mejores sueños. David, cerró los ojos, quería disfrutar plenamente de aquel instante y de que ningún otro estímulo pudiera distraerlo ni por un segundo de la deliciosa sensación de besar esos labios. Eran suaves, jugosos y parecían hechos especialmente para él. Se dio cuenta de que hasta ese momento nunca había encontrado unos labios que encajaran tan bien con los suyos.

Tan solo unos segundos después, el chico se apartó de ella con suavidad. Pese a que deseaba más que nada prolongar aquel momento y dejarse llevar por la pasión que latía desbocada en su interior, pensó que solo había una forma de que ese beso fuera aún más perfecto y era dejarlo tal y como había sido: un beso casi inocente.

Sara se apartó despacio y lo miró a los ojos: ahora parecían más transparentes que nunca, más vivos, como si la noche, que siempre vivía en ellos, los hubiera abandonado y hubiera dejado entrever un amanecer. En el

fondo, Sara siempre había sabido que estaba allí.

No dijo nada, no pudo hacerlo; las palabras habían desaparecido en algún lugar de su garganta. David sonrió con aquella sonrisa de medio lado que ella tantas veces había deseado que fuera suya, y se dio la vuelta. La joven trató de dar un paso hacia él, pero las piernas no le respondieron.

—¿Dónde está Damián? —Fue lo único que acertó a decir.

El chico se giró, la sonrisa seguía inscrita en sus labios.

—Está bien, está en mi casa.

Y casi sin terminar de decir la frase, volvió a girarse y comenzó a caminar despacio, bajo la lluvia, seguido por la atenta mirada de Sara, que lo vio alejarse hasta que no fue más que una sombra en el horizonte.

CAPÍTULO 30

Aún sentía el contacto del anillo, que había ido a clavarse justo bajo el hueso del pómulo, y los nudillo, que palpitaban inflamados, pero, pese a todo, David no borró la sonrisa del rostro en todo el camino de vuelta a casa. Todavía podía sentir los labios de Sara, seguía conservando su sabor —dulce, único— y esperaba poder atesorarlo para siempre.

Caminó deprisa hacia su habitación; por un segundo la sonrisa se esfumó de su rostro. Casi lo había olvidado: Damián estaba allí, esperaba que dormido. Empujó la puerta de la habitación, que estaba entornada, y entonces pudo escuchar la respiración del chico; era agitada pese a que estaba dormido. La noche había sido demasiado convulsa y era posible que sus sueños también lo fueran.

Se encaminó al baño, se miró en el espejo que había sobre el lavabo y contempló el corte de la mejilla con detenimiento. Era pequeño, poco más que un rasguño, pero escocía como si lo hubieran desollado. Había tenido mala suerte al recibir un único golpe procedente de un chico que llevaba un gran anillo de acero. Al sentir el calor que emanaba de la herida, había perdido la poca calma que aún guardaba en su interior y se había ensañado con aquel chico. Sus nudillos despellejados eran la prueba.

Había perdido los nervios, y no era la primera vez. Eran demasiadas las veces que eso había sucedido y, a sus veintiocho años, ya no se sentía orgulloso de ese comportamiento, de volver a ser la persona que creía haber dejado atrás. Comprendió en un segundo que en aquel apartamento, en aquella calle, en aquel barrio siempre sería el mismo David.

Al meterse en la cama la imagen de Sara seguía viva en su mente. Todo había sido tan rápido que casi no había tenido tiempo de pensarlo: montar a

Damián en el coche de un vecino, llevarlo a su casa, meterlo en la cama e ir corriendo a la calle de la chica.

Quizá no había sido el mejor momento; le hubiera gustado que fuera diferente, en otro lugar, en otra ocasión. Pero lo cierto era que no le importaba: había sido el mejor beso de su vida y no tenía ninguna duda de ello. No sabía qué sucedería después de esa noche, pero lo único que tenía claro era que nunca olvidaría aquella imagen: a Sara bajo la lluvia.

Cuando despertó, sintió que la cabeza le iba a estallar. El sol había irrumpido en la sala, como un huésped al que no se ha invitado y que no se desea.

Enseguida se dio cuenta de que, sobre el cojín *beige*, había una mancha de sangre. La herida del pómulo ahora estaba protegida bajo una capa reseca de sangre. Los nudillos seguían quemándole.

Como movido por un resorte, se levantó del sofá. Habían sucedido tantas cosas la noche anterior que había estado a punto de olvidar que su turno en el restaurante comenzaba a la una.

Pese a que había dormido unas siete horas, estaba cansado y sintió cierta envidia cuando vio a Damián aún dormido en su cama.

En el trayecto hacia el trabajo iba pensando en miles de cosas que lo flagelaban. ¿Qué sucedería con Sara?, ¿debía contárselo a Damián? Y si lo hacía, ¿cómo recibiría su amigo la noticia?; estaba seguro de que se sentiría traicionado.

Pero, sobre todo, había una pregunta que lo atormentaba más que ninguna: ¿realmente era merecedor de Sara?, ¿de verdad a ella le convenía estar con alguien como él? La respuesta era dolorosamente evidente.

CAPÍTULO 31

Cuando sonó el despertador Sara abandonó el sueño que estaba teniendo con David, y despertar de aquella dulce ilusión de una forma tan repentina la enfureció. No le importaba la falta de sueño y el agotamiento que la hostigaban, lo que de verdad le dolía era no poder quedarse en la cama y permanecer en aquel sueño. Estaba tan reciente en su mente que recordaba cada segundo como si hubiera sido real.

David la esperaba en el aeropuerto, cargado tan solo con una sonrisa llena de promesas. Sus ojos proponían una nueva vida, que estaba a punto de comenzar.

Se levantó despacio de la cama, con la lentitud de una persona que ha llegado casi al límite de sus fuerzas, y miró a través de la ventana: el sol brillaba orgulloso desde lo alto.

Durante el servicio de comandas estuvo despistada. No podía dejar de pensar en lo sucedido la noche anterior; aún le costaba creer que hubiera sido verdad. Había fantaseado tantas veces con los labios de David que había perdido la cuenta, y ahora podía jactarse de que los había probado en realidad. No sabía qué sucedería en adelante: si para él había significado tanto como para ella o si tan solo había sido un instante fugaz junto a su portal. Pero lo único que le importaba en aquel momento era que al menos había tenido ese beso.

—Anoche saliste, ¿verdad? —La voz de Pedro, su jefe, la pilló completamente desprevenida, mientras en su cabeza seguía reviviendo el beso una y otra vez.

Sara se giró y le mostró una sonrisa como única respuesta.

—Estos jóvenes... no tenéis fin —dijo divertido—. No entiendo cómo puedes tener ganas de salir después de trabajar toda la semana, ir a tus clases y echarnos una mano aquí algunos fines de semana. —Hablaba mientras colocaba sobre las bandejas los menús que los clientes esperaban. Pese a que rondaba los setenta años, era despierto y eficiente: nunca equivocaba una sola comanda.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo que salir ahora, que soy joven, ¿no crees? —contestó en el mismo tono risueño.

—Claro que sí, haces muy bien; no va a ser solo trabaja. De todas formas dile al chico con el que te ves que tiene que llevarte antes a casa. —Pedro guiñó un ojo y se alejó sonriendo.

Sara se quedó mirándolo sin articular palabra. ¿Tan evidente era que había estado con un chico la noche anterior? Pensó en la expresión estúpida que debía de tener para que su jefe lo hubiera advertido, y sonrió.

Cuando llegó a casa encontró a Damián sentado frente al escritorio que había en su habitación, usando el ordenador que de repente había llevado un día a casa sin dar más explicaciones. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos y su hermano se giró. Tenía un ojo morado y el labio partido. Sara detestaba verlo así, aunque no era la primera vez.

—¿Qué? —Su tono era un tanto brusco.

Sara se quedó contemplando el surco morado que rodeaba su ojo.

—¿Cómo estás?

—Bien, esto no es nada. Son solo heridas de guerra, una más para la colección. —Lanzó una risotada.

Sara trató de sonreír, pero la sonrisa se perdió en algún lugar.

—No tenías que haberte ido a buscarlos, no sé por qué no pudiste ignorarlos y ya está. —El chico miraba la pantalla de su ordenador y parecía no escucharla—. No podéis estar siempre así.

Al fin, se giró despacio y la miró.

—Este es nuestro barrio y ellos siempre vienen a buscarnos. Si nos buscan,

nos encuentran.

—Vi cómo David intentaba sujetarte. —Se hizo un silencio—. Parece cambiado.

Escuchó una risa procedente de Damián.

—David es el mismo de siempre. —Sonrió—. ¿No te acuerdas de cómo era cuando tú eras una niña y estabas detrás de él?; pues sigue siendo igual. Porque haya estado viviendo cuatro años fuera no significa que haya cambiado.

Al escuchar esas palabras Sara sintió que se ruborizaba. Si su hermano supiera que aún seguía suspirando por él y que incluso se habían besado, perdería el control una vez más. Su mejor amigo y la niña de su hermana, la pareja imposible.

Se fue a su habitación y se tumbó sobre la cama. No podía evitar preguntarse cómo habría reaccionado su madre si hubiera estado allí. Aunque ahora Damián ni siquiera hablara de ella, cuando era pequeño había sentido adoración hacia la mujer de cabellos rubios y de ojos azules. Sara se preguntaba si su marcha no habría afectado negativamente el carácter ya complicado del chico. Su madre le había roto el corazón una vez y ahora estaba tan dañado que la chica dudaba de que alguna vez sanara del todo.

Al girarse en la cama y ver la fotografía que había sobre la mesita de noche, donde Sandra y ella reían, pensó en su amiga. Aún no le había contado lo sucedido con David; eso era algo imperdonable. Cogió el teléfono móvil y se dispuso a llamarla. Sabía que Sandra estallaría de alegría cuando supiera que al fin, después de tantos años suspirando por David a escondidas, lo había conseguido.

CAPÍTULO 32

David colgó el teléfono y se hundió en el sofá. Estaba extenuado, el día había sido mucho más largo de lo que esperaba y ya eran más de las once de la noche.

Había llamado a Damián, principalmente, para preguntarle cómo se encontraba después de la noche anterior, pero también había otro motivo. Con aquella llamada había confirmado si su amigo sabía algo sobre su breve encuentro con Sara.

No había dicho nada al respecto, así que sus sospechas de que Sara no le había contado nada eran acertadas. Se alegraba de que la chica hubiera decidido hacerlo de esa manera, pues la reacción de Damián le preocupaba y casi asustaba. No temía sus puños, a los que había visto tantas veces en acción, sino que temía perder a su mejor amigo, temía decepcionarlo.

Miró hacia el lado vacío del sofá y por un momento se sintió solo. La casa estaba tan deshabitada ahora que había instantes en que apenas lo podía soportar.

Cerró los ojos y se empapó del silencio que reinaba a su alrededor, el mismo que, tan solo unas semanas antes, cuando había vuelto, le resultaba agradable, pero que ahora se hacía casi inaguantable. Nunca le había gustado estar solo y siempre había tratado de huir de esa soledad que, en ocasiones, quizá en demasiadas, se había colado en su vida.

Levantó la vista y esta fue a parar al viejo aparador, donde estaban las mismas figuras que habían estado siempre. En la balda de abajo, junto al televisor, estaba aquel horrible león de porcelana. Nunca supo cuál era su procedencia, y estaba claro que ya nunca lo sabría. Pero no importaba, daba igual cómo hubiera llegado hasta allí, él siempre lo había aborrecido, le

parecía espantoso.

En la segunda balda había varias figuras similares, todas igual de abominables, y en la última balda, casi en una esquina, como si tratara de esconderse de la luz, había una fotografía. No era la primera vez que la veía; había estado mirándola de soslayo desde que había vuelto, pero no había querido mirarla con detenimiento, casi había estado esquivándola a propósito. Pero en aquel momento, al fin, la vio. Estaba protegida por un marco de color madera avejentada y era del tamaño de cualquier fotografía corriente.

Se levantó despacio del sofá y se encaminó hacia ella. Una vez que estuvo lo bastante cerca, volvió a mirarla y su expresión cambió hasta convertirse en una muestra de aversión. Era extraño volver a ver a sus padres después de tanto tiempo; hacía más de cuatro años que no veía sus rostros, al menos no de una forma tan real.

Era una fotografía antigua; en ella, David no era más que un niño. Debía de tener tres o cuatro años y sonreía ilusionado a la cámara. Estaba sentado sobre la rodilla de su padre, y este estaba sentado sobre el sofá que aún gobernaba la sala de estar. Tenía el pelo largo hasta los hombros, muy oscuro y la misma sonrisa de medio lado que David había heredado. Su madre estaba al lado y también sonreía; sus rasgados ojos negros brillaban y su pelo castaño caía lacio a ambos lados de su rostro. Era prácticamente la única vez que la veía con el pelo suelto, y estaba mucho más guapa.

Le sorprendió lo jóvenes que parecían; eran como unos niños que jugaban a ser padres. Al fin y al cabo no debían de tener más de veintidós años cuando esa fotografía fue tomada.

David sintió que su respiración empezaba a acelerarse hasta convertirse en una especie de bufido nervioso. Sus ojos se tornaron aún más oscuros de lo que ya eran.

Volvió a colocarla sobre la balda y esta vez la escondió aún un poco más. Era demasiado doloroso tener que enfrentarse a ella, tener que enfrentarse a ellos y a todo lo que aquella fotografía removía en su interior: demasiados sentimientos que había intentado olvidar.

Se quedó de pie, mirando hacia el aparador, sintiéndose avasallado por esos sentimientos, que volvían para recordarle que, en realidad, nunca se habían ido. Y en un arrebato de ira contenida, cogió la primera figura que vio y la

estrelló contra el suelo. Ni siquiera sabía cuál de ellas era, pero se sintió aliviado cuando vio cómo se rompía en mil pedazos al chocar contra el suelo de baldosas. Le gustó tanto aquella sensación que tomó la siguiente figura y, sin mirarla, también la tiró con fuerza. Aquello lo hacía sentirse mucho mejor; era como si, con cada figura que destrozara, también se partiera uno de los sentimientos que lo atormentaban. Pensó que, hasta que no rompieran todas las figuras, no estaría limpio del todo, así que fue estrellándolas una a una contra el suelo, que —ante el impacto— también se resquebrajaba en algunos sitios, pero no le importaba. En ese momento nada le importaba. Ni que el suelo se agrietara, ni que los vecinos lo escucharan, ni que fueran más de las once y media de la noche, nada importaba. Solo quería terminar de una vez por todas con todo aquello, destrozando todas las figuras que siempre había detestado y que, de alguna manera, lo unían con un pasado que trataba de dejar atrás.

Cuando ya no hubo nada más que romper, se sentó en el sofá y miró a su alrededor. Al ver los pedazos de falsa porcelana rotos por todas partes, se sintió confuso, como si él no lo hubiera hecho; pero lo que más le sorprendió fue que la calma volvía a reinar alrededor y fue aquel silencio el que lo hizo derrumbarse. No fue la fotografía ni el ataque de ira, fue el silencio. Aquel apabullante y desesperanzador silencio.

Despertó en mitad de la noche, envuelto en la oscuridad. Miró su reloj de pulsera: las fosforescentes manecillas indicaban que eran las tres y media de la madrugada. Se pasó la mano por el cabello y miró alrededor. La luz de las farolas se filtraba a través de la ventana y pudo ver los restos de su cólera esparcidos por el suelo. Era extraño que ningún vecino hubiera subido a quejarse, porque el ruido debía de haber resultado atronador, pero a él no le sorprendía. Aquellos vecinos estaban acostumbrados a tantas cosas que casi nada podía sorprenderles.

Se levantó trastabillando del sofá y se encaminó hacia su habitación. Ya tendría tiempo de recoger aquel estropicio al día siguiente; ahora no podía pensar en ello, no quería hacerlo.

En el pasillo miró la última puerta, la que permanecía cerrada. Ni siquiera

había querido entrar en esa habitación. La noche que había llegado había cerrado la puerta sin atreverse ni a mirar al interior; incluso había preferido dormir en el sofá cuando Damián había usurpado su cama.

Al mirarla se dio cuenta de que las emociones de las que creía haberse desprendido unas horas antes volvían a hacer su aparición. Se refugió en su cama y cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera hacerlas desaparecer.

CAPÍTULO 33

Mientras caminaba por las calles sintiendo el sol, que intentaba penetrar a través de su cazadora, no podía evitar sentirse un poco tenso. Él mismo había escogido aquel camino, y eran casi tan poderosas las ansias que tenía de llegar al final como los nervios que lo atenazaban.

Miró hacia el letrero de color rojo del supermercado, y sintió una vaga familiaridad que lo unía a ese lugar de alguna forma. Sandra estaba en una de las cajas, con un intenso color rosa en los labios, y en la otra, el mismo chico al que había visto, tan solo unos días antes, abrazando a Sara. Solo unos días y parecía haber transcurrido toda una eternidad.

Se acercó a Sandra y no hizo falta que dijera nada, pues ella se giró y lo miró. Sonrió.

—Vaya, ¿cómo tú por aquí? —David percibió enseguida que Sara debía haberle contado algo.

El chico se encogió de hombros.

—Yo también tengo que comer.

Sandra sonrió aún más ampliamente.

—Ya, supongo. —Tendió una bolsa de plástico a una mujer que los miraba atentamente.

David se revolvió un tanto incómodo y comenzó a caminar hacia el pasillo que separaba las cajas del resto del supermercado.

—Si te interesa saberlo, Sara hoy está en la panadería.

Escuchó la voz de Sandra a su espalda. Se giró y sonrió sin decir nada. ¿Tan evidente era que había ido hasta allí solo para verla?

Comenzó a andar por los pasillos, perdido; apenas conocía aquel sitio y siempre le había parecido que todos los supermercados eran como un

laberinto que, en vez de estar cerrado con setos, estaba custodiado por estanterías de cientos y cientos de artículos.

Dobló la esquina y, entonces, la vio tras un pequeño mostrador; colocaba unas hogazas de pan que parecían recién horneadas. Pese a que estaba vestida con el uniforme del supermercado, que no era precisamente favorecedor, estaba tan guapa como siempre, con el pelo recogido en un moño alto.

Caminó hacia ella con una sonrisa en los labios. Sara alzó la mirada, como si se sintiera observada, y lo vio. Sonrió débilmente.

—Hola, quería una barra de pan —dijo serio, como si no la conociera.

La chica sonrió y le tendió una hogaza.

—Te la cobrarán en la caja —dijo en el mismo tono impersonal que él había usado.

David lanzó una carcajada.

—Gracias —susurró.

Se quedó mirándola fijamente durante unos segundos. Teniéndola allí delante no podía evitar pensar en el sábado por la noche, en la lluvia que había caído sobre su rostro y que había resbalado por sus labios, los mismos labios que él había besado.

—Bueno, hoy yo no tengo que ir al restaurante; si quieres, quizá, podemos vernos esta tarde, cuando termines tu turno.

Sara pareció dudar.

—Bueno..., tengo clase de pintura. —Se miró las manos—. Termina a las nueve.

—Me parece bien. —Ella no dijo nada—. Si quieres, puedo ir a buscarte adonde nos encontramos la otra vez. —Sara asintió—. Bien, allí nos vemos. —Y su sonrisa de medio lado apareció en escena.

Cuando volvió a la calle, casi se sentía flotar entre aquella brisa primaveral que lo envolvía todo. El sol brillaba espléndido y, en cada paso que daba, se sentía acompañado por él, como si fuera un compañero de un viaje que estaba a punto de comenzar. Así se sentía él: como si comenzara una aventura de la que quería descubrir todo.

En el fondo de su ser siempre había existido un vacío, un hueco que,

aunque tratara de evitar e ignorar a toda costa, siempre estaba ahí. En ocasiones había reparado en él y había tratado de entender qué quería decirle, pero nunca encontraba la respuesta.

Al fin lo había hecho. Al despertar por la mañana con la imagen de Sara volando por su mente, al mirarla a los ojos y sentir que algo se revolvía en su interior, había comprendido que ese vacío no era más que la falta de ilusión, y Sara lo hacía tenerla.

Al pensar en ella, inevitablemente se acordó de Damián. Sabía que lo estaba traicionando y le dolía mentir a su compañero de fatigas, el amigo que nunca le fallaba, su leal camarada. Cogió el teléfono móvil y lo llamó, pero no obtuvo respuesta.

De vuelta en el apartamento, casi le pareció estar viendo a su padre, sentado sobre una silla de madera, vestido con una camiseta negra de manga corta, con sus robustos brazos cubiertos de tatuajes y bebiendo de una lata de cerveza. Se veía a sí mismo, como un niño pequeño, indefenso, con sus grandes ojos negros mirando a aquel hombre mientras le contaba historias no aptas para menores de edad; y él, con la inocencia que posee un niño de seis años, mirándolo sorprendido y encantado a la vez. Como solo un niño puede mirar a un padre. Como solo un niño puede mirar a una persona que le está contando algo que él no conoce y que hasta ese momento no sabía ni que existía.

Podía escuchar la voz gastada de su madre, que gritaba para que Agustín dejara de contarle historias sobre mujeres desnudas que bailaban sobre la barra de un sórdido bar.

David miró alrededor. Allí no había nadie: ni su padre, ni su madre, ni aquel chiquillo de mirada inocente que observa el mundo con entusiasmo. Allí solo estaba un chico con una expresión similar a la que un día había visto en los ojos de su madre: la propia de una persona que ha vivido demasiado deprisa y que ha corrido antes de aprender a caminar.

Se sentó sobre una de las sillas de la cocina con ese pensamiento en la cabeza, hasta que de pronto una imagen, un recuerdo, lo sobresaltó. Pudo ver sus manos ajadas a causa de los años; casi se vio a sí mismo siendo un niño y

mirando con curiosidad y con tristeza esas manos envejecidas. Empezó a visualizar su imagen y se sorprendió del tiempo que llevaba sin pensar en ella, en la vecina que había vivido frente a su casa desde que era un bebé y le había cuidado y querido casi como a un hijo. Marga había sido la abuela que nunca tuvo; el lugar donde refugiarse cuando en su casa las cosas estaban demasiado agitadas; las manos que le preparaban las meriendas más espectaculares del mundo, acompañadas por relatos antiguos, que él adoraba escuchar. Marga había estado ahí cuando sus padres habían decidido salir hasta tarde; lo había arropado y besado en la frente antes de dormir. Pero como sucede con casi todo en la vida, los años habían ido separándolos poco a poco; al principio, de forma paulatina, y finalmente la brecha se hizo tan grande que de repente un día ya no había historias de Marga.

David, con catorce años, se sentía demasiado mayor como para seguir aceptando aquellas meriendas de chocolate; con quince las fechorías eran mucho más atractivas que cualquier historia que la anciana pudiera contarle. Con dieciséis estaba demasiado preocupado en conocer a todas las chicas del barrio, como para disponer de un minuto que pasar con su vecina anciana. Cuando David cumplió dieciocho años, Marga era ya una mujer que apenas lograba mantenerse en pie. Lo último que había hecho antes de ingresar en una residencia había sido ir a despedirse de él y regalarle un viejo libro de cuentos que siempre le leía de niño, pero él apenas le dio un par de besos en la mejilla, unas gracias que fueron demasiado frías para una mujer que le había dado en la vida mucho más que un libro, y un adiós que había sido más real de lo que él quiso entender en aquel momento.

Sentado en la descolorida cocina que había visto pasar su vida, David comprendió que no había sabido devolverle a esa mujer de cabello plateado todo lo que ella había hecho por él alguna vez. Buscó en la agenda que aún había guardada en el aparador del salón la dirección de la residencia y, sin pensárselo un segundo, se dirigió hacia allí, dispuesto a reencontrarse con la mujer que lo había cuidado casi más que su propia madre. Al pasar junto al apartamento que Marga un día ocupó, no pudo evitar sonreír y cientos de imágenes llenaron su mente.

Tardó menos de media hora en llegar frente a la residencia y aparcar el coche. Al hacerlo se dio cuenta de que estaba nervioso, pero había un sentimiento más que se colaba en su interior, un sentimiento que nunca había estado ahí hasta ese momento. Una sensación de culpabilidad que se hizo más evidente cuando, recorriendo los jardines, vio a ancianos sentados sobre sus sillas de ruedas viviendo una edulcorada soledad, con la vista perdida en algún lugar que él esperaba no visitar jamás.

Marga debía de haberse sentido muy sola en ese sitio, sin que nadie fuera a visitarla. Sintió una náusea que subía por su garganta. Él temía a la soledad, realmente le aterrorizaba, aunque había tenido que enfrentarse a ella desde siempre. Se había sentido solo desde que era un niño; con los años había tratado de mitigar aquella soledad refugiándose en sus amigos, en las drogas, en los brazos de mujeres extrañas, pero aquello solo conseguía que cada vez se sintiera más solo. Ni siquiera logró desprenderse de ella cuando se marchó a vivir a otra ciudad. Ella siempre lo siguió, a través de otras ciudades, de otros brazos, de otra vida. Vivía en el silencio que reinaba ahora su apartamento, en esa habitación cerrada que no era capaz ni de mirar.

Al escuchar la voz, que tras el mostrador de recepción le dio la noticia que temía recibir, sintió que la pena se mezclaba con la culpabilidad. Marga había fallecido hacía tres años y lo había hecho sola. Ahora se arrepentía de no haber ido a verla más a menudo, de no despedirse de ella antes de marcharse a Valencia, de no haberle dado las gracias por las meriendas, por los libros que le habían enseñado que había otras vidas, por las historias que le habían hecho sentir cosas que no sabía ni que existían. Pero ya era tarde, el pasado no volvería. En un pasado en el que él había abandonado a muchas personas por el camino, Marga no había sido la única ni mucho menos. Él era así: abandonaba a las personas que lo querían y ahora sus fantasmas volvían para recordárselo.

Eran más de las tres de la tarde cuando al fin puso el motor en marcha y se encaminó hacia su casa, donde nadie lo esperaba, donde ya nunca nadie lo esperaría jamás.

CAPÍTULO 34

Sara se ajustó la mochila negra y comenzó a caminar con rapidez. Había perdido demasiado tiempo en acicalarse y ahora era tarde.

No había llegado aún al final de la calle cuando la voz de su hermano la sobresaltó. Estaba fuera del bar de Kike fumando un cigarrillo, y solo tuvo que andar un par de pasos para ver que la persona con la que hablaba era David. Comenzó a ponerse nerviosa.

Los chicos aún no la habían visto, parecían demasiado preocupados en su hilarante conversación. Entonces, Damián alzó la vista y reparó en ella.

—Hombre, hermanita —saludó mientras sonreía.

David se giró y, cuando sus miradas se cruzaron, se dio cuenta de que había algo distinta en ella; se la regaló un escaso segundo y miró al suelo.

—Hola. —Su voz fue poco más alta que un susurro.

Sara lo observaba fijamente y por primera vez se sentía la dueña de la situación, pues él parecía incapaz de mirarla a los ojos.

—Tengo que irme, llego tarde a clase —dijo sin bajar la vista.

David alzó la vista un momento y asintió con la cabeza.

—Qué tontería. —Damián la cogió a través de los hombros, y estuvo a punto de hacer que el maletín se cayera al suelo—. Sáltate la clase y tómate una con nosotros.

Sara lo miró y sonrió. Se sintió tentada de perder la clase por un día y pasar tiempo junto a David; además, si era su hermano el que urdía la propuesta, todo parecía normal.

Estaba a punto de aceptar la invitación cuando la voz de David la sorprendió.

—Vamos, déjala, tiene que irse a clase.

Sara lo miró y frunció el ceño. Iba a corregirlo, a hacerle entender, por si no lo sabía, que aquellas clases eran un *hobby* y no una obligación, pero David ni siquiera la estaba mirando.

Damián se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, creo que nosotros estaremos aquí toda la tarde. —Y después de decir aquello, se encaminó hacia el interior del bar.

Se habían quedado solos. Sara lo miró de nuevo fijamente.

—Puedo quedarme —ofreció.

David no dijo nada. Sara empezó a tensarse.

—Si quieres.

El chico alzó la vista al fin y la miró, pero aquella vez, en su mirada, solo había vacío. El mismo vacío que Sara siempre había visto en ella. El mismo anochecer que siempre había estado ahí, ensombreciéndolo todo.

—Creo que es mejor que vayas. —Su voz sonaba fría y distante, como si no proviniera de la misma persona que tan solo unas horas antes parecía capaz de cumplir todos los sueños del mundo.

Sara negó imperceptiblemente con la cabeza.

—No entiendo —susurró.

El chico se colocó frente a ella, tan cerca que esperaba que su hermano no estuviera mirando.

—Creo que es mejor que dejemos la cita que teníamos —Volvía a ser el chico seguro que podía mirarla sin pestañear—. Esta tarde voy a pasarla aquí, con tu hermano. —Pronunció aquellas últimas palabras con más énfasis que las demás, o al menos eso le pareció a la joven, que lo miraba atónita.

Sara no sabía qué podía decir para que ese momento se hiciera menos incómodo; en realidad, no quería mostrarle el daño que le estaban haciendo sus palabras. Consiguió templar los nervios y asintió.

—Muy bien. Yo también pienso que es lo mejor, para los tres. —Y pronunció aquellas últimas palabras con ahínco, para que quedara constancia de que ella también sabía jugar a ese juego.

Comenzó a caminar otra vez, sin volver la vista atrás, tratando de mantener la mirada fija al frente y la cabeza alta. Caminaba segura de sí misma, con fuerza, pese a que algo se había roto en su interior. Lo único que le preocupaba en aquel momento era que David no se diera cuenta de ello, que

no fuera consciente de los pedazos que caían a su alrededor.

Mientras caminaba su mente era un hervidero de ideas; no podía entender qué había sucedido en las últimas horas para que David cambiara de opinión. Pensó en todos los sentimientos que había vivido desde que él había vuelto: deseo por estar con él, decepción al verlo en los brazos de otra, ilusión cuando lo tenía cerca, culpabilidad cada vez que veía a su hermano y la felicidad más absoluta cuando había besado sus labios. Ahora todo se mezclaba en una maraña de sentimientos y sobre ellos gobernaba la decepción. Si de algo estaba segura era de que con David nunca nada sería fácil. Respiró hondo y la valentía llegó a su rescate: comprendió que era el fin de una etapa.

Aquel beso bajo la lluvia había sido el más especial de su vida, pero lo mejor era que su historia comenzara y terminara allí, bajo la lluvia de una noche de abril. Sonrió, mientras caminaba, sintiendo la brisa sobre el rostro.

CAPÍTULO 35

David la estuvo observando mientras se alejaba calle abajo; pese a que deseaba ir en su busca y besarla, consiguió mantenerse firme, como lo había hecho al ver una sombra de decepción atravesar los ojos de Sara. Había visto parte de aquel azul romperse en mil fragmentos y eso había conseguido, a su vez, partir algo en su interior.

Rechazarla le dolía más que cualquier otra cosa que hubiera tenido que hacer en su vida, pero sabía que era lo mejor para todos. No le quería mentir a su amigo, no quería hacerle daño, pero, sobre todo, no quería hacerle daño a ella. Y si de algo se había dado cuenta esa misma tarde, era que siempre les acababa fallando a las personas que lo querían. Volvió al interior del bar con la amarga sensación de que dejaba escapar a la única chica que de verdad le había importado.

Varios litros de cerveza después y aún con el sabor del humo en la boca, David llegó a su casa. Era tarde y tenía la vista borrosa; el alcohol había ayudado a eso y a emborronar, también, sus recuerdos.

Antes de quedarse dormido pensó en Sara. Estaba seguro de que lo que había sucedido apenas le afectaría. Era una chica valiente que luchaba cada día; el rechazo de un chico no sería más que una pequeña mota que olvidar.

Lo último que pensó antes de quedarse dormido fue que le gustaría tener al menos una parte de ese valor para poder olvidarla.

Esa noche tuvo un sueño. Sara reía bajo un cielo cubierto de estrellas y ellas brillaban en su pelo, pero Sara no caminaba sola; una sombra iba a su lado y

esa sombra hizo que a David se le acelerara el corazón. Despertó sobresaltado y empapado en sudor. La imagen de Sara en los brazos de otro chico, bajo el peso de otra piel, lo hizo estremecerse. El solo hecho de imaginarlo hacía que le quemara el corazón.

CAPÍTULO 36

Aquel viernes el sol dibujaba las calles haciéndolas parecer un riachuelo dorado. El aire olía a primavera. Era un día que invitaba a pasear y a pintar, pero Sara no podía hacer ninguna de esas dos cosas. Dentro del supermercado veía pasar la mañana como una más, lamentándose de no poder disfrutar del sol y de todo lo que el día podía ofrecerle, pero de momento lo único que podía hacer era fantasear con una vida fuera de aquel supermercado, lejos de la luz cegadora y del hilo musical, que se le antojaba insufrible.

—Bueno, al fin viernes.

Estaba distraída pintando un cuadro en su cabeza cuando la voz de Juanjo la interrumpió. Se giró sintiendo el mismo rechazo que siempre sentía cuando él hablaba.

Lo miró y encontró la misma mirada de lascivia asomando a sus ojos. Ella frunció los labios y asintió; no le apetecía mantener ninguna conversación con él. Su gesto de indiferencia no pareció surtir efecto y el hombre continuó hablando.

—Aunque, para los que trabajamos, también los sábados nos da igual, ¿verdad, Sandra?

Miró a su amiga, que estaba tras su caja y que no dijo nada; tampoco trató de simular la cara de rechazo que aquel hombre le producía. Sara tuvo que ocultar una sonrisa.

—Bueno, casi lo olvidaba: tú también trabajas en ese bar —Lo dijo con cierto desprecio y Sara sintió que la rabia empezaba a apoderarse de ella. Para empeorar aún más la situación, el hombre se acercó tanto que casi le habló al oído, y tuvo que contenerse para no apartarlo de un manotazo—. Vamos a tomar un café.

Sara podía notar el aire que salía de sus labios y rozaba su oído, y sintió náuseas. Esa ligera brisa resultaba excitante cuando escapaba de los labios de otro hombre, pero, cuando provenía de él, era nauseabunda.

—No puedo —dijo y apartó bruscamente la cabeza, de él.

—Vamos, yo te invito. —Hablaba despacio, como si intentara ser sugerente, y eso a Sara le aborrecía aún más.

—No puedo. —Lo dijo con brusquedad; en ocasiones se olvidaba de que era su encargado, la aversión podía con todo lo demás. Vio a su amiga, que realizaba un gesto de repulsa llevándose dos dedos a la boca, y resopló.

—Es una pena porque tenía algo importante que hablar contigo. —Esta vez habló más alto debido a la proximidad de los clientes.

Sara lo miró.

—¿De qué? —Trató de suavizar el tono.

Juanjo sonrió despacio, casi parecía una hiena cuando lo hacía. Su mirada denotaba victoria.

—Aquí no es un buen lugar para hablar. —Volvió a bajar el tono de voz.

Sara sostuvo su mirada y, tratando de controlar su rabia, lo hizo con descaro.

—No sé de qué quieres hablar, pero seguro que puede esperar a que termine mi turno.

Juanjo sonrió y casi pareció relamerse, disfrutaba teniendo el control.

—Precisamente de eso quería hablar: de tu turno.

—¿De mi turno?, ¿por qué?

Mientras formulaba la pregunta, no podía evitar pensar en qué podía haber sucedido. Hacía unos años había conseguido negociar un turno de lunes a viernes que le beneficiaba enormemente y que sabía no podría conseguir en ningún otro lugar. Le aterrorizaba tener que perderlo; además, aquello suponía perder también las horas del restaurante y el sueldo que le acarrea, que era mucho mejor que el del supermercado.

—Cómo te he dicho, no creo que sea un buen lugar para hablar. Es algo... delicado, digamos.

Sara cogió su cazadora vaquera. Con la vista fija al suelo y con el orgullo herido, siguió a Juanjo hasta el bar que había en la acera de enfrente sintiendo que él había ganado una batalla.

Se sentó en un taburete e intentó mantenerse lo más lejos posible del hombre, que parecía pretender precisamente todo lo contrario.

—¿Sobre qué querías hablar? —Ella fue cortante y directa.

Juanjo sonrió, mostrando de nuevo aquella sonrisa egocéntrica que la joven tanto detestaba.

—Bueno, últimamente se ha formado bastante revuelo en el supermercado, como supongo que habréis notado. Es posible que haya algunos cambios dentro de la junta directiva y eso supondría cambios importantes para todos.

Saraladeó ligeramente la cabeza. Lo cierto era que tanto Sandra como ella se mantenían al margen de todo lo que sucedía en la junta directiva, pero le costaba creer que fuera a haber cambios y ellos no hubieran escuchado nada.

—La verdad es que no hemos oído nada.

El hombre bebió de su taza de café, de forma pausada, como si disfrutara alargando el momento.

—Lo que ocurre en la junta directiva es algo que no suele trascender a simples cajeros y reponedores; en mi caso, como soy el encargado, estoy presente en todas las reuniones importantes y ya está habiendo algunos cambios. Hay algunos accionistas y demás que están apostando fuerte por el negocio.

Sara lo miraba sin entender ni una palabra; a decir verdad, Juanjo no estaba diciendo nada de valor, a excepción de jactarse de sus supuestos privilegios y de menospreciar al resto de los trabajadores, como hacía siempre.

—¿Y eso en que me afecta a mí? —Sara lo interrumpió con determinación.

Juanjo apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos bajo su barbilla.

—Sara, como bien sabes, gozas de un horario privilegiado que nadie del supermercado tiene. Fuiste la primera que firmaste el contrato cuando el negocio se trasladó aquí, y por ese motivo tuviste la suerte de poder imponer algunas condiciones que nos parecieron justas, suponiendo que en ese momento ibas a continuar con tus estudios. —Se acercó a ella—. Estudios que finalmente nunca continuaste.

Sara sintió que una oleada de rabia la recorría. No solo no tenía ningún derecho a juzgar el motivo por el que no había continuado sus estudios, sino que, cuando ella había firmado el contrato cuatro años atrás, Juanjo ni siquiera trabajaba en el supermercado. Estaba a punto de decírselo cuando el

hombre alzó una mano en alto pidiéndole silencio.

—Bueno, sé que las cosas no han sido fáciles en tu casa. No voy a entrar a juzgar si realmente tenías intenciones de estudiar o no en un principio; de eso ha pasado mucho tiempo. Lo único que puedo decir es que consideran que ha llegado el momento de que te involucres más en el trabajo. Eres buena, Sara, eres eficiente, responsable y están contentos contigo. —Bajó un poco más la voz—. Lo estamos. —Sonrió—. Pero los jefes llevan tiempo pensando en abrir también los domingos y para eso necesitaríamos personal que cubra los puestos vacantes.

Sara sintió que el aire la abandonaba. Estaba cansada de su trabajo, no podría soportar hacerlo durante siete días a la semana.

—Pero yo tengo otro trabajo, no puedo dejar a Pedro y a Fátima.

Juanjo desvió la mirada y frunció los labios.

—Siento decirte que ese no es nuestro problema. Lo cierto, Sara, es que necesitamos trabajadores que se involucren de verdad con nosotros, trabajadores que quieran ser algo más el día de mañana. Tú podrías ser una gran encargada algún día. —Sara había dejado de escucharlo, se limitaba a mirarlo—. Entiendo que esto para ti sea como un jarro de agua fría. Tu turno de lunes a viernes comenzaría a ser de lunes a domingo. Habría que renegociar el contrato.

—Tendría que pensarlo. —Sara lo interrumpió de forma brusca. Por la expresión de Juanjo, que se quedó petrificado, supo que él no esperaba esa respuesta.

—Creí que necesitabas este trabajo. —Ahora parecía menos seguro en su perorata.

Ella apuró el café y estaba a punto de ponerse de pie cuando el hombre extendió una mano y rozó la suya, lo que provocó que se parara.

—Espera. —Sara lo miró—. Sabes que te aprecio y que valoro mucho tu trabajo. —Parecía pensativo, pero algo le decía a la joven que solo estaba improvisando y que en realidad era todo teatro—. Me dolería mucho perderte, no a mí directamente, ya me entiendes, sino al supermercado. —Sara tuvo que contener una risa—. Quizá pueda haber alguna forma de ayudarte... —Se llevó un dedo a los labios como si estuviera urdiendo un plan. —La joven lo miraba con el ceño fruncido—. Podíamos quedar el

domingo para comer, si te parece, para hablar tranquilamente sobre esto. Creo que podríamos jugar la baza de los estudios otra vez para que te dejen quedarte de lunes a viernes.

Sara abrió los ojos como platos. Juanjo acababa de sobrepasar una línea que hasta ahora nunca se había atrevido a cruzar. Fueran verdad o no los cambios que se avecinaban, no terminaba de entender que podía arreglar una comida con él.

—Bueno, creo que hablaré directamente con los jefes cuando sea el momento. —Juanjo sonrió como si tuviera escondido un último as en la manga—. Ya me han pedido que hable contigo. La decisión depende de mí.

Sara negó lentamente.

—No lo entiendo...

El hombre se acercó hasta que pudo notar de nuevo su aliento, esta vez en el rostro.

—Sara, que mantengas tu horario actual o no depende exclusivamente de mí. Si les digo que no puedes hacerlo, ellos aceptarán mi orden, pero si no...

La joven apretó los dientes y comenzó a levantarse despacio, temiendo que, si se quedaba un minuto más, podría hacer algo de lo que se arrepintiera más tarde. Se había puesto de pie cuando lo oyó otra vez.

—O también podemos hacer renovación de plantilla. —Sara lo miró—. Solo te pido que comamos juntos el domingo y lo charlemos, nada más.

Ahora fue él quien se puso de pie y dejó un billete sobre la mesa para pagar el café que se había tomado. Anduvo solo un par de pasos y se giró de nuevo hacia Sara, que seguía de pie, petrificada.

—Tengo que darles una respuesta el lunes. —Y se marchó caminando despacio.

Cuando Sara llegó a la calle encendió un cigarrillo y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Juanjo estaba presionándola, claramente; o comía con él ese domingo, y tendría alguna posibilidad de mantener su turno o incluso su trabajo, o si lo rechazaba, podía perderlo todo, incluso temía que utilizara también a Sandra en su sucio juego. Fumó con violencia y, cuando volvió al interior del supermercado, agradeció no tener que verlo.

CAPÍTULO 37

—No puedo creer que te haya dicho algo así. —Sandra se había parado en mitad de la calle y alzaba las manos en alto—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?, le habría partido la cara; voy a ir ahora mismo.

Comenzaba a volver sobre sus pasos cuando Sara la tomó de las manos y la obligó a parar.

—No te lo dije porque sabía que reaccionarías así. —Miró a su amiga directamente a los ojos y respiró hondo—. No puedes decirle nada, Sandra. Lo que está haciendo es asqueroso, pero si se entera de que te lo he contado, me despedirá; quizá a ti también para que no digas nada.

Sandra respiraba nerviosamente.

—Pero es un cerdo, un maldito cerdo.

Sara asintió y sonrió.

—Eso lo supimos desde que lo vimos por primera vez. —Apoyó el brazo sobre el hombro de su amiga—. No puedo hacer nada. Sandra. ¿Qué voy a decir?, ¿qué me ha invitado a comer?; eso no es denunciabile.

Sandra encendió un cigarrillo y aspiró con brusquedad.

—Pero no es justo que haga esto. Seguro que no es cierto.

Sara se encogió de hombros y tomó el cigarro.

—Es cierto que últimamente muchos supermercados están abriendo los domingos; puede que quieran que este también lo haga. —Se encogió de hombros — Sé que es una mierda, sé que es injusto, pero creo que tengo que ir a comer con él. A lo mejor puedo conseguir que me mantenga mi turno e incluso que mantenga el tuyo.

Sandra maldijo.

—No se va a conformar con comer, Sara. Intentará algo más.

La chica sonrió y dio una calada al cigarrillo.

—Sé mantener alejado a un hombre, no te preocupes por mí. —Lanzó un beso al aire y comenzó a caminar hacia su calle, que estaba a tan solo unos metros.

Pudo escuchar una suave risa procedente de su amiga en la distancia.

—Hola, papá. —Sara se sentó a su lado en el sofá. El hombre sonrió mostrando lo amarillenta que tenía la dentadura y Sara sintió una cierta lástima hacia él—. ¿Cómo has pasado el día? —le preguntó.

Pablo se encogió de hombros.

—¿Pues cómo lo va a pasar?, como siempre. —La voz de Damián apareció desde el pasillo—. Se ha levantado casi a las doce y diez minutos después ya estaba en el bar, ¿verdad, papá? —El chico hablaba despótico.

Sara se puso de pie. No quería presenciar aquella discusión, ese día no.

Desde la distancia pudo escuchar cómo ambos empezaban un cruce de palabras, e hizo oídos sordos. No le gustaba la forma en que Damián trataba a su padre y se lo decía constantemente, pero el chico se había cansado hacía tiempo de luchar por una persona que no quería hacerlo por sí misma, y esa era su forma de demostrárselo. Sara sabía que, pese a todo, su hermano seguía preocupándose por su padre más de lo que quería reconocer y ella vivía en una constante amargura; veía cómo su padre se iba haciendo mayor y cómo con el tiempo el bar se había convertido en su único entretenimiento. Veía cómo se hundía cada vez más en un abismo del que no estaba segura de poderlo sacar.

CAPÍTULO 38

El sabor del tequila que bajaba por su garganta hizo que tuviera un escalofrío. La acidez del limón consiguió mitigarlo.

Sandra estaba sentada junto a ella y reía a carcajadas mientras miraba coqueta al chico que estaba sentado a su lado. Acababan de conocerlo y, aunque no sabían su edad, a Sara le parecía que no debía de tener más de dieciocho años; pero a Sandra no parecía importarle en absoluto, estaba segura de que se besarían en cualquier momento. Se giró y vio que el otro chico que las acompañaba la estaba mirando. Lo había sorprendido haciéndolo ya en varias ocasiones, casi parecía estar analizándola.

Era bastante guapo. Tenía unos grandes ojos verdes con unas largas pestañas que dotaban su mirada de mucha personalidad. Su sonrisa era realmente bonita, con unos dientes impecablemente blancos y tan pequeños que apenas podían verse tras unos carnosos labios. Era evidente que estaba interesado en ella, se notaba en su forma de admirarla, pero aún no se había atrevido a dar el paso. Sara estaba esperando que lo diera en cualquier momento, estaba dispuesta a seguirlo. De momento se conformaba con mirarlo de forma juguetona.

Sandra se acercó a su oído.

—¿Te importa que nos vayamos un rato?

Sara la miró y sonrió. Los ojos le brillaban y una gran sonrisa iluminaba su rostro.

—Claro que no. Espero que os divirtáis mucho.

Sandra la abrazó y guiñó un ojo.

—Espero que tú también —dijo mirando al chico de ojos verdes y de cabello castaño.

Solo unos segundos después, Sara se dio cuenta de que se habían quedado solos.

Sara lo sorprendió de nuevo mirándola. Sonreía y cuando lo hacía parecía brillar. Ella jugueteaba con el pequeño vaso de tequila haciéndolo rodar por la mesa. Pese a que el chico era muy atractivo y estaba deseando que diera el paso de besarla, no podía dejar de pensar en David y en su beso bajo la lluvia.

—Tienes unos ojos preciosos. —El chico había acercado su silla; ella sonrió seductora.

—Los tuyos también son muy bonitos.

El chico sonrió y Sara pensó, de forma inevitable, en esa sonrisa de medio lado de David que la hacía enloquecer. Borró la sonrisa de los labios, acosada por aquel recuerdo que intentaba olvidar.

—Tomemos otro chupito —dijo tratando de mostrarse alegre.

No había terminado de decir la frase cuando el chico se levantó y se dirigió hacia la barra. Regresó con los pequeños vasos llenos. Brindaron y Sara sintió un calor que bajaba por su garganta.

—Me gustaría que algún día vinieras a verme jugar.

Había extendido su mano y cogía la de la chica con delicadeza. Sara asintió. Quizá sería divertido ir a verlo un día jugar al fútbol con el equipo local con el que competía.

—Claro, me encantaría.

Sintió el cosquilleo en su mano y le gustó. Si no se equivocaba, el chico parecía estar cada vez más cerca. Bajó la vista y cuando la subió se encontró de frente con David; acababa de entrar en el bar, sorteaba a la gente. La sonrisa se heló en su rostro; parecía como si el destino estuviera gastándole una broma macabra. Ahora, que estaba dispuesta a dar un paso con otra persona, aparecía él para recordarle que siempre estaría ahí. Apartó la vista de él deprisa, pero tuvo tiempo de advertir que también la había visto. Sus ojos se habían cruzado durante un segundo.

Volvió a mirar al chico que estaba a su lado, todo había cambiado. Ya no encontraba su sonrisa tan bonita, ni sus ojos tan atrayentes; en cuestión de una milésima de segundo, una brecha se había abierto entre ellos. David

conseguía eclipsar todo y a todos a su alrededor. Apartó la mano del joven con delicadeza.

—Creo que puede ser divertido.

Lo miró y sonrió con normalidad, como si hubiera estado escuchándolo.

—Sí, me gustaría mucho —improvisó.

Por suerte, parecieron las palabras acertadas, pues el chico sonrió satisfecho.

Sara miró tras él, no podía evitarlo; una fuerza superior a ella —a todo— la llamaba, como si fuera víctima de algún hechizo. David estaba allí, a tan solo unos metros, algo en sus ojos había vuelto a cambiar.

Sara lo miró un segundo y de nuevo apartó la vista para centrarla en su acompañante, que seguía hablando sobre partidos de fútbol, o al menos eso creyó escuchar.

Mientras él hablaba, ella asentía sin dejar de sonreír, mostrando un interés que realmente había perdido hacía ya unos minutos.

Sin poder evitarlo, aunque deseando poder hacerlo, miró de nuevo hacia David y comprendió enseguida que estaba más cerca que antes. La miraba sin pestañear, parecía estar solo. Sara sonrió con orgullo, esperaba que verla con otro chico removiera algo en su interior, aunque después de su rechazo estaba casi segura de que no sería así. Sonrió de la forma más encantadora que pudo mientras miraba a su acompañante. Aun así, podía ver cómo, tras él, David se acercaba despacio. Lo miró un segundo y volvió a concentrar su atención en el chico de ojos verdes, pero cuando quiso darse cuenta David había llegado hasta ellos y sonreía ampliamente.

—Hombre, Sara. Tú, por aquí... —Se colocó entre ambos y ella intuyó que no era casualidad.

Lo miró y sonrió forzosamente, tratando de aparentar indiferencia, pese a que su corazón había comenzado a latir desbocado.

—Hola. —Lo dijo con frialdad pero con seguridad.

David sonrió. Miró al chico que estaba sentado y le extendió la mano.

—¿No vas a presentarme a tu amigo?

El joven, aún presa del desconcierto, sabedor de que el ambiente había cambiado y de que entre Sara y aquel chico había una tensión tácita, los miró a ambos y estrechó la mano del joven, con una leve sonrisa.

—Me llamo Adrián.

David le sonrió, como solo una persona con su experiencia y su picaresca sabría hacer.

—Yo soy David, encantado.

Y sin esperar una invitación, que sabía que no llegaría, se sentó en la silla vacía que estaba al lado de Sara. Ella lo miró con dureza; no podía creer que estuviera invadiendo ese momento, su momento.

—¿Sois amigos? —Adrián rompió el silencio incómodo que se había creado.

David lo miró con su sonrisa de medio lado, que se hacía la dueña de la situación.

—Algo así —dijo sin dejar de mirar a Sara, que lo hacía con el ceño fruncido—. Vaya, veo que habéis estado tomando chupitos. ¿Qué os parece si nos tomamos uno los tres?

Dejó la pregunta en el aire. Nadie dijo nada. Sara y David se miraban fijamente. Él, sonriente, con aquella mirada de absoluta certeza que tanto le gustaba a la joven y que en aquel momento le estaba resultando despreciable, y ella lo miraba con ira, presa de sus ojos. Adrián pareció comprender que empezaba a ser prescindible, y se levantó despacio.

—Ahora vuelvo —dijo y se dirigió a Sara, que lo miró durante un segundo y le sonrió.

En cuanto se hubo marchado, centró su atención en David.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Su tono era duro.

El chico no pareció conmoverse lo más mínimo y continuó sonriendo.

—Bueno, estaba esperando a unos amigos y entonces te he visto.

Ella ladeó la cabeza.

—Me refiero a qué haces sentado con nosotros.

David pensó durante unos segundos.

—Me apetecía tomarme algo contigo. —Hizo una breve pausa—. Te he echado de menos.

Aquellas palabras tomaron tan de improviso a Sara que todo en su interior dio un vuelco. Lo había dicho con la misma naturalidad con la que tan solo unos días antes había anulado su cita. Estaba a punto de decir algo cuando Adrián llegó con tres pequeños vasos.

David alzó el primero en alto y lo chocó contra el de los demás, que lo miraban interrogantes.

—Por los nuevos amores. —Y mientras pronunciaba aquellas palabras, miraba a Sara y sus ojos brillaban.

Adrián también la miraba, sin entender demasiado bien qué había sucedido, en qué momento había perdido a la chica a la que, tan solo unos minutos antes, estaba seguro de que había conquistado, y sin saber qué pasaría a continuación o a qué podía atenerse, pero algo le decía que ese chico de mirada traviesa tenía una seguridad y una experiencia con las que él no podía competir.

Sara miraba hacia el vaso vacío que acababa de dejar sobre la mesa cuando los acontecimientos tomaron un rumbo distinto. De pronto todo cambió. Una mano había cogido la suya y tiraba de ella con suavidad pero insistente, pretendía ponerla en pie. Alzó la vista y vio que la mano que empujaba de ella pertenecía a David. Lo miró y negó con la cabeza mientras el joven la levantaba sin esfuerzo.

—Si nos perdonas... —David se dirigió al joven, que los miraba atónito, con la boca ligeramente abierta y con los ojos abiertos como platos.

Sara le lanzó una última mirada de súplica y, cuando quiso darse cuenta, David la había arrastrado hasta una sala contigua. La gente los rodeaba y caminaba a su alrededor.

Sara se zafó de su mano con brusquedad y lo miró.

—¿Qué estás haciendo? —Su tono era aún más duro que antes.

Apartó a David, que estaba en su camino, y comenzó a caminar hacia la mesa donde habían dejado solo a Adrián, cuando sintió de nuevo la mano de David apresarla. Fue un movimiento tan rápido que apenas tuvo tiempo de reaccionar.

El chico realizó un movimiento resuelto y elegante, y consiguió colocar a Sara justo donde quería. Ahora ella estaba contra la pared y él se interponía entre ella y su camino.

La miró fijamente y, sin que la joven tuviera tiempo de decir nada, la besó.

CAPÍTULO 39

Por un momento, al verla junto a aquel chico, había temido que fuera demasiado tarde. La rabia se había apoderado de él y un sentimiento, demasiado parecido al dolor, le había hecho comprender que no quería una vida sin Sara. Si le dolía ver que ella sonreía a otro chico, no quería ni imaginar qué sentiría si la veía en otros brazos.

Ahora, que al fin la tenía donde quería, se dejó llevar por ese beso de una forma, hasta ese momento, impensable. Se olvidó de todo lo que los rodeaba y solo sintió los labios de Sara bajo los suyos. Asió con delicadeza su cabello y pudo notar las ondas que se enredaban en sus dedos. Unos instantes después se apartó, y solo entonces fue consciente del lugar en el que estaban y lo peligroso de la situación.

—No entiendo nada. —Sara parecía confundida. Él sonrió y se encogió de hombros—. El otro día me dices que es mejor que dejemos las cosas como estaban y ahora...

Sara no tuvo tiempo de terminar la frase: David había llevado un dedo a sus labios. No hizo falta nada más. La expresión de la joven se suavizó y una leve sonrisa quiso asomar a sus labios.

—Vámonos de aquí —dijo David, y esperó que Sara se dejara llevar por esas simples palabras.

La joven dudó durante un segundo, pero al final cogió la mano que le tendía. David sonrió, pero esa sonrisa llegaba mucho más lejos de sus labios, asomaba a sus ojos e inundaba cada poro, cada parte de su cuerpo, cada esquina de su piel. Se sentía como un niño que ha conseguido al fin el regalo que tantas veces le han prometido sus padres, como el hombre que ha cumplido sus sueños después de un arduo trabajo, como el amante que besa a

su amada por primera vez.

Sin soltarle la mano la condujo hacia la salida trasera, quería alejarse de miradas furtivas lo antes posible, y estaba seguro de que Sara también querría escapar de Adrián. Cuando llegaron a la calle y sintió el aire sobre la piel, David empezó a correr, sin saber por qué, sin entender por qué, pero solo quería correr, correr mientras sentía el calor de la mano de Sara, correr mientras aún estuviera preso por ella y por aquel beso. Empezó a reír a carcajadas y se sintió libre, más libre de lo que nunca se había sentido. Sara, a su lado, comenzó a reír también. Si había alguna imagen que pudiera reflejar la felicidad absoluta, la desinhibición de todo era la de ellos dos, corriendo mientras reían por las calles oscuras de la ciudad.

Al fin, sintió que estaban lo bastante lejos y paró. Habían recorrido varias calles sin darse apenas cuenta y su respiración era ahora acelerada; la de Sara también. Podía escucharla entremezclada con suaves risotadas que ahora no eran más altas que un susurro. La miró y en aquel instante, viéndola jadeante, tratando de recuperar el aire que había desaparecido de sus pulmones supo que se había enamorado de ella.

Se acercó sin dejar de sonreír y la besó, pero esta vez se dejó llevar por la pasión y la besó como deseaba hacerlo desde que había vuelto a verla.

CAPÍTULO 40

Cuando dejó de sentir sus labios, se apartó despacio y vio una gran sonrisa que brillaba en el rostro del joven. Por primera vez en su vida vio esa parte de niño que todo hombre lleva dentro y ella misma sintió que tenía deseos de reír a carcajadas. Verlo correr por las calles, liberado, como si se hubiera librado de la coraza que siempre lo apresaba, había sido maravilloso.

David la alzó en alto sin dejar de sonreír y ella dejó escapar una suave risotada.

—¿Y ahora qué? —dijo divertida mientras él volvía a depositarla en el suelo.

El chico se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —Volvió a darle un beso; esta vez fue solo un roce de labios—. Podemos dar un paseo.

Sara sonrió. No podía dejar de mirarlo; era sorprendente ver a un David tan relajado, tan divertido. Comenzaron a caminar en silencio.

—Me gustaría saber más cosas de ti. —David fue el primero en hablar cuando apenas habían avanzado unos metros.

Ella lo miró un segundo y después volvió a concentrar su vista al frente.

—No hay mucho que saber. En realidad, mi vida es muy poco interesante.

David lanzó una carcajada, que sonaba tan fresca como la risa de un bebé.

—No estoy tan convencido de eso —dijo—; seguro que te han pasado un montón de cosas en estos años.

—En verdad mi vida ha cambiado poco en este tiempo. Como ya sabes, nací aquí, siempre he vivido aquí y sigo estando aquí. —Hizo una leve pausa; entre sus palabras se colaba una cierta tristeza—. Y estoy casi segura de que siempre estaré aquí. —Lo miró y sonrió—. Supongo que con los años

acabaré casada, con hijos y viviendo en una casa cerca de la que vivo ahora, ya sabes, como casi todo el mundo.

David la escuchaba atentamente, como si bebiera sus palabras.

—Bueno, espero que al menos ese hombre con el que te cases y tengas hijos sea yo.

Sara lo miró y sonrió. El chico guiñó un ojo y la tomó de la mano con cuidado; a Sara le pareció que llevara haciéndolo toda la vida, se sentía cómoda y segura bajo el tacto de su piel.

—Bueno, yo creo que pintar es bastante interesante... —David hablaba despacio.

—La verdad es que es algo que me gusta mucho. Cuando pinto todo lo demás dejara de existir.

—Ojalá hubiera algo que me hiciera sentir así también.

Sara se sorprendió ante aquellas palabras. Una sombra se había colado de repente en los ojos de David, y ella se sintió conmovida. Pese a los años que hacía que lo conocía y a la imagen de seguridad y de pasividad que siempre tenía —y que ella había admirado y envidiado durante mucho tiempo—, estaba convencida de que se escondía un niño asustado que había tenido que enfrentarse al mundo en más de una ocasión y que había aprendido a hacerlo protegido por un escudo. Solo había que mirar los ojos de David de verdad, una sola vez, para comprender que su mirada estaba empañada por la tristeza y por la soledad. Lo único que ella deseaba con todas sus fuerzas era devolverle la ilusión y la felicidad, una vez perdidas.

Pasearon en silencio durante un rato y, aunque fuera extraño, era un silencio cómodo y agradable. Parecía imposible que la distancia que siempre los había separado y que parecía indestructible fuera la misma que en ese momento los hacía ir caminando juntos, de la mano, en silencio, mientras la noche avanzaba sigilosa por la ciudad. Parecía que la vida hubiera pausado su avance para dejarlos solos. El mundo entero contenía la respiración para no restarles protagonismo a ellos, a los auténticos protagonistas de aquella noche. Eran los dueños de una ciudad que estaba dormida.

De repente, sin saber por qué, sin ninguna explicación y como fruto de una casualidad que insinuaba mucho más de lo que decía, ambos se pararon al mismo tiempo, como conectados por un hilo invisible. Habían cruzado una

nueva esquina. Ni siquiera habían reparado en qué lugar del barrio se encontraban, ni les importaba lo más mínimo.

Se miraron. La madrugada había traído con ella un frío viento que soplaba implacable. El cabello de Sara se agitaba bruscamente. David se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos; Sara se dio cuenta de que, cuando sus brazos la envolvían, se sentía más protegida de lo que se había sentido en toda su vida. La besó suavemente, como si la entregara el calor que había en su interior.

Unos instantes después su expresión cambió por completo y se mostró turbado. Buscó en su chaqueta y sacó el teléfono móvil.

—Ni siquiera había pensado en ello —se excusó.

Sara lo miraba interrogante.

—Había quedado con tu hermano hace ya más de dos horas. —Mostró la pantalla y la joven pudo ver que tenía varios mensajes y llamadas.

Respiró hondo. Ella tampoco había pensado en Damián ni un solo minuto, pero ahora, que volvía a la realidad, no pudo evitar sentirse culpable. No habían pasado más que una parte de la noche juntos y su hermano ya había empezado a sufrir las consecuencias.

—Vaya, lo siento —murmuró.

—No pasa nada. Ya sabes cómo es tu hermano, estará con cualquiera que haya encontrado. Le diré que me he quedado dormido o algo así, no le dará importancia.

Sara sonrió, pero en realidad no le gustaba estar engañando a su hermano.

—Siento haberlo dejado en la estacada, pero sinceramente ha merecido la pena. —David le habló casi al oído, lo que interrumpía sus pensamientos—. Tú eres mucha mejor compañía que él.

Al mirarlo sintió que se ruborizaba. Pese a lo cómoda que se sentía con él, aún conseguía intimidarla aquella mirada tan seductora y sentir su aliento tan cerca que casi le hacía cosquillas. Miró sin querer sus labios, esa media sonrisa que tantos corazones había logrado traspasar, y sintió que deseaba perderse con él. Estaba a punto de dejarse llevar por las emociones cuando algo la hizo despertar.

Miró el reloj: eran más de las seis de la madrugada. Al día siguiente su turno en el restaurante empezaba a las doce.

—Es mucho más tarde de lo que creía. —Sonrió.

El chico miró su reloj y su expresión de sorpresa habló por él. Tardarían al menos treinta minutos en llegar a casa. Comenzaron a caminar en silencio, cada vez hacía más frío y el amanecer se iba acercando.

CAPÍTULO 41

—Bueno, ya hemos llegado. —Sara se apoyó contra la puerta de su portal.

Eran más de las seis y media de la madrugada. Apenas tendría tiempo para dormir, sentía las manos heladas, el frío viento se había colado a través de la ropa hasta llegar a sus huesos, el sueño había comenzado a hacer estragos en ella, las piernas habían empezado a pesarle tras la larga caminata, pero nada importaba. Tener a David allí delante enmudecía todo lo demás.

—Es increíble lo deprisa que ha pasado el tiempo. —David se acercó sigiloso a ella.

—Es verdad. Creo que mañana, cuando me levante, me acordaré de ti.

—Estoy seguro de que yo también —susurró David alzando ligeramente una ceja.

Sara bajó la vista al suelo. Su tono, su mirada, sus gestos, todo en él denotaba sensualidad. Deseaba de verdad olvidar todo y marcharse con él a su casa, a su cama. Se dio cuenta de que su respiración se había acelerado. David debía de haberlo notado, pues había aprovechado aquel momento para acercarse aún más. Ahora se interponía entre ella y la calle. Se sentía cautiva, pero era la presa más feliz del mundo. Él también comenzó a respirar más deprisa. Posó sus manos sobre su cintura y Sara imaginó cómo debía ser sentir aquellas manos al recorrer su piel. David sabía lo que hacía, era todo un experto, debía de ser un amante excepcional. No podía dejar de pensar en ello ni de imaginar sus labios bajando a través de su cuello, de sus pechos, de su vientre. La cabeza dejó de responderle y comenzó a ser solo una mezcla de deseo y de pasión. David se mantenía impassible, en la misma posición, pero su respiración era más salvaje. Sus ojos se habían vuelto muy fieros y sus labios parecían más sensuales que nunca. Sara estaba deseando que la besara,

pero aún no lo había hecho. Estaba consiguiendo que la deseara con más fuerza que nunca, y ni siquiera había hecho nada para conseguirlo.

La chica lo miraba impaciente, deseosa, pero él seguía jugando. Al final, no pudo resistirse más y llevó sus manos hasta el cabello del joven, lo asió con una mezcla de fuerza y de delicadeza y lo besó con fervor. Comenzó a sentir que el calor inundaba su cuerpo. Sus manos dejaron de estar heladas y su piel empezó a sentirse febril. La temperatura había aumentado en un momento. David comenzó a acariciar su espalda y asió con fuerza su trasero. Sara se acercó más a él hasta que pudo sentirlo en todo su esplendor. David comenzó a introducir su mano por debajo de la cazadora de la chica, ya no existía el frío. Ella recorrió su espalda y le satisfizo sentir toda la musculatura que podía sentirse, incluso, por encima de la chaqueta de piel sintética. Aquel tacto bajo sus manos la hizo encenderse aún más. Imaginó su cuerpo desnudo. Estaba convencida de que debía de ser perfecto, hecho para ella. De repente, retiró la mano despacio y se apartó del joven, que la miraba poseído por la pasión más carnal, y le sonrió con dulzura, lo que cambió el ambiente en un segundo.

—Tengo que irme —susurró.

David la miró y pudo ver una chispa de decepción en sus ojos, o quizá no era decepción sino frustración.

—Pero... —dijo mientras besaba su cuello al mismo tiempo—, no puedes irte ahora.

Ella lanzó una carcajada llena de vitalidad.

—Es tarde. —Lo besó dulcemente en los labios y comenzó a buscar las llaves en su bolso, mientras él seguía besándola en el cuello despacio. Si seguía así, al final ella no podría resistirse.

—Puedes dormir conmigo.

Eran las palabras que Sara temía escuchar porque, aunque la decisión estaba más que tomada, deseaba realmente poder pasar la noche con él.

—No. —Lo dijo de forma contundente pero con ternura. El chico la miró y sonrió.

Sara introdujo la llave en el portal y se giró una última vez para darle un casto beso en los labios. David volvió a rodearla a través de la cintura, sin dejar de besarla. Sara se dejaba querer, pero sabía, a su pesar, que la noche

debía de acabar.

—Tengo que irme. —Lo besó dulcemente y consiguió abrir la puerta del portal.

Cuando subió las escaleras que la separaban del exterior, se giró y vio al chico mirándola. Movía los labios tratando de decirle algo, pero no lo entendía. Se llevó la mano al oído y el chico subió la voz.

—Aún no tengo tu número de teléfono.

Ella sonrió con elegancia y se giró de nuevo.

—Tendrás que hacer algo para ganarlo. —Y tras decir aquello, desapareció tras la esquina.

CAPÍTULO 42

Con el corazón aún bombeando con fuerza y con el pulso acelerado, David comenzó a andar a través de las calles vacías de camino a casa. Una sonrisa estaba inscrita en sus labios y le recordó la noche en que la había besado por primera vez, pero ahora era diferente. Esta vez algo más fuerte se había creado entre ellos. Habían sido tan solo unas horas, pero sentía que aquella madrugada los había unido de una forma u otra para siempre. Nunca se había dejado llevar por el viento ni había recorrido las calles sin más, pero con Sara todo era diferente. Nunca había deseado tanto a otra persona y al mismo tiempo le gustaba que ella hubiera rechazado la invitación de dormir en su cama, así esa noche tendría algo con lo que soñar.

Volviendo a casa, bajo el cielo sin estrellas de Madrid, comprendió que Sara era la chica con la que quería estar, aunque ello supusiera tener que enfrentarse a todo lo demás.

CAPÍTULO 43

David bostezó una vez más. La falta de sueño comenzaba a hacer estragos en él y aún no eran ni las once y media. El día sería agotador; apenas había dormido tres horas y el cansancio se reflejaba en sus pronunciadas ojeras azuladas, pero estaba dispuesto a dormir el resto de su vida tan solo tres horas si con ello conseguía pasar todas las noches con Sara. Golpeó suavemente con los nudillos en el volante, sin apartar los ojos del portal. Sabía que en cualquier momento la puerta se abriría. Cuando se dio cuenta, estaba tarareando una canción; hacía mucho tiempo que no cantaba.

Entonces, al fin, tras una espera que se había hecho demasiado larga, la puerta se abrió. Se bajó del coche con una sonrisa en los labios y caminó hacia el portal con paso firme. Ella caminaba deprisa, con la vista fija al frente y él la seguía. Cuando estuvo lo bastante cerca, alargó el brazo y rozó la espalda de la joven, que dio un pequeño brinco. Se giró y se quedó literalmente petrificada. David fingió no verla y continuó caminando con una sonrisa en los labios. Sara se paró frente a él con los brazos en jarras y sonriendo.

—Vaya, qué sorpresa. —David fingió no haberla visto hasta ese momento y, sin que la chica pudiera reaccionar, la cogió en brazos y la alzó unos centímetros del suelo—. Dijiste que tenía que conseguir tu número de teléfono, así que aquí estoy —dijo y la depositó de nuevo en la acera

Sara no dejaba de sonreír. Estaba preciosa.

—¿Has venido para eso? —preguntó incrédula.

David se encogió de hombros y asintió.

—Bueno también me apetecía darte un beso de buenos días. —Besó despacio sus labios—. Y, sinceramente, también quería comprobar si eras tan

guapa recién levantada.

Sara lanzó una risotada.

—¿Y te ha sorprendido el resultado?

David sonrió de medio lado y guiñó un ojo.

—Ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

Saraladeó ligeramente la cabeza mientras él le tendía su teléfono móvil.

—Ya está listo para que solo tengas que guardar tu número, he tenido tiempo de sobra para prepararlo.

Sara tomó el teléfono entre las manos, lo miró con el ceño fruncido y arrugó los labios haciendo una especie de mohín. Tardó varios segundos en comenzar a teclear el número; cuando lo hizo lo miró y le guiñó, juguetona, un ojo.

—Ya está.

David lo cogió con fuerza y colocó la mano encima.

—Lo protegeré con mi vida si es necesario.

Sara se marchó riendo a carcajadas.

—Que pases buen día.

Sacó el teléfono y abrió el servidor de mensajes instantáneos. Buscó su teléfono y sonrió al ver la fotografía que Sara mostraba en su perfil. Le sorprendió que no sonriera a la cámara con una pose perfecta como hacían muchas de las chicas que conocía. Era un cuadro de un paisaje otoñal, seguramente pintado por ella misma; lo observó con detenimiento, era muy bonito, esperaba que algún día ella le enseñara el original.

CAPÍTULO 44

Sara llegó al restaurante con una luminosa sonrisa en el rostro, sin duda la sonrisa más grande que había tenido en los últimos meses, incluso, quizá, en los últimos años. Aún no entendía qué había pasado para que, en solo unos días, David cambiara de opinión en cuanto a ella, pero no le importaba. Pese a que aún no sabía cómo podrían enfocar aquello, no tenía prisa por averiguarlo; dejaría que los días pasaran y que fueran ellos los que hablaran por sí mismos.

La mañana pasó deprisa, ella casi sentía que volaba entre las mesas del restaurante, hasta que el sonido de su teléfono móvil la hizo volver a la tierra. Era un número que ella no tenía grabado y no sabía quién podía ser.

—¿Hola? —preguntó dudosa.

—Sara, soy Juanjo.

Se quedó parada, tragó saliva y habló de forma cortante.

—Hola, Juanjo.

—Estaba esperando tu llamada, pero no sabía si tenías mi teléfono. —Sara cerró los ojos y respiró hondo—. Esperaba que habláramos de la conversación que tuvimos el otro día. —Al no recibir respuesta Juanjo continuó hablando.

La joven se mordió el labio. Con todo lo que había acontecido en las últimas horas, había olvidado por completo esa conversación; volver a recordarla hizo que sintiera una náusea subir por su garganta.

—He estado ocupada.

Pudo escuchar cómo el hombre sonreía al otro lado.

—Como te comenté el otro día, las cosas están cambiando y deberías pensarte en serio qué quieres hacer con tu futuro. —Hizo una breve pausa—.

Mi invitación de comer juntos mañana y hablar sobre el asunto sigue en pie.

—Va a ser imposible, tengo trabajo en el restaurante.

—Seguro que tus jefes entenderán que necesitas cogerte unas horas para un asunto tan importante como este. Estamos hablando de tu futuro, Sara.

La chica se mordió el labio con fuerza, y evitó de esa forma decir cosas de las que más tarde pudiera arrepentirse.

—He hecho una reserva en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Pensé que te encantaría la idea de comer gratis en un restaurante fabuloso si, además, con ello podemos dejar zanjado el asunto de los turnos.

Sara se quedó en silencio durante unos segundos. Lo que quería en realidad era decirle todo lo que siempre había pensado, rescindir su contrato en el supermercado si era necesario, pero sabía que no podía hacerlo; era su sustento, tanto su padre como ella lo necesitaban para vivir. Sintió que la rabia se convertía en lágrimas que se agolpaban a sus ojos. Tenía ganas de llorar, de gritar, de patalear. No se le ocurría la forma de salir de aquella inaceptable propuesta.

—Hablaré con mi jefe, mañana tendré una respuesta. —Colgó el teléfono sin escuchar la despedida del otro lado. No quería, no podía seguir escuchando aquella voz ni un solo segundo más.

Cuando acabó el turno en el restaurante, la llamada de Juanjo aún seguía inquietándola. Pedro le había asegurado que no era necesaria su presencia el día siguiente en el restaurante y, aunque la idea de comer con Juanjo la horrorizaba, sabía que no tenía otra salida.

Al mirar el teléfono móvil sintió una oleada de ilusión que llegaba para rescatarla del mal día que había pasado. Tenía un mensaje de David:

Por fin he terminado mi turno, en poco más de media hora estaré en casa. Espero que quieras pasar la noche conmigo, la verdad es que me encantaría.

El mensaje era de hacía casi una hora. Se sintió henchida de felicidad, pero aún había otro más:

Supongo que aún no has podido contestarme, quizá tu turno aún no ha terminado. Si es así, espero que no te quede mucho para terminar. Yo llegué a casa hace rato y estoy listo, esperando tu respuesta.

Era de apenas hacía quince minutos. Consultó el reloj: era tarde, más de la medianoche, pero saber que David estaba en casa esperando su respuesta la hacía sentirse casi poderosa.

Hola, acabo de leer tus mensajes, estoy saliendo ahora del restaurante. El turno de cenas ha sido más largo de lo esperado, estoy agotada.

Escuchó el suave pitido del teléfono, que indicaba la llegada de un mensaje. Sonrió.

Siento que tu día haya sido tan largo; el mío, por suerte, ha sido un poco más relajado. Entiendo que estés agotada, pero si te apetece podemos vernos, aunque sea un rato. La verdad es que tengo ganas de verte.

Recibió el mensaje al mismo tiempo que entraba en su casa. Echó un rápido vistazo a la sala de estar, que estaba vacía, y la idea de darse una ducha y de meterse en la cama le pareció demasiado seductora, pero sin duda volver a estar con David, aunque solo fuera un rato, lo era mucho más.

Es cierto que estoy agotada. Acabo de llegar a casa, pero, si no te importa esperar un rato más, a mí también me gustaría que nos viéramos.

La respuesta fue inmediata:

Esperaré lo que haga falta.

Sara sonrió. Eran las palabras más bonitas que había escuchado nunca.

CAPÍTULO 45

Sara se miró en el espejo, estaba lista. Había maquillado sus ojos con máscara de pestañas y las mejillas con un suave tono rosáceo. Pese a que estaba cansada tenía los ojos brillantes. Al mirar el teléfono descubrió que tenía un par de mensajes de Sandra y de Gema; sus amigas habían quedado aquella noche. Ella tan solo pudo decirles que tenían que verse el día siguiente.

Avisó a David de que estaba preparada y, apenas quince minutos después, el chico estaba esperándola cerca de su casa. Cuando llegó a la calle se dio cuenta de que estaba tan nerviosa que las manos le temblaban, nunca le había sucedido algo similar con ningún otro chico.

CAPÍTULO 46

Las últimas horas habían sido eternas para David. No estaba acostumbrado a esperar y hacerlo lo exasperaba. Nunca antes había dado él el primer paso para volver a quedar con una chica, pero con Sara tenía la constante necesidad de volver a verla.

Cuando la vio aparecer caminando hacia su coche, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Hola. —Sara abrió la puerta del acompañante y sonrió, él la correspondió.

La joven se sentó en el asiento mientras desprendía de su hombro su bolso; si no se equivocaba, parecía nerviosa. El primer encuentro tras la primera noche. Seguro que no sabía qué hacer. David esperó que estuviera asentada y se acercó a ella despacio. Se moría de ganas de besarla. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, le dio un beso en los labios. La chica pareció relajarse. La besó una segunda vez.

—Hola —susurró.

Ella sonrió. Esperaría una eternidad por aquella sonrisa.

—He pensado que es un poco arriesgado que nos quedemos por la zona. Hablé con tu hermano hace un par de horas y le dije que hoy tenía otro plan; no me gustaría que viera que ese plan eres tú.

—Sí, no creo que mi hermano esté demasiado contento con lo que ha pasado.

—Creo que es mejor que, de momento, lo dejemos como está. —David la miró y extendió su mano—. Seré nuestro secreto, ¿vale?

Sara exhaló y asintió con la cabeza. Extendió a la vez su mano y estrechó la del chico.

—De acuerdo.

David volvió a su asiento, se colocó el cinturón y puso el motor en marcha.

—Entonces, ¿adónde has pensado ir?

La voz rasgada de Sara lo hizo sonreír. Se encogió de hombros y contestó con misterio.

—Bueno, ya lo verás.

Un corto trayecto en coche los llevó hacia una zona donde todo parecía estar dormido. Las luces eran más escasas y el ruido parecía haber desaparecido. David estacionó el coche y dirigió su vista hacia Sara, que miraba a través de la ventanilla.

—He pensado que, como estabas cansada, estaría bien hacer un plan un poco más tranquilo.

Ya en el exterior miró a Sara, que sonreía.

—Me encanta este sitio. Aquí se ven los mejores atardeceres del mundo.

David se felicitó interiormente por haber acertado al elegir el sitio. Era un lugar que todos los del barrio conocían y habían frecuentado alguna vez, aunque él no lo visitaba desde hacía varios años. Cogió una bolsa del maletero, intentando que ella no se diera cuenta, y comenzaron a caminar hacia lo alto del cerro. Pese a que era un lugar tranquilo, se podían escuchar las voces y las risas de jóvenes en la cercanía. Cuando llegaron, bajo un árbol, David extendió una manta cuadrada de color azul. Se sentaron uno junto al otro, lo bastante cerca como para que fuera evidente que entre ellos había más que una amistad, pero lo bastante lejos como para poder intuir que aún se estaban conociendo. El chico sacó una botella de vino tinto y un par de copas del interior de la bolsa.

—Espero que te guste el vino —dijo risueño. Sara lo miró y lanzó una risotada—. He pensado que esto sería mejor que cualquier bar. —David extendió su copa y la chocó contra la de la joven.

Bebieron mientras el caldo caía a través de sus gargantas y dejaba a su paso el sabor a madera tan característico de las barricas.

—Está muy bueno. —Sara dejó la copa sobre la hierba—. La verdad es que yo no suelo tomar mucho vino como este. —Curiosa miró la botella y David sonrió.

—Claro, es que aún eres muy joven.

David la miró mientras ella parecía estudiar la etiqueta que cubría la botella. Hasta aquel momento no había querido pensar en ello, pero era cierto: Sara era muy joven, aún era poco más que una niña. Pensó en cómo era él con la misma edad. La mayoría de cosas que ahora sabía las había aprendido muchos años después. Le quedaba tanto por aprender que aún conservaba aquella parte de inocencia que solo los años consiguen erradicar. Ella lo miró, y se sintió casi descubierto, como si sus pensamientos lo estuvieran traicionando.

—¿Qué? —preguntó divertida.

David sonrió.

—Estaba pensando en lo joven que eres en realidad.

Sara bajó la vista al suelo.

—Y en cómo era yo con veinte años —añadió.

—¿Y cómo eras?

—Supongo que igual que tu hermano. A él lo conoces bastante bien como para poder hacerte una idea de cómo era yo. —Se calló unos segundos—. Inmaduro, irresponsable, alocado —resopló—, pero también era una gran conquistador. —Sonrió.

—Creo que siempre lo has sido.

David la miró y vio una sonrisa en sus labios y en sus ojos.

—Bueno, espero no serlo siempre.

Sara apoyó una mano sobre la suya, que estaba sobre la manta.

—Supongo que todos cambiamos con los años —susurró.

David se preguntó cómo sería ella dentro de unos años, cuando tuviera la misma edad que él tenía en aquel momento, cuando se hubiera convertido en toda una mujer.

—Sería muy aburrido seguir siendo siempre así, ¿no crees?

Sara alzó la vista y sonrió.

—Estaría bien que hablaras sobre eso con Damián. —Arrugó los labios—. Creo que él aún no ha pensado nunca eso.

David se dio cuenta de que se colaba cierta amargura en las palabras de la joven.

—Sí, creo que tu hermano no ha cambiado demasiado en estos años.

—Sigue siendo el mismo niño irresponsable de antes.

—Cambiará —apuntó el chico— algún día, ya lo verás. —Sonrió—. En algún momento no le quedará otro remedio que hacerlo. —La joven no dijo nada—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el supermercado? —David lanzó la pregunta de repente.

—Ya hace cuatro años. —El tono de Sara parecía denotar cansancio—. Cuando terminé la secundaria, decidí que era el momento de empezar a trabajar.

—¿Lo decidiste o te viste obligada?

—Bueno, la verdad es que fue una mezcla de las dos cosas. Nunca había pensado en seguir mis estudios e ir a la universidad y todo eso, pero la situación en casa no es fácil, como sabes, así que lo mejor era que al menos alguien tuviera un trabajo de verdad.

No hacía falta escuchar demasiado a Sara para darse cuenta de que no era feliz, de que se sentía presa en una vida que no había podido elegir y que seguía su camino sin que ella pudiera hacer mucho por cambiarla.

—Tu padre... —El chico dejó la frase inconclusa, no sabía cómo seguir, temía ahondar en un tema que fuera demasiado personal para ella. A él tampoco le gustaba que le recordaran las cosas que habían fallado en su vida.

Sara sonrió, pero fue una sonrisa triste, la sonrisa de alguien que ha perdido la esperanza en otra persona.

—Mi padre hace muchos años que no es el mismo. —Su tono denotaba una mezcla de pena y de ternura—. Desde que ella se marchó. Supongo. —Calló unos segundos—. O quizá fue antes y por eso ella se fue.

El chico se acercó un poco más. Sentía que estaban entrando en un terreno pantanoso y quería demostrarle que contaba con su apoyo y que la comprendía.

—¿Cuántos años hace que tu madre se fue? —Suavizó su tono de voz, esperando que así la pregunta fuera menos dolorosa, si es que eso era posible.

Sara miró al frente. Sostenía la copa entre las manos y le pareció percibir que ahora la sujetaba con más fuerza que antes.

—Yo tenía trece años. —Transcurrieron varios segundos hasta que la joven volvió a hablar—. Hace ya más de siete años. —Cuando terminó de pronunciar aquellas palabras, dio un largo trago al vino y miró al joven, sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Me acuerdo de lo mal que lo pasó tu hermano. —Ahora era David el que miraba al frente—. Creo que nunca llegó a recuperarse del todo. —Miró a la joven, que no dijo nada—. La verdad es que nunca podré entender cómo pudo hacer algo así.

Sara sonrió con ironía.

—Yo tampoco. No entiendo cómo una madre puede abandonar a sus hijos. Nunca podré entenderlo. —Se sirvió más vino en su copa vacía—. Sé que aguantar a mi padre no es fácil, nosotros tenemos que hacerlo todos los días, pero creo que ella fue una cobarde. Nos dejó solos. Nos dejó con el hombre al que ella no aguantaba. —Los ojos se le habían empañado, pero no eran lágrimas de tristeza, ni siquiera de dolor, eran lágrimas de rabia, de una ira que vivía en algún lugar de su interior.

David había visto, en decenas de ocasiones, aquella misma rabia oculta en las palabras de su amigo Damián. La ira que solo unos hijos a los que han abandonado pueden sentir.

—¿Nunca habéis vuelto a saber nada de ella?

Sara miró las manos, que estaban unidas, y sonrió.

—Los tres o cuatro primeros años recibíamos una felicitación el día de nuestro cumpleaños, pero en cuanto las leíamos las tirábamos a la basura, ni siquiera era capaz de llamarnos... —Suspiró—. Una triste tarjeta: ¿hay algo más impersonal que eso? —David negó con la cabeza. Ella continuó hablando—. Es nuestra madre, maldita sea, ¿cómo puede desaparecer sin más, de un día para otro?, ¿cómo puedes hacer las maletas y dejar a tus hijos sin mirar atrás? —Enjuagó una lágrima, que cayó por su mejilla. David acariciaba su mano con suavidad—. Ni siquiera estábamos en casa cuando se marchó. —Lo miró y sonrió—. Aprovechó cuando Damián y yo estábamos fuera, y mi padre... Nunca he sabido si mi padre estaba en casa cuando se fue. —Ahora su rostro estaba mojado a causa de las lágrimas, que caían sin control.

David pensó que era mejor dejar que llorara, estaba convencido de que derramar aquellas lágrimas le haría mucho bien.

—Ni siquiera supimos si se había marchado sola o no; ya sabes, en el barrio empezaron a decir, poco después, que se había ido con un hombre, con el dueño de una mercería. Al parecer él cerró la tienda casi al mismo tiempo que

ella desapareció; la verdad es que nunca he querido pensar demasiado en ello. Me da igual si se fue sola o no. Me da igual si era infiel a mi padre o cuánto tiempo llevaba engañándonos a todos. Lo único que me importa es que nos abandonó; con quién o dónde fuera es lo menos importante. —Bebió de nuevo de su copa de vino, y su voz se suavizó un poco—. Supongo que era cierto que de verdad se fue con él; no creo que tuviera el valor de irse sola, nunca fue una persona valiente.

El joven la miraba fijamente, él también tenía un pasado que lo atormentaba y lo perseguía y entendía perfectamente cómo se sentía Sara. Tuvo deseos de abrazarla, de acurrucarla como a una niña pequeña y de susurrarle en el oído que él siempre estaría ahí para protegerla, que todo había pasado y que nunca más estaría sola, pero no pudo hacerlo. No quería prometerle algo que no estaba seguro de poder cumplir. Sara ya había sufrido bastante, no quería engañarla, no quería que nadie la engañara nunca más.

—Que un padre abandone a su hijo creo que es lo peor que puede suceder. —Esta vez había sido él quien había hablado, después de un largo rato escuchándola. —Ella lo miró y sonrió—. Cuando eres pequeño crees que tus padres son héroes, son los que siempre están ahí, los que te enseñan, los que te cuidan, y piensas que siempre estarán, pero de pronto... —Hizo una pausa—. Un día creces y comprendes que tus padres no son como pensabas. No son héroes, en absoluto. —Esta vez bebió directamente de la botella de vino—. Y pasan los años y ellos cada vez son peores, o quizá no lo son, pero tú te das más cuenta de ello. Dejas de ser un niño y empiezas a ver la realidad tal como es. Y de repente, un día, tu padre desaparece y ni siquiera te pilla desprevenido porque hace tiempo que dejaste de creer en él. —Miró a Sara—. Pero lo peor de todo es que un día te miras al espejo y te das cuenta de que te has convertido en ellos. —Se pasó su mano por el cabello y se encogió de hombros.

Sin darse apenas cuenta, la joven había llegado hasta él y lo besó, y él se aferró a ella con fuerza, como si tuviera miedo de caer, como si al no asirla con fuerza pudiera volver a quedarse solo. Mientras se besaban se asían el uno al otro casi con desesperación. Tanto tiempo sintiéndose solos y ahora, al fin, estaban juntos.

CAPÍTULO 47

Un par de horas después, Sara se había recostado apoyando su cabeza sobre las piernas del joven, que se mantenía a su vez sobre los codos y permanecía casi completamente tumbado. Reían contándose anécdotas que habían vivido. David le contó lo perdido que se había sentido en Valencia hasta que comenzó a controlar las calles de la ciudad y lo maravilloso que era el aroma de la sal que flotaba en el viento. Sara le había contado algunas de sus aventuras vividas con Sandra, y se había reído al recordar largas noches sin dormir y días sin descansar.

La conversación que habían tenido y en la que ambos se habían confesado los había unido mucho más de lo que podían imaginar. En realidad se empezaban a dar cuenta de que siempre habían sido más afines de lo que creían.

—Seguro que vivir en Valencia era fantástico —dijo Sara en respuesta a las historias que David le estaba contando sobre la marítima ciudad.

—Tampoco es tan distinto a esto.

Sara se incorporó y lanzó una carcajada.

—¿Bromeas?, estoy segura de que cualquier sitio es mejor.

—Eso no es verdad. Solo tienes que verme a mí; si cualquier sitio es mejor, entonces, ¿por qué he vuelto?

—Volviste a por mí.

David la miró atónito, enseguida sonrió con ternura y besó con suavidad su cabello.

—Ojalá hubiera vuelto antes.

Tumbado en aquel parque, con Sara al lado, se sentía más lleno de lo que se había sentido jamás. Ni todas las drogas del mundo, ni todas las noches que

no acababan, ni todos los labios que había besado, ni los cuerpos más espectaculares que había tocado, nada tenía comparación con aquello. Hubiera cambiado todo su pasado, toda su vida por ese simple momento. Ahora, que había experimentado la verdadera felicidad, todo lo demás le parecía vacío, nimio.

—Yo nunca he visto la playa. —La voz de Sara lo despertó de sus pensamientos.

—¿De verdad?

Mientras ella asentía David se incorporó.

—Tenemos que solucionar eso —dijo llevándose el dedo índice a los labios, como si estuviera pensando en una pócima secreta—. Te propongo algo, te prometo que iremos a la playa. —Extendió la mano hacia la de ella, que la estrechó sin dejar de sonreír.

—¿Pronto?

—Pronto. —Sonrió—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 48

Tal y como había sucedido la noche anterior, el tiempo había volado en lugar de caminar y, cuando David aparcó el coche frente al portal de la joven, eran más de las seis.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que me vaya. —La chica lo miró desde el asiento del copiloto.

—Me gustaría que te quedaras conmigo —susurró David mientras se acercaba a ella.

—A mí también. —Lo besó a su vez en los labios—. Pero mañana me espera un día muy largo, y seguro que a ti también.

David forzó una mueca de decepción que a ella la hizo reír.

—¿Trabajas en el bar?

—No. —Sara suspiró y miró al suelo—. En realidad tengo que comer con mi encargado.

—¿Cómo? —David se echó hacia delante y adoptó una expresión malhumorada.

—Bueno, es una larga historia.

—Me gustaría escucharla.

—Bueno, la verdad es que... es una comida de negocios.

—¿Sueles comer a menudo con tus encargados? —David se mostró receloso.

—Digamos que, si no voy mañana a comer, no puedo hablar con él sobre los nuevos turnos que me quieren imponer, de lunes a domingo.

David sintió que la rabia viajaba por su cuerpo, casi volaba. Apretó los dientes tan fuerte que sintió que le dolían.

—¿Me estás diciendo que te está chantajeando?

—Bueno, no sé si se lo puede llamar chantaje.

David lanzó una carcajada. Esa risa era peor que cualquier palabra, que cualquier mirada y estaba tan cargada de rabia que Sara se movió en el asiento, un tanto incómoda.

—¿Quién es ese hombre? —susurró.

—Juanjo, creo que un día coincidiste con él en el supermercado.

David hizo memoria. Recordaba a ese hombre orondo con mirada prepotente y llena de lascivia. Su imagen lo enfureció aún más. Ese día ya le había parecido que incomodaba a Sara, pero hacerle chantaje era algo distinto. Estaba a punto de decir algo cuando Sara se acercó y lo besó con suavidad en los labios, como si tratara de calmarlo.

—No pasa nada. —Su tono era suave—. Es solo una comida.

—Lo sé —mintió.

La joven se marchó y él no paró de sonreír hasta que no la vio introducirse en el portal. Entonces, se dio cuenta de que estaba apretando los puños.

Buscó su teléfono móvil y tecleó hasta llegar a la agenda. Estaba tan enfurecido que no vio el mensaje que Sara acababa de enviarle:

Estoy segura de que no eres como ellos, y algún día te darás cuenta.

CAPÍTULO 49

Abrió los ojos y los rayos del sol se colaron dentro de ellos con la misma violencia con la que un huracán irrumpe en una ciudad. Los cerró con fuerza, tratando de librarse de él, pero ahora, que ya lo había visto, podía verlo incluso a través de la oscuridad.

Un sonido la había hecho despertar. Miró el teléfono móvil y vio cómo una luz blanca brillaba desde la pantalla. Al cogerlo vio que tenía dos llamadas perdidas y un mensaje de Juanjo. Lanzó una maldición y chascó la lengua. Aún no le había confirmado la hora en la que podían verse; seguramente estaría ansioso, esperaría aquella cita como un niño espera la visita de los Reyes Magos. Abrió el mensaje y, en cuanto comenzó a leerlo, su expresión de repugnancia se tornó en sorpresa.

Sara, creo que es mejor que dejemos la comida para otro momento, me ha surgido un imprevisto.

Nada más. Ninguna explicación que justificara el cambio de planes de última hora, ningún comentario que aludiera a qué iba a suceder con ella en cuanto a los turnos en el supermercado. Nada. Pensó en lo mucho que se alegraría David de esa anulación, así que cogió su teléfono para escribirle. Su última conexión era de hacía poco más de dos horas, las nueve y diez de la mañana.

Al final me he librado, mi encargado ha cancelado la comida. Supongo que trabajas, si no, hay un par de sitios al que podríamos ir.

Unos minutos después recibió respuesta:

Me alegra mucho saber que al final no tienes que comer con él. Me encantaría pasar el día contigo, pero mi turno en el restaurante empieza en poco menos de una hora. Lo siento, prometo que te compensaré.

Como no podía pasar el día con él, avisó a su mejor amiga Sandra y pasaron la mañana entre risas y confesiones. Pese a que se suponía que su relación con David era un secreto, ella no podía ocultarle nada a Sandra; además, no podía privarla de la alegría que le suponía que su amiga hubiese conseguido al fin al chico de sus sueños. Pese a que Sandra no creyera en el amor, había dejado de hacerlo una tarde de septiembre de hacía doce años; lo cierto era que quería recuperar la confianza —alguna vez perdida— en él.

CAPÍTULO 50

Ese lunes, a las siete en punto, ya estaba vestida con su uniforme. Su turno acababa de comenzar y prometía ser una larga jornada. Cualquier lunes era así: el peor día de la semana, con diferencia. Miró el reloj, le sorprendía que Juanjo aún no hubiera llegado. Se preguntó si estaría enfermo y si aquel era el motivo por el que había cancelado su comida el día anterior.

Se centró en los botes de café que estaba colocando sobre la góndola y no volvió a pensar en él, no hasta que oyó dos voces masculinas que provenían del final del pasillo. Se quitó los auriculares, que la mantenían ajena del mundo, y prestó atención. Era sin duda la voz de Juanjo y aquel día llegaba una hora tarde; era la primera vez, desde que trabajaba allí, que eso sucedía. Se encogió de hombros y siguió colocando los frascos; sabía que el hombre no tardaría en ir a verla, así sucedía todas las mañanas.

No fue hasta casi una hora después cuando volvió a verlo. Estaba al final del pasillo, parecía concentrado mientras escribía en una libreta que sostenía entre las manos. Sara se paró y lo miró. El hombre no pareció reparar en ella. Respiró hondo y se encaminó hacia él. Necesitaba saber si había alguna novedad en su turno de trabajo y, ya que él no se acercaba a ella, tendría que hacerlo al revés.

Cuando llegó a su lado abrió los labios, dispuesta a interceptarlo, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Juanjo tenía un ojo completamente morado y el labio partido.

—¿Qué te ha pasado?

El hombre dio un respingo y giró la cabeza hasta quedar de frente a ella: ahora su imagen era aún más sobrecogedora. En el interior del ojo tenía un derrame que iba cambiando su color del rojo al morado. Juanjo no dijo nada,

pero a Sara le pareció que intentaba evitar su mirada, supuso que porque le avergonzaba ofrecer esa imagen.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar.

El hombre sonrió levemente.

—Bueno, todo lo bien que se puede estar.

Volvió a contemplar la agenda y se centró de nuevo en el estante que había enfrente. Sara lo miraba interrogante, con la cabeza ligeramente ladeada, no entendía a qué se debía su distancia.

—¿Por eso cancelaste la comida ayer?

El hombre dejó de escribir y estuvo unos segundos con la vista fija al frente; sin decir nada, finalmente la miró.

—¿Acaso no lo sabes?

—¿Saber qué?

Juanjo chasqueó la lengua y sonrió, esta vez, con ironía.

—¿No sabes qué me ha pasado?

—¿Cómo iba a saberlo? —Sara negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Bueno, ¿quién iba a saberlo si no?

—No sé de qué me hablas, Juanjo. Solo sé que ayer me avisaste de que no podías ir a comer, y ya está. Aún no sé por qué no pudiste venir.

El hombre dudó unos segundos. Su mirada era distinta aquella mañana, y no solo por el derrame que cubría su ojo, sino porque parecía haberse suavizado.

—Ayer me pegaron, Sara.

La chica se llevó una mano a los labios.

—¿Estás bien?

—Pasé casi toda la mañana en urgencias

—Lo siento.

Juanjo la miró como si estuviera analizando su expresión.

—Me pegaron cuando salí de casa a por el periódico, sobre las nueve de la mañana. —Miró la agenda que tenía en las manos como si pudiera encontrar respuestas en ella—. Me estaban esperando, no cabe duda; la policía también piensa lo mismo.

—Pero ¿por qué?

—Eso me gustaría saber a mí también, Sara —suspiró.

El hombre volvió a coger el bolígrafo y comenzó a tomar notas. Sara se dio cuenta de que la conversación había terminado. No le pareció un buen momento para abordar el tema de su situación laboral, así que giró sobre sus pasos y se encaminó hacia el lugar que había ocupado solo unos minutos antes. Cuando iba por la mitad del pasillo, se paró a pensar un segundo. Juanjo le había preguntado si ella sabía algo, ¿qué había querido decir con eso?

—Juanjo —llamó.

El hombre se giró.

—¿Por qué me has preguntado si yo lo sabía? —La cabeza había empezado a darle vueltas. Una idea había comenzado a crearse en ella, pero le parecía imposible de creer.

Juanjo tardó unos segundos en responder.

—La persona que me pegó me dio un mensaje: me dijo que no me acercara a ti. —Sara sintió que palidecía. Toda la sangre de su cuerpo la abandonó y sintió que iba a caer. El hombre la miraba impertérrito—. Supongo que no lo sabías —dijo entre dientes.

Sara apenas lo escuchaba. Su cabeza era ahora una maraña de pensamientos que iban y venían. Su mente se había emborronado. Comenzó a caminar deprisa en dirección a la calle, necesitaba tomar aire. Cuando sintió que el aire golpeaba en su piel, recuperó parte de la sangre que la había abandonado. La idea que antes se formaba en su cabeza era ahora más evidente, pero aún le asustaba formar la frase, aunque solo fuera en su mente. ¿Había sido David?

Sacó el teléfono móvil del bolsillo y le envió un mensaje:

Han pegado una paliza a mi encargado, por eso no pudo comer conmigo ayer. La persona que le pegó le dijo que no se acercara a mí. Me resulta imposible creerlo, pero es la única pregunta que se me ocurre: ¿has sido tú?

Buscó en su bolsillo y sacó un cigarrillo. Se lo fumó aspirando grandes bocanadas de humo y observando las volutas azules que parecían querer marcharse de esa ciudad, como ella tantas veces soñó hacer. Su corazón latía con violencia.

CAPÍTULO 51

Las horas, aquella mañana, pasaban tan despacio que parecía que el reloj se había parado en algún momento sin que Sara se diera cuenta; esa sensación era producida por las miradas constantes que le dedicaba con el rabillo del ojo, esperando, casi suplicándole, que avanzara un poco más deprisa. Cada vez que se cruzaba con Juanjo, el corazón se le paraba.

Comprobó que en la caja había al menos cuatro personas esperando; ella parecía haber ralentizado también sus movimientos, al igual que el reloj había hecho con sus manecillas. Estaba mirando la cinta transportadora cuando una voz hizo que se encogiera su corazón.

—Hola. —No le hizo falta verlo para saber enseguida que era él. Alzó la vista y pudo ver a David: estaba al final de la cinta, muy serio

No dijo nada, pero su mirada fue suficiente.

—Esperaré fuera hasta que puedas salir.

Y antes de que tuviera tiempo de responderle, David se había marchado.

Necesitó al menos veinte minutos para que la clientela fuera menor y Sandra pudiera quedarse al mando. Le bastó tan solo una cómplice mirada con su amiga para saber que podía marcharse sin problema. Algo le decía que no le haría falta justificarse delante de Juanjo, ese día no.

Cuando lo vio, apoyado sobre la pared del supermercado fumando un cigarrillo, no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco. Pese a las dudas que la atenazaban, no podía sentirse menos atraída por él. Estaba tan guapo como siempre y tuvo deseos de besarlo con pasión, pero se contuvo y se acercó despacio, seria, con convicción.

—Hola —susurró.

David se adelantó un par de pasos, con una leve sonrisa clavada en los

labios; supuso que quería besarla, pero ella se mantuvo distante.

—¿Qué ha pasado? —Las palabras de Sara fueron como un proyectil.

David se llevó una mano a los labios y mordió ligeramente una de sus uñas. Durante un segundo, solo un segundo, miró al suelo, y aquella mirada dejó a Sara sin dudas.

—En realidad no tenía que pasar, pero...

La chica cerró los ojos y maldijo en voz alta.

—¿Le has pegado? —Miró a los ojos de David, que evitaba su mirada—. Mírame —ordenó—. Dime la verdad.

El chico la miró.

—Sí. —Su voz era dura, más de lo que ella hubiera esperado—. Ese hombre te estaba acosando, Sara, te estaba chantajeando, no voy a consentir...

—¡Es que tú no tienes por qué consentir nada! —Sara alzó las manos en alto y dejó que su tono se convirtiera en fiero.

La expresión de David cambió enseguida y se tornó apesadumbrada.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ahora hablaba en un murmullo, pero, pese a lo que pudiera parecer, parecía más enfadado que antes.

Sara sonrió con ironía.

—¿Qué quiero decir?, es muy sencillo. ¿Crees que es la solución ir pegando a la gente?, ¿lo vas a hacer con todo el mundo que me moleste?, ¿con toda la gente que te moleste a ti? —Negó con la cabeza, frustrada. David la miraba fijamente, sin decir nada, pero la chica se dio cuenta de que parecía estar apretando los dientes—. ¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga? —Habla despacio—. No voy a consentir que nadie te falte al respeto, y mucho menos que alguien te coaccione, te manipule o trate de aprovecharse de ti, como estaba haciendo ese gilipollas. —Habla sosegado y parecía tan coherente en su forma de decirlo que Sara comenzaba a cambiar de opinión—. No le di ninguna paliza, si eso es lo que él te ha contado. Solo le di un pequeño toque de atención, puedes verlo así.

Sara lo miraba con los ojos muy abiertos, atenta a todo lo que decía. Temía dejarse llevar por esa seguridad arrolladora y acabar creyendo sus palabras. No quería en su vida a un hombre que utilizara la violencia ante todo, ante todos.

—Hay muchas formas de evitar que las cosas sucedan, David. Entiendo que no te guste que nadie te falte al respeto, ni a ti ni a nadie que quieres, pero no puedes ir pegando a todo el mundo. Es lo único que quiero que entiendas. — Ella también había relajado su tono hasta convertirlo casi en un hilo de voz —. Que yo no quiero en mi vida una persona que va arreglándolo todo a puñetazos. No quiero otra persona como Damián a mi lado.

David asintió ligeramente con la cabeza y miró hacia un lado, a ningún punto en concreto.

—Es lo que soy, Sara, y siento decirte que siempre seré la misma persona: el mismo que creció en este barrio, con tu hermano, el mismo que se fue cuatro años y que ha vuelto. Siempre hemos sido iguales, por eso somos amigos, ¿no lo ves?

Sara miró al suelo.

—Tú no eres como él. Tú eres una persona responsable. Tú tienes tu trabajo, tú haces algo más en la vida que beber y pelear. No eres como él.

David sonrió con amargura.

—Claro que lo soy, pero aún no me conoces lo suficiente, esa es la única verdad. Hay muchas cosas de mí que no sabes, Sara, muchas cosas de mi pasado que no conoces y que estoy seguro de que no te gustaría conocer. — Se encogió de hombros.

Sara sintió que el vacío se apoderaba de su corazón. De repente sintió un hueco en su interior, una tristeza que comenzó a recorrerla. Lo que más le dolía era saber que todo lo que decía David era cierto. Sabía que había muchas cosas de su pasado que no conocía y que, si llegaba a saber, quizá no podría soportar. En aquel momento se dio cuenta de que había más cosas que los separaban de las que los unían, y que quizá eran demasiadas. Lo miró y sonrió con tristeza; de alguna forma le pareció que era una despedida.

—Es verdad —susurró—, yo también estoy segura de que no me gustaría conocerlas. —Miró al suelo porque se sentía incapaz de mirarlo a los ojos—. No quiero saber a cuántas personas les has pegado en tu vida, no quiero saber cuántos errores has cometido ni cuantas mujeres han estado en tu cama.

El chico miró hacia otro lado de forma furtiva, pero ella se dio cuenta. Aunque fuera extraño, no hubiera sabido decir si le dolía más que hubiera cometido muchos errores, que hubiera ensuciado sus manos muchas veces o

que la lista de mujeres fuera demasiado extensa. Le costaba reconocerlo, pero imaginar a otras mujeres con él, a muchas mujeres, era demasiado doloroso.

—Quizá deberíamos pensar de verdad qué es lo que queremos. —Fue David quien habló y ella no pudo más que asentir—. A lo mejor no estuvo bien que fuera a buscarlo y le pegara, pero quiero que entiendas que lo hice por ti. —El chico había extendido la mano hacia la joven y la había apoyado sobre su hombro, casi en un gesto paternal—. Pese a lo que puedas pensar ahora de mí, lo cierto es que no voy pegando a todo el mundo, pero lo de ayer... me pareció demasiado. Ese tipo no tiene ningún derecho a tratarte así y creo que deberías hacer algo, aunque sinceramente espero que, después de lo que pasó, no se vuelva a acercar a ti. —Sonrió levemente, pero no con orgullo, sino con pesar.

—No creo que vuelva a molestarme, al menos en un tiempo. Hoy ni siquiera me ha mirado.

—Me alegro de que al menos sirviera para algo. —Le cogió la barbilla con la mano derecha y la alzó hasta que la mirada de Sara se encontró con la suya—. Creo que es mejor que vuelvas al trabajo, no quiero molestarte más, ya lo he hecho bastante. Espero que sigamos hablando.

Sara sintió que el corazón se le oprimía. Sentía que lo perdía. Una lágrima amenazaba con llegar a sus ojos.

—Yo también —murmuró.

David besó suavemente su mejilla y comenzó a caminar.

—¿Cómo supiste dónde vivía, cuál era su horario, todo? —Según pasó por su mente, lo dijo en voz alta; quizá esos detalles no eran importantes, pero a ella no dejaban de atormentarla.

David se giró. Su expresión era más cercana a la tristeza que a cualquier otro sentimiento. Agitó la cabeza y las manos al mismo tiempo.

—¿Acaso importa? —preguntó carente de emoción.

—Quizá no, pero quiero saberlo.

—Ya te he dicho que hay muchas cosas de mí que no sabes. Este barrio es pequeño, Sara, aquí todos nos conocemos. Es fácil que la gente te diga lo que quieres saber.

Cuando terminó la frase comenzó a caminar despacio, sin girarse. Sara se quedó mirándolo, viendo cómo se alejaba una vez más. De nuevo sentía que

lo perdía y de nuevo su cabeza era un hervidero de preguntas y de sensaciones ¿De verdad estaba dispuesta a perderlo?, ¿de verdad estaba segura de aquella relación? Se dio cuenta de que apenas sabía nada de David. Era difícil estar segura de algo cuando apenas se conocía a la otra persona.

Respiró hondo y se encaminó hacia el interior del supermercado, con una asfixiante sensación que oprimía su pecho.

CAPÍTULO 52

David se apoyó contra el banco de madera que había al comienzo del parque y respiró una bocanada de aire. La necesitaba. Necesitaba el aire de sus pulmones después de haberlo perdido durante unos minutos. Miró alrededor: el sol se había hecho dueño del parque y era casi el único ocupante que había en él. Podía sentir su calor, que trataba de traspasar su chaqueta, pero estaba seguro de que no lo conseguiría. En aquel momento era imposible que pudiera sentir calor en la piel.

Las imágenes del día anterior no cesaban de atormentarlo. Se veía a él mismo sintiendo cómo la rabia encendía su sangre y cómo esa ira conseguía acallar todo lo demás. Apenas lo pensó. No tuvo más que marcar un par de números para saber dónde vivía ese hombre, lo demás había ido surgiendo. Lo esperó durante un par de horas en el interior del coche y, cuando lo vio pisar la calle, la rabia se hizo más fuerte: se adueñó de la situación, de él mismo y de todo lo que formaba parte de su ser. Se había dirigido hacia él sin importarle quién pudiera estar viéndolo, aunque por suerte la calle estaba vacía. Había podido ver la agresividad que desprendían sus ojos, la había visto en los ojos aterrados de aquel hombre. No había tenido tiempo de reaccionar, David lo había empujado contra la pared y solo había pronunciado unas palabras: «No vuelvas a acercarte a Sara». Lo demás había sucedido sin más. Quizá había sido el recuerdo de lo que ella le había contado, quizá imaginar la de veces que había incomodado a Sara o quizá la sonrisa de prepotencia que había visto en su rostro, una sonrisa que, pese al miedo, seguía ahí, burlándose de él y de sus palabras. El primer puñetazo había ido a parar a su labio y el segundo, aún más rápido, había sido en el ojo. No podía recordar en qué momento su brazo se había levantado y su

puño había atacado; había sido como un resorte, como algo que ni él mismo pudiera controlar, y eso era lo que realmente le asustaba. Después, como si no hubiera sucedido nada, había vuelto a su coche y se había marchado a casa.

Respiró hondo y miró sus manos; en la mano derecha tenía dos nudillos rotos. La herida aún tenía sangre reseca; la restregó con fuerza, no soportaba mirarla.

Ese hombre era detestable, pero solo había invitado a Sara a comer. ¿Qué estaría dispuesto a hacer si alguien le hacía daño de verdad? Ella le hacía plantearse cosas que hasta ahora nunca había pensado. Sara podía arrancarle la sonrisa más sincera, pero también podía encender la rabia más destructora en su interior. Era capaz de hacerse la dueña de sus pensamientos y de sus emociones de una forma que él nunca creyó posible.

Pese a que sabía que ella le estaba haciendo sentir lo más bonito que había sentido jamás, lo cierto era que también le temía. Temía que ella destrozase la coraza que siempre había tenido para protegerse de los demás. Le asustaba que pudiera derribar sus defensas y dejase a la superficie el David más frágil. Tenía miedo de quererla demasiado y de estar expuesto al dolor.

Escuchó el sonido del teléfono móvil: lo miró. Esperó hasta que la pantalla se apague y el teléfono deje de sonar. No tenía fuerza para enfrentarse a aquella llamada, no en ese momento. La pantalla seguía mostrando la llamada perdida, como si quisiera burlarse de él y de su cobardía. El nombre de Damián lo hacía ahora sentirse inseguro. Llevaba varios días sin hablar con él; desde que había besado a Sara, no había tenido valor de enfrentarse a su hermano. El simple hecho de hablar con él lo hacía sentirse un traidor.

De nuevo, comenzó a sonar.

—Hola. —Descolgó en un acto mecánico y su voz sonó insegura.

—Hombre, por fin te encuentro, ¿dónde te metes? —Damián parecía alegre, el mismo torbellino de siempre.

—He estado un poco liado estos días.

Escuchó la risa de su amigo al otro lado.

—Ya, me da a mí que tienes muchas cosas que contarme.

David contuvo el aliento durante un instante; ¿qué quería decir con eso?

—Creo que tienes alguna nueva amiga que no nos has presentado, ¿no? —

Su amigo seguía hablando con naturalidad, mientras él sentía que el corazón se le iba acelerando.

—Bueno...

—¿Por qué, si no, te ibas a ir el viernes sin esperarnos? —Su amigo lo interrumpió—. Tenemos que quedar y me cuentas quién es.

David sintió que recobraba el aire de sus pulmones.

—Sí, bueno. —Fue lo único que acertó a decir; si tenía que engañar a su amigo, al menos le contaría parte de la realidad. Ocultarle que estaba viéndose con una chica era innecesario, además de inverosímil—. Podemos vernos cuando quieras —titubeó—. Hoy no trabajo.

—Genial. Yo me he levantado hace un rato y no tengo nada que hacer.

David agitó la cabeza. Damián nunca cambiaría.

—Puedo pasar por tu casa ahora. —Después de decirlo, se arrepintió.

—Bien, aquí estoy.

Damián colgó sin que tuviera tiempo de recular. Si iba ahora a casa de su amigo las posibilidades de encontrarse a Sara eran astronómicas.

CAPÍTULO 53

Caminó deprisa, como si una fuerza invisible lo llevara. Dobló la última esquina y, cuando llegó frente a la puerta que daba acceso al edificio, entendió a qué se debía aquella fuerza que lo había hecho caminar a paso ligero. Allí estaba ella. La puerta aún ni siquiera se había cerrado. En un acto reflejo la empujó con fuerza e hizo que la puerta de acero chocara contra la pared. El sonido hizo que Sara se girara.

Sus labios se abrieron ligeramente cuando lo vio. Él sonrió; si necesitaba una señal, allí acababa de encontrarla. Algo los había unido y había hecho que llegaran al mismo sitio en el mismo momento. Aquello tenía que significar algo.

Se quedó parado en el interior del portal; ella estaba en el segundo escalón, parada, mirándolo fijamente. ¿Qué decir en aquel momento?

—Estás aquí —susurró el joven.

—Vivo aquí.

David sonrió.

—He venido a buscar a tu hermano —se justificó.

Sara asintió y le pareció que dejaba de sonreír. Se acercó al primer escalón, ella seguía parada en el segundo.

—Le diré que estás aquí. —La joven se giró y siguió su camino.

Le hubiera gustado saber qué pensaba ella en aquel momento. ¿Se alegraba de verlo?, ¿había creído durante un momento que iba a buscarla a ella?, ¿le ofendería que fuera a buscar a Damián?, ¿qué pensaba ella, en realidad, sobre que ambos siguieran siendo amigos?

—Siento lo que ha pasado. —David lo dijo deprisa, antes de que ella doblara la esquina y desapareciera en el interior del portal.

Sara se giró justo a tiempo.

—Yo también —susurró.

Se había quedado parada, como si estuviera esperando algo. David subió un escalón más, ya solo lo separaban dos del rellano en el que ella se encontraba. Subió uno más. Ella seguía parada. Al fin, subió el último escalón. Ahora tan solo un par de metros lo separaban de ella. Sara dio un paso hacia delante, la distancia entre ellos se acortaba. Él dio el último paso y por fin la tenía tan cerca que podía oler su aroma dulzón. Extendió la mano hacia el rostro de la joven y ella cerró los ojos.

—No quiero separarme de ti. —Lo dijo despacio, como si quisiera que ella entendiera a la perfección todo lo que querían decir aquellas palabras. Había algo muy grande oculto entre ellas, algo que David nunca le había dicho a nadie y que le asustaba decir.

Ella abrió los ojos y le regaló la sonrisa más bonita que él había visto en su vida.

—Yo tampoco —susurró mirándolo fijamente—. No puedo separarme de ti.

El chico la abrazó y sintió que ella se fundía entre sus brazos. Pese a todo lo que los separaba, había una fuerza inexpugnable que los unía, una fuerza que se interponía ante todo lo demás y que se hacía muy poderosa cuando estaban juntos. Siempre que estaban el uno frente al otro aquella fuerza se materializaba. David era incapaz de tenerla tan cerca y no sentir la necesidad de besarla, el deseo se apoderaba de él.

—Siento que tenga que ser todo tan difícil.

La voz de Sara en su oído lo transportó a la realidad. Era cierto: todo era demasiado complicado.

—Yo también —confesó—. Creo que nunca es fácil.

Sara se liberó de su abrazo con suavidad y le acarició la mano que él tenía apoyada sobre su rostro. Puso el dedo corazón sobre sus nudillos rotos y él entendió enseguida lo que quería decir. Los llevó hasta sus labios y los besó con delicadeza, como si besara la herida de un niño. Aquel simple gesto le demostraba que, pese a todo, ella quería quererlo, quería aceptarlo como era.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Creí que no te gustaba que lo hiciera.

—No de esta forma, pero... —suspiró—. Aún me cuesta creer que te preocupes tanto por mí.

—Me preocupas mucho más de lo que puedas imaginar, más de lo que hasta ahora me había importado nadie.

Se quedó callado. No podía creer que lo hubiera dicho en voz alta. Maldijo para sus adentros.

Ella dibujó una amplia sonrisa y lo besó en los labios. Le hubiera gustado que aquel beso durara una eternidad, pero, como siempre, tenían que separarse. Ojalá alguna vez pudieran detener el reloj.

—Tengo que irme, Damián puede venir en cualquier momento.

No acababa de terminar la frase cuando unos pasos en la escalera los sobresaltaron. Se separaron en un segundo, en un acto casi reflejo, y lo hicieron justo a tiempo.

—Estoy esperando que me avises. —La voz de Damián les llegó desde lo alto de las escaleras que conducían al primer piso.

David sonrió y miró a Sara, que parecía haberse ruborizado.

—Acabo de llegar, estaba saludando a tu hermana.

Damián llegó junto a ellos y miró a la chica.

—Hola. —Tomó a su amigo a través de los hombros y le dio una palmada afectuosa; David observó que de su hombro colgaba una gran bolsa.

Sara comenzó a subir las escaleras, parecía querer marcharse lo antes posible.

—Adiós, Sara.

Ella se giró. David sonreía desde el final de la escalera y, aunque Damián no pudiera percibirlo, había mucho más en sus ojos y en sus palabras de lo que podía parecer. Ella sonrió, el rubor cubría sus mejillas y al joven le pareció divertido.

—Vamos. —Su amigo había comenzado a caminar hacia la calle, ajeno a todo. —Tienes que contarme quién es esa nueva chica. —Miró a su amigo y le guiñó un ojo, cómplice—. Cuéntamelo de camino.

David lo siguió, esperando que Sara no lo hubiera escuchado.

CAPÍTULO 54

David se sentó sobre el banco que había al final de la sala. Respiraba con dificultad. Mientras escuchaba la risa de Damián a lo lejos, cogió la botella de agua que acababa de adquirir en la máquina y bebió un largo trago. El agua, que corría a través de su garganta, hizo que su corazón comenzara a latir más despacio y que su respiración se normalizara. El reloj que había en la pared le decía que habían estado entrenando casi dos horas. Miró a su amigo, que se acercaba despacio hacia él; estaba empapado, las gotas de sudor caían a través de su rostro.

—Antes aguantabas mucho más. —Damián reía mientras secaba sus brazos con una toalla blanca.

—He perdido un poco la costumbre. —Se puso de pie—. Hacía mucho tiempo que no entrenaba.

Damián estiró el brazo y lo apoyó contra la pared.

—Echaba de menos nuestros entrenamientos juntos.

David lo imitó y comenzó a realizar suaves ejercicios de estiramiento. Lo cierto era que él también había echado mucho de menos aquellas sesiones de boxeo con su amigo. Desde que lo habían descubierto varios años atrás, ambos se habían convertido en grandes aficionados. Enseguida decidieron que asistir a veladas como meros espectadores era insuficiente, así que comenzaron a practicarlo. Se habían apuntado a clase y, tan solo un par de meses después, Damián ya era el mejor alumno de todo el gimnasio. Esa nueva habilidad lo había rescatado de muchas tardes en la barra de un bar, por lo que era bueno para él, para ambos en realidad.

David salió de la ducha y recuperó la ropa que había guardado en una taquilla. Damián se había preocupado de llevarle ropa deportiva para que pudiera entrenar. Se sentía bien, más despierto y activo que en los últimos meses. El deporte siempre conseguía encender una chispa dentro de él.

Pasó la tarde con su amigo y consiguió evitar las preguntas escabrosas que Damián le hacía sobre la chica que últimamente le robaba tanto tiempo. Lo cierto era que su amigo nunca había sido un entrometido y un par de respuestas ambiguas conseguían satisfacerlo.

Esa misma noche, ya en la cama, su último pensamiento antes de dormir fue para Sara; si la vida fuera justa, lo dejaría disfrutar de su mejor amigo y de la chica de sus sueños en una combinación perfecta, inmejorable.

La mañana siguiente también lo recibió con la bella imagen de la chica paseando por su mente, y así lo hizo durante el resto de la semana.

Los días transcurrían entre el trabajo y las escasas citas que podía tener con ella, siempre arañando los minutos que podía disfrutar de su mirada marina y del tacto delicado de sus manos.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, fue pasando abril. Los días transcurrían tan deprisa que, cuando quisieron darse cuenta, el mes de la luz, el mes de los colores, el mes de la vida había vuelto un año más. David lo recibió aquella mañana de jueves mientras contemplaba el sol, que se abría paso en el horizonte y avanzaba despacio, con sigilo, casi a hurtadillas. Aquel día lo había descubierto ya despierto, aunque no solía ser lo habitual, y sonrió al darse cuenta de que era el primer día de mayo.

CAPÍTULO 55

A Sara la salida del sol la había encontrado como cada mañana, pero ese día era diferente. Era el mes favorito de Sara, el mes en que celebraba su cumpleaños, el mes que marcaba el inicio de largas horas de sol y el comienzo de las noches cálidas. Le parecía que era un mes creado para los amantes, y aquel era su año. Aquel mayo lo viviría junto a esa persona especial que la hacía sentirse más cercana a alguien de lo que se había sentido en toda su corta vida. Pese a eso, aún eran dos personas que se estaban conociendo, dos desconocidos que jugaban a quererse y que poco a poco se iban enamorando.

Todavía le resultaba extraño y apasionante verlo mirándola después de cada nuevo beso. Le encantaba que esos misteriosos ojos la contemplaran de forma furtiva, como si creyera que ella no lo veía; en ese momento podía ver un brillo especial en su mirada, casi como si sus pupilas brillaran. Le gustaba mirarlo en aquel instante y comprobar cómo su expresión se tornaba, cómo sonreía. Le gustaba descubrir algo nuevo cada día e ir conociendo las pequeñas manías que lo hacían único, que lo convertían en David. Por ejemplo, le parecía curiosa la forma en que sujetaba el cigarrillo, entre el dedo índice y el pulgar; a ella le parecía difícil, pero él lo hacía con tanta naturalidad que en sus manos parecía sencillo. Le resultaba gracioso que siempre, después de beber, humedeciera sus labios de forma tan sutil que fuera casi imperceptible. Le encantaba la forma en que pasaba su mano por su corto cabello cuando estaba nervioso o tenso, o cómo mordía con cuidado las uñas meñiques de sus manos cuando estaba entretenido con algo. Ella aprovechaba ese momento para mirarlo fijamente, observar con detalle cada facción de su rostro; casi podría decirse que lo estudiaba y no había vez que

no le fascinara lo que veía. Le gustaban sus delicadas cejas negras; los surcos que se dibujaban en su frente cuando se enfadaba; su nariz, de aspecto griega, que apenas tenía ninguna imperfección, excepto la pequeña hondonada que tenía casi en su inicio, quizá muestra de su afición a los deportes de contacto; sus finos labios rosados, iguales ambos, los labios que sabían dar los mejores besos del mundo. ¿Y qué decir de sus ojos?; no se podía decir nada de ellos que Sara no hubiera pensado ya en multitud de ocasiones. Eran los ojos más bonitos, más seductores, más expresivos que había conocido nunca, tan oscuros como nunca había visto otros, almendrados, con unas largas pestañas casi igual de oscuras. Aún no había encontrado nada que no le gustara de él. Su espalda era ancha y su constitución, fuerte. A menudo Sara pensaba en lo bonito que debía de ser observarlo desnudo, como si fuera una obra de arte. Le encantaban sus robustos brazos y los pequeños tatuajes que se entremezclaban en el derecho y que al final lo dibujaban casi en su totalidad. El dragón que se retorció, los símbolos celtas. Adoraba observarlos y acariciarlos; eran los más bonitos que había visto jamás.

Anhelaba poder contemplarlo desnudo, tumbado sobre su cama, regodearse en su esplendor y que el amanecer descubriera sus cuerpos retorcidos formando uno solo, pero de momento tenían que conformarse con rasguñar los minutos que podían estar juntos. Fantaseaba con que algún día su relación pudiera ser como todas las demás y gritar a los cuatro vientos que David era el hombre de su vida.

Aquella primera tarde de mayo, de camino a su curso de pintura, el sol, reino del cielo, era su único compañero. Caminaba ausente, pensando en él y en todas esas cosas que lo hacían tan especial. Al doblar la última esquina, sintió que su pulso se aceleraba. Estaba casi segura de que lo había visto, pero sobre todo lo había sentido. Siguió andando y, al volver a alzar la vista, no pudo ver nada; varias personas se habían agrupado y colocado ante ella, lo que le impedía la visión. Miró de nuevo al suelo. «No puede ser él», se dijo mentalmente. Sabía que a aquella hora él tenía que estar en el restaurante. Siguió caminando, pero una vaga sensación de familiaridad se había apoderado de ella, un cierto nerviosismo que le resultaba agradable.

Había recorrido los últimos metros con la vista fija al suelo, casi como si temiera levantar la mirada y comprobar que él no estaba, que no había sido más que una ilusión, pero, cuando estuvo lo bastante cerca como para que ni las personas impidieran su visión ni la distancia pudiera confundirla, lo vio. Estaba de pie, parado frente a la puerta que daba acceso al edificio, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora y con la mirada fija en ella. Sonreía. Sara sintió que el corazón comenzaba a latirle más deprisa y que una sonrisa, un tanto bobalicona, se apoderaba de ella. Lo miró fijamente y se encogió de hombros, como preguntándole sin preguntar. Él repitió el mismo gesto sin dejar de sonreír.

—¿Qué haces aquí? —Su voz reflejaba ilusión.

Él se acercó hasta ella y la alzó en brazos, como hacía siempre que la veía. Era otras de esas cosas que lo diferenciaban de los demás.

—He venido a verte.

Ella lanzó una carcajada y lo besó en los labios sin tener en cuenta que quizá algunas de las personas que los rodeaban podían ser las que acabaran finalmente descubriendo su secreto.

—Pero ¿no deberías estar trabajando?

—Sí, pero me apetecía más estar contigo. —Guiñó un ojo—. Así que le he dicho a mi jefe que me iba, que tenía ganas de verte.

Ella lanzó una risotada, le encantaba su sentido del humor.

—Pero ¿te tienes que ir? —Dejó de sonreír.

Él dudó durante unos segundos, mientras se llevaba un dedo a los labios, en gesto pensativo. Ella lo golpeó con ternura en el brazo.

—Vamos, dímelo.

David arrugó los labios.

—¿Te gustaría que me quedara?

—Pues claro. —La chica se abalanzó a sus brazos, como si hiciera una eternidad que no lo veía.

—Entonces, me quedaré.

Ella mostró una gran sonrisa de agradecimiento.

—Pero ¿qué pasa con tu clase de pintura?, ¿vas a perdértela?

—Creo que, por una tarde que no vaya, no pasará nada. —Dejó el maletín en el suelo—. Yo también prefiero estar contigo.

—Entonces, si estas segura, vámonos. —La tomó de la mano y comenzaron a caminar.

Cuando ella quiso darse cuenta, habían llegado al mismo parque en el que habían tenido su primera cita; aquel parque que, aunque parecía corriente como los demás, tenía algo especial, un secreto que solo aquellos que lo conocían podían saber. Ese lugar tenía el honor de haber sido nombrado como el parque desde el que podía verse el atardecer más bonito de todo Madrid, y ellos tenían el privilegio de tenerlo a tan solo unos metros de su casa.

David, que era el que —aunque sin parecerlo— marcaba el ritmo, sonrió orgulloso cuando llegaron hasta él. Sin decir ni una palabra y guiados por una fuerza invisible, se dirigieron al mismo punto en el que habían estado sentados la vez anterior, como si aquel ya fuera su sitio especial. Se sentaron uno junto al otro, sintiendo el césped, que les hacía cosquillas en la espalda y en las manos.

—Esta vez no he traído una manta. —David se encogió de hombros.

Sara se pegó un poco más a él y suspiró.

—No importa, la verdad es que aquí se está de maravilla.

—Sí, creo que tendría que haber venido más a menudo aquí. —David miraba al frente, al horizonte, que se confundía con los altos edificios de ladrillo.

Sara lo miró de forma traviesa.

—Bueno, yo me alegro de que no lo hicieras. —Hizo una breve pausa—. Así siempre te acordarás de este sitio como nuestro sitio.

David la miró embelesado y una tierna sonrisa iluminó su rostro.

—Es verdad. A partir de ahora, cada vez que venga aquí o que alguien me hable de este parque, siempre pensaré en ti.

—Yo también.

Se quedaron durante varios minutos en silencio, mirando hacia esos edificios que los observaban desde la cercanía. Solo hacía falta echarles un rápido vistazo, ver las estrechas calles y a las personas que paseaban por ellas para comprender que aquel, más que un barrio obrero, era casi un suburbio. Pese a que Sara había, y aún lo seguía haciendo, culpado a ese barrio de muchos de los problemas que la atenazaban, pese a que había soñado en

infinidad de ocasiones con marcharse lejos de él, algo en el fondo de su ser la hacía quererlo; al fin y al cabo era el barrio donde había nacido y crecido, lo único que podía decir que conocía tanto como a la propia palma de su mano.

Cuando miró a David vio que el chico mordía su dedo meñique, y supo enseguida que estaba pensando en algo.

—¿Sabes que en dos días es mi cumpleaños? —Interrumpió sus pensamientos.

El chico dejó de morder su uña y la miró con las cejas arqueadas.

—No tenía ni idea.

—Es normal. —Sara sonrió—. Aún nos quedan muchas cosas que saber el uno del otro.

—Bueno, tendré que comprarte algo, entonces —dijo llevándose un dedo a la barbilla, en gesto pensativo.

Sara sonrió Se acercó a ella y la besó dulcemente en los labios. Un segundo después, volvió a su misma posición.

Ella lo miraba fijamente, una pregunta rondaba por su mente desde hacía varios días y aún no había encontrado el momento de plantársela. Ni siquiera estaba segura de que debiera hacerlo, le preocupaba que David pudiera ofenderse.

—El otro día. —Empezó la frase deprisa, si no, quizá nunca se atrevería a comenzarla.

David la miró enseguida y, al encontrarse frente a sus ojos, se sintió de repente un poco más pequeña. Era otra de las habilidades que el chico tenía: con solo una mirada podía hacerla sentir la persona más importante del mundo o la más insegura.

—Bueno, el otro día dijiste que piensas que eres como tus padres. —Disparó las palabras como si fueran un proyectil. David tornó su expresión un segundo, pero enseguida volvió a sonreír, tratando de aparentar normalidad—. Bueno..., me preguntaba por qué habías dicho algo así, por qué crees que eres igual que ellos.

—Bueno, creo que mis padres no hicieron bien las cosas y a lo largo de los años me he dado cuenta de que hay muchas que yo tampoco he hecho bien.

—Miró a Sara fijamente y la sinceridad, la humildad prendían de sus ojos.

Sara asintió y miró al frente dispuesta a zanjar la conversación, sin duda era

un tema delicado. Comenzaba a arrepentirse de haber formulado la pregunta cuando la voz de David la sorprendió.

—Ellos nunca fueron buenos padres. —Hablaba mirando al frente, evitando los ojos de la chica, probablemente le resultaba más fácil hacerlo así—. Supongo que ya lo sabrás, o al menos una parte. Todo el mundo conoce a mis padres en el barrio, nunca ha habido ningún secreto en cuanto a ellos.

Sara no dijo nada, pero asintió suavemente. En el barrio todos conocían las vidas y las miserias de los demás.

—Todo el mundo sabe que eran unos borrachos y unos drogadictos. Lo habrás escuchado cientos de veces, yo también. —El chico sonrió, pero su sonrisa estaba llena de amargura—. Los recuerdo siempre con una copa en la mano y con un cigarro en la otra y, por supuesto, eso no era todo. —Al fin la miró; Sara se dio cuenta enseguida de que sus ojos habían dejado de brillar. Sintió lástima por él, sintió deseos de abrazarlo, pero pensó que lo mejor era dejar que terminara de contar la historia; seguramente era la primera vez que hablaba abiertamente de ello—. Tengo pocos recuerdos de cuando era niño, supongo que como todo el mundo, pero hay uno en especial que se me ha quedado marcado para siempre. Debía de tener unos cinco o seis años, era un sábado por la tarde y estaba lloviendo. Casi puedo recordar el sonido de la lluvia contra la ventana, oler el humo del tabaco que inundaba el salón y ver a mis padres, sentados sobre el sofá, borrachos y drogados, pero lo que más recuerdo es que encontré unos polvos blancos encima de la mesa de café que había junto al sofá, la misma que aún sigue estando en el mismo sitio. Lo recuerdo perfectamente como si fuera ayer, recuerdo que al principio pensé que debían de ser una especie de golosinas, como los polvos pica-pica que tanto me gustaban, pero cuando traté de cogerlos mi padre me apartó de un empujón; no hicieron falta palabras para que comprendiera que aquello no era para niños, así que me aparté y no volví a tocarlo el resto de la tarde. —Sonrió con ironía—. Ya había anochecido cuando mi vecina Marga llamó al timbre; cuando miró al interior y vio todo lo que había allí, me cogió en brazos y convenció a mis padres para que me quedara esa noche a dormir en su casa. —Esta vez la sonrisa era completamente distinta: era una sonrisa que inspiraba ternura, como si evocara un recuerdo agradable.

Sara lo miraba atónita, no podía creer que hubiera padres que expusieran a

sus hijos a sustancias tan nocivas y peligrosas como la cocaína. Pensó que era mejor centrarse en la mujer que lo hacía sonreír de verdad.

—¿Quién era Marga?

—Marga fue mi madre en realidad. —Sonrió con ternura—. O al menos hizo mejor su papel que mi propia madre. Era una vecina anciana que tenían mis padres y que me cuidó desde que era un crío. A mis padres les resultaba muy útil tener a alguien que pudiera quedarse conmigo mientras ellos se iban de fiesta con los amigos, y ella adoraba a los niños, incluso había sido profesora en un colegio, así que todos estábamos contentos con aquel apaño, sobre todo yo. —Ahora parecía nostálgico—. Era la persona más dulce, más atenta, más generosa que he conocido jamás. Me quería más de lo que se puede querer a alguien y yo a ella igual.

Sara se sintió mejor. Le gustaba ver así a David, con esa sonrisa de ternura prendida de los labios, y no atenazado por los malos recuerdos.

—¿Qué paso con ella?

—Murió.

—Lo siento. —Sara apoyó su mano sobre la del chico.

—Lo supe hace poco. A decir verdad, no hace más de unas semanas, de repente me acordé de ella, la verdad es que no sabría decir por qué. Aunque me avergüence decirlo, lo cierto es que no había pensado en ella en los últimos años, pero al volver a casa la recordé. Traté de ponerme en contacto con ella, incluso fui a buscarla a la residencia donde vivía desde hacía años, pero ya no estaba allí. —Se quedó callado unos segundos. —Cuando lo supe me sentí realmente culpable.

—¿Culpable? —Sara arrugó la frente y ladeó la cabeza.

—De no haber ido a verla antes, de no haberla llamado, de no haberme despedido de ella en condiciones cuando se marchó, de no haber pensado en ella en estos años —resopló—. No sé, supongo que de no devolverle todo el cariño que ella me dio.

—¿Sabes?, yo creo mucho en que la vida no es solo esto, creo que después hay mucho más, y estoy segura de que esa señora Marga estará en algún lugar viéndote, sabiendo lo arrepentido que estás. Y no solo eso: si te quería tanto como dices, estoy segura de que no querrá que te sientas así, de que te perdonó hace mucho tiempo.

El chico sonrió y besó la mano de la joven.

—Eso espero.

—Y si no —Sara continuó hablando—, si permites el consejo de alguien mucho más joven que tú —dijo burlona—, no podemos cambiar el pasado, así que no sirve de nada que nos arrepintamos de cosas que no hemos hecho. —Miró al frente—. Durante mucho tiempo yo estuve arrepintiéndome de no haber hablado más con mi madre, de no haber sido más atenta con ella, de no haberme dado cuenta de que ella ya no era feliz y no estaba bien con nosotros. No sé, me arrepentía de no haberme dado cuenta antes de lo que iba a pasar, pero al final comprendí que no sirve de nada vivir con reproches. Lo pasado pisado está y nada puede cambiarlo, así que no merece la pena pensar demasiado en eso.

El chico la miraba fijamente y a ella le pareció entrever una pizca de orgullo en sus ojos.

—Parece increíble que solo tengas veinte años —dijo embelesado.

Sara sintió que se ruborizaba.

—Bueno, supongo que, cuando no has tenido una vida fácil, maduras antes de tiempo y, cuando tu madre te abandona y trabajas desde los dieciséis años para dar de comer a tu padre, te vuelves muy inteligente. —Sonrió y guiñó un ojo.

El chico lanzó una carcajada.

—Eso es verdad. —Dudó un instante—. Y cuando tus padres se drogan delante de ti, te dejan delante del televisor mientras salen a tomar unas cervezas y se olvidan de ir a recogerte al colegio o de llevarte al médico el día que tocaba, eso te hace ser más fuerte y más independiente. —Sonrió de forma pícaro—. Y más alto y más guapo.

—De eso no cabe duda. —Sara se carcajeó.

Y dicho aquello se abalanzó literalmente a los brazos del joven. Le gustaba conocer cosas de su pasado y que David se sincerara con ella, pero ahora quería ver de nuevo el brillo en sus ojos y la sonrisa en sus labios.

Cuando Sara llegó a casa esa noche, tenía el corazón henchido. Se sentía plena. Cada nuevo día, cada nuevo rato que pasaban juntos, estaba más unida

a él, empezaba a conocer de verdad a David y lo que había bajo su profunda mirada y bajo su sonrisa de medio lado. Bajo todo aquello había un corazón mucho más grande de lo que nunca pudo imaginar, pero aún herido y debilitado: un corazón que poca gente había llegado a conocer jamás y que tenía que sanar y curarse poco a poco, con cariño y con paciencia.

Sentía aún su olor en sus manos y en su ropa, y eso hizo que se quedara dormida, plenamente tranquila, como si estuviera durmiendo a su lado.

CAPÍTULO 56

Al despertar aquella mañana de sábado, tan solo necesito unos segundos para sonreír con entusiasmo. Ese día era especial, era el cumpleaños de Sara y se había propuesto convertirlo en el mejor cumpleaños de su vida. Había conseguido tener el día libre en el trabajo y había convencido a Sara para que ella también lo tuviera. Todo tenía que ser perfecto, nada podía fallar.

Se sentó sobre el sofá sin dejar de mirar el reloj que pendía de su pulsera. Estaba aún más nervioso que por la mañana. Al fin había llegado el momento y las ganas se entremezclaban con la incertidumbre.

Se puso de pie y comenzó a caminar a través de la sala de estar. Estaba tan ansioso que no podía estarse quieto. Eran casi las nueve de la noche, los segundos parecían minutos y los minutos, horas. Nunca en su vida había estado tan nervioso antes de una cita, pero es que con Sara todo era diferente; ella no era como las demás, ella conseguía despertar cosas dormidas en él. A veces, aún le seguía sorprendiendo que, pese a su juventud, pudiera haber tanto interesante en ella. Admiraba la madurez que demostraba pese a ser solo una niña de veinte años, además de su fortaleza, de su entereza. Era sincera, divertida, sabía lo que quería y no se amedrentaba ante nada y ante nadie para conseguirlo. Era la persona más valiente que había conocido jamás.

Miró de nuevo el reloj: eran ya casi las nueve y diez. Resopló. Las velas brillaban desde la mesa de madera, su llama era frágil y volátil y él se sentía así en ese momento.

El sonido del interfono lo sobresaltó. Se dirigió hacia la cocina, donde se

encontraba el aparato, y pulsó el botón que abría la puerta sin ni siquiera preguntar quién era. Nada más colgar se dio cuenta de ello, y lanzó una maldición; ¿y si no era ella?

Caminó hacia el pequeño pasillo que conducía a la puerta, lo recorrió al menos en cuatro ocasiones, a grandes zancadas. De pronto el sonido del timbre irrumpió con fuerza en el interior. Cogió aire y lo expulsó deprisa. Abrió la puerta.

Sara estaba al otro lado, como una aparición. Estaba más guapa que nunca, con un vestido floreado de tonos rosados que llegaba hasta sus pies. Se había dejado el cabello suelto y sus ondas caían junto a su rostro. Se había maquillado de forma sutil, pero había algo en ella que le llamó la atención y que la favorecía especialmente. Necesitó unos instantes para comprender qué era. Se había maquillado los labios de color rojo. Parecía brillar. Se dio cuenta de que aún no había dicho nada y sonrió.

—Estás preciosa —susurró—, espectacular.

La chica sonrió e hizo una especie de reverencia que resultó encantadora.

—Gracias —murmuró—, tú también.

David miró hacia abajo, casi lo había olvidado: se había vestido con el único traje que tenía, el mismo que pasaba la mayor parte del tiempo cogiendo polvo en un armario. Era sencillo pero elegante; la chaqueta y los pantalones eran negros y los había combinado con una camisa blanca y con una corbata gris.

—Bueno, pensé que era un buen momento para volver a usarlo. —Sonrió.

—Estas guapísimo.

El chico se echó a un lado y la dejó pasar. Cuando ella estaba justo a su lado, la tomó entre los brazos y la alzó.

—¿Acaso pensabas que no iba a hacerlo? —Ella lanzó una carcajada—. Y menos hoy. —La dejó en el suelo y tomó su rostro entre las manos—. Muchísimas felicidades, preciosa.

La besó suavemente en los labios y, después de hacerlo, casi se arrepintió. No quería estropear su maquillaje, le encantaba aquel color y verlo en sus labios.

Cerró la puerta y se situó delante de la joven.

—Espero que te guste que te tapen los ojos.

Sara frunció ligeramente el ceño, pero sus ojos brillaban.

—No te preocupes, será solo un segundo. —El chico sonrió—. Prometo no hacer nada que tú no quieras —dijo con picardía.

Mientras Sara se ruborizaba ligeramente, David colocó su mano derecha sobre sus ojos cerrados. Se situó tras ella y comenzó a empujarla despacio, con suavidad hacia la sala de estar. Había apagado las luces y ahora solo podía verse el tenue resplandor de las velas, que estaban sobre la mesa y sobre el mueble que había frente al sofá. Había comprado veintiún globos y los había colgado del techo; sobre la mesa había colocado dos copas de vino junto al primer plato y en el medio, un ramo de rosas naranjas y rojas. Había comprado también el mismo número, veintiuna.

—Espero que te guste —dijo mientras quitaba las manos de los ojos de la joven.

Sara miró a su alrededor, un segundo después pareció emocionada. El chico se llevó una mano al cabello.

—¿Estás bien?

Sara lo miró y entonces corroboró que tenía los ojos húmedos.

—Es... —Sara apenas tenía un hilo de voz, estaba visiblemente emocionada—. Es lo más bonito que alguien ha hecho por mí jamás.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando las lágrimas comenzaron a caer por su rostro. El chico sonrió y las secó con sus dedos. Sara lo abrazó de forma tan repentina, tan apasionada que incluso se sobresaltó. Era el abrazo más intenso que le habían dado en su vida.

—Gracias, muchas gracias. —Apenas podía hablar, estaba sollozando.

El chico sintió que se formaba un nudo en su garganta. Esperaba sorprenderla, esperaba que le gustara, pero no esperaba en absoluto una reacción como aquella. Era mucho más de lo que hubiera imaginado. Se alegraba por ella, pero también le entristecía que Sara nunca hubiera tenido algo tan sencillo como eso. Ella se lo merecía todo.

—Es lo menos que podía hacer por ti —dijo en su oído—. Tú te mereces esto y mucho más, Sara.

La chica lo miró, aún le brillaban los ojos y una tierna sonrisa iluminaba su hermoso rostro. Llevó una mano hacia la mejilla del chico y lo acarició.

—Es precioso —dijo aún casi sin aliento—. Todo.

David respiró aliviado. Había estado dándole vueltas durante los dos últimos días, quería hacer algo especial por ella, pero nunca antes había tenido la necesidad de hacerlo por nadie y le había costado decidirse sobre qué debía hacer. ¿Qué le gustaría?, ¿qué sería apropiado para un cumpleaños? Y sobre todo, la pregunta que más lo atormentaba: ¿qué sería digno de ella?

Sara miró de nuevo los globos de colores, que parecían querer tocarla, y lanzó una carcajada.

—¿Cuántos hay? —preguntó mientras parecía contarlos mentalmente.

—Veintiuno. —David la interrumpió.

—Claro, no podía ser de otra forma.

David se acercó hasta la mesa y cogió una rosa entre las manos, se la ofreció a la joven sin decir una palabra y ella abrió los ojos como platos.

—No puedo creer que hayas comprado rosas naranjas.

El chico la miró sin entender, interrogante. Ella dibujó una sonrisa de medio lado y aspiró el aroma de la flor que sostenía entre los dedos.

—Son mis favoritas. —Ladeó la cabeza—. ¿Cómo has podido saberlo?

—Lo cierto es que a mí también me parecen las más bonitas. —Sonrió—. Debe de ser casualidad.

—No creo que sea una simple casualidad. —Miró de nuevo la rosa de color melocotón.

El chico dudó unos segundos. Nunca había creído que las cosas sucedieran por una razón; lo cierto era que ni siquiera se había parado nunca a pensar en ello, siempre que había sucedido algo en su vida, lo había achacado a la casualidad, a la simple y llana casualidad, pero en aquel momento, parado frente a Sara en la sala de estar de la que aún consideraba su casa, viendo la expresión de sus ojos y la sonrisa de sus labios, empezó a pensar que quizá las casualidades no existían y eran el resultado de algo mucho más profundo.

Sara se giró hacia la mesa y volvió a sonreír.

—¿Has preparado la cena?

—Espero que te guste. —Se acercó hasta ella—. Lo cierto es que aún no sé demasiado de tus gustos, así que me ha resultado un poco difícil.

Ella lo siguió y se paró también frente a la mesa de madera.

—Por lo que hemos hablado, me ha parecido que eres una gran amante de los animales, así que me he decantado por un menú vegetariano.

—Me parece estupendo. —La chica sonrió satisfecha.

El chico se adelantó un par de pasos y apartó con delicadeza una silla en la que Sara se sentó; ella parecía sorprendida y encantada con toda esa atención. Se marchó unos segundos y cuando volvió lo hizo portando una botella de vino. Se la mostró a la joven, aun comportándose como si fuera un *maître*, y ella asintió divertida.

—Espero que le guste a la señorita el vino que he escogido para la ocasión —dijo mientras comenzaba a descorchar la botella—. Lo cierto es que yo tampoco soy un gran entendido en estos menesteres, pero me he decantado por un vino tinto, que creo que siempre va bien.

Ella lo miraba risueña, encantada. David vertió un poco del líquido sobre la copa de la joven, que la movió fingiendo una sabiduría que realmente no tenía, lo cual provocó que David riera. Se sentó frente a ella y la imitó: ambos rieron.

Sara miró hacia el gran plato blanco que había en mitad de la mesa. En su interior pudo ver unos volovanes rellenos, podía distinguir el color de la mahonesa y algunos tonos verdes, seguramente de lechuga. No pudo evitar sonreír.

—Espero que te gusten. —David se había puesto de nuevo en pie y servía con cuidado algunos de los hojaldres en el plato de la chica—. La verdad es que, como no sabía qué hacer, he estado investigando un poco. —Sonrió—. He encontrado un libro de recetas en un cajón de la cocina, ni siquiera sabía que estaba ahí. —Se encogió de hombros.

La chica lo miraba casi embelesada mientras servía la comida. Finalmente se sentó y ambos probaron el bocado en silencio.

—Están muy buenos. —Sara fue la primera en hablar.

Comieron despacio, sin hablar, pero las palabras no eran necesarias, todo lo que tenían que decirse se lo decían con la mirada.

Cuando hubieron terminado, David se puso en pie una vez más y comenzó a retirar la comida que había sobrado y los platos vacíos. Sara trató de levantarse, pero él se lo impidió con un gesto de la mano.

—Hoy te serviré yo a ti —dijo despacio y acto seguido la besó en el hombro desnudo.

Se marchó a la cocina y, tan solo unos instantes después, volvió portando

otros dos platos. Dejó uno de ellos frente a la chica, que abrió ligeramente los labios y también los ojos en un claro gesto de sorpresa.

—Vaya —exclamó—, no puedo creer que hayas preparado esto. —Miraba el plato como si nunca antes hubiera visto uno.

—Bueno, la verdad es que no ha sido fácil. —David lanzó una risotada—. He estado bastante tiempo en la cocina —dijo divertido.

El chico miró el pastel de verduras que tenía delante y sonrió.

—Está delicioso. —La chica comía con ganas.

Para cuando terminaron la comida y la botella de vino, los ojos de Sara estaban más luminosos, como si brillara dentro de ellos una chispa. David se quitó la chaqueta y la corbata, y se marchó de nuevo. Apagó la luz, ahora Sara estaba tan solo bañada por la luz de las velas. Se puso de pie despacio, con un suave movimiento, como si estuviera alerta, esperando el siguiente paso del joven.

David apareció en la sala de estar, esta vez sostenía una pequeña tarta de chocolate entre las manos y sobre ella había dos velas que formaban un veintiuno. Sara sonrió y cubrió su rostro con las manos. El chico comenzó a cantar una canción de cumpleaños y ella, ruborizada, apenas era capaz de mirarlo a los ojos. Cuando la canción terminó pensó durante unos segundos, seguramente estaría pidiendo un deseo, como marcaba la tradición, y sopló las velas con fuerza.

David se acercó a ella y posó el único brazo que tenía libre en la cintura de la chica; la rodeó e hizo que se acercara a él, hasta que estuvieron tan juntos que ni siquiera el aire podía pasar.

—De nuevo felicidades. —Besó sus labios.

—Muchas gracias. —Ella hablaba cerca de su boca, podía sentir la calidez de su aliento en los labios, y aquello le parecía excitante.

Volvió a besarla, esta vez de forma más pasional, pero de pronto paró. Cuando la tenía tan cerca, la tentación era demasiado fuerte, incluso había momentos en que le resultaba insoportable.

—Vamos a comernos la tarta —dijo, aparentando normalidad, y se dirigió de nuevo hacia la mesa de madera.

Sara lo siguió.

—No sé si podré comer más —dijo risueña y un segundo después picoteaba

trozos pequeños con el tenedor.

Unos minutos después se habían olvidado de la tarta y se miraban fijamente. La mesa no era grande, por lo que no estaban demasiado lejos, pero no podían tocarse, al menos no mientras permanecieran sentados.

David bajó la vista hasta sus labios y le sorprendió descubrir que aún estaban maquillados de rojo. Le parecían tan atractivos, tan seductores que cada vez que los miraba deseaba besarlos. Era la primera vez que veía los hombros desnudos de la joven y, para su sorpresa, descubrió que le resultaban tentadores. Nunca había creído que los hombros desnudos de una mujer pudieran serlo. Imaginó que bajaba el fino tirante del vestido y sintió que se excitaba. Estaba seguro de que su expresión debía de haber cambiado, de que sus ojos debían de ser ahora más fieros que antes, más salvajes. No podía apartar los ojos de ella, en realidad estaba desnudándola con la mirada. Algo había cambiado también en la expresión de Sara: sus ojos ahora eran más feroces, más felinos. Sus ojos azules, que normalmente eran tan tranquilos como un océano en calma, eran ahora un mar violento y agitado bajo una tormenta invisible. Aquella mirada sugerente lo volvía loco; ella alzó levemente una ceja y él sintió que ese simple gesto hacía que su sangre empezara a hervir. Ladeó despacio la cabeza y resopló. Sara sonrió, pero hasta su sonrisa era distinta. David bajó de nuevo la vista a sus labios y aquella vez no pudo contenerse más. Se levantó de la silla con un movimiento un tanto violento, y se acercó hasta donde estaba ella. No tuvo tiempo de decir nada, ni de moverse; antes de que pudiera darse cuenta, David había colocado sus manos sobre su cabello y la besaba con pasión, como nunca antes lo había hecho. Sara se incorporó; él la ayudó sosteniéndola a través de la cintura y, una vez estuvieron de pie, la empujó con suavidad hasta que estuvo apoyada contra la pared, igual que había estado la primera vez que se besaron. Sus manos se movían de su cabello a su espalda y bajaban hasta su trasero. Ella le acariciaba los brazos, el pecho. El ambiente había cambiado por completo, tornándose de dulce a pasional. David bajó el tirante de su vestido, tal y como había imaginado, y este cayó hasta la mitad del brazo; al hacerlo, el vestido se desprendió de la parte delantera, y uno de sus pechos quedó al descubierto. Eran pequeños pero preciosos, turgentes, delicados. El chico los besó despacio mientras

escuchaba la respiración acelerada de la joven. Volvió a sus labios y la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento, entonces retiró el otro tirante y el vestido cayó también del otro lado. Buscó la cremallera que antes había creído ver en la espalda y la bajó. El vestido se desplomó con un movimiento casi elegante. Ahora Sara tan solo estaba vestida con su ropa interior, de color negra. David recorrió su cuerpo con la mirada y resopló una vez más. Ahora, que podía verla en toda su totalidad, que podía disfrutar de Sara en toda su plenitud se daba cuenta, más que nunca, de lo mucho que le gustaba. Ella había comenzado a desabrochar su camisa y sus manos se movían con seguridad, sabía lo que se hacía. Cuando hubo terminado con aquella tarea y el torso del joven quedó al descubierto, comenzó a desabrochar el botón de su pantalón. David la ayudó, poniendo sus dedos sobre los de la chica, y le pareció que sentir las manos de Sara desnudándolo mientras él guiaba sus dedos era quizá el momento más sensual de su vida. Un instante después, él también estaba tan solo vestido con su ropa interior, de color negra. Cogió a Sara en brazos —era ligera, etérea— y la sentó sobre la mesa, donde aún estaba la tarta. Suavemente la despojó de su ropa interior y la tiró al suelo. Repitió la operación con su propia ropa interior y, de forma tan sutil que apenas fue perceptible, cogió un profiláctico del bolsillo de su pantalón y se lo puso.

Un segundo después, podía sentir a Sara como aún no la había sentido hasta aquel momento. Ahora eran solo un cuerpo, un solo ser. Estaban compartiendo lo más íntimo que dos personas pueden compartir. Habían dado el último paso.

David la miró, ella gemía suavemente y sus ojos eran ahora una luz arrolladora. Para él, el simple hecho de poder mirarla, de poder observarla era premio suficiente.

Aquel momento era algo más que pasión, que deseo, que la conjunción de dos cuerpos ardientes y deseosos; creaba entre ellos un vínculo que duraría para siempre.

Unos minutos más tarde, ambos estaban exhaustos pero satisfechos. David había apoyado su cabeza sobre el pecho de la joven, que lo acariciaba con

suavidad. Había sido un momento tan profundo como intenso. El joven alzó la vista hasta que su mirada fue a clavarse en la de la joven.

—Ha sido increíble —susurró.

Sara sonrió y lo besó en la frente.

—Sí —murmuró—. Cuántas veces había imaginado este momento.

El chico sonrió. Ahora, que estaban juntos y que ella se había convertido en una prioridad en su vida, casi había olvidado por completo que en algún pasado ella había soñado con él, lo había deseado, había fantaseado con tenerlo, y él apenas la había mirado.

—Espero que no haya sido peor de lo que imaginabas. Ya sabes, las fantasías siempre son mejores.

Ella lanzó una sonora carcajada.

—Ha sido mucho mejor de lo que pude imaginar jamás.

David la besó en el hombro desnudo y se incorporó.

CAPÍTULO 57

Aún estaba sentada sobre la mesa y se sentía bien; más que eso, estaba fenomenal. No le importaba estar desnuda, no tenía ninguna vergüenza ni ninguna incomodidad, y era extraño, puesto que era la primera vez que él la veía así, pero se sentía segura, como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Lo miró y sonrió. Había imaginado en cientos de ocasiones cómo debía ser su cuerpo desnudo, y ahora lo tenía allí, delante. Era mucho mejor de lo que nunca había imaginado; si ya lo creía perfecto, verlo desnudo no hacía más que corroborar aquella opinión.

Lo observó mientras él volvía a vestirse tan solo con su ropa interior; su corto cabello se había despeinado y ahora parecía más joven, más desenfadado. El chico le acercó su ropa interior y ella sonrió a modo de respuesta. Se vistió sin dejar de mirarlo; no podía dejar de hacerlo, al igual que tampoco podía dejar de sonreír.

Aquella noche estaba siendo perfecta. Nunca hubiera imaginado que David pudiera hacer algo así para ella, se sentía especial. Había estado durante todo el día preparando todo eso para su cumpleaños y lo que era aún mejor, al fin, después de tantos años de espera, había conseguido sentir sus manos en los lugares más secretos de su cuerpo, en los rincones más ocultos. Tantas y tantas veces imaginando cómo debía ser el tacto de sus manos, el roce de su piel que ahora, pese a tenerla delante, aún le costaba creer lo que acababa de suceder.

Cogió su vestido, que había quedado abandonado en un rincón, y comenzó a vestirse despacio, entonces lo sintió. Sintió sus manos en la espalda y su cuerpo se estremeció. Estaba subiendo el vestido. Ella cerró los ojos mientras sentía el calor de sus manos. Todo el vello de su cuerpo se había erizado.

Sintió sus labios, que, suaves, se posaron sobre sus hombros. Alzó el brazo y buscó su cabello; cuando lo encontró, dejó que sus dedos se perdieran en él.

Estuvieron allí parados: David, detrás de ella, con las manos aún posadas en sus hombros, y las manos de ella, acariciando su cabello durante varios minutos. Sintió que la mano del joven tomaba la suya, y se dejó llevar.

El chico la condujo hasta el sofá.

—Aún queda algo más —dijo mirándola; aún tenía el torso al descubierto y Sara no pudo evitar mirar de nuevo su firme pecho y sus anchos hombros.

Cuando volvió traía consigo una botella de lo que parecía champán y un par de copas de cristal. Las dejó sobre la pequeña mesa de café y ella sonrió.

—Tenemos que brindar —dijo él mientras descorchaba la botella.

Sara alzó su copa en alto y él la imitó.

—Por esta noche tan perfecta —dijo ella, que se había puesto en pie.

—Por ti. Por el color rojo de tus labios.

Sara alzó levemente las cejas y chocó su copa con la del joven. Tras beber, llevó un dedo a sus labios.

—Supongo que ya no debe quedar nada del rojo —dijo mientras se sentaba.

David se sentó a su lado.

—Apenas —dijo mientras acariciaba sus labios.

—Te has dado cuenta de que llevaba los labios de color rojo —dijo despacio.

—Creo que te quedan geniales.

Sara sonrió, pero un atisbo de amargura se coló en su sonrisa.

—Es la primera vez en mi vida que me maquillo los labios de color rojo. — Alzó los hombros—. Hasta ahora nunca me había atrevido a hacerlo. David frunció el ceño y alzó las manos a modo de pregunta. Ella sonrió—. No sé, creo que no era para mí.

—¿Y qué ha cambiado para que ahora creas que sí?

—Tú.

El chico se acercó a ella y acarició su brazo desnudo.

Terminaron la botella de champán entre risas y besos. Podía sentir las burbujas en la boca y cómo bajaban poco a poco a través de su garganta. Aquellas burbujas la hacían sentirse bien, como si fueran una continuación de los labios del chico.

Cuando la vela que había sobre el último estante se apagó, Sara miró el reloj. Eran más de las once y media; la noche —su noche— estaba a punto de acabar. El chico se puso de pie una vez más y volvió unos segundos después. Sacó una caja de su bolsillo y se la tendió a Sara.

—Casi lo olvido. —Sonrió—. Está a punto de acabar tu cumpleaños, no podías quedarte sin tu regalo.

Ella bajó los pies, que tenía colocados sobre el sofá, y se sentó.

—¿Aún hay más? —Dejó la copa sobre la mesa—. Ya era suficiente.

—Mereces un regalo.

Sara sonrió. Quitó el lazo rojo que cubría la caja y abrió la tapa. En el interior había una pulsera plateada, tenía cinco estrellas —tres más grandes y dos más pequeñas— que colgaban de la cadena. Abrió los ojos desmesuradamente y lo miró.

—Es... es preciosa —dijo ilusionada.

David sonrió y la puso alrededor de su estrecha muñeca.

—Me alegro de que te guste. —Se sentó junto a ella y Sara lo besó—. La vi el otro día en una tienda y pensé en ti enseguida. Sara miraba la pulsera con la ilusión con que un niño miraría un juguete nuevo—. Cuando me dijiste que nunca habías visto la playa, recordé un lugar de Valencia. —Ella lo miró, había captado su atención—. Es el sitio donde más estrellas he visto en toda mi vida, me encantaría llevarte a conocerlo. —Miró la pulsera—. Pero, hasta que pueda llegar ese momento, quiero que tengas parte de esas estrellas.

Sara sintió que se emocionaba. Tragó saliva para evitar el nudo que comenzaba a formarse en su garganta.

—Eso es muy bonito, David. —Se recostó en él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Podía escuchar su corazón, podía sentir su respiración. Se sentía tranquila entre sus brazos, a salvo, como si al fin hubiera encontrado el lugar que tantas veces había buscado, la paz que tantas veces había anhelado, el hogar que nunca había encontrado.

Cuando la última vela se apagó, seguían tumbados en el sofá compartiendo caricias, besos, experiencias, risas, palabras.

CAPÍTULO 58

Sara despertó. Estaba soñando con David y con un lugar cerca del mar, donde se veían las mejores estrellas del mundo. Al abrir los ojos, le pareció durante un segundo que todo lo acontecido la noche anterior no había sido más que un sueño, pero entonces pudo notar el cuerpo de David a su lado, y supo que todo había sido real. Sonrió y miró su muñeca: la pulsera brillaba incluso en la penumbra.

Se incorporó. Se habían quedado dormidos en el sofá. La botella vacía de champán seguía sobre la mesa y las copas no contenían una sola gota. Miró su reloj de pulsera: eran más de las cinco de la madrugada. No podía recordar en qué momento se habían quedado dormidos, pero no debía de hacer más de un par de horas. Notaba los ojos cansados y le dolía la cabeza. Arropada solo por su vestido, tenía frío. Se movió un poco, apenas había espacio para los dos en aquel estrecho sofá.

—¿Estás bien?

La voz de David desde su espalda la sobresaltó. Se giró y lo miró. Pese a tener los ojos medio cerrados y un tanto hinchados, seguía estando tan guapo como siempre. Sonrió.

—Sí, supongo que me he despertado porque tenía frío.

El chico miró el reloj y se cubrió los ojos con las manos.

—Las pocas horas que quedan las dormiremos calientes y cómodos.

La cogió de la mano y la condujo hasta su habitación; descorrió la colcha y las sábanas. Sara se quitó el vestido y se metió entre ellas; el joven la imitó.

Tumbada boca arriba, podía sentir el calor de David en su piel. Se giró hasta que quedó de frente a él; tenerlo tan cerca, con sus manos enroscadas en su cuerpo, despertaba en ella sus instintos más ancestrales. Sintió que

comenzaba a respirar más deprisa y que su cuerpo se tensaba. Movi6 su mano hasta que encontr6 el pecho del chico y la fue bajando despacio, hasta que pudo notar el vello que habfa bajo su ombligo y que bajaba hasta su entrepierna como si fuera un camino, el camino que ella querfa seguir.

El chico respir6 hondo y movi6 sus manos hasta el cabello de la joven; tom6 una de sus ondas entre sus dedos y la sujet6 con fuerza. Sara acerc6 sus labios hasta los suyos y, cuando los encontr6, se dej6 llevar.

La noche termin6 demasiado pronto, como suele suceder con la mayorfa de cosas buenas en la vida. El sol los descubri6 entre las sábanas. Sara abri6 los ojos y enseguida tuvo que entornarlos, habfa demasiada claridad en la habitaci6n.

Mir6 a su lado: David segufa durmiendo. Estaba tumbado boca arriba y respiraba tranquilamente. La chica lo observ6 durante unos instantes, a6n le costaba creer que 6l estuviera a su lado, que estuvieran compartiendo su cama. Mir6 alrededor: la habitaci6n era pequefia y apenas estaba amueblada; la cama era grande, con un sencillo cabecero de madera oscura, y en el lado derecho habfa un armario del mismo color. Todo lo dem6s estaba vaci6; no habfa ning6n mueble, ni fotograffa, ning6n p6ster, nada que hiciera pensar que allf vivfa alguien. La chica se sent6 sobre la cama, a6n cubierta por las sábanas, cuando la voz de David interrumpi6 sus pensamientos.

—Buenos dfa. —Tenfa la voz un poco ronca.

—Buenos dfa. —Al hablar se dio cuenta de que ella tambi6n tenfa la voz un poco m6s ronca de lo habitual. La noche anterior habfan hablado demasiado, reido mucho y compartido demasiados cigarrillos.

David mir6 el reloj de su pulsera y lanz6 una maldici6n.

—Ojala pudi6ramos quedarnos aquf toda la maana. —Y mientras lo decfa, cogi6 la mano de la chica de manera que esta se tumbara encima de 6l—. No puede haber ning6n sitio mejor que este —dijo mientras abrazaba a Sara con fuerza.

—Estoy de acuerdo. —Sara se apoy6 durante unos minutos en su pecho y comenzaba a adormecerse de nuevo cuando se incorpor6 bruscamente—. Es tarde tenemos que irnos, mi turno empieza en menos de una hora.

David tomó de nuevo su mano, lo que impedía que pudiera moverse.

—No quiero que te vayas —susurró con la boca pegada a su espalda. Sara se estremeció al notar su cálido aliento contra la piel y cerró los ojos.

—Es tarde —dijo despacio, como si hablara con un niño pequeño.

—Lo cierto es que yo también tengo que irme. Ya me he librado demasiadas veces esta semana. —David se levantó de la cama y Sara lo miró fijamente, disfrutando de nuevo de la imagen de su perfecto cuerpo desnudo—. Pero es demasiado tarde para que te marches a tu casa. —Abrió el armario y le mostró una toalla blanca—. Si quieres, puedes darte una ducha mientras preparo algo para desayunar. Hace poco compré cepillos de dientes nuevos y varias cosas más. —El chico continuaba hablando mientras seguía buscando en el interior del armario.

David sonrió, le tendió la toalla y un cepillo de color azul.

—¿Te gusta el café?

—Sí, además, hoy lo necesito. —Sara se puso de pie y de forma automática cubrió su desnudez con la toalla, que aún olía a un suavizante floral.

Se sintió mucho mejor cuando el agua empezó a caer sobre su piel. Enjabonó su cuerpo con ayuda de su mano y cerró los ojos mientras el agua caía sobre su rostro. Sara estaba mirando hacia la pared y no pudo verlo, pero pudo sentir cómo David se acercaba a ella y se aferraba a su cuerpo, tomándola a través de la cintura. Ella sonrió, ahora sí que se sentía mucho mejor. Notaba el cuerpo de David contra el de ella, notaba su miembro erecto, notaba sus anchos pectorales y sus fuertes brazos, y los acarició, le encantaban.

Pasaron largos minutos allí abrazados, bajo el agua de la ducha, sin hablar, sin hacer nada más que sentir el cuerpo del otro pegado contra la piel.

Cuando Sara salió de la bañera, se cubrió con la toalla blanca y comenzó a caminar con cuidado; David aún estaba bajo el agua caliente. La chica volvió al pequeño, minúsculo pasillo y lo primero que vio fue aquella puerta cerrada. Durante un momento no logró recordar cuál era la habitación del chico, así que la abrió sin pensar. Nada más hacerlo escuchó la voz de David a su espalda; su tono era tan alto que se asustó y la cerró enseguida, en un acto reflejo.

CAPÍTULO 59

—¿Adónde vas?

Nada más decirlo se dio cuenta de que había sido demasiado brusco; lo notó en la forma en que Sara se estremeció. Se llevó una mano al cabello mojado y lo revolvió. Se acercó a ella, que se había girado y lo miraba con la duda inscrita en los ojos y con la sorpresa latente en el cuerpo, y acarició su brazo despacio.

—Lo siento —susurró.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a su habitación. Pudo notar que ella lo seguía; ahora se sentía incómodo, tenso, incluso. No le gustaba la forma en que se había dirigido a ella, no era justa. Abrió el armario y se vistió con un pantalón vaquero y con una camiseta de manga corta de color negra. Sara estaba en el otro extremo de la habitación y se vestía en silencio con el mismo vestido floreado que lucía la noche anterior. David pudo ver cómo peinaba las ondas de su cabello con la punta de sus dedos. Una vez que hubieron terminado de acicalarse, se encaminaron hacia la sala de estar, donde David había preparado un par de tazas de café y la tarta sobrante de la noche anterior.

Sara se sentó sobre una de las sillas y cogió una taza despacio, el chico la miraba de soslayo; se había quedado muy seria, suponía que por su culpa.

—Siento haberte gritado.

—Da igual, solo me ha sorprendido. —Trató de sonreír, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Un instante después, Sara se puso de pie y comenzó a caminar hacia el pasillo—. Tengo que irme.

David se interpuso entre ella y el pasillo.

—Espera un minuto. Te acompañaré.

—No. El restaurante está muy cerca de aquí, ya lo sabes. —Parecía incapaz de mirarlo a los ojos—. Tardaré menos si voy andando; además, tú también llegarás tarde a tu trabajo.

David cogió su rostro y lo levantó hasta que sus ojos se encontraron.

—Sara, no quiero que te vayas enfadada. Anoche fue increíble, despertar a tu lado ha sido maravilloso, no quiero que ahora todo se tuerza.

—No entiendo tu forma de hablarme. —Sara al fin lo miró a los ojos: pudo ver cierta decepción en ellos. El chico se limitó a mirarla sin decir nada y ella continuó hablando—. Me he equivocado de habitación; es la primera vez que vengo a tu casa y no creo que sea nada raro. —Miró hacia un lado, como si buscara una escapatoria de sus brazos—. No creo que sea para tanto.

David resopló y la sujetó con cuidado a través de las muñecas; podía sentir que las estrellas se clavaban en sus dedos.

—Nunca entro en esa habitación —lo dijo deprisa, como quien revela un secreto que ha mantenido oculto hasta el momento.

—Yo tampoco lo haré nunca más.

—No lo entiendes. —David negó con la cabeza y apretó los dientes—. Nunca entro en esa habitación. No he sido capaz de hacerlo desde que volví, Sara, y cuando tú has abierto la puerta, no sé. —Miró al suelo—. Me he asustado, supongo.

—¿Qué pasa con esa habitación?

David sabía que aquella pregunta iba a formularse en algún momento y lo cierto era que no estaba preparado para escucharla ni mucho menos para responderla. Miró a la chica y vio que ahora tenía una expresión más tranquila.

—En esa habitación dormían mis padres.

—Ya, entiendo.

—No, no lo entiendes, Sara. —David alzó el tono de voz y se mordió el labio inferior—. Yo no había cumplido veinte años cuando decidieron que había llegado el momento de separarse, y mi padre se fue. —Ladeó la cabeza—. Pero ella siguió viviendo aquí. Vivimos juntos hasta que yo me marché a Valencia. —La chica lo miraba sin decir nada, con los ojos abiertos, atenta—. Ella vivió siempre en esa habitación.

Sara relajó las manos, que había tenido tensas hasta ahora, y la presión que

ejercía David se suavizó.

—Siempre, Sara. —Bajó la vista al suelo—. Hasta el fin de sus días. —La joven arrugó levemente la frente y un segundo después abrió los labios, sin emitir ningún sonido: comenzaba a entender—. Fue uno de los motivos por los que me marché. No podía seguir viviendo en esta casa. —La miró fijamente — Una noche llegué tarde a casa, había estado por ahí con tu hermano y los demás. Cuando entré y no escuché nada, pensé que mi madre estaría por ahí, como casi siempre. —Tragó aire—. Pero había algo dentro de mí que me decía que no, que ella no estaba fuera. No sé por qué, pero lo sentí, lo supe antes de poder verla. —Sara había llevado una de sus manos hasta el cabello del joven y lo acariciaba despacio, con suavidad—. Cuando llegué hasta su habitación, lo sentí con más fuerza que antes. Empecé a ponerme muy nervioso, como si mi cuerpo lo supiera, y entonces... la vi. —Bajó la vista al suelo—. Estaba tirada a los pies de la cama, inmóvil. Al principio quise pensar que se había caído, quizá había bebido demasiado y no había sido capaz de levantarse, pero en el fondo de mi ser sabía que no era así, que aquella vez no volvería a despertar. —Miró a Sara, tenía los ojos húmedos, ambos los tenían—. Estaba muerta, Sara. Se había muerto sola, tirada a los pies de la cama. En cuanto me acerqué a ella, pude sentir el olor a alcohol, había estado bebiendo. —Negó con la cabeza—. La autopsia desveló que su hígado no había podido aguantar más y se había rendido. —Se encogió de hombros—. Demasiada bebida, demasiados años. —Sara le acarició el rostro—. Para ese momento yo ya estaba cansado de esta casa, de este barrio, incluso de ella. —Las últimas palabras las dijo susurrando, como si fuera incapaz de decirlo en voz alta—. Cuando murió sentí que ya no había nada que me ligara a todo esto, así que decidí marcharme.

Sara asintió. No podía imaginar lo duro que había tenido que ser para él encontrar a su madre muerta, pero entendía mejor que nunca por qué había decidido marcharse. Vivir en esa casa hubiera sido demasiado doloroso para él. Lo abrazó.

—Tranquilo —susurró en su oído—, está todo bien.

El chico sonrió al ver que Sara también había vuelto a sonreír. Miró la puerta, que aún estaba cerrada, y sintió un aire gélido que recorría su espalda. Aún le impresionaba recordar aquella noche, incluso, en ocasiones, aún casi

podía escuchar a su madre, casi podía olerla, sentirla.

Cerró los ojos y se abandonó a los brazos de la joven.

—Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida. —La voz de Sara en su oído lo hizo revivir.

—Ha sido una de las mejores noches de mi vida —dijo despacio, mientras sentía que los dedos de Sara se enredaban en su pelo y apreciaba su cálida sonrisa en el hombro.

Cuando miró el teléfono móvil, se sintió mal al instante. Había estado tan ocupado en las últimas horas, tan ilusionado que ni siquiera había reparado en él en todo el fin de semana. Damián le había escrito y llamado varias veces. Justificó su ausencia alegando cansancio aunque comprendió enseguida que su amigo no creería aquella treta. El fantasma acechante de su mejor amigo era cada vez más palpable. Aunque no quisiera hacerlo, llegaría un punto en que tendría que elegir entre él y la mujer a la que amaba, pues sabía que ambos no podían formar parte de la misma ecuación. Le aterrorizaba tener que enfrentarse al momento en que tuviera que posicionarse entre su amigo de toda la vida, su compañero de mil y una aventuras, o la persona que lo estaba haciendo sentir de verdad por primera vez.

CAPÍTULO 60

Aquella semana pasó como todas las demás: entre sus trabajos, sus amadas clases de pintura, sus citas a escondidas con David y las pocas horas que podía prestarles a sus amigas. Sandra era la única que conocía su historia de amor y con la que compartía cada detalle, cada momento. Aunque Gema también formaba parte de su vida, había decidido de momento no hacerla partícipe de aquel secreto; al fin y al cabo la amistad que las unía nunca podría ser igual a la que la que tenía con Sandra.

Los momentos más temidos para Sara se habían convertido en aquellos que cruzaba con su hermano. El simple hecho de verlo le había empezado a resultar insufrible. No podía evitar ver a David cada vez que lo miraba y pensar en la traición que ambos le estaban haciendo. A veces se preguntaba cómo reaccionaría su hermano si supiera los momentos que ella y su mejor amigo pasaban a escondidas. El temor a ser descubiertos era cada vez más grande. En las contadas ocasiones en que podían disfrutar el uno del otro, tenían que hacerlo o lejos del barrio o en casa de David, como si fueran dos proscritos que tuvieran que alejarse de las calles por miedo a ser sorprendidos.

Pese a las ganas que tenían de estar juntos, en algunos instantes tenían que anteponer a sus amigos, no por ganas sino por necesidad. Era la única forma de evitar que la gente que los rodeaba empezara a sospechar.

Aquello precisamente había sucedido aquella noche de sábado. David se reuniría de nuevo con sus amigos y ella lo haría con sus respectivas amigas. Cuando la noche ya estaba bastante avanzada, las chicas decidieron ir a bailar a la discoteca que estaba a las afueras del barrio y que solían frecuentar. Cuando llegaron eran cerca de las tres de la madrugada, el local estaba

atestado, la música era igual de atronadora que siempre y las luces eran hipnóticas. Las tres chicas se situaron cerca de la barra, desde donde podían ver a todas las personas que bailaban frenéticas al ritmo de la música electrónica. Sara cogió entres sus manos la copa de vodka que había pedido y se colocó de espaldas a la barra, con la vista fija a la pista de baile. Se movía despacio, al ritmo de la música. Ladeó la cabeza hacia el lado derecho: las decenas de manos que se agitaban al aire captaban su atención. Todos se movían casi de la misma manera y parecían formar una masa con vida propia. Se quedó mirando fijamente, casi hipnotizada, bajo aquella música, aquellas luces, aquel continuo movimiento. Entonces, lo vio. Estaba rodeado de decenas de personas y se movía al mismo ritmo furioso; tenía ambas manos alzadas al aire, en una de ellas sostenía un vaso.; llevaba una camiseta blanca de manga corta. En cuanto lo vio, su corazón comenzó a latir agitado. Entre toda la marabunta de gente, lo había visto. Miró a su lado: allí estaban su hermano, Santi, Alex y Víctor.

—Vamos a bailar. —La voz de Sandra retumbó con fuerza en su oído.

Sara sonrió, ladeó ligeramente la cabeza dirigiéndola hacia donde estaba el grupo de chicos, y su amiga empezó a reír cómplice.

—Vamos con ellos. —Tomó a Sara de la mano y comenzó a caminar hacia donde se encontraban.

Gema las seguía muy de cerca, podía escuchar su risa a su espalda, pero Sara había perdido el interés por todo lo que la rodeaba. Solo había algo que captaba su atención, lo único que existía ahora, el único.

Estaban a varios metros de distancia y caminar entre todas aquellas personas era una tarea bastante difícil. Había momentos en los que, a causa de todo el movimiento de cuerpos y de manos en alto, dejaba de verlo, pero antes o después volvía a divisar sus brazos, su espalda.

—Quizá no sea buena idea. —Sara empezó a sentirse invadida por un temor irremediable.

Su amiga siguió caminando, como si no la hubiera escuchado.

—Hola, chicos.

Ya era demasiado tarde, habían llegado hasta ellos. Sandra se había colocado frente a todos, con la misma gallardearía de siempre. Gema se situó a su lado, Sara fue la única que se quedó un poco rezagada. Enseguida David

se giró como si la buscara. La miró y sonrió: parecía feliz. Ella se encogió de hombros un tanto avergonzada y sonrió. Damián había cogido a Sandra a través de la cintura y ambos saltaban al ritmo de la música. Gema estaba hablando con Alex y con Víctor, y Santi parecía ajeno a todo, como casi siempre. De alguna forma, se habían quedado solos.

David se acercó a ella y se situó a su lado. La rodeó a través de la cintura y habló en su oído.

—Me alegro mucho de verte.

Su aliento era caliente, con un cierto toque a whisky.

—Os hemos visto de forma casual, lo prometo. —Sara alzó una mano en alto, risueña—. Juro que no te estaba siguiendo.

—No sé si creerlo —dijo David entre risas—, pero, si lo estabas haciendo, me alegro. —Se acercó tanto a ella que Sara sintió que se tensaba—. De verdad.

La joven se quedó muy quieta a su lado, casi sin poder reaccionar. Damián estaba cerca, demasiado. Aquel juego era peligroso, pero a David no parecía importarle. Aún no había soltado su cintura y estaba tan cerca de ella que cualquiera que pudiera verlos en aquel momento habría entendido al instante que entre ellos había algo más que una simple amistad. Solo hacía falta ver una mirada, una sonrisa, un segundo para comprenderlo.

Sara se agitó un poco y señaló hacia el frente, donde su hermano parecía demasiado ocupado bailando con Sandra. David se encogió de hombros, la miró fijamente con una de aquellas miradas que hacían que a Sara le temblaran las piernas. De una forma tan penetrante, tan intimidante que incluso, después de todo lo que había sucedido entre ellos, Sara aún sentía que el suelo empezaba a moverse. Le devolvió la mirada y, entonces, volvió a suceder uno de aquellos momentos, que eran solo suyos, que nadie que no hubiera vivido nunca podría entender. Todo desapareció, ya ni siquiera importaba que Damián estuviera demasiado cerca.

—Vamos a pedir.

Una voz los interrumpió. David no pareció escucharla; en realidad, la ignoró a propósito, seguía absorto en ella. Sara apartó la mirada. Santi, aquel chico que nunca le había gustado y que siempre le había parecido una mala influencia para su hermano, estaba frente a ellos; había algo en su expresión

que hizo que Sara se sintiera incómoda al instante. David seguía ignorándolo. Sara lo golpeó suavemente en el brazo para captar su atención y, al fin, consiguió que el chico apartara la vista de ella. Miró a Santi y su expresión cambió enseguida.

—¿Qué? —Su tono era cortante.

El chico de cabellos rubios los contemplaba a ambos.

—Vamos a pedir —repitió.

David asintió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Le dedicó una última mirada. Un instante después, se había marchado.

La joven vio que Sandra tenía una sonrisa bobalicona.

—Es muy bonita la forma en que te mira.

Sara bajó la vista al suelo, se sentía un tanto incómoda. Aquel encuentro había sido extraño, era como si se forzara la situación, como si el secreto que tanto se habían preocupado de guardar quedara expuesto a todo el mundo en cuestión de segundos. Y había algo más, algo que había visto en la mirada de Santi, algo que le hacía pensar que quizá él también lo había notado.

Podía ver a David cerca de la barra pidiendo una copa. Aunque quería hacerlo, no podía apartar los ojos de él. Era como si fuera el acero más potente del mundo y ella fuera un imán: se sentía atraída hacia él de forma natural, no podía evitarlo. Él también se giró en un par de ocasiones, buscando entre la gente y, cuando al fin la encontraba, sonreía.

Aquellas miradas clandestinas los podían poner en un aprieto, pero Sara no podía evitar sentir la magia que envolvía aquel momento.

Se giró y le dio la espalda a propósito, y siguió el ritmo de sus amigas, que se movían como mecidas por la música. Constantemente quería girarse, quería espiarlo, quería comprobar si él también la estaba mirando, pero le gustaba aquel juego, aquella forma de fingir que podía estar sin él, que incluso podía ignorarlo.

Habían pasado poco más de diez minutos cuando sus ojos, sin poder evitarlo, comenzaron a girarse por sí mismos; quería verlo. Sara trataba de fingir desinterés, pero le estaba resultando muy difícil; tenerlo tan cerca y no mirarlo era igual de complicado que no besarlo cuando sus labios la rozaban.

Bebió de su copa y sonrió. Ya había aguantado demasiado, el juego había terminado. Se giró, sin borrar aquella sonrisa. No podía verlo, no estaba en el

mismo lugar en que la última vez sus miradas se habían cruzado. Comenzó a recorrer la barra con la vista, tratando de encontrarlo. Tuvo que girarse hacia el lado derecho para volver a ver a su hermano; si él estaba allí, David no debía de estar muy lejos. Vio que su hermano estaba hablando con una chica rubia, parecían muy acaramelados. Sara sonrió. Esperaba que Damián encontrara a alguien especial en algún momento, sabía que aquello le haría bien. Movi6 un poco más los ojos y, entonces, lo vio. Estaba de espaldas a la barra, sujetando un vaso entre las manos, parecía estar hablando con alguien. Frente a él, de forma que Sara no podía ver su cara, había una chica. Tenía un largo cabello moreno que caía hasta su espalda, era alta y delgada.

Sara sintió que de pronto la sangre comenzaba a circular más deprisa en su interior, con furia. El pulso empezó a latir acelerado y su respiración también se activó. Se dio cuenta de que estaba sujetando su vaso con fuerza, casi tanta que empezaban a dolerle los dedos. Todo lo que le estaba sucediendo tenía una explicación muy sencilla: sentía celos, unos celos que le estaban recorriendo todo el cuerpo como un pelotón de artillería salvaje, veloz, incontrolable. David estaba sonriendo y parecía cómodo, estaba hablando con aquella chica con total naturalidad. Sara lo miró fijamente, sintiendo que su mirada debía de ser un punzón de hielo. Quizá eran amigos, no era más que eso. Desvió la atención durante un instante. Víctor y Alex estaban un poco apartados de sus amigos y parecían totalmente ajenos a la conversación; ambos estaban apoyados en la barra y miraban hacia la pista de baile mientras movían la cabeza despacio, siguiendo la música. Santi había desaparecido, era casi imposible seguir a aquel chico. Sara volvió a centrar su atención en David: seguía hablando con aquella chica y, si la distancia y la poca visibilidad no la confundían, le parecía que estaban demasiado próximos. Sabía que David conocía a mucha gente en aquel barrio, en esa discoteca, en cualquier sitio; era más que probable que la chica no fuera más que una amiga o una conocida, pero aun así no podía evitar sentir aquella oleada de celos inexplicables. El chico sonreía, y era una sonrisa sincera. Damián estaba tan cerca de ellos que casi podía verla al mismo tiempo que miraba a David, y fue por eso por lo que pudo darse cuenta. Su hermano había dejado de hablar con aquella chica rubia, ahora se besaban apasionadamente. Fue ese último movimiento lo que hizo que su rabia fuera ya desbordante. La chica

morena había colocado su mano sobre la de David en un gesto cariñoso, pero había algo más, algo que, aunque no fuera patente, a ella le dolía más que todo lo demás. En todo el tiempo que llevaba hablando con esa chica, no la había mirado a ella ni una sola vez, como si hubiera dejado de existir.

—¿Crees que la conoce? —Sara se acercó a su amiga Sandra, que bailaba sensual, seguida por los ojos de muchos de los chicos que las rodeaban.

Su amiga dejó de contonearse y miró hacia la barra. La desconocida se había girado y ahora podían ver su rostro.

—No sé quién es. —Sandra la miraba tan impertérrita como lo hacía Sara—. Supongo que la rubia que está con tu hermano será su amiga.

Aunque Sandra no lo reconociera, cuando Damián se besaba con otra chica, algo en sus ojos cambiaba, aunque fuera durante un segundo.

Estuvieron mirando a David y a su acompañante durante unos minutos más y, cuando a Sara le pareció que la proximidad entre ellos era demasiado pequeña; las sonrisas, demasiado cercanas; y los roces, demasiado íntimos, supo que era suficiente. No lo soportaría ni un minuto más. No se marcharía a casa llorando, no iría hacia David y le gritaría delante de todos, no podía permitirse aquel lujo; si él quería jugar, ella también conocía aquel juego.

Miró a su alrededor: hasta ahora no había reparado en ninguno de ellos. David conseguía atraer toda su atención y quedársela durante toda la noche, pero el lugar estaba repleto de chicos jóvenes, de chicos acompañados tan solo por amigos. Un simple vistazo y se dio cuenta de que al menos había tres de ellos, de grupos distintos, que las estaban contemplando. Sonrió. Desde luego, atraer la atención de hombres nunca había sido un problema, y contar con Sandra facilitaba mucho las cosas. Era sensual, provocativa y había algo, simplemente en su forma de moverse, de hablar, de mirar que transmitía sexualidad.

—Ven. —La tomó del brazo y Sandra se dejó llevar. Sabía que no era necesario decirle nada a su amiga, podía contar con ella para todo.

Comenzó a bailar alzando las manos en alto, como si estuviera realmente entregada a la música electrónica. Sandra brincaba entusiasmada. No hicieron falta más que unos minutos para que dos de aquellos chicos, los más valientes o los más rápidos, se acercaran hasta ellas. Pertenecían al mismo grupo y no debían de tener más de veinte años. Sus caras aún eran infantiles; uno era más

alto, con un cuerpo un tanto desgarbado, y el otro, más bajito, tenía unos anchos hombros que no parecían encajar demasiado bien con su pequeño cuerpo. Sin duda, de los dos chicos, él era el más atrevido y fue el primero en hablar; había algo en su voz que denotaba seguridad, confianza, incluso un cierto toque de arrogancia. A Sandra pareció no importarle, enseguida comenzó a hablar con él. Sara conocía aquella mirada, su amiga estaba coqueteando sin ninguna duda. El otro chico se quedó a un lado, al igual que ella, y se dio cuenta de que era perfecto para el propósito que se traía entre manos. Era poco hablador y parecía tímido, probablemente no se atrevería a intentar nada con ella, ni siquiera hablaría. Se acercó hasta él despacio y el chico enseguida desvió la mirada. Era evidente que ella lo cohibía.

—Hola. —Sara trató de ser dulce. —El chico sonrió—. ¿Me acompañas a pedir una copa? —Fue directa, no quería alargar aquello más de la cuenta. Sabía lo que quería, no se andaría con rodeos.

Él asintió y enseguida comenzó a caminar detrás de ella. La chica miró al frente y enseguida divisó su objetivo. David seguía en el mismo lugar de antes y aquella chica de largos cabellos negros seguía a su lado. Sara cogió aire y lo expulsó con violencia. Podía sentir al chico alto y delgado tras sus pasos, a su espalda. Se giró y le sonrió.

Después de atravesar toda la multitud, lo que parecía una auténtica jungla de gente, llegaron al fin junto a la barra. Pasó junto a su hermano, que estaba tan ensimismado con su nueva conquista que ni reparó en ella. Se situó de forma estratégica junto a David para que pudiera verla con claridad. Golpeó con el codo la espalda del joven y enseguida consiguió la reacción que esperaba. David se giró serio, muy serio, como quien ha sido interrumpido. En cuanto la vio, su expresión cambió y se relajó: un amago de sonrisa apareció en sus labios. Sara no lo imitó en absoluto; su expresión era dura como el hielo, sus ojos debían de ser como dos cuchillos. El chico lo advirtió enseguida y arrugó la frente.

—Perdona. —Sara le habló con la frialdad con que hablaría alguien que no conoce a la otra persona.

David ladeó casi imperceptiblemente la cabeza.

—Sara —dijo como si ella no le hubiera reconocido.

La joven volvió a mirarlo y asintió, para un segundo después volver a

centrar toda su atención en el camarero que se encontraba a unos centímetros.

—Hola —dijo coqueta dirigiéndose al robusto chico que había tras la barra y que sonrió bobalicón en cuanto la vio—. Quería un vodka con limón. — Hablaba alto a causa de la música. Se giró hacia el chico alto y delgado, que se había quedado un par de metros por detrás manteniendo las distancias con ella y con David, casi como si pudiera sentir que en aquel momento allí saltaban chispas—. ¿Quieres algo?

El chico negó con la cabeza y mostró un vaso casi lleno que sostenía en la mano. David lo miró enseguida y su rostro cambió, ahora parecía enfadado; sus ojos se habían oscurecido tanto que parecían de otro planeta y su mandíbula se había vuelto más rígida. Miró al chico de una forma tan dura que el acompañante de Sara no pudo más que dirigir su vista al suelo, casi asustado.

—¿Quién es? —Ahora se dirigía a Sara, pero su tono era tan duro como sus ojos

La joven lo miró desafiante y sonrió. Su sonrisa era burlona.

—¿Quién es ella? —dijo girándose hacia la chica de largos cabellos negros, que dibujó una expresión confundida en su bonito rostro.

David parecía no verla, era como si hubiera dejado de existir en cuestión de un segundo, como si nunca hubiera estado ahí.

—Nadie —dijo en un tono que no dejaba lugar a la duda.

—Pues, para no ser nadie, llevas hablando con ella mucho tiempo. —Cogió la copa que le tendía el camarero y comenzó a buscar su monedero en el interior de su pequeño bolso gris.

David le tendió un billete al camarero sin mediar palabra con él, sin ni siquiera mirarlo, y Sara asintió.

—Gracias por la copa. —Parecía más segura y altiva que nunca. Se giró, dándole la espalda al joven, y se dirigió hacia el chico alto y desgarbado—. Vámonos a la pista otra vez a ver qué hacen Sandra y tu amigo.

Y comenzó a caminar, sin volver la vista atrás, con seguridad, mostrándose retadora delante de David.

Llegaron hasta sus amigos en el momento en que ambos bailaban muy juntos al ritmo de una canción latinoamericana, con calientes ritmos de samba y de rumba. Sara llevó la copa recién servida a sus labios y comenzó a beber

cuando sintió una mano que la cogía a través de la muñeca, justo donde estaba su pulsera de estrellas. Apartó la mano con brusquedad.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de David a su espalda hizo que se girara al instante. El chico seguía manteniendo aquella expresión de enfado en los ojos. Ella se encogió de hombros.

—Me estoy tomando una copa —dijo fingiendo ingenuidad. Pudo ver un atisbo de sonrisa en los ojos del joven—. Sabes a lo que me refiero. — Hablaba ahora más tranquilo.

Como Sara seguía simulando no entenderlo, el joven miró hacia el chico alto, que estaba volviendo con sus amigos.

—He ido a pedir una copa y él me ha acompañado, nada más.

David se acercó a ella y la tomó a través de la cintura. Aquel gesto hizo que Sara se quedara paralizada.

—Pensé que éramos solo tú y yo —susurró en su oído y, al escuchar aquellas palabras, Sara sintió que toda su fuerza, su soberbia, su seguridad comenzaban a debilitarse.

—Yo también lo creía —dijo tratando de apartarse de él, huir de sus manos, de su olor, de todo su cuerpo.

—¿Has hecho todo esto porque me has visto hablando con otra chica? — Sara miró hacia otro lado, tratando de mostrar indiferencia, pero no lo consiguió. David lanzó una risotada—. Vamos, esa chica no me importa en absoluto. —Seguía hablando en su oído—. Es una amiga de tu hermano, nada más.

La joven seguía mostrándose distante.

—He visto cómo te tocaba, cómo os mirabais. —Al decir aquello lo miró a los ojos, pero David parecía confiado, incluso sonreía.

—La conozco desde hace poco tiempo; Sandra es una conocida, nada más que eso.

—¿Nunca ha pasado nada entre esa chica y tú?

David negó con la cabeza, por lo que ella intentó entender, o quiso creer, con la mirada.

—La conozco desde que volví de Valencia y desde ese momento no me ha importado nadie. —Sonrió—. Nadie excepto tú.

El chico había suavizado su expresión por completo y su mirada volvía a ser tranquila, volvía a ser aquel amanecer que Sara tantas veces había contemplado.

—Créeme —susurró. —Confiaba en él aunque sabía que no siempre había sido sincero, que no siempre se había comportado bien, que su lista de amantes era mucho más que extensa y que había muchas cosas de su pasado que ni siquiera conocía; pero aun así, no podía evitar creerle—. Además, no tienes más remedio que quedarte conmigo. —Miró hacia la espalda de la joven—. Tu amigo ha desaparecido.

—¿Dónde está ella ahora?

David se encogió de hombros.

—No lo sé. —Sonrió—. Cuando te vi con aquel chico, me molestó tanto que no pude hacer otra cosa más que seguirte.

Sara lanzó una risotada. A decir verdad, le gustaba verlo celoso.

—Creo que deberías irte con ella. —El chico frunció el ceño y negó con la cabeza—. Aquí hay demasiada gente que nos conoce, que conoce a Damián.

—Sara miró alrededor.

La chica de cabellos oscuros seguía en la barra; un joven trataba de hablar con ella, pero parecía demasiado preocupada oteando el horizonte, seguramente buscaba a David.

—Te está esperando.

—Iré a despedirme de ella y le diré que me marcho a casa. —David habló en el oído de Sara, tratando de mantener una distancia—. Luego podemos vernos. —Bajó la voz aún más—. Tú y yo. —Sara alzó la vista y sonrió—. Podemos quedar en el parque que hay al final de esta calle en unos diez minutos. —Su voz estaba cargada de ilusión, de promesas, de deseos.

—Es demasiado arriesgado.

—Si alguien nos ve, diré que te acompaño a casa. No tiene nada de extraño que acompañe a casa a la hermana de mi mejor amigo, ¿no crees?

La chica sintió unos deseos irremediables de abrazarlo, de besarlo, de demostrarles a esa chica y a todos los demás que David era suyo, solo suyo, pero tuvo que conformarse con asentir lentamente.

—Vale. —Miró alrededor, sintiéndose como la protagonista de una novela antigua, como la guardiana de un secreto que podría cambiar el mundo.

Aquel secretismo era excitante—. Ve tú primero; en cuanto te vea salir por la puerta, te sigo.

El chico asintió. La miró una última vez, con el deseo inscrito también en sus ojos, y se marchó hacia la barra sin volver la vista atrás.

Unos minutos más tarde se despidió de sus amigas y comenzó a caminar. Vio a David envuelto por la sombra de la noche, apoyado en un banco de madera. Fumaba un cigarrillo. Se acercó a él despacio, sigilosa, miró alrededor y, cuando comprobó que allí no había nadie, lo besó apasionadamente.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto.

—Yo también. —David la tomó a través de la cintura e hizo que cayera sobre él, hasta que ambos quedaron apoyados contra el banco.

Se besaron una vez más. La noche era fría.

—Vamos a casa.

David la tomó de la mano y la joven sonrió. Había algo más en aquellas palabras. «A casa» sonaba tan bien viniendo de sus labios que se preguntó si habría una palabra más bonita que aquella, con más sentimiento. Lo cierto era que solo con él se sentía en casa.

CAPÍTULO 61

Cuando despertó a la mañana siguiente, tumbada a su lado en la cama, estuvo observándolo durante unos minutos, pero no lo miraba como mira una amada a su enamorado; en verdad estaba analizando sus facciones, estudiándolas, observando cómo la luz brillaba de distintas maneras en su rostro, la forma que hacían las sombras, la forma de sus párpados, de su nariz, la comisura de sus labios, la cuadratura de su barbilla. Lo miraba como un artista, un pintor, un dibujante observaría una figura que quiere llevar al papel o al lienzo. Aquello era algo que había aprendido en las clases de dibujo: a mirar más allá de lo que la gente suele ver, a fijarse en las pequeñas cosas que para todos los demás suelen pasar inadvertidas. Desde que lo había vuelto a ver, caminando por la calle, había sentido deseos de pintarlo; aquel rostro tan atractivo debía quedar grabado para siempre, inmortalizado. Y en aquel momento, mientras lo veía con los ojos cerrados, respirando con suavidad, el deseo se acrecentó aún más. Trataba de mentalizar cada rasgo para no olvidarlo, así le resultaría más sencillo.

CAPÍTULO 62

Cuando el sol llegó hasta los ojos del joven, este despertó y vio a Sara, que de repente se sintió como si hubiera sido descubierta. David alargó el brazo hasta ella y sonrió.

—Buenos días —susurró con una voz quebrada.

—Es hora de irnos. —Sara lo besó en la mejilla y se incorporó.

David chascó la lengua y resopló. Lo entendía muy bien: tener que interrumpir aquel momento era casi un pecado.

Se levantó despacio de la cama y cogió sus pantalones negros, que estaban en el suelo, su camiseta gris de raso, y caminó hacia la sala de estar. Cuando pasó junto a la habitación con la puerta cerrada, no pudo evitar mirar y dejarse llevar por esa morbosidad que todo ser humano tiene dentro de sí, pero enseguida apartó la vista. Después de lo que le había contado David la última vez, no volvería a mirar aquella puerta de la misma forma. Siempre sería aquella habitación maldita, poblada de malos y dolorosos recuerdos.

Se sentó en el sofá y se llevó los dedos a los ojos, apretándolos con fuerza. Se prometió a sí misma que era el último sábado que trasnochaba, aunque sabía que no era verdad. Miró al frente y la vio. La misma fotografía que no hacía mucho había conseguido vulnerar a David. Ahí estaba, como si solo fuera una fotografía inocente que nunca hubiera hecho daño a nadie. Se acercó hasta ella y al verla sonrió. Era tan guapo antes como lo era ahora, pero había algo distinto en él. Sus ojos eran más inocentes, más puros, incluso se atrevería a decir que eran más felices. Sintió lástima por él, pero no solo por aquel niño que había tenido que enfrentarse a una dura niñez, sino también por el hombre que ahora estaba tumbado sobre la cama. Sabía que algo dentro de él se había roto en algún momento de su vida y que

posiblemente nunca volvería a recomponerse. Nunca podría volver a ser aquel chiquillo inocente que sonreía ante el objetivo de la cámara. Nunca podría tener la infancia que todo niño debería tener. Nunca volvería a posar para ninguna fotografía con sus padres. Sara se fijó en ella. Era guapa, incluso muy guapa, pero había algo en sus ojos que reflejaba que no era una mujer feliz. Tenía un brillo un tanto triste. Miró a su padre, había algo en él que enseguida denotaba indiferencia, como si en verdad nada le importara. Pensó en su propio padre y de repente se sintió triste, muy triste. Ella también tenía algunas de aquellas fotografías en su casa, sentada en las rodillas de su padre, un hombre mucho más joven, más vivo, más fuerte. Ese hombre que, en algún lugar del camino, se había perdido.

Sintió el brazo de David en su espalda y se giró.

—Era guapo, ¿verdad?

—Casi tanto como ahora —respondió y lo besó en la mejilla.

Se quedó allí parada, delante de aquellas miradas, durante unos segundos más.

—Estaba pensando en mi padre —dijo casi como si pensara en voz alta. — El chico se giró y la miró, a la espera de que continuara hablando—. Hace mucho que apenas cruzo más que un par de palabras con él. —Sintió que el nudo comenzaba a formarse en la garganta—. Apenas lo veo últimamente.

David se acercó de nuevo a ella y la abrazó, rodeando sus hombros con sus brazos.

—Si admites un consejo, creo que deberías aprovechar ahora. —Hizo una breve pausa—. Ahora, que aún está vivo.

Sara asintió y trató de sonreír. Era cierto: su padre no había sido el mejor en los últimos años, pero al menos seguía estando ahí. No podía decir lo mismo de su madre, que se había marchado sin pensarlo un instante; incluso en aquel momento comprendió que hasta los padres de David también lo habían abandonado desde niño. Pablo, al menos, seguía ahí.

Aquella noche, mientras caminaba de vuelta a casa, cansada y dubitativa, llegó a la conclusión de que dejaría el trabajo en el restaurante para siempre. Era algo que llevaba pensando desde hacía tiempo, pero ese día la idea cobró

realmente fuerza en su cabeza.

Caminó hacia su padre, que estaba sentado en el sofá viendo una antigua película del oeste, dispuesta a decirle que había llegado el momento en que él también se involucrara en aquella familia. Pero cuando el hombre alzó la vista y la miró, toda la seguridad, la convicción se esfumaron. Sus ojos habían perdido todo el brillo: ahora apenas lucían. Se dio cuenta de lo tristes que eran los ojos de su padre, y sintió lástima por él. Lucía un aspecto demacrado, resultado de muchos años en que había abusado del alcohol, de los malos hábitos. Su piel estaba envejecida, agrietada y parecía mucho más mayor de lo que en realidad era. Su cabello estaba empobrecido y se había caído mucho en los últimos años. El hombre la miraba con una leve sonrisa en los labios, una sonrisa que parecía no querer o no poder brotar, y fue aquello lo que terminó por debilitarla. Se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. Se dio cuenta de lo huesudo que era, y sintió deseos de llorar. El hombre pasó una mano por el cabello de la chica y por un segundo volvió a revivir la época en que era una niña, una niña a la que su padre le acariciaba el cabello y le contaba cuentos.

Estuvieron así durante largos minutos, sin decir nada, pero las palabras no hacían falta en aquel momento. Sara lloró en silencio. Lloró por qué sintió que había olvidado a su padre durante mucho tiempo; lloró porque de repente comprendió la gran soledad que debía de albergar aquel hombre; lloró por el tiempo perdido, por los años olvidados, porque —al volver a tenerlo tan cerca y al percibir aquel olor que ya apenas recordaba y que el alcohol casi había conseguido borrar por completo— volvió a sentir a aquel padre atento y cariñoso que algún día había sido.

CAPÍTULO 63

Junio había llegado tan deprisa que apenas había tenido tiempo de darse cuenta. El trabajo en el restaurante era cada vez más arduo. Estaba agotado, pero lo que más le atormentaba era no poder pasar más tiempo con Sara.

Faltaban solo unos días para que junio llegara justo a su mitad y aquella mañana de martes, se le ocurrió una idea brillante. Lo cierto era que no todo el mérito era suyo; había tenido un sueño y en él había visto a Sara bajo un cielo de estrellas. Al despertar, había pensado en ello enseguida, en aquel lugar lleno de estrellas del que le había hablado. Decidió que era el momento de cumplir su promesa.

Cuando llegó el viernes estaba especialmente entusiasmado, aunque también un tanto nervioso. Nervioso por lo que estaba por venir, porque se moría de ganas de estar con ella, de que su viaje comenzara; y no solo aquel viaje pasajero, sino el verdadero viaje que ya habían comenzado y en el que solo estarían ellos dos.

Habían quedado en que recogería a la joven a las diez de la mañana, cerca de su casa. Habían incluso acordado un plan: para justificar su ausencia ante Damián y ante el resto de sus amigos, e incluso en el trabajo, había inventado un viaje obligado a Valencia a causa de un antiguo impuesto no tributado. Estaría fuera un par de días para poder solucionarlo. En el caso de Sara, no había hecho falta dar demasiadas explicaciones; había contado en su casa que se marchaba un par de días a la playa en compañía de unas amigas y nadie había hecho preguntas. Conseguir el viernes libre en el supermercado tampoco había sido complicado pues, desde el incidente, Juanjo se mostraba

más apacible que nunca.

Mientras la esperaba, le parecía que las agujas habían frenado su avance y que el tiempo no pasaba. El sol brillaba esplendoroso desde lo alto, pero no solo lo hacía en el cielo, de alguna manera David también sentía que iluminaba su interior, que lo rodeaba con su haz de luz. Se sentía pleno, preso de uno de esos momentos en que las cosas aún no han empezado, en que se siente la ilusión por lo que está por llegar, los nervios que te hacen preguntarte si saldrá todo bien y, sobre todo, las ganas, la necesidad — incluso— de que así sea.

Cuando la vio comprendió enseguida que ella también estaba ilusionada, podía verlo en sus ojos.

—Buenos días. —Sara sonreía con efusividad.

Se sentó sobre su asiento y el joven la besó castamente en los labios.

—¿Estás preparada?

—Creo que sí. —La chica se encogió de hombros y lanzó una risotada.

—Está bien. En ese caso, creo que podemos irnos. —David encendió el motor.

En unos pocos minutos estaban muy lejos de allí. Podía ver las calles pasando deprisa a través de los cristales y sentía que de verdad se estaban alejando de ellas. Podía ver a Sara por el rabillo del ojo; la chica miraba a través de la ventana y podía ver el brillo de sus ojos reflejándose en el cristal. Se preguntó cuántas veces habría abandonado Sara aquellas calles, pero sospechaba que la respuesta fuera demasiado dolorosa.

Cuando el barrio no fue más que un recuerdo borroso, miró a Sara y sonrió.

—Dile adiós.

—Ojalá pudiera decírselo para siempre.

Al escuchar aquellas palabras, David sintió que algo se removía en su interior.

Un par de horas después, Sara estaba recostada en el asiento, movía la cabeza ligeramente al ritmo de la suave música que les llegaba a través de los altavoces. En todos los momentos que el chico la había mirado, que no

habían sido pocos, no la había visto dejar de sonreír; por ese motivo él tampoco podía dejar de hacerlo.

Sara no había preguntado ni una sola vez a dónde se dirigían; desde que David la había llamado un día de esa semana para pedirle que se ausentara en el restaurante todo el fin de semana e incluso se tomara libre el viernes en el supermercado, no había hecho preguntas, se había dejado llevar por ese misterio que al joven —intuía— le gustaba. En el fondo David estaba convencido de que ella sabía dónde finalizaba aquel viaje, pero que prefería mantener el enigma hasta el final; lo cierto era que él también lo prefería así.

Empezó a sonar una canción lenta, cargada de mensajes, una canción que hablaba sobre dejar de respirar. A David le encantaba, y giró el botón redondo del volumen para que sonara más alto.

—Me gusta mucho esta canción. —La voz de Sara se coló entre la sintonía.

—A mí también —susurró.

Y mientras ambos la escuchaban en silencio, David no pudo evitar pensar en esa extraña casualidad. Eran aquellas pequeñas cosas, aquellas que cada vez sucedían con más habitualidad, las que hacían que lo suyo fuera especial. Esas cosas que compartían eran las que los hacían ser más fuertes cada día.

Era cerca de una de la tarde cuando sintió que empezaba a ponerse nervioso. Estaban cerca, muy cerca. El olor era distinto, incluso en el interior del coche la atmósfera había cambiado. El aire era ahora más pesado, más pegajoso, cargado de salitre.

Sara permanecía con los ojos muy abiertos, como si no quisiera perder un solo detalle. David bajó la ventanilla del coche y el aire los inundó. La joven lo sintió enseguida, probablemente había podido olerlo. Abrió los ojos aún más y sus labios formaron una sonrisa.

—Así huele el mar, ¿verdad? —Los ojos le chisporroteaban.

—¿El mar? No. —Mintió y colocó una mano sobre la rodilla de la joven—. No estamos cerca del mar.

La miraba por el rabillo del ojo, risueño. Ella parecía no escucharlo. Había asomado su cabeza por la ventanilla y parecía aspirar el aire, como si quisiera impregnar cada poro de su piel de ese olor desconocido.

Cuando comenzaron a avanzar por las calles de la ciudad, Sara seguía teniendo la ilusión prendida en la mirada, la ilusión que solo puede tener una persona que ve algo por primera vez, la ilusión de alguien que nunca ha visto más que las mismas calles una y otra vez y que, al fin, puede contemplar un lugar diferente, otra ciudad, otras personas, otras vidas.

Para David todo era familiar. Había pasado por esas mismas calles en decenas de ocasiones. Conocía cada esquina, cada rincón, pues eran los mismos que había visto durante cuatro años de su vida.

Tras bordear unas calles más, llegaron a su destino. El chico apagó el motor y respiró hondo. De alguna forma sentía que llevaba esperando ese momento, más que una semana, toda una vida.

—Hemos llegado.

David bajó del coche y Sara casi voló a su lado, le sonrió y le besó su mejilla. Casi no tuvo tiempo de responderle cuando la chica empezó a caminar, como guiada por el olor. Apenas unos metros después, el gran mar se abrió camino ante ellos.

Sara se había quedado literalmente con la boca abierta. Miraba al mar sin decir nada, pero sus ojos estaban empañados. David estaba a su lado, tomándola de la mano. Después de unos segundos en silencio, completamente catatónica ante esa visión, Sara habló.

—El mar. —Su voz era apenas un susurro emocionado que emanaba de algún lugar profundo de su garganta.

David la rodeó con el brazo a través de los hombros.

—Te prometí que algún día te llevaría a verlo.

Sara se abalanzó a sus brazos y lo besó en las mejillas, en la nariz, en la frente, en los labios: no dejó un solo centímetro de su rostro sin besar.

—Gracias, muchas gracias —repetía mientras seguía llenándolo de besos. El joven reía a carcajadas y se dejaba besar por aquellos irresistibles labios—. Vamos a bañarnos. —Sara se separó de él y comenzó a dar pequeños saltos, como si fuera una niña pequeña.

—¿Has venido preparada?

Se quedó pensativa unos segundos y después comenzó a reír. Se levantó un poco la camiseta de color rojo y de tirantes que llevaba puesta, y dejó al descubierto un bañador de color blanco.

—Lo traía por si acaso.

Sara rio una vez más y comenzó a correr en dirección a la playa. David apenas podía seguirla, esquivaba a las personas que, tumbadas sobre la arena, tomaban el sol como si llevaran haciéndolo toda la vida. Cuando llegó junto a la orilla paró en seco. David llegó junto a ella y la miró: estaba completamente embelesada mirando el mar, que aquel día lucía especialmente bonito, como si se hubiera acicalado para ella, para una de las citas más importantes de su vida. El sol brillaba radiante, y ni una sola nube entorpecía aquel cielo, que se reflejaba en el agua y se adornaba con sedosos rayos brillantes.

David se quitó la camiseta de color amarilla y el pantalón, se quedó tan solo vestido con el bañador negro, que llegaba un poco por encima de sus rodillas. La cogió de la mano.

—Vamos.

Ella empezó a quitarse la ropa, casi como si estuviera hipnotizada.

De la mano, se introdujeron en el agua. Estaba templada. Sara parecía sentir cosquillas en los pies y reía por cada paso que daba, sin dejar de mirar el agua, que parecía querer jugar con sus dedos, enredarse entre sus piernas.

Cuando el agua lo cubrió casi hasta la cintura, paró; a Sara ya le llegaba casi hasta el pecho. La alzó en brazos y toda el agua que había quedado pegada a ella empezó a caer.

Sara reía a carcajadas, y David se dio cuenta de que nunca la había visto reír con tanta frescura, con tanta naturalidad. Realmente era como si la viera reír por primera vez.

Recordó el día que había vuelto a verla y la tristeza que empañaba sus ojos. Aquel día de junio, sintiendo que las olas los acariciaban, esos ojos azules eran cristalinos, como si el sol hubiera entrado en ellos y tratara de salir.

Estuvieron jugando en el agua como dos niños, rieron, se besaron y David se dio cuenta de que, aunque él había estado en el mar en muchas ocasiones, nunca había disfrutado tanto como aquella mañana. Sara convertía cualquier acto, tan sencillo como un baño en la playa, en un acontecimiento mágico y especial. Junto a ella todo era distinto, era mejor.

Se tumbaron sobre la arena, exhaustos, respirando con dificultad, pero sin dejar de reír.

Sara apoyó su cabeza sobre el pecho del joven.

—Es el mejor regalo que podías hacerme.

David besó su cabello mojado y sintió la sal en los labios. Había echado de menos ese sabor.

CAPÍTULO 64

El sol caía en el horizonte, como si quisiera mezclarse con el mar y formar uno solo. El agua ahora era de un tono pajizo y el cielo estaba tiznándose de rosa. Sara lo miraba encandilada; desde aquella terraza, en lo alto, aún podía disfrutarse mejor.

Sostenía entre sus manos una alta copa y bebía pequeños sorbitos del cóctel de color rosa que contenía en su interior. Estaba delicioso.

Allí sentada, esperando que David regresara, sintió que era el mejor momento de toda su vida. Todo era perfecto, no había nada que pudiera mejorarlo. Se sentía tan feliz, tan plena que le costaba hasta respirar. Aquella sensación de plenitud le resultaba tan extraña que en ocasiones temía volver a la realidad. Se sentía como en un sueño, un sueño del que tarde o temprano tendría que despertar.

David le rozó la espalda con la mano y la hizo sonreír. En aquel momento no importaba que aquello pudiera terminar, quería disfrutar el momento, como si no existiera el mañana.

—Es el atardecer más bonito que he visto nunca.

David se situó tras ella y cogió un mechón dorado entre sus dedos, con sumo cuidado.

—Creía que los mejores atardeceres del mundo se veían desde el cerro del barrio.

—Ahora, que he visto este, nunca me volverá a parecer igual. —Sara hizo un mohín.

David cogió el teléfono móvil que había sobre la mesa y lo alzó en alto.

—Sonríe —dijo en tono jovial.

Sara se giró justo a tiempo para la fotografía. Un segundo después, la

imagen de los dos ocupaba la totalidad de la pantalla. El resultado había sido tan natural que ambos estaban realmente guapos. Sara se dio cuenta de que le brillaban los ojos de una forma especial; una gran sonrisa inundaba su rostro y la hacía parecer más joven y alegre. David también sonreía, pero él no miraba a la cámara como la joven, sino que su vista estaba clavada en ella; lo hacía casi embelesado, con la ternura y el amor asomándose a sus ojos. A partir de ese día, cada vez que algo en su vida fuera mal, contemplaría esa fotografía y trataría de volver a aquel momento, como si fuera la puerta hacia la felicidad.

En silencio, saborearon aquel crepúsculo, sintiendo que eran los protagonistas de un cuadro perfecto, el cuadro más bonito del mundo.

La noche los sorprendió sentados en el mismo lugar. Un par de copas vacías se acumulaban sobre la mesa, reían a carcajadas mientras no podían dejar de hablar. Se habían sentado más cerca el uno del otro y ahora casi podían tocarse con los labios.

Sara miró el reloj: eran casi las once de la noche.

—No puedo creerlo. —Apenas podía hablar, la risa se colaba entre sus palabra—. Son casi las once.

David abrió los labios sorprendido.

—No puede ser.

—Llevamos todo el día frente a esta playa —dijo Sara entre risas.

—Debería llamar al hotel, al menos para avisarles de que estamos bien.

Sara no podía dejar de reír. Las horas con él pasaban tan deprisa que parecía que habían llegado tan solo un par de horas antes. Pudo escuchar a David que hablaba por teléfono, supuso que con el hotel.

—Me han dicho que no hay ningún problema. —El chico guiñó un ojo—. He fingido que habíamos tenido un pequeño imprevisto con el coche, no podía decirles que nos habíamos olvidado de ir al hotel.

La chica seguía riendo y finalmente David la imitó. Pagaron la cuenta y se encaminaron al coche.

—Creo que no debería conducir. —El chico abrió el maletero. Él tan solo había llevado una mochila negra como equipaje, la maleta de Sara parecía un

poco más pesada—. El hotel está muy cerca, a poco más de diez minutos andando.

—Iremos dando una vuelta por la playa.

Fueron caminando por la orilla, sintiendo el agua entre los pies y la arena, que jugaba entre sus dedos.

Tal y como había previsto David, llegaron a la puerta del hotel cuando aún no habían transcurrido diez minutos. Tenían los pies mojados y llenos de arena, y estaban cansados.

El recepcionista, un hombre que debía rondar la cuarentena, los miró con desagrado y aquello solo consiguió provocar las risas de los jóvenes.

Cuando tuvieron la llave de su habitación, se subieron al ascensor.

—Creo que no se ha creído la historia del coche. —De los labios de David emanaba un cálido aroma a whisky.

Sara también sentía un calor que se atragantaba en su garganta, pero que de repente se transformó: empezó a ser un calor mucho más carnal. Miró al chico, apoyado contra el espejo del ascensor, sosteniendo las dos mochilas en las manos; estaba despeinado, con cara de cansado, con la camiseta arrugada y con los pies mojados, pero le pareció que estaba más guapo que nunca. Sara se abalanzó a él y comenzó a besarle con pasión. David le respondió enseguida.

El ascensor llegó a su destino mucho antes de lo que hubieran querido. Abrieron la puerta sin separarse y buscaron su habitación a oscuras, sin dejar de besarse. Cuando al fin la encontraron, entraron en ella y, sin tener casi tiempo de cerrar la puerta, se tumbaron sobre la cama, uno encima del otro. No importaba lo sudados, mojados, manchados o cansados que estuvieran. En aquel momento, nada importaba.

Un par de horas más tarde, estaban aún más exhaustos pero también más felices. Se habían tumbado uno junto al otro y miraban el techo en silencio. Las sombras bailaban en él, como en una danza fantasmal. Podían escuchar tenuemente el sonido de las olas que chocaban contra la orilla. Sara se levantó de la cama y se asomó a través de la ventana. A unos cien metros, casi oculto por la oscuridad, como si tratara de esconderse y pasar inadvertido, podía verlo. Podía ver la espuma que llegaba hasta la arena para morir en ella. David había cumplido el sueño de su vida, el de poder

marcharse —aunque solo fuera de forma puntual— lejos de su barrio, de las obligaciones, de las penurias, de las decepciones y, además, había logrado concederle el deseo de poder ver el mar.

Miró a la cama: el chico seguía tumbado, tenía el brazo bajo la cabeza y la miraba sonriente, con una sonrisa llena de ternura. Ella lo correspondió y volvió a su lado.

—Me encanta poder dormir escuchando el mar —susurró.

David besó su cabello y empujó suavemente su cabeza, hasta que quedó apoyada sobre su torso desnudo. Se quedó dormida enseguida, sin darse apenas cuenta.

CAPÍTULO 65

La voz de David la despertó. Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida; había demasiada luz en la habitación. Hasta la luz allí era diferente, como si fuera más clara y brillante. El chico estaba sentado a su lado, pero tenía las piernas apoyadas en el suelo. Estaba hablando por teléfono.

—Sí, será mejor que traiga un poco de todo.

Sara se restregó los ojos y miró hacia la ventana: las cortinas estaban abiertas de par en par y podía ver el azul del cielo tan limpio que parecía pintado por una mano humana. Podía sentir el salitre en el ambiente, como si —invisible— estuviera invadiendo la habitación y a ellos mismos.

—Espero no haberte despertado.

De nuevo, la voz del joven la sobresaltó. Lo miró: había vuelto a levantar las piernas y ahora estaba tumbado sobre la cama. Ella sonrió.

—Buenos días. —Alargó el brazo hasta que tocó el del joven, aquellos tatuajes que tanto le gustaban—. ¿Con quién estabas hablando? —preguntó curiosa.

David se había girado hasta quedar tumbado junto a ella, con la cabeza pegada al cabello de la joven.

—Con el servicio de habitaciones. Había pensado que podíamos desayunar sin salir de la cama.

La chica sonrió y alzó los brazos en alto, como si estuviera celebrándolo. Era la primera vez en su vida que alguien le llevaba el desayuno a la cama, a excepción de cuando alguna vez, de niña, había estado enferma y su madre le había llevado un vaso de leche con un par de galletas.

—Me parece una idea estupenda —dijo mientras se incorporaba.

Miró alrededor. La habitación era pequeña, estaba decorada tan solo por un

pequeño armario de madera y por un escritorio del mismo color, sobre el que había un espejo; las paredes eran de un suave tono vainilla. Era un hotel sencillo pero acogedor.

David empezó a hacerle cosquillas a la altura del vientre y ella se echó a reír, hasta que no pudo controlar las carcajadas.

El sonido de unos nudillos en la puerta los interrumpió. Un instante después, David portaba una bandeja. El solo hecho de verla provocó que el estómago de la joven comenzara a rugir. Pudo ver un par de vasos de zumo de naranja; dos pequeñas tazas blancas; una jarra metálica que debía contener café y otra, un poco más grande, que debía portar la leche; un plato con dos *croissants*, dos magdalenas y un par de rebanadas de pan; unos pequeños paquetes de mantequilla y de mermelada, y otro plato con queso y fiambre.

Después del opulento desayuno que les supo a gloria, estaban preparados, cada uno con una toalla bajo el brazo y con un traje de baño.

Tardaron apenas unos minutos en estar de nuevo frente a la playa; Sara estuvo mirándola durante unos segundos antes de comenzar a andar sobre la arena. Aún le fascinaba aquella imagen, la grandiosidad del mar, su profundidad, su intensidad. Le encantaba el tono azul que tomaba bajo el cielo; las olas, que parecían querer jugar con él y corrían hacia la orilla buscando la protección de la arena.

Eran más de las doce y media y la playa estaba atestada. Buscaron un sitio lejos de la orilla, donde a la mayoría de las personas no les gustaba estar, y estiraron sus toallas. Mientras veía a David colocar su toalla con maestría sobre la arena, lo observó con detenimiento, recreándose en la bella imagen que ofrecía. Un simple vistazo alrededor le hizo comprender que no era la única que disfrutaba contemplando aquella imagen. Sonrió mientras se desprendía de su vaporoso vestido de flores.

Disfrutó de esa mañana probablemente más de lo que había disfrutado nunca de nada; le gustó tostarse bajo el sol, jugar como si fueran niños dentro del agua, la imagen, como un espejismo, que les regalaba el mar y a la que Sara aún no lograba acostumbrarse.

Mientras comían sentados frente a la playa y degustaban una deliciosa paella de verduras, Sara se sentía casi en las nubes; que esta vez fuera ella la que disfrutaba de la comida mientras otros la servían era toda una novedad.

Disponer de tiempo para ella era una sensación casi desconocida que le fascinó.

Después de comer pasearon por la playa y sintieron el agua en los pies. David le compró un sombrero pajizo que la hizo sonreír. Saboreó con gusto el helado que compartieron junto al paseo marítimo y disfrutó del frescor de un buen mojito que los ayudó a superar el estío.

Poco a poco el día transcurría y Sara quería exprimir cada minuto como si fuera el último. No quería perder ni un segundo.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando David se puso de pie y abonó la cuenta. Sara trató de pagar, pero el joven se lo impidió.

—Vamos al hotel a darnos una ducha. Tengo más cosas preparadas para hoy.

Sara asintió encantada. No saber qué sería lo siguiente, con qué la sorprendería, adónde irían o cómo transcurriría la tarde era fascinante.

CAPÍTULO 66

Se miró en el espejo que había sobre el escritorio y pasó sus dedos encerados sobre el cabello. Pese a que solo habían estado tomando sol durante un rato, el color ya había aparecido en su rostro. Se limpió las manos con una servilleta de papel y colocó el cuello de la camisa; la estiró un poco. No había sido buena idea usar una mochila como maleta, estaba un poco arrugada. Quería estar más guapo que nunca esa noche. Era la noche que tanto había estado esperando.

Se apartó del espejo y miró el reloj: eran más de las ocho. La tarde iba cayendo sobre la ciudad; si no aligeraban, no tendrían tiempo de disfrutar de todo lo que tenía preparado. Estaba a punto de llamar a Sara cuando escuchó cómo la puerta del cuarto de baño se abría.

Se giró y, cuando la vio, se quedó literalmente con la boca abierta. Sara estaba preciosa, más que eso, estaba radiante. Si había creído verla bella con anterioridad, no era nada en comparación con lo que estaba viendo en aquel instante.

Llevaba un vestido largo —le llegaba hasta los pies— de color naranja coral; parecía muy vaporoso y se movía con cada paso que la joven daba. A la altura de la cintura, tenía un fino cinturón negro y sobre él comenzaba un escote en forma de triángulo; los tirantes eran anchos y casi cubrían los hombros en su totalidad. Se había dejado el pelo suelto y las ondas estaban perfectamente definidas. Se había maquillado los ojos en tonos ahumados y lucía, como casi siempre, la línea de color negro con la que perfilaba sus párpados y que hacía que sus ojos parecieran más profundos. Y cómo no, se había maquillado los labios de rojo; ese detalle lo hizo sonreír.

—Estás impresionante. —Se había quedado casi petrificado, de pie,

mirándola fijamente, sintiéndose un tanto cohibido ante ella, como si toda la seguridad que siempre lo acompañaba lo hubiera dejado solo ante el peligro.

Ella se acercó a él despacio, con elegancia y con determinación. Sara tenía la capacidad de parecer una niña y al instante siguiente convertirse en una mujer con una sensualidad y un erotismo apabullantes.

—Gracias —dijo coqueta mientras cogía un pequeño bolso de color negro que había sobre la cama—. Ya estoy lista.

David continuaba mirándola, observando con atención su forma de moverse; le parecía una diva sacada de cualquier película de los años cincuenta, cuando las mujeres tenían una elegancia innata. El simple hecho de verla caminar era atrayente.

La chica abrió la puerta y en un segundo desapareció. La siguió enseguida, como si aquel movimiento de cadera, aquel vaivén, controlara sus sentidos.

—Tú también estás muy guapo —susurró ella mientras esperaban el ascensor.

El chico tomó su mano. No hicieron falta palabras, Sara comenzó a caminar hacia el coche. David sonrió; con ella se sentía casi desnudo, como si pudiera leer todos sus pensamientos y conocer con antelación lo que iba a hacer en cualquier momento. Era como si Sara formara parte de su cabeza; de alguna forma, en realidad, lo era.

Tal y como había calculado, unos veinte minutos después llegaron al aparcamiento donde estacionarían el coche.

Cuando subieron las escaleras y abandonaron el subterráneo, llegaron a la calle. Solo tuvieron que andar unos pasos para encontrarse en el centro de una plaza que él conocía muy bien, pero que Sara veía por primera vez.

—Qué bonito.

El chico sonrió satisfecho. Aquel le parecía uno de los sitios más bonitos de Valencia, y se alegraba de poder compartir esa visión con ella.

—Es la plaza de la Virgen —dijo mientras señalaba con la mano en alto el conjunto de edificios que la formaban—. Esta es la catedral.

La chica alzó la vista y lanzó una exclamación. Se maravilló también con la fuente, en la que distintas estatuas de cobre sostenían cántaros desde los que

caía el agua, y por supuesto, con la basílica.

Estuvieron durante varios minutos recorriendo la plaza, admirando los monumentos, aunque para David, en aquel momento, no podía existir un monumento mayor que la sonrisa de la chica.

Anduvieron y disfrutaron de la belleza que albergaba el ayuntamiento de la ciudad, de los jardines que lo rodeaban, del mercado central, que solo pudieron ver en el exterior, puesto que a esa hora ya permanecía cerrado.

—Me hubiera gustado que lo vieras. Tiene unos cuatrocientos puestos.

Ella sonreía mientras lo enhebraba con su brazo. Caminaba y miraba todo, ensimismada. Una suave brisa los acompañaba en su camino, como si fuese la anfitriona de la ciudad.

Pasearon durante largo rato hasta que David consultó el reloj: eran cerca de las diez. Se felicitó a sí mismo por haber organizado tan bien toda la tarde. Había podido enseñarle a Sara sus rincones favoritos de la ciudad, al menos algunos, y llegaban justo a tiempo a la nueva sorpresa que tenía preparada para ella.

Paró frente al restaurante de grandes cristaleras, desde las que colgaban farolillos de luz y guirnaldas que simulaban ser plantas de flores rojas. Era un sitio precioso, quizá el restaurante más bonito que había visto jamás.

La chica estaba distraída, apenas se dio cuenta de que David se había parado y anduvo unos pasos más, mirando los edificios que los rodeaban. Entonces, debió advertir la ausencia del joven, se giró y se encogió de hombros. Él sonrió.

—¿No te apetece cenar algo? —dijo mientras señalaba con la mano derecha la gran puerta de cristal que daba acceso al interior.

—No sé si tendrán una mesa libre —respondió dubitativa.

Pero David, fingiendo no escuchar sus palabras, entró sin pensarlo. Nada más hacerlo un hombre que debía rondar la cincuentena y que vestía un elegante esmoquin los recibió con una agradable sonrisa.

—¿Puedo ayudarlos? —Tenía una suave voz, sin duda perfeccionada a lo largo de años de servicio al cliente.

—Tengo una reserva a nombre de David Martínez.

Sara frunció el ceño. Enseguida el *maître* los llevó hasta una mesa que estaba situada junto a la cristalera, una pequeña mesa redonda vestida con un mantel blanco y rodeada por dos sillas rojas.

David apartó suavemente la silla de la joven, y ella sonrió. Una vez estuvieron sentados, fue la primera en hablar.

—Así que lo tenías todo pensado.

—Siempre quise venir a este restaurante y pensé que esta era la oportunidad perfecta. —David sonreía desde sus labios y desde sus ojos.

Sara miró alrededor: la decoración era de estilo románico, había estatuas, cuadros que la joven estuvo admirando durante largo rato y farolillos de luz que dotaban a todo el restaurante de un ambiente romántico y acogedor. Sin duda era un lugar precioso. Como era italiano, se decantaron por un plato de pasta que regaron con un vino rosado espumoso.

—Creo que nunca había comido tan bien en toda mi vida. —Sara extendió la mano sobre la mesa hasta que tocó los dedos del joven, que la acarició.

—Estoy de acuerdo.

Tras un par de horas abandonaron la comodidad de aquel restaurante y volvieron a caminar por las calles de la ciudad.

El chico miró el reloj: era casi la una de la madrugada. Pese a que le hubiera gustado detener el tiempo y que el reloj no siguiera avanzando, aún quedaba lo que él al menos consideraba como el mejor momento de la noche.

—Está siendo un fin de semana perfecto. —Sara lo había rodeado a través de la cintura y lo besaba en la mejilla. Él la besó en el cabello.

—Volvamos al coche, ¿qué te parece?

David tomó el camino que los dirigía a las afueras de la ciudad. Había un lugar concreto al que quería ir, el mismo que había conocido unos meses antes, por casualidad, una noche que se había perdido en esas carreteras oscuras y solitarias; el mismo lugar que lo había hecho sentirse solo en una ocasión y que ahora quería compartir con la persona más importante de su vida.

En cuanto las luces quedaron en la distancia, el cielo se pobló de estrellas.

David sonrió y miró a Sara, que parecía ausente.

—Mira hacia fuera —dijo mientras bajaba la ventanilla de la chica.

Sara se giró y una expresión de asombro se escapó de sus labios.

—Nunca había visto tantas estrellas. —Su voz, quebrada, estaba cargada de ilusión.

El chico podía verla por el rabillo del ojo: sus ojos resplandecían bajo esas estrellas, que parecían puntos de luz que guiaban su camino. Una sonrisa, la más grande y pura que había visto jamás, brillaba en los labios de Sara.

Buscó en el equipo de música la canción que habían escuchado el día anterior, y que a ambos los entusiasmaba, y el coche se llenó con ella.

Sara había asomado su cabeza por completo a través de la ventanilla. Podía ver su pelo ondeando tras ella, movido por el aire; miraba hacia el cielo sin dejar de sonreír. David apoyó su mano sobre la pierna de la chica; él también se sentía feliz.

Y mientras, la canción hablaba de respirar. En aquel momento, a él casi hasta le costaba respirar.

CAPÍTULO 67

Sara sentía el aire golpear contra su rostro. Estaba tan feliz que incluso pensó que, si tuviera que morir en aquel momento, moriría feliz.

No podía recordar una sola vez en su vida en que hubiese estado mejor. Las últimas horas habían sido inmejorables. David había pensado en cada detalle, en cada segundo, y lo había organizado todo de una forma impecable.

Le había encantado pasear de su mano por las calles de una ciudad desconocida, donde nadie podía conocerlos ni romper su momento: escuchar el mar desde la habitación del hotel, tumbarse con él sobre la arena ardiente y, sobre todo, sentir las estrellas lucir en su pelo.

Estuvo asomada a la ventanilla durante todo lo que duró el trayecto, escuchando una y otra vez la misma canción, la que a partir de ese día se convertiría en su canción favorita. Siempre que la escuchara recordaría aquella noche en que, bajo un cielo estrellado en algún lugar perdido de Valencia, había sido la persona más feliz del mundo.

Cuando sintió que el coche se detenía, se giró y miró a David. Sonreía y, pese a que sus ojos eran tan oscuros como la noche que los rodeaba, creyó vislumbrar en ellos parte de esas estrellas.

—Ha sido un viaje increíble. —Se acercó a él hasta quedar a escasos centímetros de su rostro. David la besó dulcemente en los labios.

Cuando salieron al exterior se podía escuchar el sonido del mar, ya inconfundible. Parecía estar cerca, muy cerca, pero todo estaba oscuro. Tuvieron que caminar durante unos veinte minutos, a través de un camino de arena, hasta que pudieron verla. Era una especie de cala, muy pequeña; el

agua estaba en calma y parecía un estanque, y la luna creciente se bañaba en ella.

—Lo descubrí un día por casualidad y me pareció un lugar especial. — David se había quedado parado frente al agua y la miraba con cierta nostalgia.

Ella lo abrazó a través de su espalda y apoyó su cabeza sobre ella.

—Es precioso. —Cerró los ojos y sintió que se emocionaba.

Cuando quiso darse cuenta, David la había cogido en brazos y caminaba deprisa hacia el agua. Ella se agitaba, gritaba y pataleaba, pero no podía dejar de reír. Cuando llegaron a la orilla el chico paró en seco y sonrió.

—¿No quieres bañarte? —preguntó muy serio.

Sara dudó durante unos segundos y empezó a quitarse despacio el vestido; dejó que cayera hasta sus pies. David la miraba sin pestañear; la estuvo contemplando mientras la joven se despojaba de la ropa interior y siguió observándola con detenimiento mientras comenzaba a introducirse en el agua. Él también tardó solo unos segundos en desvestirse, y en seguirla.

Tumbados sobre una toalla que David había extendido sobre la arena, aún desnudos y mojados, comenzaron a acariciar sus cuerpos. El chico la besó casi en cada rincón, en cada trozo de piel, despacio, disfrutando del tacto de su piel, del sabor de la sal en sus labios.

Sara dejó que sus manos recorrieran su cuerpo una y otra vez. Le encantó sentir cada músculo, cada porción, cada parte en sus largos y esbeltos dedos.

Hicieron el amor, con una confianza recién adquirida, bajo la atenta mirada de una luna que se había hecho la reina del cielo y de unas estrellas que, como furtivas espectadoras, se empaparon de su intimidad.

Sara acababa de vestirse de nuevo con su largo vestido naranja. La noche seguía avanzando y la brisa cada vez era más fría. Pese a que David la rodeaba con los brazos, sentía cómo el vello de su cuerpo se había erizado. El joven tan solo se había vestido con los pantalones y había colocado su camisa de cortas mangas sobre los hombros de la chica; no era gran cosa, pero conseguía librarla un poco de aquel aire que, por momentos, comenzaba a ser

demoledor.

Podía notar las manos de David sobre su espalda. Estaban frías, casi heladas; podía sentir bajo ellas el aire que trataba de colarse, de llegar hasta ella.

—El aire se escapa entre tus manos —dijo mientras su vista se clavaba en el agua, que estaba a tan solo unos metros de distancia.

El chico se acercó a su oído.

—Pero ahora estás tú para no dejarlo escapar, ¿verdad?

Sara abrió ligeramente los labios. Al sentir el aliento del joven en su piel, el calor que emergía de él se sobrecogió.

—No lo dejaré —susurró—. Nunca.

CAPÍTULO 68

El sol los descubrió abrazados a la mañana siguiente. Sara aún estaba exhausta. El día anterior había sido tan largo como provechoso. A ella, que se pasaba los días entre el supermercado, sus clases de pintura, las tareas del hogar y el restaurante, le parecía casi imposible que un día pudiera ser tan largo y se pudiera hacer tantas cosas en él. Al girarse en la cama descubrió que David dormía. Sonrió. Aún podía sentir sus manos recorrer sus rincones. Habían hecho el amor bajo la atenta mirada de las estrellas, mientras el sonido del mar inundaba el ambiente. Había sido el broche perfecto para un día perfecto.

Se levantó, se dio una ducha rápida, se vistió con un ligero vestido de color rojo y, mientras recogía sus escasas pertenencias, David despertó y sonrió.

—Buenos días —susurró.

Un instante después estaba vestido con un pantalón corto de color gris que llegaba hasta sus rodillas, y con una camiseta de manga corta de color negra.

Desayunaron en el salón del restaurante y, antes de las doce, estaban listos para marcharse.

—He pensado que, como tenemos poco tiempo, antes de irnos podríamos ir a ver cómo está mi antigua casa, mi antiguo barrio; ya sabes, todo lo que yo frecuentaba cuando estaba aquí.

Sara asintió con la cabeza, le parecía una idea estupenda. Quería conocer el pasado de David, en realidad, se moría de ganas de hacerlo.

Tuvieron que hacer de nuevo un corto viaje en coche para llegar hasta la calle en la que el joven había vivido durante varios años. Se encontraba cerca del centro de la ciudad. Estacionaron el coche y caminaron hasta encontrarse frente a un edificio de ladrillo rojo, con estrechas terrazas desde las que se

asomaban toda clase de objetos. El chico señaló hacia aquel edificio y sonrió.

—Aquí vivía yo, en el piso tercero. —Sara siguió su dedo con los ojos. Podía ver la terraza, desde la que unas plantas muy coloridas parecían querer saludarlos—. Me gustaba asomarme a esa terraza y oler la sal.

La chica aspiró. Después de tres días comenzaba a acostumbrarse, pero era cierto: el ambiente estaba constantemente cargado de salitre.

Anduvieron a lo largo de aquella calle; David le señaló la panadería en la que compraba, el gimnasio al que acudía, el bar que frecuentaba de vez en cuando y en el que le gustaba tomar una cerveza los días que no trabajaba, incluso se cruzaron con un par de jóvenes que lo conocían y con los que estuvieron charlando durante unos minutos. Sara agradeció que no se encontraran con ninguna mujer que también hubiera formado parte de su vida o que, si lo hicieron, ni siquiera lo supo. Prefirió que fuera así.

A unos metros de distancia estaba el bar nocturno en el que había trabajado durante varios años y que en aquel momento, lógicamente, estaba cerrado. Tenía un gran letrero luminoso con letras verdes, en las que se podía leer: «Insomnio»; era un nombre muy acertado. Sara sonrió. Podía imaginar a David detrás de la barra, con aquella sonrisa de medio lado, podía imaginar a la de mujeres que habían suspirado por él y que se habían marchado a la casa que ambos acababan de ver. Una punzada de dolor y de celos se clavó en su pecho. Aunque ahora fuera ella la que compartía su cama y sus sábanas, no podía evitar pensar en esas mujeres invisibles, que los perseguían como unos fantasmas del pasado, dispuestas a no dejar olvidar. Sara aceleró el paso y trató de sonreír mientras David le contaba anécdotas e historias del ayer.

Comieron un emparedado frente a la playa, esa playa que Sara admiró con atención, como si quisiera memorizar cada detalle y atesorarlo en su mente para siempre. El mar, que estaba a punto de perder.

Cuando montaron en el coche, la chica sentía un nudo que le oprimía el estómago. Volver a su barrio, a vivir los problemas de siempre, a esa rutina que la tenía presa desde hacía varios años hacían que su corazón se sintiera aferrado por unas garras invisibles. Esas garras eran la desidia y la soledad.

—Espero que podamos volver —dijo en un susurro mientras veía los edificios perderse en el espejo retrovisor— dentro de poco.

—Yo siempre he pensado en volver. —Sara lo miró y David le mostró su

sonrisa de medio lado—. Pero, si vuelvo, me gustaría hacerlo contigo.

La joven no dijo nada. Siempre había soñado con escapar de las calles de su barrio y vivir en un lugar desde el que se pudiera contemplar el mar todos los días, pero sabía que esas angostas calles guardaban demasiados secretos y juramentos que ella no podía dejar atrás. Por ese motivo no dijo nada.

La noche había caído sobre la ciudad cuando llegaron a casa. El cielo sin estrellas de Madrid los recibió cargado de un calor que oprimía el aire. Allí no olía a sal, la brisa marina había quedado demasiado lejos.

Sara se bajó del coche despacio, sintiendo las piernas un tanto entumecidas a causa del largo viaje, y cogió la maleta que el joven le tendía. La tristeza seguía apretando su corazón y estaba convencida de que esa sensación no la abandonaría hasta varios días después. Besó a David y le agradeció una vez más el fantástico viaje.

Cuando entró en su apartamento, su padre estaba en la cocina preparando un sándwich. Lo besó en la mejilla.

—¿Qué tal el viaje? —El hombre continuó enseguida con su tarea. Sara no pudo evitar sentirse un tanto culpable, no le gustaba tener que mentirles a las personas que quería.

—Ha sido maravilloso.

Se dio una ducha reparadora y se metió en la cama. El olor de David aún prendía de sus manos y su sabor seguía vivo en sus labios y en su mente junto al regusto de la sal, que nunca olvidaría.

CAPÍTULO 69

No pudieron verse hasta unos días después y aquella tarde, pese a que junio iba llegando a su fin y el verano cada vez estaba más próximo, el sol parecía dormido, como si estuviera demasiado cansado para hacer su aparición, y el día era gris, con un tono plomizo que entristecía al mundo.

Había acordado que se encontraría con David cerca del supermercado, ya que él tenía libre aquel día.

Cuando lo vio, apoyado en el coche fumando un cigarrillo, sintió deseos de correr hacia él y abrazarlo. Lo había echado de menos pese a que solo habían transcurrido un par de días desde la última vez. Caminó deprisa y lo abrazó con efusividad cuando llegó a su lado.

—He pensado que podríamos ir a mi casa. —El joven miró hacia el cielo: estaba empezando a llover.

—Yo había pensado que podíamos ir a otro sitio. Es un lugar donde suelo ir a veces, cuando necesito desconectar y evadirme un poco de todo.

—Me gustaría mucho conocer el lugar al que vas cuando quieres desaparecer.

Apenas tardaron quince minutos en llegar. Pudo apreciar la expresión de asombro que asomó en el rostro de David en cuanto los carteles comenzaron a indicar hacia dónde se dirigían. Quizá era algo extraño, pero era un lugar al que ella llevaba acudiendo al menos un par de años, de manera anónima, sin que nadie más lo supiera. Era la primera vez que compartía aquel secreto con alguien.

Nada más abrirse aquellas grandes puertas de cristal, las mismas que cada

día atravesaban cientos y cientos de personas, Sara se sintió diferente. No sabía explicar por qué, pero allí sentía un batiburrillo de sentimientos: ilusión y miedo, melancolía y desazón. Le gustaba ver a esos desconocidos e imaginar cómo eran sus vidas, por qué habían llegado precisamente en ese día, a esa hora, en ese momento, qué los habría llevado hasta Madrid, pero, sobre todo, lo que más le gustaba era imaginar adónde iban los que se marchaban. Fantaseaba con que algún día sería ella una de esas personas. Tenía valor para marcharse, pero miedo para llegar a ninguna parte.

El chico la miró mientras se situaban frente a uno de los ventanales, a través de los cuales se podía ver a los aviones despegando y aterrizando. Ella se encogió de hombros.

—Supongo que te parecerá un lugar extraño, pero a mí me gusta.

—Lo cierto es que creo que es un lugar fantástico para esconderte. Aquí nadie se fija en nadie.

Sara miró a su alrededor. Era cierto: todos estaban demasiado absortos en lo suyo, sujetando sus maletas, vigilando a los niños para que no se perdieran en aquel laberinto de pasillos recién encerados, hablando por su teléfono móvil, buscando las pantallas de información con creciente nerviosismo. Aunque ese sitio fuera la antítesis de la tranquilidad, resultaba perfecto para estar con uno mismo y con nadie más.

—A veces imagino que soy yo la que se va —dijo mirando hacia la cristalera y dándole la espalda al joven.

Él no dijo nada, pero pudo sentir su mano sobre su hombro, y aquel simple gesto le hizo sonreír.

De vuelta a casa ninguno de los dos dijo nada. Se encerraron en su propio silencio y desaparecieron tras las finas gotas de lluvia que caían sobre el cristal.

CAPÍTULO 70

El jueves, antes de marcharse al restaurante, David aprovechó para ver a su mejor amigo. Habían perdido una gran parte de su relación y el chico, pese a todo lo que se interponía entre ellos, lo echaba de menos; echaba de menos las tardes de risas sentados en el bar de siempre. Damián también había estado quedando con una chica últimamente y David deseaba de verdad que esa vez la relación funcionara y le diera nuevas perspectivas a su amigo.

Le bastó un rato con Damián para comprender que se había equivocado. Su amigo no parecía dispuesto en absoluto a renunciar a su vida de locuras ni a su independencia; aquella chica no era más que un bonito pasatiempo. Pese a que su amigo pudiera parecer frívolo y distante, en realidad David sabía que bajo su apariencia se escondía un chico herido que deseaba cambiar, aunque quizá aún no lo supiera.

Lo más difícil de esa tarde fue eludir las preguntas de Damián sobre la chica con la que él pasaba tanto tiempo. Las respuestas cortas e inconclusas no le servirían para siempre.

Aquel viernes amaneció lluvioso. El tiempo parecía no estar dispuesto a dejar paso al verano y seguía frenando su inevitable avance. David miró por la ventana y lanzó una maldición. Detestaba los días de lluvia y ese día se dejó contagiar por esa desapacibilidad. Tenía la extraña sensación de que algo malo iba a pasar y no se equivocaba...

Aquella noche volvió antes de lo habitual a casa. El tiempo no solo lo había desanimado a él, sino que parecía haberlo hecho también con los clientes del

restaurante, que habían sido —más bien— escasos.

Era la oportunidad perfecta para poder ir a cenar con Sara. Le habían hablado de un buen asiático que estaba deseando probar con ella.

Habían quedado cerca de su casa, pero a unas calles de distancia para evitar miradas ajenas, como siempre.

Se bajó del coche. Sara siempre solía ser puntual, pero aquella noche se estaba retrasando; habían transcurrido diez minutos desde la hora prevista. Aprovechó que el cielo parecía ofrecer una tregua al fin, y encendió un cigarro.

Sintió una mano en la espalda y se giró sobresaltado. Ella estaba ahí, llevaba una chaqueta de color blanco y sonreía con entusiasmo.

—Siento el retraso.

El joven la besó en la mejilla. La chica cogió el cigarrillo de su mano y dio una profunda calada. Lo dejó de nuevo entre sus dedos y David lo tiró al suelo. Ahora, que ya tenía las manos vacías, la tomó a través de la cintura y la alzó unos centímetros del suelo, como le gustaba hacer siempre.

Volvieron al interior del coche justo cuando la lluvia comenzaba a caer de nuevo. Apenas había puesto el motor en marcha cuando lo vio. Santi estaba de pie en la acera, a un par de metros del coche, y los miraba fijamente. David sintió que una oleada de aire frío recorría su cuerpo. Su corazón comenzó a latir más deprisa, y su respiración se agitó. Ambos mantuvieron las miradas durante unos segundos, hasta que el coche recorrió suficiente distancia como para que Santi solo fuera una silueta borrosa bajo la lluvia.

—Nos ha visto. —Lo soltó de repente, como si aún no terminara de creerlo.

Ella se removió enseguida en el asiento, visiblemente nerviosa.

—¿Quién? —Su voz era temblorosa.

—Santi. —Miró por el espejo retrovisor—. Estaba ahí mismo, nos ha visto.

—Bueno, podemos decir que, como estaba lloviendo, me acercaste donde había quedado con Sandra o...

El chico la interrumpió.

—Eso no servirá. Estoy seguro de que nos ha visto besándonos.

Se hizo el silencio, un silencio tenso e incómodo.

—Quizá no se haya dado cuenta, ya sabes que ese chico siempre esta borracho o drogado. O quizá no diga nada.

—Lo sabe. Ahora solo podemos esperar que no le diga nada a tu hermano.

La noche transcurrió inquieta, se notaba en el ambiente. David estaba especialmente serio y Sara parecía tensa todo el tiempo, como si en cualquier momento su hermano fuera a aparecer en el restaurante, lo cual era prácticamente imposible. David intuía que Santi ya conocía su relación con anterioridad, desde esa noche en la discoteca en que los miró a ambos con un brillo distinto en los ojos, pero ahora era distinto, ahora era algo tan real como el hecho de que los había visto besándose.

Cuando volvieron a su casa, el corazón de David latía a mil por hora. Temía que Damián estuviera esperándolo. No fue así. Antes de tumbarse en la cama junto a Sara, miró el teléfono móvil por última vez: no había nada de su amigo, ningún mensaje, ninguna llamada. Lo apagó y lo dejó sobre la mesita de luz.

Aquella noche ni siquiera hicieron el amor.

CAPÍTULO 71

Cuando despertó tenía un profundo dolor de cabeza. Apenas había podido pegar ojo, la imagen de Damián aparecía en su mente una y otra vez. No temía que su amigo pudiera hacerle daño, pero temía haberlo dañado. Pensó que tal vez nunca debían habérselo ocultado, quizá hubiera sido mejor compartirlo con él. Era evidente que al principio se hubiera mostrado contrariado y totalmente en desacuerdo, pero antes o después habría tenido que aceptarlo o, si nunca lo habría hecho, al menos él sabría que había sido valiente.

Antes de encender el teléfono móvil, ya tenía una mala sensación. Apenas lo hizo, vio varias llamadas perdidas y varios mensajes. Cerró los ojos y respiró hondo antes de atreverse a ver el contenido:

Eres un hijo de puta. Te has estado tirando a mi hermana todo este tiempo y no me has dicho nada. De momento, será mejor que no te encuentre.

Y el siguiente:

Como estará durmiendo contigo, dile que me ha decepcionado. Ambos lo habéis hecho.

David apretó con fuerza la mandíbula. Sentía deseos de gritar, de pelear, incluso de llorar. Ahora comprendía la magnitud de sus actos. Todo ese tiempo había estado engañando a su mejor amigo. Nunca lo perdonaría, él tampoco podría perdonárselo nunca. Trató de llamarlo, pero no obtuvo respuesta. Escribió un mensaje en el que pedía disculpas y decía que tenían que hablar.

Sara se agitó a su lado en la cama. Abrió los ojos y lo miró: no había ni un

atisbo de sonrisa en sus labios.

—Lo sabe.

Ella cerró los ojos y se llevó una mano al rostro.

—¿Qué ha dicho?

—Está decepcionado.

No quiso contarle el contenido del mensaje en su totalidad. No quería preocuparla.

—Quizá deberías quedarte unos días en mi casa.

Sara negó con la cabeza.

—Puede que Damián a veces sea un auténtico estúpido, pero es mi hermano, jamás me haría daño.

David se acercó a ella y la rodeó con sus brazos desnudos.

—Lo sé. Nunca lo he dudado, pero quizá sea lo mejor hasta que las cosas estén un poco más tranquilas. —Se pasó una mano por el cabello—. Deberíamos ir juntos a hablar con él. Intentaré localizarlo por teléfono y, si no, esta noche, cuando vuelva de trabajar, lo buscaré por todas partes.

Sara asintió.

—Creo que es lo que deberíamos haber hecho desde un principio: hablar ambos con él, explicarle lo que ha pasado. Quizá lo hubiera entendido.

David no dijo nada, sabía que era cierto. Se habían equivocado y esperaba que no fuese demasiado tarde para solucionarlo. Se levantó de la cama y se dio una ducha rápida.

CAPÍTULO 72

Ese mismo día, Sara había pensado despedirse de sus jefes, Pedro y Fátima, para siempre; había pensado en dejar el trabajo en muchas ocasiones, pero nunca se había sentido tan segura como en aquel momento. Estaba tan cansada que aguantar un solo día más la atormentaba. Caminó sola hasta el restaurante. Mandó un mensaje a su amiga Sandra para contarle lo que había sucedido; Damián ya lo sabía y su amiga trató de tranquilizarla. Todo saldría bien.

Sirvió la mesa, que acababa de llenarse, y cuando se encaminaba hacia la barra escuchó su teléfono móvil sonar con insistencia desde el bolsillo trasero de su pantalón.

Temió que fuera Damián hasta que vio que el número le resultaba desconocido. Una voz grave respondió al otro lado.

—Buenas tardes, ¿es usted Sara Márquez? —Sara frunció el ceño y asintió—. La llamamos del hospital San Marcos.

Nada más escuchar aquellas palabras, el corazón comenzó a latir con fiereza. Eran las palabras que nadie quería escuchar jamás.

—¿Qué ha pasado?

Mientras formulaba la pregunta su mente era un hervidero. ¿Su padre habría bebido demasiado esa vez?, ¿Damián sabría ya lo de David y la rabia lo habría desbordado? Sintió que se mareaba ligeramente, y se sujetó con disimulo en la barra.

—¿Es su hermano Damián Márquez? —Apenas pudo susurrar una afirmación—. Queríamos informarle que su hermano está ingresado en este

hospital. Ha protagonizado una pelea y sufre varias contusiones.

Ella cerró los ojos. ¿Se habría peleado con David?, ¿él estaría bien?

—¿Cómo está?

—Se recuperara. Tiene una muñeca rota y un dedo de la mano izquierda fracturado, además de múltiples contusiones y hematomas, pero se encuentra fuera de peligro. —Sintió que el nudo de su garganta se deshacía—. Pero la policía también está aquí.

Ella abrió los labios. Exhaló hondo.

—¿La policía? —Fue lo único que consiguió preguntar.

—Será mejor que venga lo antes posible, ellos le aclararán lo que necesite saber.

Colgó el teléfono. El primer impulso que tuvo fue el de llamar a David. Tras varios tonos, que le resultaron eternos, escuchó un clic al otro lado: habían descolgado.

—¿Va todo bien? —La voz del chico, tranquila, le permitió respirar. Se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento todo el tiempo.

—Acaban de llamarme del hospital. Damián ha tenido una pelea.

Escuchó un resoplido al otro lado.

—¿Cómo está?

—Bien. Solo tiene una muñeca rota y un dedo fracturado, además de golpes, pero está allí también la policía. No sé qué ha pasado.

David tardó unos segundos en responder.

—Siempre metido en líos. Antes o después pasaría algo así.

—Voy ahora mismo para allá.

—¿Dónde está?

—En el hospital San Marcos.

—Hablaré con mi jefe, a ver si puedo ir.

Colgó el teléfono y marcó el número de su padre. El hombre parecía ebrio. Tras tantos años de abusar del alcohol y del tabaco, su voz se había vuelto ronca y gastada, y siempre tenía aquel tono que ella tanto detestaba, como si siempre estuviera ebrio.

—Papá, soy Sara, Damián está en el hospital San Marcos. Ha tenido una pelea, pero no te preocupes, está bien. Voy ahora mismo para allá.

Lo dijo deprisa, sin que el hombre tuviera ni siquiera tiempo de decir una

sola palabra. Tras unos segundos de pausa, estaría recapitulando y aceptando la información; Sara pudo escucharlo.

—Siempre dándonos disgustos. No cambiará jamás.

—¿Irás?

—Claro que iré, ¿cómo no voy a hacerlo? Por el amor de Dios, es mi hijo aunque sea un estúpido busca líos.

Sara se despidió de él de forma concisa y se encaminó a hablar con sus jefes. En unos segundos estaba saliendo por la puerta del restaurante.

Cuando llegó al *hall* del hospital, una sensación de angustia se instaló en su pecho, estaba asustada. Hasta ese momento su hermano había conseguido salir airoso de todos los líos en los que había estado metido durante esos años, pero quizá esta vez fuera diferente.

Tras conocer el número de su habitación, subió en el ascensor sintiendo cómo el corazón poco a poco se iba subiendo hasta su garganta; podía sentir cómo latía.

Cuando las puertas se abrieron, lo vio enseguida. Un policía joven, que no debía de tener más de treinta años, paseaba de un lado a otro sin alejarse demasiado de una puerta que permanecía entornada. Respiró hondo, sin duda Damián se encontraba al otro lado. Caminó deprisa y, cuando estaba a punto de empujar la puerta, el chico uniformado la detuvo.

—¿Eres familiar?

—Sí, es mi hermano.

El chico la miró de arriba abajo y ladeó la cabeza.

—Puedes pasar unos minutos. Tu hermano está bajo custodia.

Abrió la puerta con cuidado. Había dos camas, una de ellas estaba vacía. Supuso que aquel vacío se debía al policía que había junto a la puerta. Su hermano estaba sentado en la cama que estaba más próxima a la ventana. Tenía varios hematomas en el rostro y sujetaba entre sus manos, una escayolada y otra vendada, un pequeño mando a distancia.

Apenas la miró. Sara se acercó hasta la cama, estaba tan nerviosa que no sabía qué decir o qué hacer. Le pareció extraño sentirse tan tensa en presencia de su propio hermano; ¿qué le diría ahora, que sabía lo de David?

—¿Cómo estás?

El chico se movió bruscamente y continuó con la vista fija al televisor, donde emitían un antiguo *western*, como si no quisiera mirarla.

—Bien. —Fue una respuesta distante.

Ella cogió una silla que descansaba contra la pared y la acercó a la cama, se sentó despacio.

—Damián, yo... —susurró.

Apenas tuvo tiempo de terminar la frase, la voz de su padre sonaba en el pasillo, parecía furioso. Se levantó de un salto de la silla y abrió la puerta. Su padre discutía con el policía; no quería que entraran tantas personas en la habitación. Ella puso su mano sobre el brazo del hombre y trató de calmarlo. Enseguida sintió el olor a vino que emanaba de su boca.

—Papá, tranquilo. Pasa tú si quieres —dijo de forma apaciguadora.

El hombre la miró y enseguida se serenó.

—Es mi hijo y, también, tu hermano. Acabamos de enterarnos de lo que ha pasado, creo que al menos nos merecemos verlo durante cinco minutos. — Hablaba de forma casi ininteligible.

Finalmente, el policía relajó los brazos y se encogió de hombros.

—Pasad, pero pronto nos iremos.

—¿Adónde? —Sara se giró y lo miró a los ojos: parecían transparentes.

—A la comisaría. Estamos esperando que le den el alta para que venga a declarar.

Cuando entraron de nuevo en la habitación, Damián estaba levantándose de la cama.

—Puedo ir ahora mismo. —Alzó la voz de forma autoritaria—. Ya se lo he dicho todo, yo no he tenido nada que ver. —Se encaminaba hacia la puerta de forma violenta. Sara consiguió sujetarlo a través del brazo, él se zafó de malas maneras.

Su padre abrazó al joven, que estaba visiblemente molesto y se apartó de forma sutil pero directa.

—¿Qué ha pasado hijo?

El chico resopló. Aunque trataba de aparentar la seguridad de siempre, era evidente que estaba nervioso. Sara lo conocía demasiado bien como para dejarse engañar por su máscara de supuesta indiferencia.

Cuando sus miradas se cruzaron, aunque solo fue un segundo, pudo ver el miedo reflejado en ellos. Había pasado algo grave, no había duda.

—¿Qué ha pasado, Damián?

El chico paseó por la habitación un par de veces para volver a sentarse en la cama enseguida.

—Quiero fumarme un cigarro. —Estaba inquieto, mucho más de lo habitual, no podía dejar de moverse ni un segundo.

Ella se acercó y se quedó a su lado, con la mano apoyada sobre la cama. Damián la miró: en sus ojos ya no había rabia ni ira, pero alcanzó a ver una sombra de temor.

—De verdad yo no he hecho nada. —Su tono era ahora mucho más relajado. —Sara esperó hasta que empezó a hablar de nuevo—. Santi discutió con ellos. —Movía las manos sin parar. Sara maldijo mentalmente—. Son los mismos de siempre. Nos buscan, nos provocan. Tarde o temprano esto iba a pasar. —Hablaban sin parar, entrecortando unas palabras con otras.

Ella se sentó sobre la cama, a su lado.

—¿Qué ha pasado? —Volvió a preguntar. Cada vez temía más y más la respuesta. Damián había tenido cientos de peleas a lo largo de su vida y nunca lo había visto como en aquella ocasión. Debía haber sido algo serio de verdad.

Damián la miró y bajó la vista al suelo.

—Santi ha matado a un tío.

Las palabras le llegaron como un jarro de agua helada, como si acabaran de clavarle un puñal. Sintió que toda la sangre de su cuerpo desaparecía, casi pudo notar cómo palidecía. Su padre lanzó una maldición y comenzó a pasear por la habitación, farfullando entre dientes, maldiciendo todo y a todos. Ella no podía articular palabra, estaba demasiado impresionada.

Su hermano se cubría el rostro con las manos.

—Si ha sido Santi, ¿por qué está aquí la policía? —acertó a decir tras unos segundos de silencio.

Damián retiró las manos de su rostro y las dejó sobre la cama.

—Yo estaba allí. —La chica se puso de pie y cerró los ojos. Era mucho peor de lo que había imaginado—. Pero yo no hice nada, de verdad, Sara. Cuando llegué Santi ya estaba metido en la movida, fue él mismo quien me

avisó. Yo fui a echarle un cable, pero nada más. De pronto sacó una navaja, yo apenas me di cuenta; no tuve tiempo de hacer nada. Cuando la vi era tarde: Santi había acuchillado a ese tío. Luego llegaron la ambulancia y la policía. Fue todo muy rápido.

Sara miraba a través de la ventana. Escuchaba a su hermano como en una especie de sueño, como si su voz llegara de muy lejos. Apenas podía asimilar sus palabras.

Al cabo de unos minutos, en los que su mente se quedó literalmente bloqueada, como si estuviera llena de cemento y casi pudiera sentir el peso oprimir su sien, se giró. Su hermano estaba sentado sobre la cama, con el rostro cubierto con las manos, agitaba sin parar la pierna izquierda, en un movimiento nervioso. Su padre estaba apoyado contra la pared, mirando al suelo, sin decir ni una palabra.

—¿Y qué va a pasar ahora? —La chica fue la primera en hablar.

Damián tardó unos instantes en responder. Cuando lo hizo, su voz fue débil y Sara incluso sintió lástima por él. Si lo que contaba su hermano era cierto, y ella le creía, el único causante y culpable de todo había sido Santi. Resopló. Nunca le había gustado aquel chico; desde el primer momento que lo había visto en compañía de Damián, había sabido que le traería problemas y, desgraciadamente, al final había llevado razón. Ahora solo esperaba que las cosas se solucionaran lo antes posible.

—Tengo que ir a la comisaría a declarar. —Alzó la vista—. Les contaré todo lo que pasó. Yo estaba tomando una cerveza cuando Santi me llamó; se había encontrado con el mismo grupo con el que siempre estamos en conflicto. Eran solo dos y estaban cerca del bar donde yo estaba, así que no me lo pensé. Me fui a buscar a Santi para que no estuviera solo; ya conoces a esos cabrones, aprovechan cualquier momento para empezar una gresca. Y eran dos, Santi estaba solo.

Sara lo escuchaba mientras movía ligeramente la cabeza en un signo de negación. No entendía por qué su hermano siempre usaba los puños como respuesta.

—Siempre metido en líos. —Su padre habló por primera vez, pero ninguno de sus hijos dijo nada.

—Si las cosas son como las cuentas, no creo que tengas muchos problemas.

—Sara trató de romper la tensión del momento.

—Han matado a un chico, Sara: claro que habrá consecuencias. —Su padre volvió a hablar otra vez.

—¿Dónde está Santi?

Damián se levantó.

—Está aquí también.

—¿Cómo está? —Lo preguntó aunque no le importaba demasiado en realidad.

—Bien, como yo, más o menos.

La puerta se abrió y el policía que había estado fuera hasta aquel momento apareció al otro lado.

—Es hora de irnos.

CAPÍTULO 73

David entró en el hospital. Estaba tan nervioso que casi no vio el mostrador de recepción y se encaminó hacia el ascensor. Había decidido que no entraría en la habitación; el ambiente estaba demasiado tenso entre su amigo y él, quizá no era el momento apropiado para encontrarse. Esperaría en la puerta y hablaría con Sara; si Damián quería, entonces entraría. Lo cierto era que se moría de ganas de verlo.

Las puertas del ascensor se abrieron. Estaba a punto de entrar cuando vio a un policía que salía del interior. Empujaba suavemente a alguien que estaba a un lado. Lo miró: era Santi.

David sintió que comenzaba a tensarse su mandíbula. ¿Qué hacía él allí? Sin duda él también habría estado implicado en aquella pelea. Claro, ¿cómo no lo había pensado antes?; aquel chico siempre estaba en todos los problemas.

—¿Qué haces aquí? —David se apartó para dejarlo pasar.

—Damián también está. —Según hablaba, el policía comenzó a empujarlo con suavidad. Él sonrió.

Fue aquella leve sonrisa la que hizo que la rabia comenzara a apoderarse de David. Estaba seguro de que, pese a todo, estaba satisfecho. Desde que no era más que un adolescente que anhelaba salir con ellos, ya envidiaba a David, y su estrecha relación con Damián no había hecho más que acrecentar ese odio irracional. Había esperado años, había tratado de convertirse en el mejor amigo de Damián el tiempo que David había estado fuera, pero nunca lo había conseguido. Hasta que encontró la excusa perfecta para romper aquella relación: contarle su traición.

—Estoy seguro de que la culpa ha sido tuya. —David comenzó a hablar sin

tener en cuenta que había al lado un policía; en aquel momento nada le importaba.

Santi se giró con brusquedad.

—Nos buscan a todos —gritó. —David se quedó paralizado. ¿Quién los buscaba?, ¿de qué estaba hablando?—. A todos los del grupo —aclaró Santi antes de doblar un pasillo. El policía trataba de hacerlo callar, pero el chico no lo obedecía.

—¿Qué has hecho? —David lo siguió.

Santi sonrió, y en aquel momento David comprendió que aquel chico tenía un serio problema.

—Ahora hay uno menos. —Lo dijo con tanta naturalidad que David casi sintió que su vello se erizaba.

Se acercó hasta Santi, tanto que el policía lo empujó con suavidad para que guardara las distancias, pero él se aproximó hasta que pudo sentir el aliento de Santi en su rostro.

—Si estamos metidos en un lío por tu culpa... —No terminó la frase, no pudo hacerlo. El policía se había colocado entre ambos con actitud amenazadora.

Santi lo miraba con unos ojos inyectados en sangre, eran los ojos de un demente. Aunque la mirada solo duró un segundo, fue tan intensa que pareció una eternidad. Al fin, el policía aferró con más fuerza el brazo de Santi y siguió caminando a través del pasillo. David pudo ver cómo otro policía se acercaba hasta ellos.

Aprovechó aquel momento para dar media vuelta y marcharse de nuevo hasta el ascensor. Dentro de él se dio cuenta de que estaba apretando los puños. Sentía una corriente recorrer su cuerpo: era la ira que empezaba a apoderarse de todo su ser. Aquello era mucho peor de lo que había podido imaginar. Si lo había entendido bien, esperaba equivocarse; Santi había matado a un chico, y todos estaban en peligro.

El viaje en el ascensor se le antojó demasiado largo. Cuando al fin llegó a la tercera planta, se abrieron las puertas, y apenas había recorrido unos metros cuando lo vio. Él también estaba custodiado por un policía. Sara caminaba unos pasos por detrás de ellos, su padre estaba a su lado.

David se quedó parado en mitad del pasillo. No sabía qué hacer, ni siquiera

podía reaccionar. Deseó poder correr hacia ella y abrazarla —era evidente que estaba preocupada, sus ojos estaban empañados—, pero también sintió deseos de abrazar a su amigo.

Damián lo miró y pudo ver un atisbo de preocupación en sus ojos. No parecía haber nada de rencor ni de decepción, solo miedo. Incluso percibió que lo miraba de una forma desesperada, como si necesitara el abrazo de su amigo más que nunca. Esperó hasta que llegaron junto a él y en un acto reflejo, sin poder ni querer evitarlo, abrazó a Damián. Pudo sentir cómo su amigo trataba de corresponderle, pero el policía joven, que lo sujetaba a través del brazo, no lo dejó hacerlo.

—¿Qué ha pasado? —David comenzó a caminar a su lado y miró a Sara, que trató de sonreír.

—Han sido los de siempre, David, los mismos. —Andaba deprisa, tratando de seguir el ritmo que marcaba el policía—. Se ha muerto uno.

Sintió que un peso invisible le caía y lo aplastaba desde su cabeza hasta sus pies. No pudo hablar más con su amigo; cuando quiso reaccionar, el policía lo arrastraba a través de las escaleras. Se quedó un poco rezagado, hasta que sintió la mano de Sara rozar la suya. La besó en la mejilla mientras veían cómo su amigo y su hermano era arrastrado por un policía.

—Vamos a la comisaría —susurró la chica.

David asintió. Él también iría, sin duda; estaría con su novia y con su mejor amigo todo el tiempo que hiciera falta, quería estar con ellos.

Vieron cómo Damián desaparecía en el interior de un coche de policía; lo último que vieron fue su mirada, casi de súplica. David sintió cómo Sara apretaba más fuerte su mano. Su padre estaba unos pasos por detrás.

CAPÍTULO 74

Cuando llegaron a la comisaría, Damián ya había llegado. Lo interrogarían, a Santi también.

Si Santi contaba la verdad, Damián no tendría demasiados problemas; quizá tendría que pagar una multa o una pequeña condena. A Santi las cosas se le complicaban mucho más. Había matado a una persona: podía pasar una buena temporada en la cárcel. Además, el homicidio no había sido involuntario porque había usado el agravante de la navaja, lo que le dificultaba las cosas aún más.

Se sentaron en una pequeña sala de espera que olía a humedad. Las paredes estaban ennegrecidas y la máquina de café daba demasiado calor. Sara se había sentado a su lado y sostenía su mano, no parecía importarle que su padre pudiera verla. Lo cierto es que era una situación un tanto extraña; había visto a aquel hombre en cientos de ocasiones, pero siempre como el padre de su mejor amigo y ahora era el padre de su novia. El hombre no había dicho nada al respecto y estaba seguro de que no lo haría.

El sonido del teléfono móvil interrumpió sus pensamientos. Le sorprendió ver que quien lo llamaba era Sebas, llevaba bastantes días sin hablar con él. Se puso de pie y se alejó unos metros. Era un momento muy inapropiado para hablar con él, no sabía qué decirle. Descolgó mientras resoplaba.

—Sebas, ¿qué tal? —Trató de aparentar normalidad, pero se dio cuenta de que su voz no sonaba natural en absoluto.

—¿Qué ha pasado, David?

Se quedó absorto. Sin duda su amigo lo sabía.

—¿Qué sabes?

—Sé que ha habido una pelea y que Damián y Santi están en el hospital.

¿Cómo están?

—Ya no están allí. —Miró a Sara y sonrió ligeramente—. Están bien, solo tienen unos golpes, nada que no hayan tenido antes, pero ese no es el problema. Ahora mismo están en la comisaría.

—Han matado a un chico, ¿no?

David se quedó perplejo. Su amigo ya lo sabía. Las noticias volaban en un barrio como aquel, a esas alturas todo el mundo lo sabría, no se hablaría de otra cosa.

—Sí —susurró—, ha sido Santi.

Escuchó cómo su amigo resoplaba al otro lado.

—¿Cómo ha podido Damián meterse en un lío como este?, Dios mío. —Sebas hablaba deprisa—. David, nos han metido en un lío impresionante.

—¿A nosotros?, ¿cómo?

—Han matado a uno de los chicos que iban siempre con la banda del sur. La cosa no se va a quedar así, David. —Hizo una breve pausa—. No se habla de otra cosa en el barrio. Han jurado que se vengarán, que nos buscarán, y no solo a Santi y a Damián, sino a todos nosotros, a los que siempre vamos en el mismo grupo.

David sintió que el corazón comenzaba a bombarle con violencia.

—¿Qué? —Fue lo único que pudo decir. Ni siquiera podía pensar, su mente estaba bloqueada.

—Han matado a uno de los suyos: ahora quieren acabar con uno de los nuestros. Joder, yo tengo mi vida, mi trabajo, mi novia, Víctor tiene una hija. —Estaba tan nervioso que apenas podía hablar.

—Tranquilízate. Nosotros ni siquiera estábamos allí, eso lo sabrá todo el mundo.

Sebas pareció relajarse por un momento.

—Sí, todos saben que solo Santi y Damián estaban allí. Se habla incluso de que hay testigos. —Respiró hondo—. Pero querrán vengarse de todas formas.

David se llevó una mano al cabello y lo revolvió. Si había testigos, las cosas se ponían mejor para Damián, pero aquella amenaza de venganza le corroía las entrañas. Miró a Sara, temía que pudieran hacerle daño a ella también.

—Tendremos que hablar con ellos como sea —dijo con convicción.

—¿Estás loco? Acaban de matar a uno de sus amigos; como nos vean, a

uno solo de nosotros, nos matarán. —Sebas gritaba al otro lado.

David había dejado de prestarle atención. Sabía que era arriesgado, que era peligroso, pero no podía dejar las cosas así. No podía vivir día a día sabiendo que podían ir a buscarlos clamando venganza. Haría lo que fuera por defender a Sara y a Damián.

Cuando colgó el teléfono sentía el estómago revuelto y una arcada que subía por su garganta. Conocía esa banda desde hacía muchos años y sabía lo que algunos de esos chicos estaban dispuestos a hacer.

Se situó al lado de Sara y besó su cabello. La joven lo miraba interrogante.

—¿Quién era?

Él sonrió, tratando de mostrar serenidad.

—Era Sebas, para preguntar qué ha pasado, nada más.

—¿Ya lo sabe todo el barrio, no?

David asintió y cogió su mano con firmeza.

—¿Y qué saben? —Ella lo miró, de repente sus ojos parecían un poco más vivos—. ¿Alguien vio algo?

—Sí. —David sonrió—. Damián saldrá de aquí muy rápido, ya lo verás.

Sintió que la mano de la joven se relajaba.

Había comenzado a anochecer cuando los tres —Pablo caminaba a su lado, aunque casi parecía un fantasma— abandonaron la comisaría.

Aquella noche Damián la pasaría en el calabozo. Apenas les habían dicho nada más, y la desinformación los comía por dentro. A lo largo del día las llamadas se habían ido sucediendo; Sara, Gema, Víctor y Alex habían mostrado su preocupación.

Pese a que le hubiera encantado pasar la noche con Sara, entendió que la joven no quisiera abandonar a su padre en un momento como aquel. La besó despacio, mientras Pablo se alejaba en el interior del portal, y una leve sonrisa de Sara lo hizo marcharse a casa sintiéndose un poco más liviano.

CAPÍTULO 75

Cuando Sara se levantó aquel domingo por la mañana, encontró a su padre sentado sobre el sofá. Tenía el televisor apagado, pero miraba la pantalla con tanto interés como si estuviera viendo algo que le gustara.

Se quedó parada junto a la puerta de la sala de estar, mirándolo fijamente. El hombre no parecía haber reparado ni siquiera en su presencia. Lo estuvo observando durante unos minutos. Sintió lástima por él, ya que tenía los ojos hinchados, como si no hubiera podido pegar ojo en toda la noche. Lo cierto era que ella tampoco había conseguido dormir más que un par de horas. El hombre llevaba la misma ropa del día anterior.

Se encaminó hacia él. Cuando estuvo lo bastante cerca, el hombre alzó la vista y sonrió.

—No te he escuchado entrar.

Ella se sentó a su lado.

—¿Cómo estás?

Pablo se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. —Trató de sonreír—. Como no podía dormir he ido a la comisaría. Tu hermano sigue en el calabozo y hoy hablarían con los testigos. —Sara asintió y respiró hondo. Esperaba que esos testigos aclararan los hechos—. Tú siempre has sido diferente a él. —El hombre había extendido su mano y la había colocado sobre su rodilla—. Siempre has sido mejor. Mejor que él, mejor que yo. —Pablo apartó un mechón que caía sobre su frente—. Siempre fuiste como tu madre, tan guapa, tan buena.

Ella se revolvió incómoda. Desde la marcha de su madre apenas habían hablado de ella. Había sido una especie de acuerdo tácito entre todos.

—Mamá no era buena, nos abandonó.

El hombre asintió suavemente.

—Lo era, pero creo que yo la hice así. Yo fui el culpable de que ella fuera infeliz, de que se marchara. —Sara frunció el ceño—. Tu madre no era feliz conmigo. Supongo que nunca he sido un hombre fácil. —Los ojos comenzaron a humedecerse—. Siempre he sido un egoísta. Solo pensaba en mí, y me olvidé de ella, me olvidé de vosotros. —Hizo una breve pausa—. Pero tú siempre has estado ahí, Sara. Tú siempre has pensado más en los demás que en ti misma. Llevas trabajando todos estos años para traer un dinero a casa que ni tu hermano ni yo somos capaces de conseguir. —El hombre se llevó una mano a los ojos y los secó con brusquedad—. Y ahora, que ha pasado esto... —Su voz comenzaba a entrecortarse—. Creo que la culpa es mía. No he sabido cuidar de Damián, no he sabido darle unos valores, unos principios... —Empezó a llorar desconsolado. Sara se quedó durante un instante petrificada, no sabía qué hacer. Nunca había pensado que su padre pudiera llorar. Lo abrazó. El hombre lloraba como un niño—. Lo siento, Sara. Siento todo lo que os he hecho.

Ella notó que sus ojos también se llenaban de lágrimas. Esta vez lloraron los dos, sintiéndose más unidos de lo que lo habían hecho en los últimos años.

Cuando no tuvo más lagrimas que derramar, su padre besó dulcemente su mejilla y le dio un ligero toque en el hombro.

—Voy a dar un paseo —dijo mientras se enjuagaba las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Quiero que las cosas empiecen a cambiar. —Se puso de pie y una sonrisa afloró en su rostro—. Quiero beber menos, pasar más tiempo con vosotros: volver a ser el hombre que un día fui.

Sara sintió que un nudo que llevaba oprimiendo durante muchos años su interior se relajaba, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Sonrió con ternura. Cuando el hombre ya estaba en la puerta, se giró.

—Por cierto, siempre he creído que David es un buen chico. Espero que te haga feliz.

Y sin terminar de decir la frase se marchó. Sara lo miró sin articular palabra. Unos segundos después, una sonrisa afloró en su rostro.

CAPÍTULO 76

Eran cerca de las nueve de la mañana del lunes cuando Sara recibió una llamada. Lo cogió enseguida y, cuando vio el número de su hermano, estuvo a punto de dar saltos de alegría.

—¿Hola? —preguntó mientras se encaminaba hacia la calle.

—Sara, estoy fuera. —La voz de su hermano era frenética.

Sara respiró hondo y sonrió.

—Menos mal.

—Un par de testigos vieron la pelea y han declarado que fue Santi el que acuchilló a ese chico. Me han sancionado, pero nada más.

—Me alegro mucho, Damián. ¿Has llamado a papá?

—No, pensaba hacerlo ahora.

—Llámalo lo antes posible, está muy preocupado.

Un leve silencio se hizo al otro lado.

—Sí, ahora mismo lo llamo.

—¿Te veré cuando vaya a comer?

—He pensado que podíamos ir los tres a comer juntos, para celebrarlo. — Sara asintió. Estaba a punto de colgar cuando escuchó de nuevo la voz de su hermano al otro lado—. Ahora también voy a llamar a David. —Hizo una leve pausa—. O quizá quieras hacerlo tú.

La joven sintió que la respiración se le cortaba. ¿Su hermano le estaba dando permiso para salir con su mejor amigo?

—Ha estado muy preocupado por ti. —No se le ocurrió otra cosa que decir, estaba sin palabras.

—Lo sé. Siempre ha sido mi mejor amigo.

Y dicho aquello, colgó.

CAPÍTULO 77

David escuchó el teléfono y se levantó como un resorte. Llevaba despierto varias horas, no podía conciliar el sueño. Cuando vio el número que aparecía en la pantalla, una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Damián.

Su amigo comenzó a vociferar al otro lado. Estaba libre. Finalmente habían concluido en que el único culpable era Santi. Lo sentía por él, pero le esperaban varios años de condena.

—Me da pena, pero nunca tendría que haber hecho algo así —dijo Damián suavemente.

—Sé que es tu amigo, pero ha matado a un chico. —David habló tenuemente, no podía dejar de pensar en que, tan solo unas horas antes, su amigo se había enterado de que tanto Sara como él llevaban varias semanas mintiéndole.

—Me gustaría que nos viéramos, tenemos muchas cosas de las que hablar.

Aquella respuesta por parte de Damián lo hizo sonreír, aún quedaba esperanza.

—Claro. Estaré en casa hasta las doce más o menos; si quieres, puedes pasarte por aquí.

—¿Qué te parece si me paso ahora y tomamos un café juntos?

—Está bien. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Colgó el teléfono. Tenían varias cosas de las que hablar. Damián aún no lo sabía, pero había novedades...

CAPÍTULO 78

Cuando Sara vio a su hermano y a su padre esperando fuera del supermercado, sintió que una oleada de felicidad viajaba a toda velocidad por su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no los veía a ambos juntos, ni siquiera era capaz de recordar la última vez que los tres se habían reunido para algo. Abrazó a su hermano con ternura.

—Estoy libre, Sara. —La voz en su oído la hizo sonreír.

—Me alegro tanto por ti, Damián.

Se miraron durante unos segundos y Sara se sintió mucho más unida a él de lo que se había sentido nunca. Algo había cambiado en la mirada de Damián; no sabría decir el qué, pero tenía la esperanza de que aquel trágico suceso sirviera para hacer que su hermano recapacitara sobre su vida y su futuro. Santi pasaría una larga temporada en la cárcel, eso lo haría pensar a cualquiera.

Brindaron al finalizar la comida y a Sara le costó creer que su padre lo hiciera con un simple vaso de agua. Durante toda la velada no había probado una gota de alcohol y ella sentía sintió que no podía estar más orgullosa de él. Sabía que el camino no sería fácil —su padre no conseguiría desengancharse fácilmente—, pero, si ponía de su parte, ella estaba dispuesta a ayudarlo en todo lo que hiciera falta. Anhelaba y deseaba volver a ver a ese padre que un día le contó historias de ciudades lejanas mientras acariciaba su melena dorada.

Tuvo que volver al supermercado demasiado pronto y se despidió de su padre

y de su hermano cerca de él. Estaba a punto de entrar por la puerta cuando la voz de Damián la hizo girarse.

—Espera.

—¿Qué pasa?

Damián miró al suelo y resopló.

—¿Has hablado con David?

—No. —Tragó saliva—. ¿Por qué?

—Es mejor que hables con él directamente.

—¿Ha pasado algo?, ¿está bien? —Notó que su respiración empezaba a acelerarse.

—Tranquila, está bien.

—Damián, no puedes dejarme así, necesito saberlo.

—Habla con él.

Su hermano se giró y comenzó a caminar. Ella sintió que las manos le temblaban. Seguramente los chicos habrían hablado y habrían tomado una decisión; solo esperaba que, si David había tenido que elegir, la hubiera elegido a ella.

—Sara, lo siento.

Aquellas palabras hicieron que su corazón se parara. La idea de no ser la elección de David cobraba fuerza en su cabeza. De repente sintió vértigo. Buscó enseguida su teléfono móvil; tenía un mensaje de David, en el que la citaba aquella misma tarde.

La tarde pasó tan lenta que Sara casi llegó a pensar que el reloj se había puesto en su contra y luchaba contra su avance. Cuando al fin vio a David fumando un cigarrillo apoyado en su querido Opel Astra, el sol comenzaba a bajar lentamente en el horizonte, como si estuviera marchándose de la ciudad. El cielo se había teñido de rosa y había unas pocas nubes de aspecto delicado que tenían un ligero color gris.

Ella tragó saliva. Caminó hacia él con paso firme pero inseguro y, cuando se encontraba a escasos metros, el joven alzó la cabeza y la miró. Sonrió, pero hubo algo en aquella sonrisa que Sara percibió: David también estaba preocupado.

CAPÍTULO 79

David la miró. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Llevaba pensando en aquel momento los dos últimos días, y aún no había reunido el valor para hablar con ella. Sabía que aquella decisión era la mejor, no solo para él, sino para todos en general, pero el miedo lo apresaba con fuerza. Tenía miedo de perderla, de perder esa magia que existía entre ellos.

Tiró el cigarrillo y lo pisó con fuerza con su zapatilla deportiva de color negro. La chica había llegado a su lado. El ambiente era extraño, había una tensión invisible pero palpable que se había formado entre ellos. Parecía imposible después de todo lo que habían vivido en las últimas semanas.

Frente a frente, se miraban sin decir nada; ninguno de los dos se atrevía a comenzar aquella conversación, que se avecinaba difícil. Al fin comprendió que debía ser él quien diera el primer paso. Bajó la vista al suelo para acto seguido volver a fijarla en los ojos color cielo de Sara.

—Siento no habértelo dicho antes y que hayas tenido que saberlo por Damián. —Sara lo miraba fijamente, la incertidumbre asomaba a su mirada. Se dio cuenta de que tenía las manos juntas y acariciaba uno de sus dedos: sin duda estaba nerviosa—. Esta mañana tu hermano ha venido a hablar conmigo a mi casa. Lo cierto es que tenía muchas ganas de hablar con él después de todo lo que ha pasado. —Hizo una breve pausa—. Todo esto que ha pasado ha sido una desgracia para todos, pero por otra parte creo que ha servido para que tu hermano vea nuestra relación de otra manera. —David sonrió—. Hemos hablado sobre ello y, aunque no le gusta que se lo hayamos ocultado, está de acuerdo con lo nuestro.

Sara también sonrió por primera vez.

—¿Eso es lo que tenías que decirme?

El chico negó con la cabeza.

—Creo que puede ser algo bueno para los dos la oportunidad que siempre hemos estado esperando. —Su voz cambió y ahora era más alegre, casi entusiasta.

—¿Qué oportunidad?

—Sara, voy a volver a marcharme.

CAPÍTULO 80

Sara sintió que todo el peso del mundo caía sobre sus hombros, como si el cielo acabara de caer y de chocar contra el suelo; casi pudo sentir cómo se rompía bajo sus pies, casi pudo escucharlo fragmentarse en mil pedazos. Había esperado cualquier cosa menos aquella. No imaginaba que la noticia de David pudiera ser tan catastrófica. Se quedó sin voz, no podía articular palabra.

El chico se acercó a ella y cogió sus manos.

—Sara, siempre me has dicho que quieres irte de aquí, que has esperado este momento toda tu vida; puede ser una oportunidad perfecta para los dos. —David parloteaba mientras sonreía. Ella lo miraba atónita—. He pensado volver a Valencia; sigo teniendo muchos contactos allí, no será difícil encontrar un trabajo. —Apretó más fuerte sus manos—. Podrás ver el mar todos los días.

Sara soltó sus manos y se apartó de él. Comenzó a andar sin darse cuenta, aunque lo hacía tan despacio y de forma tan descoordinada que David enseguida la alcanzó.

—¿Adónde vas?, ¿qué pasa?

Ella se paró en seco y lo miró a los ojos. Las lágrimas empezaban a acumularse.

—¿Qué pasa? —Notó la rabia, el dolor, la desolación en su voz—. Te vas, David —gritó—. Me dices que te vas y ¿qué pretendes que haga?

David se quedó petrificado, mirándola fijamente con la eternidad que era su noche clavada en los ojos de la chica, y Sara pudo ver en ellos un abismo que no tenía fondo.

—Quiero que vengas conmigo. No quiero dejarte, no voy a marcharme,

quiero que nos vayamos juntos.

Ella negó con la cabeza y sonrió con ironía.

—¿Irme? —Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas—. Mi hermano ha estado a punto de ir a la cárcel, mi padre es un alcohólico, está enfermo, no puedo dejarlo solo.

Los ojos de David se endurecieron.

—Esperaba que vinieras conmigo —susurró.

Sara se secó con brusquedad las lágrimas y se paró frente a él.

—Te dije que quería irme, sí, pero no así, no ahora. —El chico no decía nada, tan solo la miraba—. ¿Por qué ahora, David?, ¿qué ha pasado para que de pronto decidas acabar con todo y marcharte? —Se sentía turbada—. ¿Vas a volver a huir? —David no contestaba, miraba hacia el suelo—. ¿Vas a huir otra vez, como ya hiciste la otra vez? —La rabia pendía de su voz—. ¿Vas a abandonarme?

Aquellas palabras hicieron reaccionar al joven, que la miró conmovido. Le pareció que en el fondo de sus ojos había una lágrima, pero era difícil apreciarla debido a la oscuridad que había en ellos.

—Tengo que hacerlo, Sara. —Ahora su voz sonó mucho más poderosa—. No me voy porque quiera.

Sara abrió ligeramente los labios. Poco a poco su mente empezaba a formar una idea. No, no podía creerlo.

—¿Por qué? —El chico se dio la vuelta, ella lo siguió. David trataba de evitarla, pero ella no lo dejaba huir de su mirada—. Dime qué ha pasado. — Sara le puso una mano sobre el rostro, y le alzó la mirada, obligándolo a que la mirara—. ¿Por qué ahora?

Cuando sus miradas se encontraron, David se rindió.

—Tengo que hacerlo —susurró.

Ella lo obligó a volver a mirarla.

—Si vas a marcharte, al menos deberías decirme qué ha pasado.

David acarició la mejilla de la joven. Su mirada se suavizó.

—Si no lo hago, puedo ponerlos a todos en peligro. —Respiró hondo—. He llegado a un acuerdo con los chicos que estaban en la pelea.

Sara sintió que su visión se nublaba. No podía creerlo.

CAPÍTULO 81

El chico respiró hondo y sintió que el aire apenas llegaba a sus pulmones. El miedo a que Sara no lo acompañara en aquel viaje era una posibilidad cada vez más palpable y el temor hacía que apenas pudiera respirar.

Las imágenes del día anterior empezaron a llegar a su mente. Se podía ver a sí mismo casi como si estuviera dentro de una película y las escenas se reprodujeran.

No le había resultado difícil saber dónde se velaba al pobre desgraciado que había fallecido, al fin y al cabo eran muchos los que conocían al chico de veinticinco años que había perdido la vida; pero lo que sí le había resultado complicado había sido llegar hasta allí. Estuvo sentado en el aparcamiento del tanatorio durante más de dos horas mirando los rostros de las personas que caminaban cabizbajas, con la vista fija al suelo. Pese a que el día era luminoso, una oscuridad invisible lo cubría todo, la desolación empañaba aquella mañana de domingo. Vio a varios jóvenes que le resultaban familiares y que probablemente hubieran llegado hasta allí a despedirse de la misma persona que lo había llevado a él al mismo lugar. Todos caminaban con una mirada opaca que enturbiaba sus rostros.

Había estado sentado en el interior de su coche durante un par de horas fumando sin parar, casi solapando un cigarro con otro. Había dado incluso un par de cortos paseos como si de alguna forma aquello pudiera infundirle el valor que necesitaba. Pese a que su visita era un acto de buena voluntad, quería ofrecer sus condolencias a los chicos que habían perdido a un amigo; temía que ellos no lo entendieran como tal y lo juzgaran como una ofensa, al fin y al cabo habían tenido decenas de confrontaciones a los largo de los años.

Estaba pensando en ello cuando de repente lo vio. Era casi tan alto como él, tenía el cabello muy corto y de color castaño, aunque apenas era visible bajo una gran gorra roja, y tenía unos profundos y oscuros ojos marrones. Pese a que habían transcurrido muchos años desde la primera afronta, la recordaba como si hubiese sido el día anterior. Habían bastado unas cuantas copas para que la discusión se fraguara. Aquella noche los había convertido en los enemigos de una falsa guerra que en realidad nunca había existido y que había creado decenas de peleas. Lo cierto era que, pese a todo, ese chico latino, de mirada altiva y de gesto provocador, era mucho más parecido a él de lo que ambos creían. Sus infancias no distaban mucho de ser iguales y los años los habían convertido en jóvenes muy similares; pero como nunca habían conseguido dejar de lado sus absurdas peleas y apenas habían cruzado más de dos palabras, nunca lo sabrían.

David lo miró fijamente: fumaba con ansía, visiblemente nervioso. A su lado había dos chicos más, con semejante apariencia, grandes collares dorados, anchos pantalones bajos y simbología de banda latina.

David respiró hondo y salió del coche. Sin duda, si tenía que hablar con alguien, tenía que hacerlo con esos chicos y, sobre todo, con el que fumaba y portaba la gorra roja; siempre le había parecido el cabecilla de la banda. Comenzó a caminar con la vista fija al frente, aparentando una seguridad que en realidad se había perdido en algún lugar.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para poder tocarlo tan solo con alargar el brazo, el chico de la gorra lo miró y su expresión se tornó en un segundo: la rabia asomó a sus ojos. Estaba a punto de hablar cuando David lo interrumpió.

—Antes de que digas nada, quiero decirte que lo siento. —Lo dijo tan deprisa que el joven apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Los otros dos chicos que estaban presentes miraron a David al unísono; uno de ellos alzó una mano en alto de modo desafiante.

—Vete de aquí.

David ni siquiera lo miró, toda su atención estaba puesta en el líder de la banda, que lo miraba desafiante.

—¿No me has oído?, ¿qué coño haces aquí?

David sintió que la mano se posaba en su hombro y, pese a que tuvo el

instinto de apartarla con brusquedad, se contuvo de hacerlo, sabía que no era el mejor momento para mostrar repulsa.

—¿Has venido a que te matemos nosotros a ti, hijo de puta?

El chico que lo amenazaba con el puño en alto seguía hablando mientras se encaraba con él. David lo miró y negó con la cabeza despacio.

—Lo siento mucho, de verdad.

—¿Qué haces aquí?

El chico de la gorra roja habló al fin. En cuanto su voz rompió el aire, los otros dos lo miraron y parecieron calmarse un poco.

—Ya os lo he dicho, he venido a deciros que lo siento. Siento la pérdida de vuestro amigo. Esto nunca tendría que haber pasado.

—Díselo al cabrón de tu amigo, él lo ha matado. —David se dio cuenta de que en las palabras de ese chico había algo más que rabia, y era dolor, tristeza, desolación.

—El chico que lo mató ni siquiera es mi amigo, no pertenece a mi grupo, nunca lo ha hecho; además, pagará por lo que ha hecho en la cárcel.

El chico latino encendió otro cigarrillo sin apartar la vista de David.

—Ese amigo tuyo que siempre va contigo también estaba allí. Si vosotros matáis a uno de los nuestros, las cosas no pueden quedarse así sin más.

David sintió que el corazón se le paraba por un segundo. ¿Serían capaces de cumplir su palabra?, ¿iban a matarlo a él, en aquel momento, en aquel lugar? De forma automática retrocedió unos pasos.

—¿Me estás diciendo que vais a matar a uno de nosotros? —Ninguno dijo nada—. Santi está en la cárcel, fue él quien cometió el crimen. Nosotros no tenemos nada que ver con eso, ni siquiera estábamos allí. —Comenzó a alzar la voz sin darse cuenta.

—No es justo que nuestro amigo vaya a estar bajo tierra y que vosotros seguáis como siempre, ¿no crees?

David sintió lástima al imaginarse a ese chico de tan solo veinticinco años, al que no volverían a ver nunca más por una absurda pelea de barrio que nunca debió existir. Se quedó sin palabras, sin saber qué podía decir que hiciera que aquellos jóvenes pudieran sentirse mejor, o incluso que él mismo pudiera hacerlo.

—Solo hay una forma de arreglar esto.

David miró de nuevo al chico de la gorra roja, que sonreía levemente; la furia impregnada en sus ojos se mezclaba con una especie de seguridad, como la que tiene una persona que sabe que tiene el poder.

—Si queréis que esto acabe y que no haya represalias, tendréis que ir del barrio.

Al escuchar esa petición, David sintió que a su alrededor el mundo desaparecía y que el suelo que había bajo sus pies dejaba de existir; incluso tuvo miedo de caer. Sabía que ese chico hablaba en serio y que quizá era la única forma de arreglar aquella situación sin que se derramara más sangre. Apenas tuvo tiempo de pensar; cuando quiso darse cuenta, sus labios habían pronunciado esas palabras malditas que pesarían en su corazón durante mucho tiempo, posiblemente para siempre.

—Está bien, yo me iré.

Pudo ver la satisfacción asomando a los ojos del chico latino y sintió una rabia que asolaba su interior. Tendría que renunciar a su barrio, a Sara, a todo lo que tenía por un error que él ni siquiera había cometido.

—Tú solo no, tu amigo también tendrá que irse.

David supo que no podía hacer otra cosa más que aceptar aquel acuerdo, aunque tuviera que hacerlo sin consultarlo con su amigo Damián y con la chica de su vida. Era la única forma de mantener a todos a salvo. Asintió despacio y tendió la mano derecha a modo de tregua.

—Está bien, nos iremos los dos, pero tienes que asegurarme que, si Damián y yo nos vamos, el resto del grupo estará a salvo. Ellos tienen sus familias, sin nosotros no queda nada.

Sintió que la mano estrechaba la suya y no quiso volver a mirar de nuevo esos ojos, que ahora lucían orgullosos, sabiendo que habían ganado la batalla que tantos años habían librado. David se dio la vuelta sintiéndose más perdido que nunca, acababa de perder la posesión sobre las calles que siempre había creído suyas. Se sentía un extraño dentro de su propia ciudad.

—Si os vuelvo a ver juntos por el barrio, habrá problemas.

Siguió caminando sin volver la vista atrás, apenas podía sentir el latido de su corazón. Esa promesa lo había hecho morir de alguna manera. Solo una leve esperanza hacía que siguiera respirando: que Sara quisiera acompañarlo en el viaje que estaba a punto de emprender.

David resumió aquella historia contándole a Sara solo los detalles menos escabrosos, no quería preocuparla o asustarla. Tan solo pudo decirle que dejar el barrio era una decisión dura pero justa o, aunque no lo fuera, era la única solución posible en ese momento.

Sara lo miraba con unos ojos que parecían haber dejado de brillar, que parecían haberse apagado, y fue aquella mirada la que le hizo comprender que ella no lo acompañaría. No estaría a su lado en esa nueva etapa de su vida. Sabía que no era justo tratar de convencerla, pedirle que renunciara a toda su vida, su padre, su trabajo, su casa, sus amigas, todo aquello que siempre había conocido y de lo que nunca se había separado, por un lugar del que no sabía nada, por un futuro que no le podía asegurar.

—Si tienes que irte, hazlo. —La voz de la joven rompió el silencio. Él la miró—. Entiendo tu posición. No quiero que te pase nada, David. —Se dio cuenta de que trataba de contener las lágrimas—. Aunque me dé pena perderte.

Él la tomó entre sus brazos y susurró en su oído.

—Vente conmigo. —Cerró los ojos y los apretó con fuerza—. Por favor, Sara vente conmigo.

Escuchó un sollozo que procedía de Sara al mismo tiempo que sentía cómo una lágrima, que había sido presa de sus ojos, conseguía liberarse de su prisión. Ella lo miró y supo que la había perdido.

CAPÍTULO 82

Sara apenas hizo preguntas. No necesitaba saber mucho más, el simple hecho de saber que él se marchaba era suficiente. Pese a que deseaba dejarlo todo y marcharse con él, fuera donde fuera, sabía que no podría dejar allí a su padre, a ese hombre que estaba intentando mejorar, que no podía quedarse solo en un mundo que nunca había sido bueno con él y que le quería ofrecer una segunda oportunidad.

CAPÍTULO 83

David se bajó del coche despacio. Sara estaba esperando junto a la carretera, sobre un estrecho bordillo de cemento. Sus ondas volaban tras la suave brisa que la tarde había traído con ella. Parecían moverse de una forma especial, como si ellas también supieran que aquel día era diferente.

Se situaron uno frente al otro, sin decir ni una palabra. Sara sostenía algo entre las manos, pero estaba cubierto por un papel brillante, y no se podía ver qué contenía en su interior. Se lo tendió al joven, que lo cogió sin articular palabra. Lo miró y la chica negó con la cabeza; prefería que lo abriera cuando ella ya no estuviera.

El chico trató de sonreír, pero no consiguió dibujar más que una mueca. Mientras la miraba, de la forma más profunda que alguien puede mirar a otra persona, más fijamente de lo que nunca había mirado a nadie, sintió que el nudo de su estómago había subido hasta su garganta. No podría controlarlo.

—Ven conmigo —susurró consciente de que su voz apenas era audible—. Aún hay tiempo.

Sara cerró los ojos y las lágrimas comenzaron a caer a través de sus mejillas. Negaba con la cabeza de forma casi imperceptible.

—No puedo. —Apenas le salía la voz—. No puedo.

El chico la abrazó y, al sentir el calor de Sara bajo sus manos, su cabello haciéndole cosquillas en la barbilla, sus manos aferrándose a su espalda, no pudo contenerse más y lloró. Lloró porque sabía que aquella era la última vez que sentía sus manos, que besaba aquel cabello, que aferraba esa cintura. Lloró porque sabía que en aquella calle, esa tarde de julio, bajo aquel atardecer que caía sobre la ciudad, perdía a la persona que más había querido en su vida, la única que había sabido ver detrás de él, detrás de aquella

eternidad que era su mirada.

David sintió el aire, que entraba a través de la ventanilla y trataba de abrazarlo, y miró por el espejo retrovisor. Podía ver a Sara en la distancia, cada vez más y más lejos. Sintió que el aire pasaba entre sus manos, como tratando de traspasarlo, y sonrió. Sonrió porque, siempre que pudiera sentir el aire, seguiría estando vivo, pues aquel aire era Sara.

CAPÍTULO 84

Sara sintió la respiración de David contra su pecho y la lágrima que cayó sobre su cabello, y fue aquello lo que hizo que no pudiera contenerse ni un segundo más. Lloró, lloró abrazada al chico al que había querido desde que lo vio por primera vez; lloró al recordar su risa, el tacto de sus manos sobre su piel desnuda, al imaginar su cuerpo tumbado sobre la cama, el sonido de su voz, pero sobre todo lloró porque, en aquel preciso instante, bajo el color anaranjado del cielo, supo que nunca más volvería a tenerlo. Supo que perdía al único hombre que había amado en su vida y lloró porque sabía que nunca amaría a nadie como a él. Nunca sentiría lo mismo en otros brazos.

Respiró hondo y el olor de la hierba de verano llegó hasta su nariz, hasta su mente, y supo que a partir de aquel día, siempre que percibiera aquel olor, vería a David en el aire que arrastrara las briznas del verano.

EPÍLOGO

Lo que ellos no sabían en aquel momento, esa tarde de julio, era que la vida les daría la oportunidad de volver a encontrarse pues, al fin y al cabo, esas calles siempre seguirían siendo suyas...

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero agradecerle a Selección BdB la confianza depositada en mí, en especial a Lola por ser siempre tan amable y por ayudarme a cumplir mi sueño.

A todos los que siempre habéis creído en mí y me habéis ayudado a que crea yo también.

A Carlos por animarme a retomar este proyecto en el momento que más lo necesitaba y a los que me habéis echado una mano escribiendo este libro, en especial a Laura y a Paco, que me aconsejaron muy bien.

Sobre todo, gracias a mi familia por estar ahí siempre, y en especial a vosotros: papá, mamá, Laura, Iván, Dani, Lucía.

Y a todos los lectores que hayan escogido este libro entre miles, espero que disfrutéis tanto leyendo esta historia de amor como yo he disfrutado escribiéndola.

Y a todas las miradas que hacen soñar con noches estrelladas de verano...

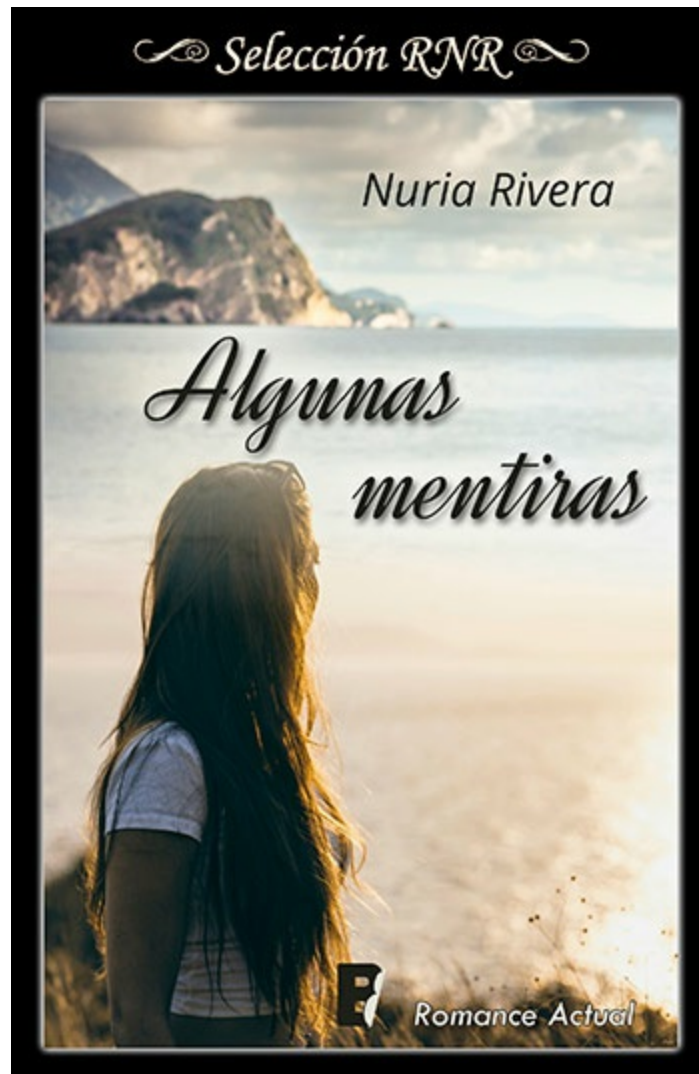
Si te ha gustado

Aire entre las manos

te recomendamos comenzar a leer

Algunas mentiras

de *Nuria Rivera*



CAPÍTULO 1

Algunos días es mejor no salir de la cama. Después de un fin de semana que no pasará a la historia, mi mente se resiste a activarse para iniciar la jornada laboral. Sin querer, o queriendo, mi recuerdo regresa a las playas de Los Ángeles. A la dulce caricia de unas manos sobre mi cuerpo, mi pelo esparcido sobre un pecho dorado por los rayos del sol, y a una despedida. Las vacaciones son para soñar, pero han terminado. Es lunes y debo volver a la realidad. Pero esta golpea otra vez y nada más llegar a mi puesto de trabajo me encuentro la segunda peor de las noticias, en pocos días.

—¡Nos han vendido! —exclama Berta con cara de alarma.

—No —le digo—. Nos trasladamos de oficina. No te enteras, aún estás con el horario de la costa oeste.

—No te enterarás tú.

—¿Cómo van a vender la empresa? —pregunto sin saber de qué habla.

—El señor Elizalde ha traspasado su negocio a un grupo de abogados: Blasco y Asociados o algo así. ¡Lía, ha vendido la consultoría! Estamos convocados todos a una reunión donde nos lo explicarán.

Caigo en *shock*; tengo que pagar el alquiler, mis facturas, el coche que quería comprarme, mis próximas vacaciones. Entro en barrena y solo se me ocurre pensar que tendré que volver a casa.

Berta, que por algo es mi mejor amiga, me abraza y me dice que no me preocupe, hablará con su padre y nos encontrará algo. Ella lo tiene fácil, estudió económicas, puede volver con él, pero yo soy psicóloga de empresa. Me dedico a temas laborales, formación y valoración de organizaciones en la consultoría desde hace cinco años. ¿Qué hago en una asesoría jurídica y fiscal? Tampoco quiero tener que recurrir a la ayuda de mi padre.

—¡Joan! —grito cuando veo a nuestro jefe llegar.

Berta y yo lo abordamos en el pasillo, al vernos nos pide calma con las manos. Es nuestro superior directo. Él sabrá darnos respuestas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, exaltada, Berta sin saludarlo siquiera—. ¿Por qué ha vendido la empresa? ¿Qué ocurre con el traslado?

—¿Por qué no nos has avisado antes? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Qué va a pasar? —lo bombardeo antes de que entre en su despacho.

—Berta, Angalia, por favor, un poco de calma. Es lunes, no estresadme de buena mañana que tengo el corazón delicado —señala y sé que quiere transmitirnos tranquilidad con esta broma. Su corazón es fuerte, aunque esté bastante usado, como él dice.

—¡Venga, ya! Si aún pones a la parienta mirando a Cuenca —suelta Berta con descaro.

—¡Berta, por Dios! Que van a oírte —refunfuña, a la vez que mira hacia ambos lados del pasillo, con una expresión que simula recelo—. Ahora hablaremos de eso entre todos.

Entramos en la sala de reuniones, donde ya está todo el mundo. En la oficina somos diez personas, contando a Javier Elizalde, el dueño, y a Joan Pérez, su mano derecha, mi mentor y director comercial. Cuando entran los jefes se hace un silencio. Con seriedad y pocos preámbulos nos explican la situación. Quieren jubilarse y han encontrado un comprador. Así de sencillo. Las preguntas no se dejan esperar. Todos tenemos la misma preocupación. ¿Qué va a pasar con nosotros? Percibo que Joan me mira más que a ninguno. Nos tenemos un cariño especial. Gracias a él conseguí este trabajo, fue profesor mío en un posgrado de recursos humanos y me ofreció hacer prácticas aquí y al final me contrataron.

—Estamos negociando que se respeten algunos puestos —anuncia el dueño—. Pero no puedo engañaros, no están interesados.

Un murmullo de quejas y protestas de decepción se eleva sobre su voz. Él se sienta derrotado en su silla, supongo que sabía que no sería fácil transmitir las noticias. Estoy segura de que hubiera querido escaquearse y decirlo a través de una nota informativa, como cuando nos dijo que nos quedábamos sin prima de objetivos aquellos que no participásemos en la venta del producto, aunque fuésemos quienes lo diseñáramos y tuviéramos el curro.

—¡Señores! —exclama Joan y acalla los cuchicheos—. Nos queda un mes para concretar los últimos proyectos, así que tenemos que ser profesionales con nuestros clientes. Ellos están al tanto del cambio de titularidad y nos hemos comprometido en entregarles lo contratado, en la medida de lo posible. No obstante, tenemos que hacer un trabajo digno de nuestra firma

para que la transición sea lo más llana posible. Sabemos el gran esfuerzo que tienen que hacer todos y la situación en la que quedan. Recibirán su liquidación y además obtendrán una prima de indemnización por el tiempo trabajado con nosotros, en compensación.

No hay preguntas, todo queda claro. Nos vamos al paro. Salimos de la sala con las cabezas gachas y con un sinfín de preocupaciones, cada uno.

Berta y yo nos quedamos rezagadas. Elizalde se escabulle hacia su despacho, Joan se nos acerca y nos dice en un tono de voz confidencial.

—Necesito vuestros currículums actualizados para entregarlos en breve. Con suerte, si presiono bien, puedo conseguir que os hagan un hueco, lo mismo que a Carlos.

Casi lo abrazo de la alegría, pero me contengo. Creo que son las palabras de mi amiga las que me frenan.

—Es un gran detalle, jefe, pero no esperes que te lo devolvamos con favores sexuales. Conocemos a tu mujer y nos despellejaría vivas.

Nos reímos ante semejante comentario que ella hace como si estuviese transmitiendo el parte meteorológico.

—No tienes remedio, Berta —admite—. Chicas, el traslado será efectivo en un mes, nos comprometimos a hacer el cambio a las oficinas del nuevo propietario y a ayudarlo en el traspaso con los clientes —confirma serio—. Y ahora a trabajar, tengo mucho que organizar. Quiero los últimos proyectos terminados y entregados en los próximos días. Con eso cerramos este ciclo. Luego ya se verá.

Se despide de nosotras y le hago un gesto con la cabeza a Berta, que caza al vuelo, y vamos directo a los servicios.

—Menuda sorpresa de lunes —ironiza—. Por lo menos tendremos el paro.

—No sé qué voy a hacer, tendré que volver a Blanes con mi padre y tal como están las cosas entre nosotros es lo que menos deseo.

—Si adoras a tu padre. ¿Qué pasa? ¿Problemas en el paraíso? —pregunta con curiosidad y cierta mofa—. ¿O es que ha vuelto a escribir y está insoportable?

Ojalá escribiera de nuevo. Prefiero lo irritable y ausente que está en esos momentos de creación que al nuevo Dylan Taylor.

—Fui a verlo al regresar de Los Ángeles y nos peleamos —confieso y me

siento triste al evocar aquel momento. Tenía muchas ganas de verlo, pero no me recibió con buenas noticias, por lo menos no lo eran para mí—. Ha empezado a salir con alguien, quiere que la conozca. Es profesora de literatura. Se conocieron en la universidad, ella lo invitó a dar un taller de escritura creativa. Cuando le dije que era pronto para mí, que no estaba preparada, se molestó y me dijo que yo seguía mi vida y él debía hacer algo con la suya. Quizás mi reacción fue infantil, pero me marché. Me dolieron sus palabras.

—¡Hombres! No entienden nada —murmura, a la vez que me abraza.

—Quiero entenderlo, pero él debe entenderme a mí.

—Dale tiempo —propone comprensiva y, como si nada, cambia de tema y exclama—: ¡Cómo me gustaría seguir de vacaciones! Oye, tus primos son geniales, me los he agregado a Facebook y ya nos seguimos en Twitter e Instagram. También Jack. Por cierto, que sepas, que tiene un montón de seguidoras. No lo imaginé así, tan cercano y normal. ¿Cómo habéis quedado?

—¿Cómo quieres que quedemos? Nos separa un océano. No soportaría una relación a distancia. Además, no sé si serviría para salir con un modelo. A mí ese mundo, al contrario que a mis primos, no me va. Tuvimos nuestros momentos y nos despedimos como amigos. Estuvo bien mientras duró —contesto con una sonrisa pícaro en los labios. Me miro al espejo y me aliso el pelo con los dedos, como si lo peinara—. ¿Crees que debería hacerme mechas o algo así?

—No, estás estupenda. La melena oscura hace que destaquen más tus ojos grises —responde y añade irónica—: Y no creas que no me doy cuenta de que has cambiado de tema

—¿Berta? —la voz de una compañera que entra, nos interrumpe—. Berta, te busca Elizalde. Querrá saber cómo tienen las cuentas —dice con sarcasmo.

—Ah, voy.

Salimos de los lavabos y nos vamos cada una a su despacho. ¿Vacaciones? ¿Qué vacaciones? Si ya casi no me acuerdo de ellas.

El viernes estoy agotada. Hemos sabido que al final de los ocho compañeros que somos, cuatro serán despedidos; nosotras dos estamos como en el limbo,

sin saber todavía qué pasará. Carlos ha declinado la oferta que Joan le proponía, quiere capitalizar su paro e iniciar un negocio y una de las mujeres más mayores se irá con uno de los clientes, a su empresa. Así que los ánimos del personal no están con muchas ganas de terminar los proyectos. A los compañeros les da lo mismo si se concluyen o no. No han tenido ni ganas ni humor de ayudarnos. Se han escaqueado todo lo que podían porque saben que no llegarán a final de mes en plantilla.

Berta, con su buen humor, ha intentado hacer los días más distendidos. Propuso una cena de despedida, pero la gente no tiene muchas ganas y no se apunta nadie, así que decidimos salir nosotras dos a tomarnos algo, necesitamos despejarnos.

Nos encontramos en la puerta del Lamborghini. Me encanta este lugar. Han sabido combinar un buen restaurante con sala de fiestas y, además, en el sótano, hay una sala de jazz con música en directo. Está bastante lleno, menos mal que hemos reservado. Cuando nos llevan a nuestra mesa hay otra vacía, al lado. Pedimos vino mientras miramos la carta. Al momento unos chicos la ocupan, son tres y bastante atractivos. Cruzo la mirada con ellos, dos sonríen, pero el tercero me mira como si le debiera algo. Berta levanta la vista de la carta.

—¿Qué te pides? —pregunto—. No tengo mucha hambre, ¿compartimos el primero?

No me hace ni caso, tiene la vista clavada en la mesa vecina.

—¡Berta! —la llamo un poco más alto de lo que me hubiese gustado.

De pronto, escucho como en eco el nombre de Berta y ella se sonríe, a la vez que se levanta de la silla, y se acerca a uno de los chicos de al lado que también se levanta.

—Hola, Bruno. ¡Qué sorpresa encontrarte!

Se abrazan ante la atenta mirada de sus dos amigos y la mía. Mi mente empieza rápido a pensar quién es este hombre. ¿Bruno? ¿Bruno? Y de repente caigo. ¡El italiano! Un novio que tuvo hace años y dejaron de verse por no sé qué historia, pero del que siempre estuvo colgada. Sin soltarse de las manos, hacen las presentaciones. Se quedan un poco embobados y cuando cada uno se dirige a su asiento, el chico de la mirada penetrante, Alex, dice que podríamos juntar las mesas. David, el otro amigo, llama al camarero y a

ellos, que siguen con las manos entrelazadas, se les iluminan los ojos. En unos segundos tenemos todo montado.

Pedimos algunos platos para compartir entre todos y luego cada uno lo suyo. Yo elijo merluza en salsa verde, pero no me gusta demasiado. No sé si es el pescado, la salsa o esos ojos que no dejan de mirarme desde la otra punta. Parece que me analizan.

Bruno y Berta dominan la conversación, los demás somos meros oyentes, aunque de vez en cuando nos incluyen. Así me entero de que los tres son abogados y de que Bruno es hijo de un amigo del padre de Berta. Yo solo digo que soy psicóloga y me dedico a temas empresariales, no tengo ganas de dar más explicaciones. Berta está en su nube y me hace gracia verla cómo se toca el pelo, está nerviosa.

En los postres, David propone ir a una discoteca. Berta me dice en un susurro que quiere ir, que no se me ocurra negarme. Yo estoy algo cansada, casi voy a desistir, pero ella me hace un puchero. David me coge por la cintura y me dice que lo pasaremos bien. Casi pegado a mi oído susurra que cuando quiera irme, él me lleva a casa. Tengo la impresión de que eso ha sido una insinuación en toda regla, aunque yo me limito a sonreír. Un teléfono suena y me siento salvada por la campana, pero no es el mío. Alex, que no deja de observarme sin disimulo —quisiera tener rayos X para saber qué piensa—, me mira con cara crítica y se lleva el móvil al oído.

—Hoy no puedo, otro día —suelta sin mucha emoción—. Te llamo.

Vamos a la discoteca que está a dos calles. Nos acercamos primero a la barra, pedimos unas copas y luego nos sentamos en un reservado. Como Berta está muy entretenida, me levanto y voy a la pista. David viene conmigo, bailamos entre risas y coreamos las canciones. Es divertido. De reojo veo a Alex que se levanta y vuelve a la barra, desde allí nos observa. Creo que los dos nos estudiamos, aunque yo por lo menos disimulo. Me molesta su actitud, no puedo decir que la manera en la que me mira me desagrade, más bien me pone nerviosa, siento que me desnuda.

David se aventura a cogerme por las caderas y a acercarme a él; lo sigo, aunque marco distancia. Este va muy lanzado y yo no tengo tantas ganas de fiesta como él. Por lo menos no de la misma. Seré antigua, pero necesito conocer un poco a la persona antes de atreverme a acostarme con ella. No

quiero agobiarme, ni parecer mojigata, dejo que pase el aire entre los dos y con cierta diplomacia le digo que voy al baño. Después de una larga cola, al salir, alguien me coge del brazo y doy un respingo. Es Alex. Mi corazón sale disparado al sentir el aroma de su colonia que llena mis fosas nasales.

—¡Alex! —exclamo y espero a que diga algo antes de desmayarme por la sorpresa.

—Él no es para ti, no pierdas el tiempo.

—¿Qué? —pregunto descolocada.

—Ya te ha tanteado y sabe que no caerás.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquiero irritada, pero ¿quién se ha creído que es?

—David acabará con otra en la cama y tú, en la mía.

¡Esto es el colmo! Suelto una carcajada por no mandarlo a la mierda, aunque se queda tan fresco, se dedica a observarme con los ojos muy abiertos.

—Mira, guapo —espeto enfadada—. Yo también te he tanteado y va a ser que no, no pierdas el tiempo.

Me alejo de él, a pasos agigantados y bastante irritada. Pero eso no es nada cuando al llegar a la pista veo que David está tonteando con una rubia que le da más cancha que yo, hace unos minutos. Este no pierde el tiempo, encima Alex tenía razón. Saco mi móvil del bolsito que llevo cruzado y le envío un mensaje a Berta. Para mí la noche se ha acabado.

La semana empieza igual que acabó la otra. Berta está encantada con su reencuentro con Bruno, se dieron los teléfonos y wasapean a todas horas. Parece una quinceañera con su primer novio. Me gusta verla así.

—Estás muy risueña, ¿con quién te escribes? —pregunto con ironía. Está claro con quien y seguro que son mensajes guarros.

—Con Bruno, hacemos planes.

—¿Planes?

—Sí, para el finde —contesta sin levantar la vista de la pantalla del teléfono, pero se me acerca un poco y suelta en tono de confidencia—. Lía, me revoluciona y ya sabes aquello de que donde hubo fuego... Esta tarde

tengo hora en el *spa*, voy a depilarme enterita. Todo, todo. ¿Te vienes?

—No voy a decirte que no —contesto con burla—. Yo también me daré unos mimos, nunca se sabe.

Nos echamos a reír y la mirada que nos dedican algunos compañeros nos coarta, así que cada una se va a su mesa con la cabeza gacha. No está el ambiente para risas.

Joan me llama por teléfono, me pide que en una hora le lleve unos documentos a las nuevas oficinas. Él y Elizalde se reúnen con los nuevos jefes. Me da unas instrucciones de cómo llegar y por quién debo preguntar. Cojo lo que me pide y salgo disparada, pero como no soy muy buena calculando tiempos, llego con bastante antelación, así que me meto en la primera cafetería que encuentro. Mi suerte es extraordinaria, no hay mucha gente y me coloco en un sitio libre en la barra. Un hombre, de espaldas a mí, habla por teléfono, le está echando una buena bronca a alguien, porque le falta no sé qué informe. No me gustaría estar en el pellejo de quien esté al otro lado del móvil. Me pido un café con leche y de pronto se gira y para mi sorpresa unos ojos claros se me clavan. Me siento intimidada y como él no habla me limito a saludarlo.

—Hola, Alex.

—Lía.

No dice nada más. El muy cretino coge su maletín y se va. Me tomo mi café con leche y voy en busca de las oficinas nuevas.

Necesito un momento para hacerme una idea del camino que tengo que seguir, esto es enorme. Cuando por fin llego busco a la tal Roser que me ha dicho Joan y la encuentro esperándome, con mala cara. De inmediato me presento y disculpo. Me avergüenzo por confiarme, con todo el tiempo libre que tenía, llego cinco minutos de retraso.

Coge el portafolio y me despide. Se mete en una sala de la que salen bastantes voces. Mejor me voy, no quiero recibir.

Por fin viernes. Al salir del trabajo voy con Berta camino del metro y me suena el teléfono. Es mi padre, dudo si atenderlo, pero me armo de valor y lo hago.

—Hola, Angalia. ¿Cómo estás?

—Bien.

Se hace un silencio, pero él lo llena enseguida.

—¿Has escrito? —pregunta. Antes escribía, se me debió pegar al verlo a él crear historias, pero desde que mi madre enfermó no he vuelto a hacerlo. Mi padre es de los que piensan que las palabras sanan el alma y la escritura es terapéutica. Por eso siempre me anima a hacerlo.

—No, papá, no estoy muy inspirada. Me cuesta ponerme.

—Solo tienes que coger una hoja en blanco y dejarte llevar por los sentimientos, algo saldrá.

—Lo intentaré un día de estos.

Se me hace un nudo en la garganta y estoy a punto de echarme a llorar, pero lo contengo, no es ni el momento ni el lugar. Le explico por encima lo del trabajo y rápido me dice que si necesito algo, él está ahí para lo que sea. Me cuenta algunas cosas triviales y me propone quedar. Le doy largas, aunque sé que le hago daño.

—Papá, me pillas mal, ¿hablamos en otro momento? —propongo para cortar la comunicación.

—Está bien, cariño, te llamo otro día. Cuídate, pequeña.

Respiro hondo un par de veces hasta sentir que ya soy dueña de mis emociones.

—¿Sigue con su idea de presentarte a su novia? —puntualiza Berta y me irrita porque da de lleno en la diana.

—¡No es su novia! —casi grito.

—Lía, en algún momento tendrás que ceder, él no quiere hacerlo a tus espaldas.

—Ya lo sé, pero es tan pronto —refunfuño—... ¿Cómo ha podido olvidarse ya de ella?

—No creo que la olvide nunca, pero ha de seguir con su vida —contesta y me coge por los hombros—. ¿Cuánto tiempo hace de lo de tu madre?

—En diciembre hará dos años —confirmo y seguida por la nostalgia continuo—: ¿Sabes? Ellos no tuvieron un inicio fácil. Mi madre tenía otro novio, su gran primer amor, decía. Mi padre fue el segundo. Para él ella era la única mujer en el mundo y supo ganarse su corazón. Eran amigos, creo que

los tres formaban una especie de triángulo amoroso. La salvaron de morir ahogada. Mi padre siempre estuvo enamorado de mi madre, pero ella y el otro se hicieron novios, así que nunca intentó nada porque respetaba a su amigo. Pero el novio la engañó y la dejó cuando supo que iba a tener un hijo con la otra mujer. Faltaba poco para que se casaran. Mi madre quedó destrozada y mi padre estuvo ahí, apoyándola.

—¿Y tu padre siguió siendo amigo del otro? —pregunta alarmada.

—No, se pelearon. Mis abuelos vivían entonces separados, la abuela se había venido de Los Ángeles a Blanes y mi padre pasaba temporadas con ella. Cuando se regresaba, como mi madre quería irse lejos para olvidar, le propuso irse con él y la conquistó poco a poco. De niña, ella, me contaba una bonita historia sobre sus dos amores y el regalo que le hizo cada uno. Mis padres se casaron mucho después de haber nacido yo y cuando tenía ocho años nos regresamos aquí. Después de que mi hermano murió.

—¿Tenías un hermano? Nunca hablas de él.

—No lo recuerdo mucho, era más pequeño. Tuvo leucemia —digo y me retiro una lágrima que cae por mi mejilla, no quiero abrir esa caja—. Mamá no soportaba estar allí después de su muerte.

—Tu padre ha sufrido mucho. El último año de tu madre fue muy duro, tal vez le haya removido los viejos recuerdos. La pérdida de un hijo no se supera. Pero ahora puede volver a ser feliz de nuevo —señala Berta con cariño—. Nunca olvidará lo que tuvo, pero puede tener su segunda oportunidad también.

—Sí, supongo.

Me hago una nota mental para llamar a mi padre, pero lo haré otro día, ahora no soy capaz.

Había algo en sus ojos que hacía soñar con noches estrelladas de verano.



Han pasado cuatro años desde que David se marchó de las calles que le vieron crecer. Al volver, el temor de regresar al barrio suburbano que tanto le ha arrebatado se mezcla con la ilusión de reencontrarse con su mejor amigo Damián. Sara recorre esas mismas calles todos los días en una vida monótona y desdichada que, pese a su juventud, le ha dejado heridas que posiblemente nunca cicatrizarán. David volverá a ver a Sara, y esta vez, la chica será mucho más que la hermana pequeña de Damián, se convertirá en la compañera perfecta con la que vivir el verano más apasionante de su vida. Sin embargo, nada será fácil, pues ambos comparten un pasado y un presente que les obliga irremisiblemente a separarse.

Marta Márquez Vive en Madrid. Amante de los animales. Desde hace un par de años pinta y dibuja como aficionada. También le gusta pasar tiempo con su pareja, amigos y familia. Desde que pequeña ha disfrutado con el mágico mundo de la literatura, tanto escribiendo sus propias historias como leyendo y soñando con las que crean otros. Hace unos años le diagnosticaron una enfermedad neuromuscular que le obligó a dejar su trabajo como administrativa, y gracias a su afición por la escritura ha conseguido llenar muchos de esos días tristes y largos que le acechaban. El sueño de su vida es dedicarse a escribir y a hacer disfrutar a los demás con sus escritos tanto como yo disfruto creándolos.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Marta Márquez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-956-0

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Aire entre las manos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro

Sobre Marta Márquez
Créditos